# DESMONTANDO EL PROGRESISMO

EDURNE URIARTE

## LA IZQUIERDA EN SUS CAVERNAS

CC BY

Edurne Uriarte, catedrática de Ciencia Política, da la vuelta al concepto de «caverna» utilizado habitualmente por la izquierda para mostrar las cavernas ideológicas de la propia izquierda, cuatro en especial, la terrorista, la pacifista, la identitaria y la intelectual radical. Edurne Uriarte desnuda las distintas posiciones de lo que la izquierda llama progresismo ante hechos como los terrorismos, la guerra de Iraq o de Libia, el 11-M, la Alianza de Civilizaciones, el islamismo o el feminismo. Esta disección de los preceptos progresistas recorre desde la disculpa al terrorismo de izquierdas, nacionalista e islamista, hasta la definición de «guerras buenas», la visión idílica del pacifismo, la mitificación de la ONU, la coartada del miedo, la defensa del velo integrista o la demonización del neoconservadurismo.

*Desmontando el progresismo. La izquierda en sus cavernas*, denuncia las «ideas antiliberales, tolerantes con la violencia y confusas con las reglas democráticas» del progresismo español y occidental. La autora, en su condición de politóloga y periodista, indaga en las contradicciones de la izquierda, examina su uso del lenguaje, su retórica y el papel ideológico de los medios de comunicación en la difusión de sus mensajes. Estamos ante un análisis crítico que desmenuza y enfrenta los «lugares comunes» del progresismo con sus rasgos más intransigentes y reaccionarios.

Edurne Uriarte

# DESMONTANDO EL PROGRESISMO

## La izquierda en sus cavernas

**ePub r1.1**
**Titivillus** 04.03.18

Título original: *Desmontando el progresismo*
Edurne Uriarte, 2012
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

*A la memoria de María Bengoechea,*
*mi querida y admirada madre que falleció*
*cuando este libro estaba en imprenta*

# Prólogo

La izquierda ha dominado el debate de las ideas en las últimas décadas. Sobre todo, porque ha ganado la batalla de la imagen, y eso ha ocurrido en la mayor parte de los países occidentales. Las ideas de la izquierda han tenido mejor imagen que las ideas de la derecha. La siguen teniendo. Ni siquiera la realidad de unas dictaduras comunistas que fueron más asesinas que las nazi y fascista hizo mella en esa hegemonía. Tampoco lo han hecho los múltiples terrorismos inspirados en la izquierda. Y no está claro que lo vaya a hacer la actual crisis del socialismo.

El triunfo del concepto de progresismo es bien representativo de esa superioridad de imagen de una izquierda que ha conseguido imponer el mensaje de que sus ideas son positivas, transformadoras y generadoras de progreso. La misma izquierda ha difundido, también con notable éxito, un segundo mensaje según el cual las ideas de la derecha serían reaccionarias, o, lo que es lo mismo, negativas y contrarias al progreso. Algo reflejado por la izquierda en múltiples conceptos, en España, en el concepto de la caverna según el cual las ideas de la derecha serían contrarias al progreso y nos llevarían a la época de las cavernas.

Y el mensaje anterior ha tenido notable éxito, no solo porque la izquierda es mayoritaria en los centros de creación intelectual y en los medios de comunicación. También, porque la derecha, desde su condición de minoría intelectual, ha sido poco eficaz en la tarea de desmontar el mito progresista.

Mi objetivo en esta obra es ese, desmontar el mito del progresismo. Desvelar cuáles son algunas de las inquietantes cavernas del progresismo, las ideas que nada tienen que ver con el progreso deseable de la humanidad sino con el cuestionamiento de algunos de sus grandes logros en las conquistas de la libertad, de la igualdad o de la tolerancia.

He analizado la caverna terrorista de la izquierda en otras obras, pero queda aún mucho por decir en este campo, son tantos los lados oscuros del progresismo en su comprensión o justificación de algunos terrorismos. Y algo parecido ocurre con la caverna pacifista, o, lo que el progresismo llama pacifismo, triunfadora absoluta en términos de imagen como también en manipulación del lenguaje.

Sobre la caverna identitaria, probablemente es el lugar donde el progresismo comienza a ser más vulnerable ideológicamente. Ponerse en Europa del lado del islamismo en algunas de sus exigencias a las mujeres como el velo, aliarse con los nacionalismos étnicos o descalificar como xenófoba toda crítica a las leyes de inmigración tiene costes. Y la izquierda europea comienza a sufrirlos de una manera quizá parecida a como ya los sufrió la izquierda estadounidense en tiempos anteriores.

Y, sobre la caverna radical, no solo es la más sorprendente en términos de la amplísima impunidad ideológica con la que ha actuado. También hace muy vulnerable al progresismo de cara al futuro. Su última apuesta, el movimiento Indignados, un movimiento radical, populista y antiintelectual, da una idea de que las ideas progresistas sufren de agotamiento, de incapacidad de renovación, de pérdida de perspectiva. El ala más moderada del progresismo ha sido engullida por el ala radical y las cavernas van a hacerse aún más profundas.

Queda por ver si hay, si habrá, una alternativa intelectual poderosa, inspiradora y con capacidad de liderazgo frente al progresismo. En Estados Unidos, lo es del neoconservadurismo. ¿Y en Europa, en España? Todo está por ver, por hacer. También la primera tarea intelectual para ese nuevo liderazgo, desmontar el progresismo.

# Capítulo 1

En la caverna terrorista

# Disculpando a ETA

## Esto es un conflicto

Empecemos por el terrorismo. Empecemos por ETA. Empecemos por España en este recorrido sobre las entrañas del progresismo y las cavernas de la izquierda. Y es que la expresión más clara, y la más grave, de las tentaciones radicales y antiliberales de la izquierda está en el terrorismo. En la comprensión del terrorismo. Siempre que el terrorismo sea de izquierdas, antiimperialista o nacionalista o, en nuestro caso, antifranquista. Dado que casi todo el terrorismo de cierta relevancia de la actualidad está encuadrado dentro de esos adjetivos ideológicos, nos encontramos con el hecho de que el rasgo más inquietante del progresismo es precisamente su coqueteo con el terrorismo, con los diversos terrorismos.

En la izquierda radical, la cercana a ETA en el caso español, la justificación del terrorismo es directa. La expresaba uno de sus intelectuales más importantes, el dramaturgo Alfonso Sastre en 2008: «Una parte de la opresión de España sobre el País Vasco ha desaparecido tras 30 años de democracia, pero otra no. La violencia siempre es indeseable. Ahora bien, para obtener la paz hay que llegar a un acuerdo con esa violencia existente de ETA. Solo con la actuación de la policía no se acabará con la violencia eta-

rra y eso parece indudable. Por tanto es necesario negociar con ETA, y, sin negociación, no habrá paz»[1].

Por supuesto, el coqueteo de la izquierda moderada con el terrorismo no se hace en forma de abierta justificación de ese terrorismo, ni siquiera en forma de simple justificación. Pues la izquierda democrática condena el terrorismo en cualquiera de sus formas. «Que quede claro que yo condeno con claridad a este grupo terrorista...», el discurso progresista empieza habitualmente así, pero inmediatamente surge el inevitable pero, «pero... debemos resolver un conflicto pues hay que ir a las raíces del problema, a las causas». Algunos ni siquiera se toman la molestia de establecer la introducción de la condena. Simplemente, van directos a las causas. Como el escritor Bernardo Atxaga, insigne representante de ese nutridísimo grupo de intelectuales vascos que jamás se ha movilizado contra ETA y, sin embargo, o, mejor dicho, por eso mismo, ha recibido todo tipo de parabienes de las instituciones vascas.

Lo de Atxaga ocurría en la última negociación del Gobierno socialista con ETA, allí donde la poco edificante relación de la izquierda con el terrorismo se puso de nuevo en evidencia. Atxaga, siempre ausente en los largos años de movilización contra ETA, consideró necesario, sin embargo, salir a la palestra en abril de 2006 para, ¿condenar a ETA?, ¿celebrar el posible triunfo de la democracia?, ¿recordar a las víctimas? Pues no, lo hizo para recordar el franquismo, es decir, lo que consideraba la causa del terrorismo etarra: «Euskadi era el pájaro, y la dictadura del general Franco era la jaula. El pájaro quería se libre, volar. Pero nadie iba a abrirle la jaula, tenía que rebelarse, perder el miedo y luchar»[2]. Y por si no lo habíamos entendido bien, insistía el autor en las causas, las dos causas que dieron lugar a ETA, los movimientos de liberación nacional y la revolución cubana de los sesenta y lo que denominó la «especificidad de la represión franquista en el País

Vasco». Y esta «canción», título de Atxaga para la defensa de las *causas* de ETA, ha durado cuarenta años incluso tuvo «una subida de volumen durante el Gobierno Aznar», en la época que siguió al cierre del periódico *Egunkaria*, concluía el autor, con la poco sutil conexión entre el franquismo y el cierre de *Egunkaria* durante el Gobierno Aznar. ¿Y el periodo democrático, el de casi todos los crímenes de ETA? Carece de relevancia, pues las causas, como se ve con *Egunkaria*, siguen ahí, nos explicaba Atxaga.

Es aparentemente algo más sutil la vía habitual de la izquierda para colocar la teoría del conflicto, la consistente en poner sobre la mesa la existencia de un sector social que apoya el terrorismo y que los demócratas estaríamos obligados a integrar. Como es bien sabido, la izquierda aplica esta teoría a todos aquellos casos de criminales en la órbita de la izquierda y el mismo argumento vale para ETA, para las FARC o para los fundamentalistas islámicos. Hay que integrarlos. Y, por supuesto, eso se hace negociando con ellos. Pues si no les damos nada, seguirán instalados en el extremismo. Operación que, dicho sea de paso, no desagrada a la izquierda, pues eso que hay que darles forma parte, casualmente, del espectro ideológico de la izquierda.

Durante la pasada negociación, el politólogo y articulista Ignacio Sánchez-Cuenca fue probablemente el representante intelectual más significado de esa teoría, precedido por su más conocida incursión en el análisis del terrorismo, un libro en el que nos explicaba que la mejor manera de acabar con el terrorismo era negociar con él. Por si no habíamos caído todavía en tan brillante a la par que sencilla solución. Dado que su consejo no había sido tenido en cuenta por los Gobiernos de Aznar, y, por lo tanto, el terrorismo de ETA persistía, volvió a la carga en la negociación de Zapatero, esta vez, eso sí, con el apoyo total del presidente, fiel seguidor de sus consejos.

Sánchez-Cuenca nos lo resumió en julio de 2006: «Para conseguir el fin del terrorismo, es necesario hablar no solo con ETA, también con Batasuna». ¿La razón de tan relevante descubrimiento? Muy sencilla de entender, proseguía el autor: «Si queremos que ETA no vuelva a matar nunca más, hay que conseguir que su base social, los seguidores de Batasuna, se integren en el sistema democrático. En los términos utilizados por Zapatero, se requiere un gran pacto de convivencia en el País Vasco que desactive el tinglado montado en torno al terrorismo. Dicho pacto requiere algunas concesiones simbólicas y procedimentales, como las famosas mesas de diálogo, que sin duda serán piezas importantes en este acuerdo incluyente que cierre para siempre el conflicto creado por ETA»[3].

Sobre esa base teórica había anunciado José Luis Rodríguez Zapatero a finales de junio de 2006 la apertura de un diálogo con ETA. Sin precio político, añadió, pero, eso sí «con un pacto de convivencia política en el País Vasco». Pues, al parecer, los vascos no habían sabido convivir adecuadamente y de ahí que a los de ETA les diera por asesinar. El periodista de *El País* Luis R. Aizpeolea, depositario periodístico privilegiado de las informaciones procedentes de La Moncloa en esta y otras cuestiones durante los dos Gobiernos socialistas, había contado el plan de negociación con ETA del Gobierno unos días antes sin tantos cuidados lingüísticos para disfrazar la negociación. Lo llamó «hoja de ruta para el proceso de paz» y la dividió en seis pasos: *1*) el presidente anuncia al líder de la oposición su comparecencia en el Congreso para iniciar el diálogo con ETA, *2*) el presidente comparece en el Congreso y anuncia el inicio de conversaciones con los terroristas, *3*) se inician las conversaciones con ETA, *4*) se entrevistan el PSE y Batasuna, *5*) se legaliza Batasuna, y *6*) se inicia la mesa de partidos[4].

Los socialistas vascos estaban plenamente de acuerdo con la negociación. Y lo dejaron claro en un documento hecho público en febrero de 2006 y redactado por Jesús Eguiguren en el que definieron el problema «político» que se debía resolver con la negociación: «Ha existido en Euskadi un problema de normalización política, derivado de un consenso insuficiente en torno al marco jurídico-político y a las reglas de juego que hay que respetar. (...) De ahí que nos enfrentemos a dos procesos que deben ser encauzados mediante un orden de prioridades: cese de la violencia, en primer lugar, como paso previo al diálogo entre fuerzas políticas para resolver, sin interferencias del terrorismo, los problemas políticos»[5].

Y por si los ejes de la negociación entre la izquierda española ETA no hubieran quedado claros, la propia ETA los ratificó en entrevista concedida a *Gara* su diario de referencia, en mayo de 2006. Lo esencial, afirmaron los terroristas, es superar el conflicto, es decir, lo que Zapatero llamaba «acuerdo para la convivencia política en el País Vasco»: «Para nosotros, la clave principal y la base imprescindible se encuentra en el proceso democrático que debe desarrollarse en Euskal Herria, y ahí hay que lograr el acuerdo principal para superar el conflicto, es decir, entre los agentes vascos. (...) La esencia de la negociación entre ETA y los Estados proviene de este punto de partida»[6].

En palabras de José Luis Rodríguez Zapatero, «primero la paz y luego la política», es decir, que «el Partido Socialista está dispuesto a dialogar, pero a través de los cauces institucionales. Además, como es evidente, de las cuestiones políticas solo hablarán las fuerzas políticas. El diálogo con ETA no incluirá ninguna cuestión política»[7]. Entusiasmado por su negociación, el presidente se adelantaba al tiempo y ya daba por legalizado al brazo político de ETA, a Batasuna, incluso lo separaba de ETA para así poder afirmar que el diálogo no se haría con ETA. La misma anticipación

del futuro le llevó en esa entrevista a concluir, tras la comparación de las fotografías de la dirigente de Batasuna, Jone Goirizelaia y la dirigente del PSE, Gema Zabaleta, por un lado, y la dirigente del PP, Pilar Elías y la eurodiputada socialista Rosa Diez, por otro, que «Una foto [la de Goirizelaia y Zabaleta] se adelantaba a su tiempo y que quizás la otra [la de Elias y Diez] era una foto un poco retrasada en relación a su tiempo»[8].

## Queremos la paz

No solo tenemos que resolver el *conflicto*, dice la izquierda cuando de terrorismo de izquierdas se trata. Además, debemos lograr la *paz*. La paz es el complemento imprescindible del conflicto, pues lo que viene tras la negociación con los terroristas de izquierdas es la paz. No la negociación política, la discusión con los terroristas sobre unos objetivos bastante menos presentables para los ciudadanos, sino algo con mucha mejor imagen popular como es la *paz*. Así lo anunció el diario cercano al Gobierno, *El País*, en junio de 2006: «El Gobierno y ETA iniciarán de inmediato las conversaciones de paz»[9]. El contenido de las conversaciones entre Gobierno y terroristas, según este periódico, no eran los acuerdos políticos con ETA, sino que se limitaban a la paz. ¿De qué hablarán ETA y el Gobierno? Del concepto de paz, exclusivamente, *¡cómo nos gusta la paz!, ¡viva la paz!* en esos términos conversarían, ahora un etarra, ahora un representante del Gobierno. El periódico referencia del progresismo español podía haberlas llamado «conversaciones de violencia», pues se iban a entablar con unos asesinos que exigían algunas concesiones a cambio del fin de los crímenes, pero, como es habitual en el universo conceptual del progresismo, a lo que ellos acuerdan con los criminales siempre se le llama *paz*.

Y ¿quién es el mal nacido que no quiere la paz? Entre violencia y paz, entre guerra y paz ¿por cuál apuesta usted? Trampa progresista habitual y siempre muy eficaz. Y la disyuntiva sirve tanto para las guerras como para los terrorismos. La izquierda, prescribe el universo progresista, apuesta por la paz y la derecha lo hace por la violencia y la guerra, máxima que los progresistas repitieron machaconamente cada día de su negociación con los criminales etarras.

La derecha, proclamaba José Luis Rodríguez Zapatero en septiembre de 2006, en pleno «proceso de paz» con los criminales, no distingue entre guerra y paz: «Han pasado más de dos años y hay una derecha que no ha cambiado nada desde su derrota electoral y sigue sin distinguir procesos elementales, como son su proyecto y la España real. No distinguen. Lo vemos ante la decisión de enviar tropas al Líbano para garantizar la paz. No saben si decir sí o decir no porque la derecha no distingue entre la guerra y la paz... Ese es su problema»[10].

Los intelectuales, siempre menos cuidadosos con la corrección política que los políticos, explicaron su proceso de paz con los terroristas. La paz es una buena noticia, escribía Francisco Bustelo en *El País* «¿por qué, entonces, tantas reticencias de algunos?». ¿Por qué molestarse por esa paz en la que los progresistas se habían puesto de acuerdo con los criminales? Y nos explicaba la paz del progresismo español, corolario de la contienda entre el Estado español y el nacionalismo vasco radical: «Mediante la rendición de una parte o bien con un armisticio, toda guerra, por larga que sea, tiene un final. Hasta la llamada Guerra de los Cien Años lo tuvo. Ganen unos, ganen otros, la paz siempre es bienvenida, pues los conflictos violentos, incluso cuando luchan buenos contra malos, acarrean muertes, sufrimiento, dolor. En la contienda, vieja de 30 años, entre el Estado español y el nacionalismo vasco radical, ambas partes han declarado su disposición a firmar la

paz. Una buena noticia, diríase. ¿Por qué, entonces, tantas reticencia de algunos?»[11].

El mismo entusiasmo por la paz acordada con los terroristas tienen, lógicamente, los nacionalistas, sobre todo los más cercanos a ETA. Lo manifestaron, por ejemplo, las parlamentarias y exparlamentarias vascas que, también en pleno proceso de negociación, en febrero de 2006, firmaron un documento en el que apostaron por «la paz y reconciliación» poniendo en valor, decían, «una militancia común al margen de la nuestra propia: la militancia por la paz ante tantos saboteadores que la paz tiene siempre en todos los conflictos en los que es necesario alumbrarla». ¿En qué consiste la paz? Pues ya se sabe, en resolver el «conflicto»: «el concepto de paz desde nuestro punto de vista no está vacío de contenido, sino todo lo contrario. Para nosotras tiene que ver con la democracia, la justicia social, con un proceso de cambio que permita a la ciudadanía dar por concluidos conflictos históricos, cerrar una página en términos de derechos y libertades»[12]. Lo decían parlamentarias y ex parlamentarias nacionalistas, incluidas dirigentes de Batasuna como Jone Goirizelaia, y algunas socialistas como Gema Zabaleta que habían formado un grupo llamado Ahotsak, Voces para la Paz, uno de los más acabados entramados de unión del terrorismo con el progresismo y el nacionalismo. Tal grupo, formado por mujeres, una muestra también muy interesante del feminismo violento, aglutinaba en su seno tanto a progresistas del socialismo y del comunismo como a nacionalistas, y a simpatizantes etarras, y todas ellas pedían, alegres y combativas, en la mejor línea de la propaganda etarra, el abrazo con los criminales... y las criminales, habría que añadir para mantener el espíritu feminista que las animaba.

Añádase a todo lo anterior, al proceso de paz de los progresistas con los terrorismos de izquierdas, el experto de turno en procesos de paz. El experto, especializado en vestir con jerga seudo-

universitaria los acuerdos con criminales, adorna, desde la universidad, desde los *think tank* progresistas o desde alguna capital extranjera las negociaciones con los terroristas. Por ejemplo, Vicenç Fisas, director de la Escuela de Cultura de Paz de la UAB, quien, en la negociación de ETA, durante y después, escribió varios artículos en «defensa del proceso de paz». Tras el fracaso de la negociación, en enero de 2007, expresaba su esperanza de lograr algún día la *paz* e indicaba el camino para ello, con «la autodisolución de ETA», decía, pero también con «otros componentes señalados por Ahotsak, como la democracia, la justicia social, concluir conflictos históricos y respetar los derechos y libertades de toda persona, sin excepción alguna»[13].

Y añádase también la inefable ONU, en este caso, el secretario general de la ONU en el periodo de la negociación con ETA, Kofi Annan, que, el 30 de junio de 2006, expresó su esperanza de llegar a la *paz* con los asesinos: «El secretario general desea que el proceso de diálogo con ETA que está a punto de iniciar el Gobierno español conduzca a una nueva era de no violencia y paz para el pueblo español».

Es así como la negociación con terroristas, la aquiescencia de un Gobierno democrático a negociar con los asesinos sus exigencias, se convierte en «proceso de paz», bendecido por todas las fuerzas de la izquierda y elevado al entusiasmo popular por los medios de comunicación afines. Luis R. Aizpeolea, el periodista de *El País* que hizo el seguimiento de las negociaciones del Gobierno, las convirtió incluso en una serie épica que el 17 de septiembre de 2006 y bajo el título «Los partidos vascos confían en que el diálogo político se desbloquee en enero» y el 17 de diciembre de 2006, bajo el título «El Gobierno iniciará conversaciones formales con ETA antes de un mes» incluso mereció dos grandes recuadros de *El País*, con lo que el periódico y el periodista llamaron «Principales hitos del proceso de paz».

De vuelta a la fase final de la negociación con ETA, en 2011, los intelectuales de la izquierda insistieron en la *paz*, entre ETA y la otra parte, y en el recordatorio del origen de todo esto en el universo progresista, el franquismo, claro está. Manuel Rivas escribía en febrero de 2011 sobre la «paz vasca» y nos evocaba un idílico País Vasco que no éramos capaces de ver, concentrados como estábamos en la violencia y el miedo. Animado el escritor por el surgimiento de Sortu, la nueva esperanza de la izquierda, pero firme en su recordatorio del gran mal, el franquismo, «el otro lado del terrorismo etarra», nos daba una perfecta descripción de las dos partes del *conflicto* según el progresismo: «Condenar la muerte, el crimen como arma política, eso es de verdad nacer. Muchos que lo entienden de forma meridiana respecto de los crímenes de ETA no se muestran, sin embargo, tan esclarecidos cuando se trata del holocausto español causado por una dictadura fascista e impune»[14].

El cuadro de la paz se completa, como es habitual, con los propios terroristas y sus tradicionales apoyos, los partidos nacionalistas, que, al igual que la izquierda, piden la *paz*. En una de sus múltiples manifestaciones por la *paz*, justamente el mismo día de la publicación de ese artículo de Manuel Rivas, el 19 de febrero de 2011, los nacionalistas exigieron en Bilbao la legalización de la nueva marca etarra, Sortu, con una gran pancarta que decía: *Bakerantz, legalizazíoa*. Hacia la paz, para la paz, legalización. En otra palabras, primero la legalización del brazo político de ETA, primero el reconocimiento de sus reivindicaciones, primero su integración en las instituciones democráticas, y después vendrá la paz justa, pues una vez obtenido el reconocimiento de la legitimidad de sus exigencias, ETA dejará de matar y amenazar.

## Acabemos con los muertos

Las dos justificaciones habituales de la izquierda para negociar con el terrorismo etarra, la existencia de un *conflicto* y el logro de la *paz* se complementan con un tercer motivo que el progresismo saca a pasear cuando los dos primeros no se muestran eficaces. Se trata de la apelación a los muertos que la integración de los terroristas conseguirá. Los asesinos deben recibir algún tipo de compensación, argumenta el progresismo, pues ello evitará que muera más gente inocente. El logro de un noble fin, la salvación de vidas inocentes, se esgrime sin que importe demasiado lo que haya que darle al asesino para lograr acabar con su amenaza.

No importa el cómo, importa el qué. El objetivo, la salvación de vidas inocentes. Y no importa el cómo, pues aquello que se va a negociar con ETA no desagrada a la izquierda, por lo que esa misma izquierda está dispuesta a ofrecer a la sociedad la salvación de inocentes a través de objetivos que no tiene excesivos problemas en hacer suyos, sea una reforma del Estatuto de autonomía con alguna nueva formulación del «derecho a decidir», sea una nueva relación entre el País Vasco y Navarra, sea un papel relevante para el brazo político de ETA en las instituciones, sea la promesa de beneficios penitenciarios para los presos etarras.

Así lo manifestaba José Luis Rodríguez Zapatero cuando lideraba su negociación con ETA en 2006. Frente a las críticas del Partido Popular a su negociación, replicaba en octubre de 2006 que pensaba perseverar en el objetivo de «terminar con la violencia». Y explicaba: «Es mi deber, y en política el empeño más noble es salvar vidas y garantizar la libertad de nuestros compatriotas»[15].

Alfredo Pérez Rubalcaba, el ministro de Interior que cedió al chantaje del etarra De Juana Chaos y que lo excarceló tras su huelga de hambre, en una decisión que documentos incautados a

los etarras revelaron más adelante como parte de la negociación, justificó su cesión como una decisión «para evitar muertes», para «evitar males mayores». Se trata de una solución, explicó en el Congreso, en marzo de 2007, que «menos estimule el odio y el enfrentamiento social, que no permita a los terroristas fabricar mártires e iconos, y que no favorezca a quienes siempre buscan pretextos para justificar la violencia. (...) Es una decisión que evita muertes, empezando por la que se hubiera producido con toda certeza, la de del propio De Juana»[16].

Tras el asesinato de dos personas por parte de ETA a fines de 2006 en el aeropuerto madrileño, Zapatero insistía en la nobleza de su negociación con los asesinos, nuevamente con el argumento de evitar las víctimas inocentes: «Nada ni nadie va a detener el firme derecho de los ciudadanos españoles a vivir sin bombas y sin violencia»[17]. Y, más adelante, y por si no habíamos valorado suficientemente la nobleza de su actitud al intentar evitar nuevas víctimas, citaba al familiar de uno de los dos asesinados en Barajas: «Recuerdo un familiar directo de uno de los dos fallecidos que me preguntó: '¿pero cómo han hecho eso, si usted les ha puesto una propuesta de paz?'»[18]. Unos días después, insistía en las supuestas bases morales de su negociación con los terroristas: «Porque esto es lo que los ciudadanos exigen prioritariamente a un Gobierno: que les garantice el derecho a vivir, plenamente, en paz y en libertad»[19].

¿Por qué dialogar con los terroristas? ¿Para qué ofrecerles un acuerdo desde las instituciones democráticas? Se preguntaba José María, *Txiki*, Benegas, unos días después, en reflexión sobre la negociación del Gobierno socialista con ETA. Porque después de 40 años nadie ha conseguido acabar con el terrorismo ni con sus apoyos, tampoco los Gobiernos de Aznar, se respondía a sí mismo. Y recordaba los muertos, los que Aznar no pudo evitar: «No digo que no haya habido éxitos [durante la etapa de Aznar], pero

durante la misma se producen 67 víctimas mortales por acciones del terrorismo de ETA, siendo cierto también que durante los últimos diez meses de ese periodo no sufrimos atentados mortales»[20].

El frente judicial del progresismo colaboró con la izquierda política con los mismos argumentos y muy especialmente este tercero, la evitación de muertes de inocentes. Cándido Conde-Pumpido, el fiscal general nombrado por los socialistas fue, de hecho, un activo colaborador del proceso de negociación con ETA. «Seguiré aplicando la ley para que no haya más muertos», afirmó en octubre de 2006. «La justicia no está para favorecer procesos políticos, pero tampoco para obstaculizarlos». Y explicó nuevamente la naturaleza de su «lucha»; «Lucharé para no tener que acudir a un solo funeral más». Y su visión de quienes criticaban la negociación y el papel de la izquierda judicial: «Generan tensión en la sociedad, confundiendo la justicia con la venganza y la sospecha con las pruebas del delito»[21]. Este mismo fiscal del progresismo, activo colaborador en la negociación con los criminales, también añadió aquello de que se mancharía la toga con el barro del camino, teoría sobre la Justicia que, claro está, el progresismo aplica a los crímenes de los terroristas de izquierdas y, sin embargo, considera siempre inaplicable a crímenes de terrorismos de extrema derecha.

Poco tiempo después de esta declaración de intenciones del fiscal general sobre la necesidad de «colaborar» con los terroristas para llegar a la *paz*, en diciembre de 2006, la fiscalía daba, casualmente, un giro radical en el caso del diario *Egunkaria*. De considerar unos meses atrás, justamente antes de la negociación del Gobierno con ETA, que las personas responsables de *Egunkaria*, «estaban integradas y subordinadas a ETA», la fiscalía pasaba a retirar la acusación, dejando vía libre a la absolución de los acusados.

En el otro frente del progresismo judicial, su juez más relevante, el juez Garzón, el mismo que había desentrañado la trama del brazo político de ETA durante los Gobiernos de la derecha, concluía, en enero de 2007, cuando la negociación entre ETA y el Gobierno proseguía a pesar del atentado de Barajas, que la «izquierda *abertzale*» no era Batasuna. Cambio de criterio radical respecto de él mismo en un pasado muy cercano que le servía al juez Garzón para no imputar un delito de desobediencia a Arnaldo Otegi, hombre clave en las negociaciones socialistas con ETA. Pues, argumentaba el juez, respecto a unas declaraciones de Otegi el día del atentado de ETA en Barajas que Otegi no lo hacía «en nombre de Batasuna sino en nombre de la izquierda *abertzale*». «Criminalizar las acciones de la izquierda *abertzale* diciendo que esta es Batasuna y ETA, es una reducción simplista, no ajustada a la realidad y sin justificación probatoria», afirmó el juez en uno de los ejercicios de travestismo judicial más impresionantes de la negociación de la izquierda con ETA.

Con tales referencias judiciales, el fiscal general Conde-Pumpido y el juez Garzón, no es de extrañar que acabáramos sabiendo, cuando fue publicada el acta de la reunión de ETA con el Gobierno el 22 de junio de 2006, lo que el Gobierno le había dicho a ETA en dicha reunión: «No contábamos con el nivel de ataque del PP, de la mayoría de la prensa y de la AVT. (...) Os quedará la duda, pero el Gobierno ha hecho lo imposible en el campo de la judicatura. Como ejemplo, el caso de Batasuna. Pero el PP ha encontrado un agarradero entre los jueces y las víctimas»[22]. Tras leer el terrible contenido de las actas, se entiende que la exigencia de su conocimiento público por parte de la derecha suscitara tanta carcajada en su día entre el progresismo. Tal era el grado de vileza que contenían que resultaba más práctico tildar de loco o extravagante a quien intuía la verdad de su existencia, como lo hizo el inefable Juan José Millás en aquella incalificable columna

en la que ridiculizaba la exigencia de la publicación de las actas hecha por Rajoy en el Congreso en julio de 2007[23].

Y, en el frente intelectual, no podía faltar Ignacio Sánchez-Cuenca, el autor de referencia en la solución progresista de ETA, démosles lo que pidan. Sánchez-Cuenca también apelaba al argumento de la evitación de más muertes como justificación de la negociación con los terroristas: «Cuando se achacan las muertes de Palate y Estacio al proceso de paz (y a Zapatero como responsable político en última instancia), no se habla nunca de los muertos que se han evitado gracias a la estrategia del Gobierno. El proceso de paz ha alargado decisivamente el periodo sin muertes. Si no se hubiera realizado la declaración del Congreso de 2005, si el Gobierno hubiese hecho oídos sordos a las llamadas de ETA pidiendo poner final a la violencia, los etarras quizá no habrían aguantado tanto tiempo sin matar»[24]

Sobre las diferentes explicaciones, negativas y manipulaciones varias del socialismo en torno a su negociación con ETA, cabe añadir la nota de humor corrosivo que le pusiera en su día Fernando Savater en una genial columna, cuando escribió aquello de que uno aceptaría con resignación que Habermas o Vargas Llosa lo tomen por tonto, pero «que me consideren idiota Conde-Pumpido o López Garrido, por no hablar de Pepe Blanco, vaya, es algo que le humilla a uno»[25].

## Vivir del terrorismo

Las negociaciones con los terroristas tienen habitualmente dos opositores centrales: aquella parte de la población que se ha resistido al terrorismo y las víctimas. Las segundas, las víctimas, son, en una buena parte de los casos, miembros de la resistencia al terrorismo y, precisamente por serlo, acaban siendo objetivos de los terroristas. Por lo que ambos grupos, resistencia al terroris-

mo y víctimas, están mezclados y coinciden en sus planteamientos y en su oposición a la negociación con los terroristas.

Dos tipos de razones llevan a la resistencia al terrorismo a rechazar frontalmente la negociación con los grupos terroristas. Las razones morales, en primer lugar, las mismas que han sustentado su lucha antiterrorista. No es éticamente aceptable negociar con grupos totalitarios que asesinan para lograr sus fines. Por eso se movilizaron en la resistencia al terrorismo, por esas razones morales, por eso pusieron en riesgo sus vidas o, en el menor de los casos, pusieron en riesgo su integración en la comunidad. Pues, como ya ha sido ampliamente constatado por los propios perseguidos por el terrorismo, el terrorismo tiende a provocar actitudes de rechazo hacia aquellos que se resisten al terrorismo. Un estudio del Gabinete de Prospecciones Sociológicas del Gobierno Vasco lo ponía en evidencia en febrero de 2011. El estudio, realizado entre jóvenes de entre 15 y 29 años, constataba que a la pregunta sobre vecinos poco deseables (¿Te importaría tener de vecino a...?), los jóvenes vascos ponían en el mismo nivel a los terroristas y a los perseguidos por los terroristas. A un 62% le importaría tener como vecinos a neonazis o miembros de grupos de extrema derecha, a un 55% le importaría que fueran miembros de ETA y a un 51% le importaría que fueran amenazados por ETA[26].

La segunda razón por la que los grupos de resistencia al terrorismo rechazan frontalmente el terrorismo está relacionada con las víctimas. Un Estado de Derecho debe castigar el delito y reparar a las víctimas, por lo que una negociación es inaceptable en cualquier caso, pues todas las negociaciones con grupos terroristas incluyen, obviamente, una de las reivindicaciones centrales de los terroristas, la referida a sus miembros condenados y encarcelados. Y todas las negociaciones con los terroristas conllevan

beneficios para los terroristas encarcelados. O incumplimiento de parte de sus condenas. Injusticia, en definitiva.

Por eso es tan complicado para los políticos de las democracias justificar la negociación. Las apelaciones a la solución del problema y a la consecución de la paz chocan, en último extremo, con la evidencia de la ruptura de la ética democrática y de la injusticia. Y es aquí donde la impotencia intelectual provoca algunas de las más lamentables posiciones sobre el terrorismo desde la izquierda y desde el nacionalismo. De dos tipos, el del «interés» de quienes participan en la resistencia antiterrorista y el de la «incapacidad psicológica y política» de quien ha sido víctima del terrorismo para opinar sobre políticas referidas al terrorismo. En muchos casos, ambas descalificaciones aparecen unidas, no solo porque son utilizadas por las mismas personas, sino también porque resistencia antiterrorista y víctimas coinciden.

Y coinciden, no solo porque las víctimas se convierten en muchos casos en activistas de los movimientos antiterroristas sino, sobre todo, por un movimiento en el otro sentido. Y es que quienes son miembros de la resistencia antiterrorista se convierten en muchos casos en víctimas, bien por haber sufrido un atentado o bien por haber sufrido amenazas y persecución.

Y hay dos formas perversas de descalificar e intentar deslegitimar y desactivar a ambos grupos opuestos a la negociación de los progresistas. Sugerir que el terrorismo se ha convertido para ellos en un negocio, en un modo de vida, que viven de ello, y afirmar que las víctimas del terrorismo no reúnen las condiciones de «imparcialidad» suficientes para juzgar lo que las instituciones democráticas deben o no deben hacer con los terroristas. Sobre lo primero, Felipe González tuvo su momento especial de vileza cuando, sobre Jaime Mayor Oreja, dijo aquello de que «Mayor Oreja tiene una especie de terror al vacío de que no haya ETA». Era febrero de 2011 y Sortu, la nueva marca del brazo político de

ETA, hacía su presentación en sociedad para exigir ser legalizada. En ese momento, algunos partidarios del diálogo con los terroristas volvieron nuevamente a cuestionar a quienes se oponían a las nuevas formas de integración del terrorismo en las instituciones democráticas. Convirtiendo a los resistentes, más que a los terroristas, en el problema.

No mucho tiempo atrás, un escritor vasco, desconocido también en las movilizaciones contra ETA, Pedro Ugarte, lanzaba la misma idea contra el Partido Popular, esa vez por la retirada de Josu Jon Imaz, el líder del PNV, de la política: «No sé si para España, pero desde luego para el PP la noticia no es mala sino espléndida: la caída de Imaz ayuda a perpetuar el conflicto vasco y a asegurar el futuro de los muy diversos sectores que viven políticamente (a veces económicamente) de esta tragedia colectiva»[27].

Habitualmente, sin embargo, la descalificación de la resistencia al terrorismo tiene un tinte buenista relacionado con su sufrimiento y con la incapacidad que ese sufrimiento daría para participar en el debate sobre el terrorismo. Ese era el punto de vista de Carlos Garaikoetxea, ex lehendakari y fundador de Eusko Alkartasuna, el partido que en febrero de 2011, en la época de las siguientes declaraciones, se disponía a servir de instrumento para la participación del brazo político de ETA en las elecciones. Decía lo siguiente Carlos Garaikoetxea: «Todas las víctimas merecen comprensión y respeto, y son acreedoras de una petición de perdón. Otra cosa es que alguien utilice políticamente su dolor, o que esté en condiciones de ser juez objetivo y desapasionado de una situación tan compleja»[28].

¡Ay, las pobres víctimas carentes del equilibrio necesario por el dolor sufrido! dice este tipo de buenistas del progresismo y del nacionalismo. Aquello que nadie osaría decir de quienes han sido víctimas de otro tipo de violencias, abusos o injusticia, desde la violencia de género a la discriminación pasando por la represión

de una dictadura de derechas, lo dice la izquierda, sin embargo, de las víctimas de determinado tipo de terrorismos como el de ETA. Para justificar la negociación con esos terrorismos. Francisco J. Laporta, defensor de la negociación con los etarras, abogaba por impedir la opinión de las víctimas sobre la negociación «por razones de imparcialidad», pues, si a uno le ponen una bomba, a efectos democráticos, dice el universo progresista, «deja de ser imparcial». Según Laporta, «Es hora ya, por tanto, de que tracemos líneas claras que definan el lugar de las víctimas en nuestro espacio político y nuestro sistema legal. Y que sigamos la vieja sabiduría que nos sugiere que deben quedar excluidas del proceso de toma de decisiones. Las víctimas, por definición, no deben participar ni en la política legislativa, ni en la política criminal ni en la política penitenciaria. Eso por razones elementales de imparcialidad. Tampoco en el proceso electoral. Eso por razones de decencia. Las víctimas son simplemente personas heridas por un daño cruel que se produjo, entre otras cosas, porque el Estado con su violencia institucional no estaba allí para evitarlo». Pero no solo deben callar, Laporta va más lejos, pues el problema no es tanto que las víctimas hablen, sino de lo que hablan, en este caso, de su oposición a la negociación del Gobierno socialista con ETA: «(...) harían bien en salirse del sucio mundo de la trifulca política, la información amañada y la manifestación tendenciosa». Eso sí, añadía, benévolo, no es culpa de las víctimas, pues las víctimas que se oponen a la negociación de la izquierda con los terroristas, en realidad son víctimas de nuevo: «Y [la víctima] a la indecencia de ser tratada instrumentalmente por el terror añade ahora la de ser tratada instrumentalmente por el político cínico o el informador mercenario»[29]. ¡Pobres víctimas, mira que movilizarse contra la negociación del progresismo con ETA! Es que han perdido la imparcialidad...

La historia de esta negociación ha acabado, hasta ahora, tal como quiso el progresismo, con el abrazo progresista de San Sebastián, el 17 de octubre de 2011. El abrazo progresista entre socialistas y comunistas, nacionalistas y el brazo político de ETA en lo que todos ellos habían llamado la «Conferencia para el final del terrorismo», que consistía en la escenificación pública de los acuerdos logrados a lo largo de los Gobiernos de Zapatero entre todos estos grupos. El abrazo público era la condición necesaria para que ETA emitiera poco después un comunicado de final del terrorismo que, hasta el momento de escribir estas líneas, sigue en el mismo punto de ese comunicado, es decir, con la organización terrorista aún activa, las armas en su mano, su brazo político en todas las instituciones, sus reivindicaciones en la calle y en las instituciones y con el progresismo en el liderazgo de la búsqueda de concesiones a los terroristas, comenzando por todo tipo de beneficios o «alivios» penitenciarios, pasando por la legitimación del discurso terrorista del conflicto y las dos partes y acabando por… cualquier cosa es posible.

# Apoyando a Hamás

## Israel es el responsable

Hamás es el grupo terrorista que goza del apoyo más explícito del progresismo mundial, un apoyo que procede tanto de la izquierda radical como de la moderada. A lo que se suman las simpatías de una parte de la extrema derecha. Como la del Frente Nacional francés cuyo anterior líder, Jean Marie Le Pen, declaró en 2009 que «Gaza es un campo de concentración», llamativa declaración de uno de los más conocidos negacionistas del Holocausto. De hecho, Le Pen ha sido condenado varias veces por tal motivo. Lo fue a fines de los ochenta por negar la existencia de las cámaras de gas nazis. Volvió a ser condenado a fines de los noventa por decir que las cámaras de gas fueron un «detalle de la historia», Y nuevamente en 2008 por apología de crímenes de guerra y negación de un crimen contra la humanidad, en concreto, una declaración en una entrevista de 2005: «la ocupación nazi de Francia no fue particularmente inhumana».

El antisemitismo explica las simpatías hacia el terrorismo palestino de una parte de la extrema derecha, como queda claro en la trayectoria de Jean Marie Le Pen. Y, probablemente, las explica también respecto de la izquierda y la coincidencia en los sentimientos antiisraelíes tanto desde la izquierda como desde sectores de la extrema derecha. ¿En qué consiste ese antisemitismo?

Lo explicó bien Enrique Krauze cuando escribió que, a raíz de la guerra de Gaza, afloraron dos actitudes preocupantes, una que roza el antisemitismo y otra que lo asume abiertamente. La primera, la parcialidad de informaciones y editoriales sobre el tema, como si la ofensiva de Israel se hubiera dado en el vacío, sin la provocación previa de los proyectiles de Hamás. Y la segunda, la equiparación en diversas manifestaciones de la Esvástica con la Estrella de David o de la tragedia de Gaza con el Holocausto[30].

Ahora bien, sin introducir el elemento del antisemitismo cuyo papel como componente de las simpatías hacia Hamás resulta en todo caso discutible, son los elementos tradicionales de la actitud del progresismo hacia cierto tipo de terrorismos los que encontramos con más claridad en sus posiciones respecto de Hamás.

La idea de la culpabilidad de la derecha, en primer término, sea la dictadura franquista en el caso de ETA, o sea un país «aliado del imperialismo» en el caso de Israel. Y el terrorismo de Estado, pues el uso de la fuerza física por el Estado contra el terrorismo es convertido inmediatamente en terrorismo de Estado por una buena parte de la izquierda. En la mayoría de esas posiciones de la izquierda hacia Hamás, la responsabilidad de Israel se identifica con la de Estados Unidos o, como en la posición de uno de los líderes más señalados del progresismo, Noam Chomsky, Israel se convierte, simplemente, en «un apéndice de Estados Unidos». Así lo declaraba, por ejemplo, en marzo de 2002: «Israel es una base militar estadounidense. Y una base importante. Es uno de los Estados que, como Turquía, controlan militarmente la región de Oriente Próximo en interés de Estados Unidos. Y los palestinos no tienen nada que ofrecer. No tienen ningún poder, no tienen ninguna riqueza, de modo que no tienen derecho alguno. (...) Israel es un puesto de avanzada militar de Estados Unidos. Y las acciones que emprende son acciones que Estados Unidos autoriza o alienta. Si van un milímetro más allá de lo que Estados Unidos

quiere, una voz sorda de Washington dice: 'ya está bien', y se retiran»[31].

Entre los intelectuales de la izquierda española más conocidos por la conversión del terrorismo de Hamás en una responsabilidad de Israel, se ha destacado tradicionalmente la arabista Gema Martín Muñoz. El mismo día en que Hamás ganaba las elecciones palestinas, el 25 de enero de 2006, Martín Muñoz responsabilizaba de su éxito a... Ariel Sharon: «Despreciando cualquier nivel de negociación con Mahmud Abbas, Sharon no ha hecho absolutamente nada para que ganase un mínimo crédito ante su población; por el contrario, ha invertido en la radicalización y la violencia. (...) Y no hay que ignorar que el uso del terrorismo de Hamás es la otra cara de la moneda del terrorismo de Estado que practica Israel»[32].

También en trabajos con pretensión de analíticos de la ciencia progresista se defiende la misma responsabilidad de Israel. Lo hacía Stuart Reigeluth, investigador sobre Oriente Medio, en un artículo en el que en ningún momento aplicaba el calificativo de terrorismo ni a Hamás ni a sus atentados, pero sí afirmaba, sin embargo, que el culpable del conflicto de Gaza es, en buena medida, Israel, debido a que los israelíes se retiraron de forma unilateral, sin coordinación con la Autoridad Palestina. Y, además, añadía Reigeluth, «el Gobierno israelí está librando una guerra en Gaza que no puede ganarse por medios militares convencionales»[33].

Israel ha sido culpado hasta del secuestro de sus propios soldados, que es exactamente lo que hacía John Le Carré sobre la guerra de Israel con Hezbolá: «Escribo estas líneas 28 días después de que Hezbolá capturara a dos soldados israelíes, una práctica militar bastante corriente y a la que no es ajeno el propio Israel». A lo que se añadía la habitual descalificación de Israel, en este caso, frente a Hezbolá, pues, nuevamente, el problema no está en los ataques de Hezbolá sino en los «fanáticos ilusos» de Israel: «Y

los ciudadanos de Líbano son las víctimas más recientes de una catástrofe mundial que es obra de fanáticos ilusos y cuyo final no está a la vista»[34].

Hamás es presentado, además, como la reacción del débil y aplastado frente al fuerte y opresor. «La consecuencia de treinta años de errores cometidos por Israel y Arafat», escribía Miguel Ángel Bastenier. A lo que añadía: «El terrorismo se asume en Palestina como la lucha del verdadero David, el del cinturón suicida de explosivos contra los helicópteros artillados de Goliat. El grueso del pueblo no condena un terror que siente como su sola posible revancha»[35].

En realidad, Bastenier no solo describía las actitudes mayoritarias en Palestina, también en la izquierda del resto del mundo. Con matices que van desde la inculpación de Israel por el surgimiento de Hamás hasta la abierta justificación de ese terrorismo como respuesta al «terrorismo de Estado» de Israel y pasando por las variantes sociales de las causas, siempre a medio camino entre la explicación puramente sociológica y la comprensión de esas causas. A esas causas se refería, por ejemplo, el escritor israelí David Grossman, quien, unos días después del triunfo de Hamás en las elecciones, se preguntaba por qué, por qué precisamente entonces, después de que Israel pusiera fin a la ocupación de Gaza, el pueblo palestino había elegido un movimiento extremista, fundamentalista. Y explicaba las causas: la identificación de Hamás como el artífice de la expulsión de los colonos israelíes de Gaza a través del lanzamiento de miles de cohetes Kassam y los atentados suicidas, la labor de Hamás en la creación de una red de asistencia social para pobres y desempleados y, sobre todo, la capacidad de Hamás para dar entre los palestinos «importancia a esas personas con el orgullo herido cuya vida parecía carecer de valor. Le ha brindado un sentimiento de autoestima a una generación entera de jóvenes que había visto cómo la ocupación

y la pobreza denigraban a sus padres y los convertían prácticamente en desechos humanos»[36].

La izquierda ha ignorado tradicionalmente el hecho de que la teoría de las causas no ha sido confirmada por la historia o que situaciones semejantes no han dado lugar a respuestas terroristas en todos los casos. Lo demostraba Walter Laqueur en su análisis de la historia del terrorismo[37] en el que ponía de relieve que las tres causas más alegadas del terrorismo, la pobreza, la represión y el imperialismo han dado lugar a respuestas violentas en un número muy pequeño de casos. Aún más, que el terrorismo nació y se desarrolló en bastantes de sus casos en contextos donde esas supuestas causas no existían.

Ahora bien, las causas, básicamente, las citadas más arriba, son siempre alegadas por los propios grupos terroristas como justificación de su existencia, de sus crímenes y de su perduración. Y encuentran en la izquierda la explicación sociológica oportuna o la más abierta de las solidaridades. Como en la escritora Almudena Grandes para quien la causa del odio de los palestinos se reparte particularmente entre los líderes de la derecha española, Rajoy y Aznar, pasando por la AVT. Escribía Grandes sobre la desesperación de una madre palestina que buscaba insulina para su hija diabética y localizaba los culpables… en la derecha española:

> Las pequeñas tragedias se estrellan contra las grandes palabras. Ahora que el liderazgo de Rajoy en el PP ya no es una simple crisis, sino toda una rebaja de enero, que se precipita sin remedio desde el cincuenta por ciento de descuento hacia el gran remate final, Aznar ha vuelto a pasear su melena por los escenarios. Debutó en Israel, pidiendo más caña con un lenguaje de hace medio siglo. No queremos ser rusos ni chinos, dijo, a estas alturas. Estoy segura de que le aplaudieron mucho, tanto como en el congreso de la AVT, donde se habló sin parar de justicia,

> de sufrimiento y de derechos humanos, pero nadie se acordó de los palestinos de Gaza. ¿Para qué, si les da lo mismo que el próximo presidente norteamericano sea un negro o una mujer? Gane quien gane, ellos seguirán perdiendo y nosotros, antes o después, volveremos a comprar más coches. Y cuando alguno estalle por los aires, todavía sobrarán cínicos para preguntarse de dónde ha salido tanto odio al mundo civilizado[38].

## Dialoguemos con Hamás

Identificado el culpable, Israel, bien a solas, bien en dependencia de Estados Unidos, la segunda parte del discurso del progresismo sobre Hamás, se centra en el diálogo. Pues todo terrorismo legitimado desde el progresismo debe ser objeto de diálogo o de negociación sobre sus reivindicaciones, en España, en Colombia o en Israel. El diálogo adquiere las formas habituales. Integrar a los extremistas es una de ellas. Gema Martín Muñoz escribía el día del triunfo electoral de Hamás:

> La integración de Hamás en el sistema político palestino es un factor positivo y la mejor manera de garantizar el mantenimiento del cese el fuego, que ha respetado a pesar de las provocaciones constantes israelíes. (...) Cortar la interlocución con ellos y no aceptar los resultados democráticos de las elecciones, les llevaría (a EE. UU. y la UE) a perder la ocasión de condicionar y alentar una refundación de Hamás que fuese gradualmente dimitiendo de su estrategia militar y aceptando la negociación con Israel. Claro está que eso significaría también presionar con firmeza a Israel para que negocie. Quizá sea ese el verdadero problema que no quieren afrontar[39].

Integrar a Hamás para solucionar el conflicto ha sido también la línea defendida por Henry Siegman. Desde la premisa de la responsabilidad de Israel y Estados Unidos en el asedio de Gaza con la «pretensión de anular los resultados de la victoria electoral de Hamás en 2006», el director del U.S./Middle East Project e investigador de FRIDE planteaba de la siguiente manera el necesario diálogo entre las partes: «Como es inevitable que haya un debate a cuatro bandas entre Israel, Egipto, la Autoridad Palestina y Hamás, Estados Unidos tiene la oportunidad de cambiar la trayectoria y de alentar a Israel a iniciar con los islamistas conversaciones conducentes a un alto el fuego, única manera de que cesen los ataques con cohetes Kassam contra Israel»[40].

No es fácil establecer la divisoria entre el apoyo abierto a la negociación y la vía pragmática o la defensa de la negociación como única forma de lograr el fin de la violencia. Pero lo cierto es que la segunda forma habitual que adquiere la exigencia del diálogo con los terroristas es la pragmática. La de la negociación como única manera de acabar con el terrorismo y el cuestionamiento del uso de la fuerza como el método equivocado para luchar contra el terrorismo. Nosotros no apoyamos el terrorismo, por supuesto, pero no acabaremos jamás con él si no negociamos, reiterada reflexión de la izquierda aplicada en exclusiva a determinado tipo de crímenes, los del terrorismo izquierdista, nacionalista o antiimperialista, sea ETA, Hamás o las FARC.

Gary Younge, analista de *The Guardian*, lo explicaba de la siguiente manera: «Al liquidar cualquier posibilidad de negociación, la violencia no ha echado atrás a los extremistas, sino que los ha envalentonado. Es posible que Israel quiera favorecer a la facción moderada de Fatah que gobierna Cisjordania en la actualidad. Sin embargo, la subida electoral de Hamás fue consecuencia directa del desprecio con que los israelíes los habían tratado en el pasado». De lo anterior se pasa habitualmente al cuestiona-

miento global de la llamada guerra contra el terrorismo. Y Younge lo hace de la siguiente manera:

> Entretanto, Israel ha dedicado todos sus esfuerzos a poner en práctica los mismos principios de la guerra contra el terrorismo que de tan poco le han servido a Estados Unidos, siendo el principal de ellos la errónea creencia de que los problemas insolubles en el terreno político pueden resolverse exclusivamente por medios militares, con el objetivo no solo de bombardear a los enemigos hasta que se sometan sino con el de eliminarlos por completo y luego inventarse a partir de los escombros una solución en las condiciones que más convengan[41].

No hay una solución militar, es una sentencia habitual que justifica la apuesta por la negociación desde la izquierda. La fuerza no logrará el final del terrorismo, de este tipo de terrorismo. José Luis Rodríguez Zapatero ha apelado frecuentemente a ella, a la fuerza, también para referirse a Hamás. Es decir, para referirse a Israel. Sobre la respuesta militar de Israel al lanzamiento de misiles contra su territorio desde Gaza, declaró que, aunque Hamás había tenido una actitud «irresponsable» provocando la ruptura de la tregua con Israel, este país ha reaccionado de una manera «absolutamente desproporcionada y contraria al Derecho Internacional humanitario» y que «no hay una solución militar a la crisis», a lo que Zapatero añadía el también habitual discurso de las dos partes: «la conducta de Hamás y la respuesta israelí lo único que consiguen es sumir a la región y a los pueblos que la habitan en la desesperanza y en la frustración»[42].

La ministra de Defensa de su Gobierno, Carme Chacón, insistió en la misma línea de argumentación sobre las dos partes haciendo un «llamamiento a todas las partes para que cesen las hostilidades de inmediato» y aprovechando la presentación de las nuevas Reales Ordenanzas, anunció que se incluirían en ellas

«dos principios de máxima actualidad»: «El de la distinción, que obliga a diferenciar entre combatientes y no combatientes, entre objetivos militares e instalaciones civiles» y «el de la limitación que supone la exclusión del uso de ciertas armas y tácticas que repugnan la conciencia moderna»[43]. Poco después vinieron los bombardeos sobre Libia de las fuerzas aliadas con apoyo cerrado de Zapatero y Chacón, pero a eso me referiré más adelante.

La crítica a los métodos militares ha ido acompañada tanto en el caso de Hamás y de Al Qaeda de un constante cuestiónamiento de la fuerza utilizada por Israel, en este caso, como por Estados Unidos. En el caso de Israel, además, la fuerza utilizada, las circunstancias de esa utilización y el número de víctimas han sido siempre presentadas por el progresismo desde la versión de los propios terroristas. Algunos, como Tariq Ali, han llegado a utilizar el término de «genocidio» para calificar el uso de la fuerza por parte de Israel: «A lo que me refiero es que parece como si se llevara a cabo un intento de genocidio. Cuando los niños se convierten en objetivos militares, básicamente se está intentando destruir a la próxima generación. No es un genocidio en cuanto a los números, puesto que las cifras no permiten esa calificación, pero se intenta castigar, intimidar y matar y eso me parece espeluznante». Sin embargo, en el mismo libro-entrevista del que procede la anterior valoración, Tariq Ali no tiene problemas para «entender» el terrorismo suicida:

> No es una táctica que yo particularmente apruebe, pero tomemos en consideración lo que algunos veteranos líderes sionistas han llegado a decir. (...) Debemos comprender que la realidad de la ocupación de Palestina, todas las cosas que constituyen la realidad diaria de sus habitantes —obligar a la gente a permanecer de pie durante horas en controles en los que son registrados y humillados; o negarse a permitir que mujeres embarazadas

> sean llevadas al hospital, lo que ha llegado a causar que se produzcan abortos— sirven para nutrir la desesperación. Así pues, los palestinos han recurrido a los atentados suicidas. No me gusta esa táctica, pero es una práctica indisociable de la realidad de la ocupación[44]

Bernard-Henri Lévy, uno de los escasos intelectuales europeos que ha defendido a Israel se «empotraba» en enero de 2009 en una unidad de élite del Ejército israelí para asistir a sus incursiones en Gaza y no solo afirmaba que «Gaza, una vez evacuada, se convierte no en embrión del Estado palestino tan esperado, sino en la vanguardia de una guerra contra el Estado judío», sino que recogía los testimonios de pilotos que abortaban ataques cuando identificaban a civiles y las explicaciones del ministro de Defensa de Israel Ehud Barak:

> Describe los cálculos de Hamás, que —precisamente porque sabe cuál es la forma de funcionar de los israelíes — instala depósitos de armas en un patio de una escuela, en una sala de un hospital o en una mezquita. «Una de dos», me explica en un tono en el que juraría vislumbrar la curiosidad del estratega ante una táctica inédita, «o bien estamos informados y no disparamos y, entonces, ellos ganan. O bien lo ignoramos y disparamos y, entonces, ellos filman a las víctimas, envían las imágenes a las televisiones y ganan también»[45].

Y sobre el uso «desproporcionado» de la fuerza por parte de Israel, otro intelectual europeo perteneciente a la minoría cercana a las razones de Israel, André Glucksmann, desvelaba los engaños contenidos en la exigencia de proporción a Israel en su respuesta a los ataques de Hamás. Lo hacía en forma de pregunta sobre la proporción justa que hay que respetar para que Israel cuente con unas opiniones favorables:

¿Que el Ejército israelí no utilice su superioridad técnica y se limite a emplear las mismas armas que Hamás, es decir, la guerra de los imprecisos misiles Grad, las piedras, la estrategia de los atentados suicidas a discreción, las bombas humanas y la selección deliberada de las poblaciones civiles como objetivos? O, mejor aún, ¿convendría que Israel espere pacientemente a que Hamás, gracias a Irán y Siria «equilibre» su potencia de fuego? A no ser que se trate de equilibrar no solo los medios militares, sino los fines que se persiguen. Ya que Hamás, en contra de la Autoridad Palestina, se obstina en no reconocer el derecho a existir del Estado judío y sueña con la aniquilación de sus ciudadanos, ¿querríamos que Israel imite ese radicalismo y proceda a una gigantesca limpieza étnica? ¿De verdad queremos que Israel refleje «de forma proporcional» los deseos exterminadores de Hamás?[46].

## De flotilla con los fundamentalistas

El supuesto uso desproporcionado de la fuerza fue nuevamente el argumento de la izquierda occidental simpatizante de la llamada «flotilla de la libertad» que el 31 de mayo de 2010 fue asaltada por la Marina israelí con el resultado de 9 activistas muertos y varios heridos. Varios Gobiernos occidentales condenaron inmediatamente a Israel, muy en especial el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, a pesar de que el asalto se produjo tras varias advertencias para no seguir con su acercamiento a la costa de Gaza de la Marina israelí que no fueron atendidas desde el barco, y a pesar también de que los activistas de la flotilla atacaron a los soldados israelíes que abordaron el barco.

Pero, sobre todo, lo más significativo de lo ocurrido con la flotilla fue el importante apoyo que consiguió en los círculos del pro-

gresismo occidental. En otro de tantos episodios de islamo-izquierdismo disfrazado de pacifismo y de humanitarismo. Y es que la flotilla se presentó como una expedición humanitaria para llevar ayuda a la bloqueada Gaza. No solo no importaba el papel de Hamás en ese bloqueo, es decir, su responsabilidad a partir de los ataques a Israel, sino que tampoco importaba el esencial carácter propagandístico de tal flotilla y su abierto apoyo a Hamás.

De hecho, el principal organizador de la flotilla fue la organización turca Insani Yardim Vakfi (IHH en sus siglas en inglés), un grupo simpatizante de Hamás y con conocidas redes con el fundamentalismo islámico[47]. Lo que obviamente no impidió el apoyo y las simpatías de una izquierda cercana a Hamás, aunque esa cercanía se vista de humanitarismo y se intente minimizar la actividad terrorista o la ideología fundamentalista del grupo. El problema no es el terrorismo ni el fundamentalismo de Hamás, sino Israel y sus acciones, dicta el universo progresista, por lo que Hamás es la víctima o la consecuencia de los abusos y la violencia de Israel y, consecuentemente, sus responsabilidades serían secundarias o irrelevantes.

La opción de la respuesta pacífica frente a Israel no se plantea. Son minoritarias las posiciones pacifistas como la del filósofo palestino Sari Nusseibeh, rector de la Universidad Al Quds de Jerusalén y que afirmó: «los palestinos seríamos más fuertes frente a la violencia israelí si solo recurriésemos a la protesta pacífica». Y lo son tanto entre los palestinos como entre los occidentales que toman posición frente al conflicto palestino.

Y es que el terrorismo de Hamás es para la izquierda «lucha armada» y el concepto se cuela una y otra vez en el lenguaje del progresismo occidental, en los titulares periodísticos, por ejemplo. Le ocurría a *El País* en el titular de su crónica sobre la sesión inaugural del Parlamento palestino tras el triunfo electoral de Hamás.

«Hamás reivindica la lucha armada»[48] era el titular y no «Hamás reivindica el terrorismo». Bajo ese titular se recogían las declaraciones del portavoz de Hamás Sami Abu Zuhri, «rechazamos el llamamiento para una lucha pacífica contra Israel» o «enfatizamos otra vez nuestro derecho a la resistencia armada como un derecho de los palestinos a luchar contra la ocupación».

Unos días antes, otro líder de Hamás, Mahmud Al-Zahar, explicaba a Juan Cierco en entrevista para *ABC* el significado de la lucha armada en oposición al terrorismo. Y lo hacía en respuesta a la pregunta del periodista sobre un posible desarme de Hamás:

> ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Porque Estados Unidos y Europa nos consideran terroristas? Pregúntele usted primero a sus Gobiernos, a Zapatero, a Moratinos, qué es terrorismo. ¿Era acaso terrorismo la resistencia francesa contra la ocupación nazi? Hay que desarmar a los grupos próximos a Al Fatah que han secuestrado en Gaza a extranjeros, que se han tiroteado unos a otros en sus propias elecciones primarias, que han matado a tres soldados egipcios. Nosotros usamos nuestras armas contra Israel, no contra nuestros hermanos palestinos.

Pero el periodista insistió en la posibilidad del desarme, ante lo que el líder de Hamás replicó con más dureza:

> Ya está bien. ¿Quiénes se creen ustedes que son? Usted pertenece a una sociedad que está enferma. No son nuestros dioses. Les consideramos gente enferma, un sistema enfermo. Están profundamente corrompidos por la homosexualidad, por el sida y por matar gente inocente en Iraq y en Afganistán. ¿Cómo se atreven a darnos lecciones cuando fueron ustedes, su anterior Gobierno, quienes enviaron a sus soldados en busca de armas de destrucción masiva que luego se han demostrado que no exis-

> tían? Son ustedes los que deben recibir tratamiento. No son nuestros amos ni nosotros sus sirvientes[49].

Cuando otros argumentos se debilitan, el apoyo progresista a Hamás se fundamenta precisamente en esa concepción del terrorismo expuesta por el líder de Hamás. La que relativiza el terrorismo y compara resistencias violentas a regímenes dictatoriales con las actividades de grupos terroristas. «La definición como terrorismo depende de quién arroje las bombas», escribió Robert Baer[50], un antiguo miembro de la CIA, arrepentido de su pasado, en su introducción a un libro de Reese Erlich que pretendía precisamente eso, cuestionar que grupos como Hamás fueran terroristas o, en otras palabras, justificar sus métodos.

En ese proceso de relativización, el método más eficaz es el que utiliza precisamente Erlich en su capítulo referente a Hamás, al comparar la violencia de Hamás con la utilizada por los judíos antes de la independencia en 1948:

> Para muchos palestinos, Hamás es un grupo de resistencia que lucha contra la ocupación israelí. Para los israelíes, para los americanos y para otros occidentales, Hamás es sinónimo de terrorismo. En muchos aspectos, Hamás se parece a los grupos nacionalistas y fundamentalistas judíos que combatieron la ocupación británica antes de la independencia de Israel en 1948, si bien ninguna de las partes apreciaría la comparación. En esa época, derechistas fanáticos judíos utilizaron tácticas terroristas contra los británicos y los árabes, siempre citando el nacionalismo judío y la Biblia como justificación. Hamás usa una estricta —y falsa— lectura del Corán para no hacer distinciones entre los soldados y los civiles israelíes. Después del dominio británico, los terroristas judíos se convirtieron en una parte legítima del sistema político de Israel. ¿Será Hamás algo diferente?[51].

De esta forma, el terrorismo de Hamás, no solo se reafirma ante la identificación del terrible enemigo, Israel, sino que se diluye en una relativización histórica. Y la izquierda se sitúa frente al «imperio» en la misma línea del discurso fundamentalista en la que Hamás recibe el apoyo de Al Qaeda. Entre los múltiples llamamientos de Al Qaeda en favor de Hamás, el número dos de la organización, Ayman al Zawahiri, hacía una convocatoria a los musulmanes de todo el mundo el 25 de junio de 2007 para que apoyaran a Hamás con todos sus medios a su alcance, con dinero, con armas o atacando los intereses de Estados Unidos e Israel. Decía al Zawahiri: «Hoy hemos de apoyar a los *muyahidin* en Palestina, incluyendo a los *muyahidin* de Hamás, a pesar de los errores que sus líderes han cometido en el pasado». También añadía al Zahawiri que «tomar el poder —como ha hecho Hamás— no es un fin en sí mismo sino un medio para aplicar la palabra de Dios en la Tierra» para, a continuación, instar a todos los milicianos musulmanes a unirse y prepararse ante el próximo ataque de Occidente, una «cruzada» en la que, según Al Qaeda, también participarían Egipto y Arabia Saudí.

En noviembre de 2008, y tras el triunfo de Barack Obama, el número dos de Al Qaeda volvía a reaparecer para llamar a Obama «esclavo negro de los blancos» y traicionar sus «raíces islámicas» por declararse aliado de Israel. En octubre de ese mismo año, el Athena Intelligence hacía un recuento del número de veces en que los diferentes países habían sido mencionados en los comunicados de Al Qaeda entre 1994 y 2008, con el resultado de que los Estados Unidos lo habían sido en el 67 por ciento de los comunicados e Israel era el segundo país más mencionado, en el 14 por ciento de ellos, a bastante distancia del tercer país más mencionado, Reino Unido, en un 4,9 por ciento. Lo que confirmaba con números la identificación de los dos principales enemigos según Al Qaeda, Estados Unidos e Israel.

En enero de 2009 y tras la operación militar de Israel en Gaza, iniciada el 27 de diciembre de 2008, Al Qaeda volvía a lanzar mensajes de defensa de Hamás. Fernando Reinares recogía esos mensajes de defensa de Hamás. El de Osama Bin Laden, el 14 de enero de 2009: «Los sentimientos de los *muyahidin* por los que estáis atravesando son enormes. Los *muyahidin*, como vosotros, también están siendo bombardeados por los mismos aviones, y pierden sus más queridos familiares del mismo modo que vosotros. Os apoyamos y no os vamos a abandonar, si Alá quiere. Compartimos el mismo destino de lucha». O la de Ayman al Zawahiri, una semana antes: «Mis hermanos musulmanes y *muyahidin* en Gaza y el resto de Palestina, lo que afrontáis hoy no es una ocupación de asentamientos, limitada a cierta área o cierta región, sino un eslabón en la cadena de la campaña sionista-cristiana contra el islam y los musulmanes». Y también el comunicado el 2 de enero de Abu Musab Abdelwadoud, líder de Al Qaeda en el Magreb Islámico: «gente de la yihad, musulmanes, los judíos están ante vosotros, atacadles en cualquier parte y levantaos a apoyar a vuestros hermanos en Gaza, su Estado está condenado a desaparecer»[52].

Pero tampoco esta unión con el terrorismo de Al Qaeda ha rebajado en lo más mínimo las simpatías del progresismo mundial hacia Hamás, un grupo terrorista que, junto con Hezbolá, ha recibido los máximos honores de la legitimidad en el progresismo mundial y ostenta, sin duda alguna, el primer lugar de sus comprensiones y apoyos.

# Huyendo de Al Qaeda

## El vuelco del miedo

El 14 de marzo de 2004 una democracia occidental se enfrentó a una experiencia electoral inédita hasta entonces. La votación tras un atentado terrorista masivo tres días antes de la cita electoral. No se trataba de un atentado contra un líder político, un policía, un empresario, un juez o un periodista, no se trataba de un atentado dirigido contra una persona o personas concretas previamente seleccionadas como objetivo por el grupo terrorista sino de un atentado indiscriminado. Contra unos vagones de tren elegidos al azar. Tan al azar como los vagones de metro y el autobús elegidos un año y medio después en Londres, el 7 de julio de 2005. La única elección en ambos casos era la de las ciudades, las capitales de dos importantes países europeos como lugares de gran impacto mediático y político, objetivo esencial de los atentados junto al amedrentamiento de la población. Pero cualquiera de los muchos millones de habitantes de ambas ciudades, quizá de otras ciudades de España o Gran Bretaña o del resto de Europa, podía ser objetivo del terrorismo de Al Qaeda.

Y si el miedo es el primer objetivo de todo grupo terrorista como instrumento más eficaz para doblegar a los Estados a través de la presión de las opiniones públicas, los atentados indiscriminados tienen la capacidad de lograr el máximo miedo. Cualquier

ciudadano, y no solo los policías, los militares, los jueces o los líderes políticos, puede ser el objetivo del grupo terrorista. Lo que en España se materializó a través de un vuelco de las expectativas electorales en los tres días que mediaron entre el día del atentado, 11 de marzo de 2004, y el día de las Elecciones Generales, el 14 de marzo. El vuelco del miedo. Jamás en la historia del comportamiento electoral de la España democrática se había producido un vuelco electoral respecto a lo vaticinado por las encuestas.

En ninguna de las elecciones legislativas celebradas en España desde 1977 se había producido una inversión del resultado respecto de lo pronosticado por las encuestas. Excepto en 2004, cuando las encuestas anunciaban una victoria del Partido Popular sobre el Partido Socialista con una diferencia de entre 4 y 5 puntos, y, sin embargo, el triunfo fue para el Partido Socialista, precisamente con la diferencia anunciada por las encuestas, pero en el sentido contrario. Mucho se escribió sobre ese vuelco tras las elecciones y, como cabía esperar, algunos analistas situados en el ámbito de la izquierda llegaron a asegurar que, en realidad, el vuelco electoral se estaba produciendo en los días inmediatamente anteriores al atentado. O que no era el atentado el que explicaba tal vuelco sino una campaña electoral socialista que había conseguido aumentar significativamente la intención de voto de su partido.

Y, sin embargo, los datos de la realidad nos decían algo bien distinto. Los datos de las propias encuestas preelectorales, los datos del comportamiento electoral de los españoles en todas las legislativas celebradas en democracia, los datos del propio atentado y los datos finales de la elección el 14 de marzo. Hubo una inversión en el voto respecto de la intención manifestada pocos días antes. Y entre una cosa y otra se había producido el mayor atentado terrorista de la historia de nuestro país, con 192 personas asesinadas. Es decir, se había activado el miedo, el pánico.

Pues hay otro elemento esencial en este atentado que explicaba tal reacción. La percepción del atentado como un castigo a España por su apoyo a la guerra de Iraq.

No era preciso esperar a los comunicados de los propios terroristas para que muchos españoles hicieran tal interpretación. De hecho, fue la valoración mayoritaria de la izquierda en los días posteriores al atentado. En un libro que escribí después de aquel atentado, recogía algunas de esas reacciones de la izquierda española y también de la izquierda internacional[53]. Merece la pena recuperar alguna de las más significativas. La del director de cine Pedro Almodóvar, por ejemplo, representante privilegiado de los artistas españoles de la izquierda, más tarde apodados «los artistas de la ceja» por su identificación con José Luis Rodríguez Zapatero y su campaña de propaganda con la imagen de sus cejas. Pedro Almodóvar llegó a manifestar en una entrevista realizada poco después del atentado y de las elecciones:

> Pero esta terrible semana ha culminado al fin con una noticia liberadora. La lástima es que hayamos tenido que pagar un precio tan alto para conseguir el castigo que ha sufrido el Partido Popular y la vuelta a la democracia. (...) En estos momentos estamos volviendo a ser un país democrático, cosa que habíamos dejado de ser en los últimos años. (...) Con la sangre que le caía al señor Aznar por haber ido por libre a una guerra a la que el 90 por 100 de España dijo no, es normal que el pueblo estuviera airado, frustrado, y que quisiera vengarse; ¿y qué mejor que unas elecciones al día siguiente?

Almodóvar habló de la «venganza electoral» como un medio de expresar el rechazo a la posición del Gobierno de Aznar en apoyo a la guerra contra Iraq. Y, sin embargo, tal venganza no apareció en ninguna de las encuestas preelectorales realizadas antes del atentado del 11-M. Lo que no quiere decir que no hubie-

ra una posición mayoritaria contra la guerra de Iraq en España, pues varias encuestas habían mostrado que tal era la posición de la mayoría de los españoles, muy críticos con el apoyo del Gobierno al ataque de Estados Unidos y los aliados contra Iraq. Pero dicha posición no había tenido como efecto un deterioro del apoyo electoral al PP en beneficio del PSOE, sino que la distancia entre ambos partidos y a favor de la derecha se había mantenido.

Por eso es preciso volver al atentado y a sus efectos en el voto. Y, además, a lo ocurrido en España entre el 11 de marzo, día del atentado, y el 14, día de las elecciones. Pues el otro debate planteado por la izquierda española sobre esos días fue el de la supuesta manipulación de la información por parte del Gobierno al haber mantenido la hipótesis de la autoría de ETA durante unos días. Lo más increíble de la anterior teoría es que la hipótesis sobre la autoría de ETA fue mantenida por el propio diario de referencia del progresismo español, *El País*, en su primera edición tras el atentado, de la misma manera que por la gran mayoría de analistas. Ese mismo periódico, sin embargo, no tuvo el más mínimo reparo en encabezar desde los medios la campaña contra el Gobierno de Aznar por haber mantenido una primera hipótesis igual que la de *El País*.

La posibilidad de un atentado islamista en España no había sido anticipada, prevista o sugerida por nadie, ni siquiera por los propios servicios de inteligencia. De tal manera que, cuando el atentado tuvo lugar, y a falta de una reivindicación sobre el mismo, todos los ojos apuntaron hacia el terrorismo activo y conocido en España, el de ETA, sobre el que, por otra parte, se manejaba desde hacía tiempo la hipótesis de un posible atentado masivo.

Y, sin embargo, el hecho de que el Gobierno mantuviera también esa hipótesis durante las primeras horas fue interpretado como manipulación informativa por parte del progresismo. Y sobre tal supuesta manipulación informativa la izquierda organizó la

furiosa campaña contra el Gobierno que tuvo lugar entre el 11 y el 14 de marzo. Y en la que aquella frase del portavoz socialista Alfredo Pérez Rubalcaba, «merecemos un Gobierno que no nos mienta», lideró la agitación socialista. Tal agitación tuvo un gran éxito, no porque los ciudadanos estuvieran enfadados con la supuesta manipulación, sino porque los ciudadanos necesitaban una razón moral presentable para el voto del miedo el 14 de marzo. Una excusa para expresar electoralmente el pánico a Al Qaeda, el miedo a ser objetivo de un nuevo atentado si España no atendía a las exigencias de los fundamentalistas, es decir, a la expulsión del poder, en primer término, de quienes habían apoyado la guerra contra el terrorismo liderada por George Bush. Y el Partido Socialista fabricó esa excusa en forma de perfecta campaña sobre la manipulación informativa que el 14 de marzo le dio el triunfo electoral, el primer triunfo electoral pergeñado por el miedo al terrorismo y por la agitación política de ese miedo desde el progresismo.

Cabe preguntarse en este punto en qué medida el miedo al terrorismo etarra explica el comportamiento electoral en el País Vasco. O en qué medida el voto nacionalista se fundamenta en parte en su condición de voto más protector frente a la amenaza terrorista. Las conclusiones son complicadas si tenemos en cuenta que tal voto también produce la integración en el grupo dominante de la misma forma que lo hace en Cataluña. El voto nacionalista es el voto del grupo social dominante, el voto que procura la integración social, por lo que cabría esperar que, en una hipótesis de ausencia de amenaza terrorista, la fortaleza del voto nacionalista fuera semejante. Lo anterior no es incompatible con el hecho de que muchos de los comportamientos políticos del País Vasco se explican en clave de amenaza terrorista y miedo al terrorismo.

Ahora bien, lo cierto que es que la amenaza terrorista en el País Vasco, a diferencia de la islamista, siempre ha estado dirigida hacia partes específicas de la población, hacia los grupos de personas identificadas por ETA como objetivos posibles y siempre señaladas en sus comunicados. Nunca hubo un atentado masivo e indiscriminado e incluso la hipótesis de ese atentado masivo se ubicaba en Madrid, fuera del País Vasco. Lo que no elimina el miedo como componente del comportamiento electoral, pero sí lo acota sustancialmente. Y, además, la inexistencia de un atentado masivo a las puertas de unas elecciones complica el análisis de los efectos del miedo en el comportamiento electoral en España antes del 11-M.

Lo que sí produjo el 14-M fue la habitual confluencia ideológica de la izquierda española con el nacionalismo en un contexto de reacción frente al terrorismo. Pocos días después del atentado, Juan José Ibarretxe, *lehendakari*, entonces, del Gobierno Vasco, escribía un artículo en el diario de referencia del progresismo español, saludando el triunfo socialista. No se trataba de condenar el atentado islamista sino de reivindicar el buen nombre de los vascos: «que nadie vuelva a criminalizar a los vascos y que nadie tenga la tentación de hablar de terrorismo vasco», escribía Ibarretxe, como si el terrorismo etarra fuera propio de algún otro país o como si no existiera: «Euskadi es un país pacífico, plural y democrático, que abomina la violencia y que anhela, como nadie, la paz y la convivencia». Pero, sobre todo, el líder nacionalista celebraba el triunfo socialista en las elecciones y su cercanía a las tesis de la izquierda en lo que a concepto de España y a terrorismo se refiere: «José Luis Rodríguez Zapatero se ha adelantado a decir que el terrorismo no se soluciona con guerras sino profundizando en sus causas. Nada me parece más oportuno en estos momentos que coincidir con el que va a ser nuevo presidente español»[54].

Desde la izquierda intelectual, el principal líder de *El País*, Juan Luis Cebrián, escribía el epitafio del liderazgo de Aznar en el que, sin demasiadas sutilezas, ponía sobre sus hombros, sobre su política internacional, la responsabilidad por los asesinatos de los terroristas islamistas, de la misma manera que el progresismo lo hacía en las calles:

> Había mimado de tal forma su imagen de gobernante incorruptible y capaz, el milagro económico español que sus decisiones propiciaban, su abanderamiento en la idea de una España trascendente y profunda, universal y única, como corresponde a uno de los países más importantes de la Tierra, que comprendo su decepción y su amargura, rodeado como está hoy de imágenes de cuerpos destrozados, víctimas del odio y la sinrazón, abucheado por quienes él mismo convocó a manifestarse, criticado por sus colegas extranjeros y por la prensa internacional, derrotados sus compañeros en las urnas cuando nadie daba un ápice por la victoria de la oposición[55].

De esta forma, el referente periodístico del progresismo español convertía un atentado islamista y la posterior manipulación del miedo de los españoles por parte del Partido Socialista en la responsabilidad de Aznar. Y la victoria socialista provocada por dicho atentado quedaba en su análisis libre de la sombra de los crímenes y del pánico que provocaron.

Toda la política posterior del PSOE sobre el terrorismo, tanto el interno, el de ETA, como el externo, el de Al Qaeda, estaba prefigurada en esta explotación del miedo ciudadano y en su respuesta. El diálogo o, en el caso de Al Qaeda, la huida. En forma de voto al partido que iba a conducir esa huida hacia el refugio de la seguridad, es decir, de la no provocación a los terroristas. Y posteriormente, en forma de varias decisiones sobre política interna-

cional, la retirada de tropas de Iraq, en primer término, la crítica a Estados Unidos y la Alianza de Civilizaciones.

## La provocación occidental

La misma sustancia ideológica de la llamada Alianza de Civilizaciones, liderada por el progresismo español, y a la que me referiré en el apartado siguiente, parte de la asunción de la responsabilidad occidental en el surgimiento del terrorismo islamista. Salvando las distancias de los diferentes contextos político-históricos, la teoría de la responsabilidad o provocación occidental aplicada al terrorismo islamista es equivalente a la teoría de la responsabilidad franquista respecto del terrorismo de ETA. ETA existe, era la idea mayoritaria aún en la izquierda española de los años setenta y ochenta, porque su nacimiento y desarrollo fueron producto del franquismo. En otras palabras, miremos hacia el franquismo y no hacia los propios etarras para explicar sus crímenes, también en los años de la democracia.

En el libro citado más arriba, *Terrorismo y democracia tras el 11-M* se analizan las reacciones españolas al atentado islamista del 11-M y, en particular, las reacciones de la izquierda apuntando a las supuestas responsabilidades del Gobierno de Aznar por su apoyo a la guerra de Iraq. Pero, antes, tras el 11-S, se habían producido reacciones muy parecidas en el progresismo español y occidental. Si tras el 11-M, el principal «culpable» era Aznar, tras el 11-S, los principales «culpables» habían sido Bush y la política exterior americana. El 12 de septiembre de 2001, unas horas después de los atentados del 11-S, un titular periodístico de la prensa progresista hizo méritos para la historia, negra, del periodismo. *El País* titulaba como sigue: «El mundo en vilo a la espera de las represalias de Bush». El mundo no estaba en vilo o impactado o aterrorizado por el mayor ataque terrorista de la historia de Esta-

dos Unidos y a la espera de la confirmación de su autoría, sino que, según el progresismo periodístico, lo que al mundo le atemorizaba eran las «represalias de Bush».

Lo anterior constituía el arranque inevitable para un despliegue de la teoría de las causas y de las culpas de Occidente que se prolongó hasta la llegada de Obama al poder y su asunción de todas las líneas sustanciales de Bush en política antiterrorista. El 11-M constituyó la aplicación a España de una teoría de las causas ya ampliamente desarrollada tras el 11-S. En ella confluían la izquierda radical, representada por intelectuales como Noam Chomsky, y la izquierda moderada. Desde la izquierda moderada, en España, desde *El País*, en los días posteriores al 11-S, fueron desplegados todos los argumentos de las responsabilidades occidentales en la existencia del terrorismo islamista y los atentados del 11-S.

Solo cinco días después del 11-S, un editorial de *El País* exigía ir a las causas del terrorismo: «Lo ocurrido obliga aún más a reconocer lo fundado de algunas críticas a la actual globalización. La respuesta no puede ser solo policial o militar, sino que debe dirigirse a corregir las causas de las causas. Este mundo no puede seguir acumulando las injusticias y que sigan creciendo las diferencias, ya abismales, entre los ricos y los pobres. Ese es el caldo de cultivo para una violencia global»[56].

A continuación llegarían las inculpaciones de Estados Unidos como responsable de los muchos males del universo que estarían en el origen de la furia terrorista. Estados Unidos era, sigue siendo, en el universo progresista, el responsable del antiamericanismo de los países árabes y musulmanes. Según Edward W. Said, ocho días después del atentado:

> (...) para la mayor parte de la gente en los mundos islámico y árabe, el Estados Unidos oficial es sinónimo de poder arrogante, conocido principalmente por su apoyo

> santurrón y munificente no solo a Israel, sino también a muchos regímenes árabes represivos, y por su falta de atención incluso a la posibilidad de diálogo con movimientos seculares y con gente que tiene quejas auténticas. El antiamericanismo en este contexto no está basado en un odio a la modernidad o en una envidia de la tecnología (...) está basado en una sucesión de intervenciones concretas, de depredaciones específicas y, en los casos de sufrimiento del pueblo iraquí bajo las sanciones impuestas por Estados Unidos y el apoyo estadounidense a los 34 años de ocupación israelí de los territorios palestinos, en una política cruel e inhumana administrada con una pétrea frialdad[57].

Quince días después del 11-S, Sami Naïr urgía a Estados Unidos a comprender las razones del antiamericanismo en el mundo islámico. ¿Cuáles? Las mismas que las señaladas por Said. El apoyo a Israel, «la crueldad del embargo a Iraq» y el apoyo a regímenes corrompidos y despóticos[58]. Dieciséis días después del 11-S, «el mayor peligro» era, para Mary Kaldor, que Estados Unidos no comprendiera el mensaje. ¿Qué mensaje? El siguiente: «(...) hay que cooperar para resolver problemas que tienen hondas raíces y que dan lugar a esa clase de rabia, desesperación y de fanatismo que se utilizan para justificar estos horrores»[59].

Diecisiete días después del 11-S, Rossana Rossanda elevaba el tono de las culpas de Estados Unidos y, a la pregunta de por qué se había producido el 11-S entonces y no diez años antes, se respondía a sí misma: «las acciones y reacciones de Estados Unidos han abonado el terreno de cultivo, igual que lo aumentará la insensata reacción de Bush que hará pedazos a muchos en Afganistán, pero no a Bin Laden, y no se atreverá a invadirlo: los rusos le han explicado que no lo conseguirá». Y, para acabar, la principal conclusión de Rossanda sobre el 11-S: «Bush es un loco peligroso.

No atacará a la yihad, sino a mucha gente sin culpa, y empujará a Estados Unidos a vivir asediando al mundo y a ser asediado»[60].

Menos mal que un mes después del 11-S, una voz disidente afirmaba que «no todo era culpa de Estados Unidos». Hazem Saghiyeh, columnista del periódico árabe editado en Londres *al Hayat* escribía que «ningún esfuerzo de rectificación de Occidente servirá de nada si el mundo islámico en su conjunto no revisa su propia relación con la modernidad». Y finalizaba con una reflexión sobre el papel de los intelectuales árabes, completamente minoritaria entonces y en los años que siguieron:

> En gran parte, los intelectuales árabes, que deberían fomentar el cambio, han fracasado en su tarea. En general, no se han despegado de su tradición tribal de defender «nuestras» causas frente al «enemigo». Su prioridad no ha sido criticar las terribles deficiencias con las que viven, sino destacar constantemente su «unidad». Y de esa forma están contribuyendo a su propio estereotipo antes de que lo haga cualquier adversario. Es en esta historia concreta y en esta cultura concreta, y no en un supuesto choque de civilizaciones, donde se encuentran las raíces de nuestro desdichado presente[61].

Desde entonces, todas las reivindicaciones y comunicados de Al Qaeda han insistido en la misma idea que el progresismo occidental, en la culpabilidad esencial de Estados Unidos y, en segundo término, de Israel. Las continuadas masacres, sobre todo en los países musulmanes, han afectado significativamente al importante apoyo de los árabes y musulmanes hacía Al Qaeda en la última década, como lo demuestran las encuestas de la Pew Research Center. Sin embargo, la teoría de la comprensión de las causas y de las responsabilidades occidentales en tales masacres se ha mantenido firme en el progresismo mundial.

## El fracaso de la Alianza de Civilizaciones

Apenas había nacido y la Alianza de Civilizaciones ya ha fenecido. Casi nadie se acuerda de ella, y así seguirá siendo mientras Obama siga en la Casa Blanca o mientras la intervención militar en Libia permanezca viva en las mentes de los ciudadanos occidentales. Pero no hay que descartar que futuros acontecimientos pudieran revitalizarla pues su sustancia ideológica sigue teniendo el mismo peso de siempre en el progresismo. La llamada Alianza de Civilizaciones pretende ser una alternativa a lo que el progresismo considera la respuesta de la derecha, la respuesta militar, agresiva, de fuerza, al terrorismo. A partir de la lectura manipuladora de que esa respuesta militar al terrorismo es, en realidad, una manifestación de una confrontación con los musulmanes en general. O de un deseo de la derecha occidental de buscar el conflicto con los musulmanes para preservar su cultura occidental.

La grosera tergiversación anterior de la respuesta de los Estados a Al Qaeda se basa, a su vez, en otra manipulación más descarada aún como es la que los impulsores y defensores de la Alianza hicieron y siguen haciendo con el libro que les inspiró, *El choque de civilizaciones*[62], de Samuel P. Huntington. Una manipulación enormemente sorprendente por su éxito, además, pues el libro está disponible para todo aquel que desee leerlo, pero tal evidencia no ha hecho mella alguna en quienes lo han esgrimido como guía ideológica de una supuesta derecha impulsora del choque de civilizaciones. En buena medida, por la timidez o debilidad de la derecha española y europea en general a la hora de clarificar y reivindicar sus ideas. En este caso, a la hora de hacer una tarea bien sencilla como la de recordar el contenido real del libro de Huntington.

El libro no es un panfleto ideológico, por supuesto, tal como se ha querido presentar, sino una obra destacada de uno de los más brillantes politólogos de las últimas décadas. Su objetivo es académico, analítico, y se sostiene, como todas las obras de este autor, en una ingente cantidad de datos. El objetivo de Huntington es el liderazgo de determinada línea de interpretación de la realidad social y política y ni mucho menos un frente político del estilo del que sus detractores han hecho con la Alianza de Civilizaciones.

Se trata de la línea interpretativa que considera central la cultura como fuente de explicación social, una constante de las obras de Huntington. En el mundo de la posguerra fría, afirma Huntington en esa obra, las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas ni económicas; son culturales. Eso significa que la gente se define desde el punto de vista de la genealogía, de la religión, le lengua, la historia, los valores, costumbres e instituciones. Se identifica con grupos culturales y usa la política, no solo para defender sus intereses, sino también para definir su identidad.

Y el elemento cultural, cree Huntington, puede ser una fuerza unificadora, pero también divisiva, y ocurre que las sociedades separadas por la ideología pero unidas por la cultura, se reúnen, como lo hicieron las dos Alemanias, mientras que las sociedades unidas por la ideología o por circunstancias históricas, pero divididas por la civilización, como la Unión Soviética, Yugoslavia y Bosnia, se deshacen o están sometidas a una gran tensión.

Entre otros muchos casos, Huntington utilizaba como dato sostenedor de su teoría la guerra de Bosnia. La guerra de Bosnia fue una guerra de civilizaciones, escribió:

> Los tres contendientes primarios procedían de tres civilizaciones diferentes. Con una excepción parcial, la participación de los actores secundarios y terciarios seguía

> exactamente el modelo basado en las civilizaciones. Los Estados y organizaciones musulmanas en su totalidad acudieron en apoyo de los musulmanes bosnios y se opusieron a los croatas y a los serbios. Los países y organizaciones ortodoxos en su totalidad respaldaron a los serbios y, por lo general, se mostraron indiferentes y temerosos respecto a los musulmanes. Conforme la guerra se prolongaba, los odios y divisiones entre los grupos se ahondaron, y se intensificaron sus identidades religiosas y de civilización, sobre todo entre los musulmanes[63].

La anterior es la teoría que alumbra el análisis de las civilizaciones distinguidas por Huntington, occidental, africana, sínica, hindú, islámica, japonesa, latinoamericana y ortodoxa, y la que dirige también las reflexiones del autor sobre las potencialidades del conflicto entre la civilización islámica y la occidental. Y todo eso, ese libro, esa teoría, se producía en 1996, cinco años antes de que los países occidentales empezaran a mostrar algún interés por ese posible conflicto. Algo que ocurrió únicamente tras los atentados del 11-S, a pesar de que el islamismo radical existía desde hacía décadas, siendo el mérito de Huntington su capacidad de vislumbrar la importancia de ese conflicto mucho antes de que el resto de los medios intelectuales occidentales fueran capaces de hacerlo.

Huntington, por otra parte, no se ocupaba en dicho libro del terrorismo o de las respuestas que los Estados tuvieran que dar a dicho terrorismo. Y, tras el 11-S, y cuando se le formuló desde diversos medios la pregunta inevitable, es decir, si el 11-S confirmaba su teoría del choque de civilizaciones, su respuesta fue la propia del académico que escribió el libro:

> Osama Bin Laden ha declarado la guerra a la civilización occidental y, en concreto, a Estados Unidos. Si la comunidad musulmana a la que Bin Laden intenta atraer se

> agrupa con él, se convertirá en un choque de civilizaciones. Hasta el momento parecen estar profundamente divididos. Bin Laden es un proscrito expulsado de su propio país, y posteriormente de Sudán. Los talibanes que le apoyan solo han sido reconocidos por tres de los 53 países musulmanes del mundo. Todos los Gobiernos musulmanes excepto Iraq, aunque incluyendo Sudán e Irán, han condenado su ataque terrorista. (...) Al mismo tiempo, Bin Laden parece estar ganando popularidad en la calle, especialmente en el mundo árabe donde puede estar sacando provecho del resentimiento contra los regímenes gobernantes, Israel y los ricos, el poder y la cultura de EE. UU. Como corresponde, EE. UU. no considera su respuesta como una guerra contra el islam, sino como una guerra entre una extensa red terrorista transnacional y el mundo civilizado[64].

La respuesta de Huntington no solo era básicamente académica sino que los hechos demostraron que la disyuntiva planteada tan poco tiempo después del 11-S en torno a la evolución del apoyo a Bin Laden en los países musulmanes iba en el buen camino. Las encuestas de la Pew Research Center han demostrado que, en efecto, Bin Laden consiguió un significativo apoyo entre los musulmanes tras el 11-S, pero también que dicho apoyo ha ido en descenso a lo largo de toda esta última década.

Otra cosa bien distinta es si caben las divergencias y qué divergencias respecto de las teorías interpretativas de Huntington. Y, si bien es cierto que sus análisis culturales son de una enorme brillantez, podemos ponerles algunos peros. Por ejemplo, el hecho de que la propia guerra de Libia —y cito uno de los últimos ejemplos relevantes— haya desmentido en buena medida la idea de que las sociedades se unen de acuerdo más a sus rasgos culturales que a sus ideologías, pues la coalición internacional que acu-

dió en ayuda de los rebeldes libios fue una coalición formada en su mayor parte por sociedades cristianas y pertenecientes a la cultura occidental. Pero apostaron por una parte de una sociedad musulmana a partir de unas ideas o de una ideología, las ideas de la democracia y de la libertad.

La misma sociedad norteamericana podría constituir un ejemplo complicado para las teorías de Huntington en la medida en que varias de las civilizaciones diferenciadas por Huntington, en particular la latinoamericana en los últimos años, confluyen con la llamada occidental sobre la base de unas ideas y no de una cultura, las ideas de la igualdad de oportunidades, de la libertad y de la democracia.

Pero, al margen del contenido real del famoso y manipulado libro de Huntington o de lo discutibles que puedan ser algunas de sus apreciaciones sobre los efectos de las culturas, lo cierto es que el progresismo ha construido esta pasada década una supuesta alternativa al choque de civilizaciones o a la guerra de civilizaciones a partir de la asunción de que Bush lideró, con el apoyo de presidentes como José María Aznar o Tony Blair, una guerra contra los musulmanes o contra la civilización islámica. «Se abre una encrucijada», escribió la ministra italiana para Políticas Juveniles y Actividades Deportivas, Giovanna Melandri, en enero de 2008, cuando Obama aún no había sido elegido y la Alianza de Civilizaciones estaba en su máximo esplendor, la encrucijada de «coger la vía del enfrentamiento de civilizaciones teorizada por Huntington... o gestionar juntos el espacio del compartir»[65]. Lo escribió con motivo del Foro de la Alianza de Civilizaciones organizado por Zapatero en Madrid en enero de 2008 y desconozco si, después de aquello, fue cesada en su país por deficiencias educativas en Ciencias Sociales y peligrosa ignorancia.

Claro que políticos más importantes que ella, un presidente como Zapatero especialmente, habían exhibido esa ignorancia

desde mucho antes e incluso habían comprometido la atención de Naciones Unidas y muchos millones de euros para sostener la falsedad de una Alianza de Civilizaciones opuesta a un supuesto choque de civilizaciones. Justamente unos días después de ser elegido, el 24 de marzo de 2004, Zapatero ponía en marcha la propaganda sobre la Alianza: «Diálogo intenso de civilizaciones y no choque entre civilizaciones»[66]. Y lo concretaba a bombo y platillo en septiembre de ese mismo año en la 59ª Asamblea General de Naciones Unidas. El diario *El País* recogía al día siguiente con plena fidelidad y no menor entusiasmo propagandístico el mensaje de Zapatero. En su página dos, izquierda, el titular rezaba: «Bush defiende la guerra de Iraq». Y en la página tres, derecha, en contraste con lo anterior: «Zapatero propone una Alianza de Civilizaciones con el mundo islámico»[67].

Establecido el mensaje progresista esencial, la izquierda pacifista y dialogante frente a la derecha militarista y violenta, el resto del amplio despliegue sobre Zapatero incluía los mensajes básicos de la propaganda de la Alianza de Civilizaciones lanzados por Zapatero en su discurso en Naciones Unidas. Primero, la Alianza es defendida por los pacifistas porque «la paz es una tarea que exige más valentía, más determinación y más heroísmo que la guerra», pues, obviamente, postula el universo progresista, sentarse a buscar un acuerdo con un terrorista es infinitamente más arriesgado que intentar detenerlo. Segundo, el terrorismo no tiene justificación, pero tiene causas, y por eso «la corrección de las grandes injusticias políticas y económicas que asolan el planeta privaría a los terroristas del sustento popular». A lo que hay que añadir el conflicto de Oriente Próximo, es decir, el Estado palestino y las culpas de Israel, «Israel podrá contar con la comunidad internacional en la medida en que respete la legalidad internacional; y el trazado del muro de separación no lo hace». Y, cuarto, la Alianza es un proyecto de legalidad, frente a la ilegalidad de la

derecha con la guerra de Iraq, pues «la paz y la seguridad en el mundo exigen el respeto a la legalidad», es decir, a las resoluciones de Naciones Unidas y a la Corte Penal Internacional.

Unas páginas más adelante, el editorial del propio diario recalcaba las diferencias de la propuesta de Zapatero respeto a la derecha, la de Bush: «Horas antes, George Bush había hablado en esa misma tribuna, sin propósito alguno de enmienda sobre el tremendo lío que ha generado con su invasión de Iraq»; y la de Aznar: «Es espectacular el contraste entre un gobernante que se presentó como 'de un país antiguo y diverso, con diversas lenguas, con distintas tradiciones', y la imagen arrogante de una España monolítica que ofrecía Aznar»[68].

Poco tiempo después, un representante de la dictadura egipcia, el secretario general de la Liga Árabe, Amer Musa, reiteraba en una visita a Madrid, en octubre de 2005, el mensaje de la Alianza sobre los «extremistas de los dos lados», es decir, Bush, Aznar y otros dirigentes democráticos por un lado, y los terroristas, por otro: «Son los extremistas de uno y otro lado los que están generando un choque de civilizaciones», palabras de Musa que constituían el gran titular de la entrevista que el diario *El País* publicaba[69]. Nuevamente, el progresismo occidental se entusiasmaba en su acuerdo con los dictadores árabes en la equiparación de los terroristas islámicos y los «otros extremistas», es decir, los líderes de la derecha.

Y es que para los dirigentes de la Alianza, desde Zapatero al líder turco Recep Tayip Erdogan, no había por aquel entonces problema alguno con la existencia de dictaduras en todos los países árabes y una buena parte de los musulmanes, de ahí que fuera perfectamente pertinente que el representante de una dictadura como el secretario general de la Liga Árabe diera lecciones de tolerancia y moderación a los dirigentes democráticos. Ese no era el problema para el progresismo, sino más bien lo era la respuesta

policial y militar al terrorismo islamista o combatir con el empleo de la fuerza a los grupos terroristas, las «tentaciones de la guerra», en palabras de Zapatero. Así lo explicaba el propio Zapatero, en compañía de Erdogan, con motivo de una reunión en Turquía con el primer ministro turco, el 13 de noviembre de 2006: «Ya hay una Alianza de Civilizaciones, ya hay Gobiernos e intelectuales dispuestos a combatir el fanatismo con el diálogo. Somos un gran espacio que reducirá las tentaciones de quienes recurren fácilmente a la guerra, demasiado fácilmente». Y, aún más, para recalcar la diferencia entre la *pacifista* Alianza y los *violentos* que hacían la guerra contra Al Qaeda, añadía: «Frente a los que quieren sacrificar la paz para defender nuestros valores debemos alzar nuestra voz para decirles que la paz es el último de nuestros valores que estaríamos dispuestos a sacrificar. Porque sin paz no hay libertad, no hay justicia, no hay dignidad, no hay prosperidad».

Con motivo de la citada reunión en Turquía, Zapatero y Erdogan publicaron un artículo en la prensa española en el que explicaban una vez más su receta para el fin de la violencia y los problemas del mundo islámico. Y el problema era, como ya lo estaban aclarando desde 2004 y desde la presentación del programa de la Alianza de Civilizaciones en Naciones Unidas, la confrontación de Occidente con los países musulmanes: «Uno de los mayores retos que afrontamos actualmente es revertir la actual interacción negativa y desconexión entre Occidente y el mundo islámico, ruptura que está favoreciendo la involución hacia políticas basadas en la identidad en las que florece el extremismo»[70]. Ni una sola palabra contenía el artículo sobre las dictaduras y la represión en el mundo islámico y, sobre todo, en torno a la responsabilidad de los propios fanáticos en desarrollar y expandir su fanatismo.

Un día después, el embajador Máximo Cajal exponía las diferencias entre la ideología de la Alianza de Civilizaciones y la del

Gobierno anterior de José María Aznar: «Es la ideología, ciertamente, lo que marca la diferencia. La que está en las antípodas de aquel otro pensamiento que fue tomando cuerpo en la política exterior española a lo largo de los ocho años anteriores. Se resumía este en el unilateralismo, en el atlantismo exacerbado, en los desastres de la guerra y en un mal disimulado desprecio por las Naciones Unidas herencia del pensamiento neoconservador, fuente de la que con tanta fruición sigue bebiendo entre nosotros»[71].

La Cumbre de la Alianza en Estambul en abril de 2009 constituyó su última gran presencia mediática internacional. Obama acudió a Estambul, pero no a la reunión de la Cumbre, tal como se esperaba desde la Alianza. Su continuidad con las políticas de Bush en materia antiterrorista comenzaba a ser evidente, como ya lo confirmaría él mismo con el discurso que haría unos meses después con motivo de la entrega del Premio Nobel de la Paz. Las revueltas contra las dictaduras árabes que empezarían un año y medio más tarde constituirían la puntilla de un ocaso que comenzó su andadura en Estambul en abril de 2009.

Y para tal ocaso, nada más significativo que las palabras de Mehmet Aydin, copresidente del grupo de Expertos de la Alianza y ministro de Estado de Turquía que ofrecía una entrevista al diario *El Mundo*. A la pregunta de la periodista Carla de la Vega sobre las iniciativas concretas llevadas a cabo por la Alianza, Aydin destacaba la siguiente:

> Primero, el apoyo financiero está aumentando. Nadie invierte dinero en algo que no tiene futuro. Segundo, hemos creado un mecanismo rápido de respuesta para los medios de comunicación, formado por expertos. Un ejemplo muy claro de acción fue cómo conseguimos que la película *Fitna* del parlamentario holandés Geert Wilders no causase las mismas dificultades que la crisis de

las caricaturas. Lo logramos trabajando juntos. Nos pusimos en contacto rápidamente con los políticos y líderes del país para advertirles de que deberían negar toda conexión con la película y censurarla[72].

El problema que la Alianza resolvía, por tanto, era la crítica de una película europea al islam y no el fanatismo de los fundamentalistas, pues, como ya habían clarificado una y otra vez los líderes de la Alianza, el problema estaba en primer término en las actitudes occidentales. En las películas europeas antes que en los asesinatos terroristas de los fundamentalistas, he ahí un perfecto resumen del espíritu progresista de la Alianza de Civilizaciones.

La muerte de Bin Laden a manos del Ejército americano en mayo de 2011 constituyó el punto final de la capacidad propagandística y política de la Alianza. Pues Obama, el líder esperado y anhelado del progresismo, hizo lo que Bush habría hecho y, además, lo justificó con las palabras que Bush habría utilizado. La misma noche de la muerte de Bin Laden, Obama se dirigió a los americanos y les explicó sus cinco ideas: *1*) Al Qaeda nos declaró la guerra, por lo que fuimos a la guerra contra Al Qaeda; *2*) Di la orden de capturar a los terroristas, a Bin Laden, vivos o muertos; *3*) Estados Unidos está en guerra contra Al Qaeda; *4*) Se ha hecho justicia contra Al Qaeda; y *5*) Es el patriotismo el que ha hecho posible la defensa y resistencia de Estados Unidos: «Hemos podido hacerlo, no por la riqueza y el poder sino por quienes somos: una nación, bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos».

Unos meses después, y con motivo del décimo aniversario del 11-S, Obama se dirigió nuevamente a los americanos a través de un artículo publicado en *USA Today* el 8 de septiembre de 2011, para reiterar las ideas expuestas tras la muerte de Bin Laden:

> Este es el verdadero espíritu de América que debemos reivindicar en este aniversario, la bondad y patriotismo

> del pueblo americano y la unidad que necesitamos para avanzar juntos, como una nación. (...) Los autores de aquellos ataques querían aterrorizarnos, pero no han podido con nuestra fuerza y resistencia. Hoy, nuestro país es más fuerte y nuestros enemigos más débiles. Y aunque hemos hecho justicia con Bin Laden y colocado a Al Qaeda en el camino de la derrota, nunca vacilaremos en la tarea de proteger nuestra nación[73].

El 10 de septiembre, Obama reiteraba el mensaje a través de la radio: «Hemos combatido a Al Qaeda como nunca antes. A lo largo de los últimos dos años y medio, han sido eliminados más líderes de Al Qaeda que en todo el periodo transcurrido desde el 11-S. Y gracias al extraordinario coraje y precisión de nuestro Ejército, finalmente, hemos hecho justicia con Bin Laden».

El círculo del debate iniciado tras los atentados del 11-S y plasmado más adelante con la oposición entre la Alianza de Civilizaciones y la respuesta militar al terrorismo se había cerrado. Obama, el líder esperado del progresismo europeo y americano, el que iba a encarnar los valores de la Alianza de Civilizaciones, como lo creyó la propia Academia sueca que le otorgó el Nobel de la Paz, acabó haciendo, diciendo y defendiendo lo mismo que George Bush.

Diez años antes, el 20 de septiembre de 2001, Bush había afirmado ante una sesión conjunta del Congreso:

> Nuestra guerra contra el terror comienza con Al Qaeda, pero no acaba ahí. No acabará hasta que todos los grupos terroristas de alcance global hayan sido encontrados, detenidos y derrotados. (...) Esta lucha no solo es de Estados Unidos. Lo que está en juego no es solo la libertad de Estados Unidos. Esta es la lucha del mundo. Esta es la lucha de la civilización. Esta es la lucha de todos los que creen en el progreso y el pluralismo, la tolerancia y la

> libertad. (...) Compatriotas, combatiremos la violencia con justicia y paciencia, seguros de la rectitud de nuestra causa y confiados en las victorias que llegarán.

Con la nueva perspectiva de una política antiterrorista al final continuada por quien supuestamente tenía una alternativa, se entiende que la opinión pública americana cambiara significativamente su punto de vista sobre la gestión del 11-S por parte de Bush desde enero de 2009, nada más ser elegido Obama, y agosto de 2011. Según los datos de las encuestas de la Pew Research Center, si la aprobación de la gestión del 11-S por parte de Bush era en enero de 2009 de un 24% (60% entre los republicanos, 9% entre los demócratas y 20% entre los independientes), dicha aprobación había subido al 56% en agosto de 2011 (84% entre los republicanos, 39% entre los demócratas y 55% entre los independientes)[74].

En este contexto, el propio periódico de referencia de los demócratas americanos, *The New York Times*, reconocía el propio 11 de septiembre de 2011 que el 11 de septiembre se había convertido en una de las grandes paradojas de la presidencia de Obama. Los periodistas Mark Landler y Eric Schmitt escribían que Obama

> es el líder demócrata que se opuso a la guerra de Iraq y que está retirando las tropas de Iraq y Afganistán pero que se ha significado al mismo tiempo como un letal e incansable cazador de terroristas. Es el presidente que prohibió la tortura en los interrogatorios de los sospechosos de terrorismo y que abogó —sin éxito, hasta ahora— por el cierre de la prisión militar de Guantánamo, pero es también quien ha llevado a cabo más ataques de aviones no tripulados en Pakistán en su primer año de presidencia que los llevados a cabo por Bush en toda su presidencia. En ese proceso, ha dicho la Casa Blanca, ha matado a

más líderes de Al Qaeda en los dos años y medio últimos que todos los que eliminó Bush[75].

Toda esta realidad de la asunción de algunos postulados neoconservadores por parte de Obama explica sobre todo que el décimo aniversario del 11-S registrara una reacción mucho menor del progresismo sobre la Alianza de Civilizaciones. De hecho, nadie habló ya de ella. Y las reflexiones sobre las responsabilidades de Occidente, el «odio que engendró odio», como escribió Ahmed Rashid en *The New York Times* apuntando a la culpa de Occidente en el terrorismo fundamentalista[76] fueron minoritarias.

Solo la izquierda radical apuntó nuevamente hacia ese discurso. Noam Chomsky y sus émulos de los diferentes países hicieron las intervenciones esperadas sobre los males del militarismo y la necesidad de dialogar con los terroristas. Pero quedaron aislados en un momento político en que la socialdemocracia, en plena guerra de Libia en ese momento y con su líder americano, Obama, haciendo de Bush, poco podía decir o reivindicar. Y no lo hizo. Simplemente, dejó fenecer la Alianza de Civilizaciones. Hasta nuevo aviso, es decir, hasta la llegada de la derecha al poder en Estados Unidos.

# Comprendiendo a las FARC

## Los idiotas útiles

Lord William B. Mostyn era presidente de la Cámara de Lores británica cuando se produjeron los atentados del 11-S. Pocos días después de aquellos crímenes, reflexionaba a la manera en que lo hicimos muchos españoles por esa época, en nuestro caso, en relación con ETA, en el suyo, en relación con el IRA: «Ahora, EE. UU. se dará cuenta de que el Ejército Republicano Irlandés es realmente una organización terrorista y de que no debe seguir permitiendo la recogida de fondos para subvencionarlo porque el grupo depende en gran medida del dinero que llega desde allí». Lo dijo en una visita a España, pocos días después de los atentados del 11-S. También añadió que, a largo plazo, tiene que haber una defensa unida de las naciones civilizadas contra el terrorismo y que hay que avanzar en la agilidad de las extradiciones para evitar trabas que sirvan de refugio legal a los terroristas.

Lord Mostyn pensaba en el IRA, otros pensábamos en ETA. Yo misma, a partir de la experiencia de entrevistas diversas que había realizado en Estados Unidos en el marco de una estancia con la Fundación Eisenhower, como Eisenhower *Fellow* de España ese año, justamente en la primavera de 2001, pocos meses antes de los atentados del 11-S. Entrevistas en las que encontré significati-

vas comprensiones hacia las «razones» y «causas» de los terrorismos de otros países, el terrorismo de ETA incluido, y en las que era evidente la influencia histórica de la inexistencia de un grupo terrorista fuerte en Estados Unidos o una percepción clara sobre un terrorismo de tipo nacional que actúa dentro de las propias fronteras y constituye una amenaza para los ciudadanos del país.

Tales experiencias, en los casos anteriores, en Estados Unidos, pero igualmente en muchos países de Europa, son las vividas habitualmente por los colombianos en las últimas décadas en una buena parte de sus contactos internacionales. Con la simpatía o comprensión hacia las supuestas causas de sus dos grupos terroristas de extrema izquierda, las FARC y el ELN. No así hacia el tercer grupo terrorista, claro está, las AUC, de respuesta a ambos terrorismos. Lo que hace el caso colombiano aún más peculiar e interesante en cuanto a simpatías y apoyos extranjeros se refiere, pues unos terrorismos han sido bienvenidos en los lugares supuestamente más democráticos del mundo mientras que otros, procedentes del mismo país, del mismo periodo y del mismo «conflicto», han sido rechazados y repudiados. Comprendidos los terroristas de extrema izquierda y condenados los terrorismos de respuesta.

El fenómeno, que ha afectado a varios países, España, Colombia, Gran Bretaña, Italia, Perú, Argentina, forma parte de lo que Catherine Simón llamó «idiotas útiles» en un libro publicado en 2009 sobre la historia de los llamados «pies rojos», los franceses que, tras la independencia de Argelia, hicieron el camino opuesto a los «pies negros»[77]. Mientras cuatro de cada cinco europeos dejaban Argelia a fines del verano de 1962, varios miles de franceses se dirigieron hacia allí para ocupar los puestos vacantes y, sobre todo, para participar en la construcción del socialismo de la nueva Argelia.

Troskistas, antiguos comunistas, cristianos de izquierdas, creían que Argelia suponía otro gran momento histórico para la revolución socialista, mezcla de revolución cubana, guerra de España y resistencia. Pero lo que descubrieron fue el poder del islam, la ausencia de democracia, la corrupción, el machismo. Y tras el golpe de Estado del coronel Boumediene, sufrieron la persecución y la clandestinidad. La mayoría salió de allí. Unos pocos se quedaron largos años, como Jean Marie Boëglin, que se fue a Argelia en los años sesenta para crear el Teatro Nacional argelino y que volvió a Francia en 1981. Él mismo se ha definido como un «idiota útil», la fórmula utilizada por Lenin para referirse a los apologistas europeos del régimen soviético.

La mayoría de esos pies rojos, sin embargo, ni hablaron, ni hicieron autocrítica de esa experiencia. Como la inmensa mayoría de aquellos intelectuales que Paul Hollander había llamado muchos años antes, en 1981, «los peregrinos políticos», los cientos, quizá miles, de intelectuales que a lo largo del siglo XX se sintieron atraídos por las dictaduras comunistas e hicieron peregrinaje por dichas dictaduras, las apoyaron e intentaron legitimarlas en el seno de los países democráticos.

Resulta difícil entender hoy, escribía Paul Hollander a principios de los años ochenta, cuán extendida estaba a finales de los años veinte, durante los años treinta y a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, la atracción por la dictadura soviética. El primer libro de Hollander sobre esta cuestión es, sin embargo, un escalofriante compendio de las múltiples barbaridades que tantos y tantos intelectuales hoy recordados incluso con veneración escribieron en otras épocas. Pablo Neruda, por ejemplo, quien, recuerda, Hollander, fue ganador del Premio Stalin y defensor de toda la vida de la Unión Soviética, escribió: «Amé la tierra soviética desde la primera mirada, y comprendí que no solo ofrece una lección moral para cada rincón del planeta donde exista vida huma-

na, una vía para comparar las posibilidades, un progreso creciente al trabajar juntos y compartir, sino que tuve la sensación de que un vuelo extraordinario saldría de esa tierra... La raza humana entera conoce qué verdad colosal ha sido labrada allí (...)»[78]. Simone de Beauvoir escribió sobre la dictadura china que «... la vida en la China actual es excepcionalmente agradable. (...) Una profusión de sueños acariciados quedan sancionados con la idea de un país donde el Gobierno paga al pueblo su paso por la escuela, donde generales y hombres de estado son escolares y poetas»[79].

¿Qué ha cambiado desde entonces? Muy poco, ciertamente. Pues la izquierda sigue poblada de idiotas útiles prestos a justificar sistemas autoritarios y ataques a la libertad en nombre de la justicia social o de la igualdad. Han cambiado, eso sí, los contenidos identitarios de la izquierda en la actualidad. Los regímenes comunistas perdieron su fuerza y su prestigio. Y nuevas causas se han desarrollado en los últimos años. La justicia social en los países musulmanes, el derecho a las identidades, sean nacionales, sexuales o lingüísticas, el ecologismo y el feminismo o el pacifismo. El viejo socialismo se mezcla con las nuevas causas. Y lo que en los años sesenta eran los regímenes comunistas o las liberaciones nacionales en el Tercer Mundo son hoy las causas de los países opuestos al poder americano, el ecologismo radical o el multiculturalismo en los países más desarrollados. Como reflejo más extremo de todas las «causas» anteriores, los terrorismos de extrema izquierda, ultranacionalistas e, incluso, islamistas. Y, entre todos ellos, en un lugar de honor para los peregrinos políticos de los últimos años, los terrorismos de extrema izquierda de Colombia.

Pocas horas después de que Álvaro Uribe jurara su cargo como presidente de Colombia, el 7 de agosto de 2002, un conocido «pacifista» español, Máximo Aguirre, significado también en la ape-

lación al diálogo con otros terroristas, exigía responsabilidades al Estado colombiano, no a los terroristas, y urgía a Uribe a una negociación «por la paz». Escribía Aguirre que Colombia tenía dos opciones: o una reforma amplia de las instituciones con el fin de reconstruir el Estado o «solo una reforma del sistema de seguridad para derrotar a las guerrillas». Y lo segundo era malo, proseguía, pues incluiría a Colombia en la guerra contra el terrorismo de EE. UU. y agudizaría el conflicto. «No se cumplen las condiciones del Estado moderno» en Colombia, escribía, si bien olvidaba responsabilizar a los terroristas de que el Estado estuviera desaparecido en una parte del territorio. Por lo que, lógicamente, Aguirre no llegaba a la sencilla conclusión de que si el Estado acababa con el terrorismo, los territorios colombianos controlados por los terroristas serían libres, y, por lo tanto, se restablecería el Estado desaparecido. No, eso, liberar territorios del control terrorista, era más bien peligroso, según Aguirre:

> Colombia corre un serio peligro si el nuevo presidente orienta su política solamente hacia la lucha contra el terrorismo y así confirma que su país debe estar en la lista de los objetivos de la guerra contra el terrorismo global del Gobierno estadounidense. Desde 1998, Colombia está recibiendo la mayor ayuda militar de Washington del mundo, con excepción de Oriente Próximo. La política estadounidense está orientada crecientemente al uso de la fuerza y a la presión antes que a la cooperación y las negociaciones. Colombia quedaría atrapada por la violencia externa e interna[80].

Lo anterior es una buena muestra de la lectura realizada por el progresismo del terrorismo colombiano, por la izquierda europea, por la estadounidense y, por supuesto, por la propia izquierda colombiana. Según la lógica progresista, la fuerza del Estado es peligrosa y poco conveniente y lo que hay que hacer es refor-

mar y fortalecer el Estado, aunque los problemas del Estado hayan sido causados por esos grupos terroristas a los que no hay que perseguir con la fuerza sino a los que hay que ofrecer una negociación de la *paz*.

En la misma línea de Máximo Aguirre, Pilar Lozano publicaba en 2005 en *El País* un amplio reportaje sobre el llamado Plan Patriota de Álvaro Uribe, el intento de recuperar para el Estado de Derecho los territorios controlados por las FARC, los territorios sin ley donde la democracia no existía en Colombia. Y, sin embargo, este proceso era presentado con una entradilla en la que se destacaba que «El control sobre la población civil es clave para los dos bandos», estableciendo así, no solo la equiparación entre Ejército y terroristas, «los dos bandos», sino también la supuesta correspondencia entre métodos y objetivos de terroristas y Ejército, «el control de la sociedad civil». Pues la dictadura terrorista de las FARC sería, al parecer, comparable con el Estado de Derecho. El resto del artículo se dedicaba a destacar los «males» causados por lo que ya se había definido como «control de la sociedad civil»: «La ocupación del Ejército comenzó en abril de 2004. (...) Para la población civil, la llegada de las tropas del Ejército fue agresiva. 'Para los soldados, todos éramos guerrilleros', recuerda una mujer. (...) 'El Plan Patriota es contra la población civil, no contra la guerrilla', Esta es la queja general. (...) ¿Vale la pena este despliegue de fuerza y de poder en un área inhóspita y deshabitada?»[81].

No mucho tiempo después, en otro artículo del geógrafo Jordi Borja sobre la violencia en Colombia, no aparecían por ningún lado los terrorismos de extrema izquierda de las FARC y el ELN, y, además, se consideraba que la violencia legítima del Estado colombiano, la de los terroristas de las AUC y la de los narcotraficantes, formaban parte de un mismo entramado definidor de la violencia colombiana y todos ellos representaban, además, la vio-

lencia de los privilegiados para mantener sus riquezas, privilegios y poder. Tesis propias de la extrema izquierda antidemocrática como las siguientes fueron defendidas por este geógrafo en *El País* no en los años sesenta, sino hace no mucho tiempo, en 2006: «Los llamados 'paramilitares'. (...) Grupos armados promovidos por terratenientes y ganaderos inicialmente para enfrentarse a la guerrilla que se han convertido de hecho en una fuerza política vinculada a algunos sectores del 'uribismo' (el conglomerado heterogéneo que apoya al presidente Uribe) y que representan el peor conservadurismo colombiano: la violencia masiva para defender los privilegios más anacrónicos y clasistas de la sociedad rural y su influencia sobre el Estado».

Y por si no hubiera quedado clara la presentación del presidente Uríbe y su partido como socios del terrorismo de extrema derecha y de los narcotraficantes, aún quedaba más en el artículo de Borja: «En nombre de la paz, de la seguridad y la democracia ocupan posiciones de poder unas derechas autoritarias, con ramalazos fascistoides, que utilizan a los paramilitares, toleran y se benefician de los narcos, se apoyan en la colusión de sectores del Ejército y de la Justicia con paras y narcos y garantizan la impunidad de todos»[82].

En comparación con lo anterior, *Colombia en su laberinto*[83], un libro publicado en 2008 por un grupo de españoles parecía, parece, incluso, un análisis sutil del terrorismo colombiano. Si no fuera por el reseñable dato de que se trata de un libro sobre la violencia en Colombia que carece de un capítulo sobre el grupo terrorista más sanguinario de ese país, las FARC, o el hecho de que apenas aparece el término «terrorismo», o por el detalle de que el concepto utilizado es el de «conflicto armado». Lo anterior da una idea de que un trabajo que pretende ser un estudio universitario sobre la violencia en Colombia constituye, sin embargo, una lectura ideologizada sobre la violencia en la que el terro-

rismo es convertido en «conflicto armado», y una vez hecho lo anterior, la violencia legítima del Estado es transformada en una violencia equiparable a la de los grupos terroristas. Con el avance, eso sí, respecto a las lecturas de la extrema izquierda, de que en este libro se reconoce la existencia tanto del terrorismo de las AUC como de las FARC y del ELN.

Lo anterior se envuelve, como tantas veces, en una jerga supuestamente académica, «asuntos y dinámicas que ocurren en el ejercicio de la violencia política», «la conformación de los grupos armados puede leerse en claves de la teoría sobre los conflictos», «Los actores armados, los grupos guerrilleros ilegales, los grupos paramilitares ilegales, el Ejército, actor armado legal». Jerga de la que se concluye un supuesto conflicto en el que la diferencia entre terroristas y Ejército, entre sistema democrático y terrorismo, entre Estado de Derecho y criminales, queda completamente diluida, ignorada, a favor de una equiparación de todos ellos, FARC, ELN, AUC y Estado democrático. «Violaciones masivas y sistemáticas de derechos humanos, graves infracciones al derecho humanitario cometidas en el contexto de las operaciones militares por todos los actores armados», y «un número alarmante de víctimas civiles y la incertidumbre de cara a las salidas políticas que se practican para solucionar una confrontación prolongada en el tiempo y arraigada en la sociedad (...)», escriben los autores a modo de conclusiones. Como en otros tantos lugares con terrorismos de extrema izquierda, se trataría, en definitiva, de un conflicto que hay que solucionar políticamente, dicen los autores en su supuesta aproximación científica a la cuestión. Y es que el progresismo tiene una capacidad infinita para llamar ciencia o estudio universitario a cualquier texto ideológico, también cuando tal texto se refiere al terrorismo.

En un gran libro sobre el terrorismo colombiano, escribió José Obdulio Gaviria Vélez que es en el terreno del verbo donde se

dan los más transcendentales combates de la confrontación de los violentos contra el Estado colombiano[84]. Tan solo añadiría que su reflexión es aplicable no solo a la confrontación de los violentos contra el Estado colombiano sino a otras confrontaciones de otros terrorismos y de sus seguidores o justificadores contra otros Estados democráticos. «Actor armado» es uno de los muchos ejemplos del perverso uso del verbo que Gaviria Vélez desgrana en su libro, cuando recuerda, por ejemplo, el lenguaje lleno de eufemismos apaciguadores que la política de abandono de la función estatal creó entre 1994 y 2002. Los propios presidentes y ministros de Defensa hablaban de «actores armados» cuando se referían a los terroristas, lo que arrastró a periodistas, académicos o diplomáticos al mismo lenguaje. El individuo peligroso que podía matar o secuestrar, reflexionaba Gaviria Vélez, ya no era un asesino o un secuestrador sino un «actor armado».

El libro de Gaviria Vélez es un apasionante y por momentos escalofriante documento sobre el uso del verbo para la justificación del terrorismo colombiano. Entre los múltiples datos y episodios relatados, resulta especialmente interesante como ejemplo de los peregrinos políticos más monstruosos de las últimas décadas, el referido a la líder de la asociación danesa Rebelión, Christine Lunga que, en octubre de 2004, hizo una colecta para enviar 8500 dólares a las FARC y que fue entrevistada por una emisora de radio colombiana, La W. Gaviria Vélez refleja en su libro toda aquella entrevista en lo que constituye un valiosísimo documento de la impune legitimación del terrorismo de otros países que se ha hecho desde varios lugares de Europa, con el terrorismo colombiano y con otros.

Lunga comenzaba aquella entrevista afirmando que «Tomamos este paso de mandar fondos económicos a las FARC para protestar porque se criminalice como terrorismo cualquier tipo de oposición». A continuación justificaba todos los crímenes de

las FARC, o bien negando la autoría de las FARC en alguno de los atentados más sanguinarios o bien apoyando los crímenes. Como en el caso de los secuestros. Con total frialdad, como resaltaba en su relato Gaviria Vélez, y a la pregunta de si consideraba el secuestro un medio válido de lucha, contestaba que «No, el secuestro no. Lo que hacen las FARC es tomar presos a gentes para cambiarlos en un canje de prisioneros. Yo sé que hay sectores muy importantes, muy grandes de la sociedad colombiana, que están de acuerdo en que el Gobierno colombiano inicie un diálogo basado en el canje de prisioneros»[85].

Puede caberles a los demócratas colombianos el consuelo de que el mal de los idiotas útiles está ampliamente extendido y afecta a muchos otros países. A Italia, por ejemplo, en relación con los terroristas de las Brigadas Rojas, un grupo ya desaparecido, pero cuyos asesinos aún siguen contando con la comprensión, el apoyo y hasta la protección de respetables ciudadanos y países supuestamente serios.

En el momento de escribir estas líneas, verano y otoño de 2011, se conocía, por ejemplo, el definitivo rechazo de Brasil a la extradición a Italia del italiano Cesare Battisti. Lo extraordinario del caso es que Battisti está condenado en Italia por cuatro homicidios que cometió hace años como miembro de las Brigadas Rojas y que no ha cumplido la pena impuesta, pues se fugó hace veinte años y, desde entonces, fue protegido por México, por Francia y ahora por Brasil. El escritor italiano Antonio Tabucchi expresó su incredulidad y su indignación por la decisión de las autoridades brasileñas en un artículo publicado en *El País*. Allí recordaba la historia criminal de Battisti y denunciaba la protección encontrada por el asesino en varios países. Pero también añadía que el apoyo francés se había sustentado especialmente en intelectuales antes maoístas y hoy próximos a la derecha, valoración que demuestra las dificultades que tienen tantos y tantos intelectuales

para aceptar las responsabilidades de la propia izquierda. Incluso Tabucchi, que hace una valiente denuncia de las Brigadas Rojas y sus apoyos, pero no es capaz de reconocer que el apoyo francés ha sido, en efecto, muy importante entre los intelectuales, pero que lo ha sido tanto entre los intelectuales de derechas como de izquierdas, y más entre los segundos[86].

Una muestra de esa escandalosa comprensión francesa hacia las Brigadas Rojas ocurría también en otoño de 2011, en este caso, en la prestigiosa revista *L'Express* en cuyo último número de septiembre de 2011 el periodista Philippe Brousard publicaba un artículo, «Les ex se confessent»[87], en el que varios antiguos miembros de las Brigadas Rojas, responsables, entre otras cosas, del asesinato de Aldo Moro, «confesaban», en efecto, pero no su arrepentimiento por los crímenes cometidos y por su pertenencia a la organización terrorista, sino su orgullo por su pasado y por lo hecho. Lo que no habría pasado de mero documento periodístico, si no fuera por el cariñoso, comprensivo y, por momentos, simpatizante tratamiento del periodista. En una mirada sobre este grupo terrorista muy extendida en Francia y en otros países, basada en la idea de que habría sido un grupo idealista que «luchó» por motivos defendibles. ¿Que asesinó, secuestró, hirió? Bueno… quizá, pero es un detalle sin importancia. De hecho, es la lógica aplicada a un Cesare Battisti cuyos crímenes son totalmente obviados, como si no hubieran existido, tanto por franceses como por brasileños.

El arrepentimiento, por otra parte, es un detalle insignificante para los idiotas útiles, quizá porque también los crímenes de sus terroristas protegidos lo son. Cesare Battisti lo dejaba bien claro en una entrevista publicada por la revista brasileña *Istoé* el 27 de agosto de 2011 y que fue recogida por Axel Gyldén para *L'Express* al día siguiente. «No me arrepiento de nada», declaró Cesare Battisti, el «antiguo militante de extrema izquierda», tal como lo ca-

lificaba el periodista de *L'Express*. ¿Y de qué se iba a tener que arrepentir un simple «militante de extrema izquierda» y no un asesino y un terrorista, como lo había probado la Justicia italiana?

## La guerrilla sangrienta

El terrorismo de las FARC y del ELN ganó la batalla del lenguaje desde sus inicios y así ha seguido siendo hasta nuestros días, incluso tras el inmenso avance protagonizado por la presidencia de Álvaro Uribe y ahora la de Juan Manuel Santos. Y lo hizo desde el principio con su propia denominación de *guerrilla*, una denominación que se ha impuesto hasta el presente. El concepto de grupo terrorista aplicado a las FARC o al ELN es aún mucho menos numeroso que el de *grupo armado* o, más habitualmente, *guerrilla* ¿Hay razones técnicas o académicas para ello? ¿O las razones son más bien ideológicas?»

Es cierto que el concepto de guerrilla ha sido utilizado por algunos analistas para referirse a aquellos grupos violentos que tienen la particularidad de ocupar y controlar un territorio. Grupos terroristas como ETA no tendrían tal rasgo, pero grupos como las FARC, sí. Ahora bien, ocurre que los diferentes grupos terroristas integrados en la red de Al Qaeda también ocupan territorios y, sin embargo, no se ha usado la palabra guerrilla en su caso. Y ocurre, sobre todo, que el concepto de guerrilla posee una carga positiva referida a la idea de un grupo que lucharía en pos de una utopía contra el poder. Desde un punto de vista ideológico, guerrilla es una palabra positiva, mientras que grupo terrorista no lo es. El concepto de terrorismo hace énfasis en el terror ejercido sobre la población y el Estado. El concepto de guerrilla, sin embargo, hace énfasis en la revuelta contra el poder. Y, obviamente, el concepto de guerrilla es querido y usado por los propios terroristas como

medio de legitimación de sus crímenes. Lo grave es que, en estas sociedades plagadas de tantos y tantos idiotas útiles, se ha impuesto, se sigue imponiendo, el concepto de guerrilla frente al de grupo terrorista.

Entre los innumerables ejemplos de uso pretendidamente académico pero realmente ideológico del concepto de guerrilla aplicado a las FARC o al ELN destaca el de Daniel Pécaut, un sociólogo francés especializado en Colombia y autor de numerosos libros y artículos sobre el terrorismo colombiano, terrorismo que él, sin embargo, no califica como tal, sino de conflicto armado o, respecto de las FARC y el ELN, de guerrilla. Para entender el auténtico significado del concepto de guerrilla usado por este sociólogo francés, baste acudir a su artículo «La guerra prolongada de las FARC», en el que el análisis de la historia de las FARC se realiza sin una sola referencia a los asesinatos hasta la página… cuarenta y cuatro de tal artículo. Ahora bien, cuando las palabras «matanzas y asesinatos» aparecen en tal página no lo hacen en referencia a las FARC sino a las AUC. El resto del artículo es un análisis de lo orígenes y estrategia de las FARC que asume los conceptos usados por los propios terroristas hasta el punto de que el autor titula el epígrafe dedicado a los secuestros de las FARC como «El fracaso de la 'política de los rehenes'», epígrafe dedicado a lo que el autor considera fracaso de la estrategia de las FARC de cambiar los rehenes llamados políticos, miembros de las fuerzas del orden y políticos, por miembros de las FARC, y con un tratamiento analítico y valorativo del secuestro que podría ser asumido sin problema alguno por los propios terroristas[88].

No mucho antes de publicar el anterior artículo, Pécaut se había planteado en su libro *Midiendo fuerzas* la posibilidad de que las FARC estuvieran *pasando* al terrorismo, una vez establecido por el autor que fueron los narcotraficantes quienes acudieron al terrorismo en una escala sin precedentes en 1987 y luego los para-

militares quienes recurrieron a las masacres como una práctica destinada a sembrar el terror, mientras que las FARC habrían recurrido «localmente» al terrorismo. Pero constatados por Pécaut los «síntomas de evolución hacia el terrorismo», lo cierto es que las FARC son considerados en sus análisis como «guerrilla» y claramente diferenciados en su valoración de los paramilitares[89].

¿En qué consiste tal guerrilla, la guerrilla sangrienta y asesina de las FARC? Veamos un ejemplo, un terrible y desgarrador ejemplo, a través de uno de los muchos relatos de la gran periodista española, y colombiana de adopción, Salud Hernández-Mora a partir de la confirmación, en diciembre de 2007, de la muerte del mayor Julián Guevara, por enfermedad durante su secuestro. Junto a Guevara, otros 21 secuestrados de índole política tampoco sobrevivieron:

> Diez fueron acribillados a balazos por sus carceleros el 5 de mayo de 2003. El resto corrió la misma suerte el 18 de junio de este año. La primera masacre tuvo lugar en un campamento donde una patrulla de las FARC custodiaba al entonces gobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria, a su asesor de paz, el ex ministro de Defensa Gilberto Echeverri, y a once oficiales y suboficiales del Ejército y la Policía Nacional. Una vez, inteligencia militar localizó el paraje selvático en el que los escondían y lanzaron una operación de rescate. Pero los guerrilleros tenían la orden de asesinarlos antes de permitir que volvieran a sus hogares vivos, por lo que los ametrallaron a sangre fría. Solo tres lograron sobrevivir, tapándose con los cadáveres de sus compañeros y fingiendo estar muertos. (...) Gaviria y Echeverri eran pacifistas reconocidos y, de hecho, fueron raptados cuando encabezaban una marcha con banderas blancas hacía un municipio azotado por la violencia. Cuando parecía que nada podía superar esa salvajada, las

> FARC dieron muestras de que su listón de barbarie no tiene límites. En junio pasado, informaron de que once de los doce diputados regionales del Valle de Cauca, que llevaban cinco años en sus manos, habían dejado de existir y se comprometieron a entregar los cadáveres. Tres meses tardaron en cumplir su palabra y cuando los forenses y la Fiscalía examinaron los cuerpos, concluyeron que las FARC los cosieron a balazos mientras se lavaban los dientes antes de acostarse. Unos intentaron escapar y los remataron mientras corrían. Otros fallecieron en el acto[90].

Y, sin embargo, esta sangrienta banda de asesinos no fue incluida en la lista de organizaciones terroristas de la Unión Europea nada menos que hasta 2002. Entonces, Colombia, lo mismo que España en relación con ETA, se benefició del profundo cambio de percepción internacional producido por los atentados del 11-S en Estados Unidos. Antes, predominaba la indiferencia ante otros terrorismos y, aún más, la percepción de ese terrorismo como conflicto de los oprimidos en países con supuestas situaciones de ausencia de derechos democráticos.

No todo cambió desde el 11-S y, poco más tarde, desde el nuevo liderazgo de Álvaro Uribe. El Parlamento Europeo protagonizó en 2004, con motivo de una visita del presidente Uribe, el poco edificante y antidemocrático espectáculo de que más de cien eurodiputados se ausentaran del pleno para manifestar su protesta contra Uribe. Y cabe apostar que tales individuos probablemente se habrían mantenido encantados en sus sillas si la visita hubiera sido la de los terroristas de las FARC o del ELN, por la paz, ya se sabe...

En línea con lo anterior, en países como España las condenas al terrorismo de las AUC han pervivido junto a la indiferencia o comprensión hacia el terrorismo de la extrema izquierda. Como es habitual con otros terrorismos de extrema izquierda, ETA, sin

ir más lejos, Amnistía Internacional, por ejemplo, siguió distinguiéndose por denunciar en exclusiva el terrorismo de extrema derecha. Lo hacía su director en España, Esteban Beltrán, en un artículo en 2007 en el que denunciaba las supuestas conexiones entre las instituciones democráticas colombianas y el terrorismo de los paramilitares y, sin embargo, ignoraba por completo la existencia de otro terrorismo más sangriento como el de las FARC[91].

Era indiferente para el punto de vista militante de Amnistía Internacional que, no lo olvidemos, ha apoyado una y otra vez, por ejemplo, las falsas denuncias de los terroristas de ETA contra los cuerpos policiales españoles y las ha extendido por el mundo dándoles categoría de verdad, que el Gobierno de Álvaro Uribe hubiera asumido desde el inicio una lucha policial y militar tanto contra las FARC y el ELN como contra las AUC. Ese mismo año, en mayo de 2007, Juan Manuel Santos, que era por entonces ministro de Defensa de Colombia, declaraba en una visita a España para asistir a la Conferencia Internacional sobre Represión del Tráfico de Drogas que:

> nadie imaginaba hace unos años, absolutamente nadie, que jefes paramilitares, que señores todopoderosos en sus regiones, iban a estar entre rejas, sometidos a la justicia pública y al escarnio de sus propias víctimas. Todos los días en la televisión colombiana aparecen anuncios mostrando las caras de esos hombres y solicitando que quien tenga un reclamo con ese o aquel se presente a los jueces y lo diga... Todos los días, alguien reconoce en la pantalla al que mató a su hermano, al que liquidó a su padre, al que quemó su casa.

A lo que añadió que el escándalo de la parapolítica apenas había empezado y caerían muchos más congresistas y senadores.

Pero no le importaba a Amnistía Internacional esa realidad sino su posicionamiento más cerca de lo que consideran una parte del «conflicto» que de la resistencia antiterrorista colombiana y de un Estado de Derecho en lucha contra el terrorismo. Una buena muestra del amplio apoyo político e intelectual que el terrorismo de extrema izquierda de las FARC ha tenido y sigue teniendo en los países democráticos fue el *show* mediático que organizó la amplia red de apoyo internacional a las FARC con motivo de lo que Hugo Chávez bautizó como la Operación Emmanuel y que tuvo lugar entre fines de 2007 y principios de 2008. Dicha operación consistía en el acuerdo entre Hugo Chávez y las FARC para realizar la liberación, tras seis años de secuestro, de la excandidata a la Vicepresidencia Clara Rojas, su hijo Emmanuel y la exparlamentaria Consuelo González.

Para tal *show* liderado por Chávez, que tuvo lugar el 31 de diciembre de 2007, nada menos que siete países enviaron a sus representantes. Ecuador, Cuba y Bolivia, como era de esperar; o la Argentina de Néstor Kirchner —de hecho, viajó él mismo—; o el Brasil de Lula da Silva. Además, no podían faltar los idiotas útiles europeos de turno, en este caso, de Suiza y de Francia. Todos ellos reunidos en Villavicencio para apoyar la operación de propaganda de las FARC liderada por Hugo Chávez. Con el consabido mensaje de que el Gobierno colombiano debía negociar con estos respetables miembros de las FARC que, en demostración al mundo de su conocida humanidad, tenían a bien liberar a unos pocos de los ciudadanos colombianos que tenían secuestrados desde hacía varios años. O, como lo llamó Álvaro Uribe, el «cuentico de la paz» desarrollado por el «bloque intelectual de las FARC».

Que gobernantes de países democráticos, incluidos los países gobernados por populismos de izquierda como la Argentina de los Kirchner o de países europeos gobernados por la derecha como Francia, participaran con Chávez en esta reunión de legitima-

ción de los asesinos y secuestradores de las FARC da una idea de las dimensiones alcanzadas por el apoyo al terrorismo de extrema izquierda en el mundo. Es ilustrativo el amplio apoyo de importantes representantes del mundo de la cultura, del cine, de la televisión. Pues en tal montaje propagandístico de las FARC estuvieron presentes otros conocidos nombres como Oliver Stone sin que, desde entonces, este cineasta haya tenido, por supuesto, ningún problema de aceptación en los foros más respetables, por mucho que su abierto apoyo a una banda de criminales fuera retransmitido al mundo entero.

En una entrevista concedida a la BBC, poco después del *show* con las FARC, Oliver Stone resumía su posición de apoyo a las FARC y condensaba, al mismo tiempo, la sustancia ideológica de la red de apoyo Internacional a este terrorismo de extrema izquierda. Afirmó Stone que «El movimiento de las FARC surgió de cincuenta años de derramamiento de sangre en Colombia, uno de los países más violentos del mundo; las FARC son una consecuencia de esta revolución entre quienes tienen y quienes no». Y añadió que «las FARC están en una lucha desesperada contra un Gobierno muy fuerte arropado por Estados Unidos, que les envía unos mil millones de dólares al año en una guerra secreta que anima a los grupos paramilitares a matar a la gente que intenta cambiar las cosas».

La Operación Emmanuel terminó en fiasco, las FARC no entregaron a los secuestrados y Hugo Chávez acusó, como era de esperar, no a los secuestradores, sino al Gobierno de Colombia que, decía Chávez, había torpedeado el proceso. Al fin y al cabo, los enemigos de Chávez eran, lo siguen siendo, Colombia y otros Gobiernos democráticos del mundo opuestos a su proyecto de revolución bolivariana que, como ha explicado en varios textos Plinio Apuleyo Mendoza, es su proyecto de socialismo para el siglo XXI. Tal proyecto incluye una relación de Chávez con las FARC que

data de 1995, cuando Chávez se adhirió al Foro de Sao Paulo, una organización auspiciada por Fidel Castro y a la que pertenecen, además de grupos y partidos de extrema izquierda continentales, las FARC y el ELN de Colombia. Resumía Plinio Apuleyo Mendoza la posición de Chávez y otros dirigentes latinoamericanos respecto a las FARC: «La verdad es que Correa y Hugo Chávez, además del rústico Daniel Ortega, nunca han visto como terroristas a los autores en Colombia de atroces masacres, atentados, secuestros, tráfico de droga o siembra de minas que han dejado más de 3000 inválidos, entre ellos 600 niños. Considerándolos como camaradas que comparten su sueño revolucionario, los apoyan»[92].

Poco antes, el mismo Plinio Apuleyo Mendoza, junto a Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, publicaba *El regreso del idiota* y describía el significado de la figura de Hugo Chávez para la izquierda radical: el sucesor de Fidel Castro en una versión «más atrevida y folclórica» y con todos los ingredientes de la izquierda radical: «vestigios del marxismo, nacionalismo, antiimperialismo belicoso y populismo»[93].

A principios de marzo de 2008, el Ejército colombiano mató al número dos de las FARC, Raúl Reyes, y a veinte terroristas más que se refugiaban en un campamento en Ecuador, no por casualidad el país de otro líder significado de la izquierda radical, Rafael Correa, Y, en dicha operación, el Ejército se hizo con dos ordenadores de Raúl Reyes que contenían numerosos datos de las conexiones internacionales de las FARC, tanto las que mantenían con los dirigentes venezolanos, como las conexiones con grupos terroristas como ETA. Un juez español, el juez Eloy Velasco de la Audiencia Nacional, ordenó en 2010 la detención de varios miembros de ETA y de las FARC residentes en Cuba y Venezuela a partir, en buena medida, de los datos de los ordenadores de Raúl Reyes. Por supuesto ni Cuba ni Venezuela atendieron a tal petición y continúan protegiendo a los terroristas en sus países. Pero, lo

que es más significativo en términos democráticos, pues ni Cuba ni la Venezuela de Chávez son democracias, numerosas voces se han alzado en nuestro propio país para poner en cuestión iniciativas como esta y para sostener y apoyar la teoría de Chávez y Correa de que tales ordenadores estarían manipulados por el propio Ejército colombiano. José Yoldi publicaba en *El País* la defensa de tal teoría, tras la petición del juez Velasco: «Las dos computadoras que se salvaron milagrosamente de las bombas fueron oportunamente encontradas por el Ejército colombiano y, curiosamente, contenían las supuestas pruebas de la colaboración de los Gobiernos de Venezuela y Ecuador con las FARC. (...) De modo que, aunque cada uno tenga su opinión, mientras no llegue el día del éxtasis de los lerdos y los ordenadores nos cuenten lo ocurrido, todo quedará en sospechas»[94].

Sospechas, solo sospechas, según el periodista de *El País*, a pesar de la larga historia de apoyo explícito del propio Chávez a las FARC, a pesar de los datos conocidos de los etarras refugiados en Venezuela y Cuba. El propio periódico publicaba un año y medio después, el 10 de septiembre de 2011, que Estados Unidos, a través de la Oficina de Control de Bienes Extranjeros, adscrita al Departamento del Tesoro, acusaba a varias importantes figuras del chavismo, como el exdiputado Freddy Bernal, o el general Clíver Alcalá o el oficial del Servicio Bolivariano de Inteligencia, Ramón Madriz Moreno, de «actuar a favor o en nombre de la organización narcoterrorista las Fuerzas Armadas Revolucionarias Unidas de Colombia (FARC), a menudo en el apoyo directo de sus actividades de narcotráfico y tráfico de armas». A lo que Chávez respondía que se trataba de una infamia y que deseaba defender a «estos tres dignos soldados de la patria y de la revolución acusados por el imperialismo». Sospechas, solo sospechas, pensaron probablemente los idiotas útiles europeos, de nuevo, aunque en esta ocasión tuvieron a bien no publicar sus pensamientos.

Aún en 2008, el presidente colombiano se tenía que enfrentar en Europa a la habitual confusión y comprensión hacia el terrorismo colombiano, y no por parte de la izquierda radical, sino por un medio moderado como es la revista francesa *L'Express*. Observemos, por ejemplo, la peculiar manera del periodista Axel Gyldén de preguntar a Álvaro Uribe por la secuestrada Ingrid Betancourt y las intenciones de las FARC: «¿Piensa usted que las FARC pudieran ser capaces de dejar morir a Ingrid Betancourt en cautiverio a fin de colocarlo en una posición delicada a ojos de la opinión pública internacional?». En otras palabras, según el periodista francés, si las FARC asesinaban a Betancourt, quien tenía la posición delicada era el presidente Uribe.

La pregunta anterior da una idea del punto de vista de la revista sobre el terrorismo de las FARC que incluía, como ha sido y sigue siendo tan habitual en Europa, la pregunta cuestionadora del propio concepto de terrorismo aplicado a las FARC, e insisto sobre el año, ¡2008! «¿Por qué asimila usted esta guerrilla a una organización terrorista?», preguntaba sin el menor asomo de vergüenza el periodista. Y Álvaro Uribe se veía obligado a explicar las diversas y obvias razones que al periodista no se le habían ocurrido:

> Sencillamente, porque las FARC lo son según el Derecho Internacional. Las FARC secuestran. Las FARC se financian con dinero de la droga. Reclutan y asesinan menores. Destruyen pueblos. Secuestran mujeres, niños y ancianos. Mantienen a sus prisioneros atados, los encadenan a los árboles. Esos son crímenes contra la humanidad. Algunos cometen el error de comparar a las FARC con las guerrillas que existían antaño en América Latina, por ejemplo, en Cuba. Pero hay una diferencia enorme: la guerrilla cubana combatía una dictadura. Lo que le confería una cierta legitimidad. Colombia, sin embargo, es

> una democracia. La oposición de izquierda disfruta de libertad y de poderes. Controla, por ejemplo, la capital, Bogotá. Además, las guerrillas de antaño no se dedicaban al tráfico de drogas... Es erróneo considerar la lucha entre el Estado y la guerrilla como un «conflicto armado» entre dos partes; se trata más exactamente de un desafío lanzado por un movimiento terrorista a una democracia.

Pero aún había más en la increíble entrevista de *L'Express*, nada menos que la sugerencia, en la última pregunta, de que la lucha antiterrorista del Estado colombiano liderada por Uribe pudiera estar animada por «un espíritu de venganza» dado que el padre del presidente había sido asesinado por las FARC en 1983. El presidente mantenía la calma ante la pregunta esperpéntica y se limitaba a responder fríamente, acostumbrado, con seguridad, a una sugerencia habitual respecto a los terrorismos de extrema izquierda y que también en España se plantea una y otra vez a los activistas de la resistencia antiterrorista, siempre, claro está, desde las posiciones que otorgan algún tipo de legitimidad a los terroristas y desean negociar con ellos[95].

## El primer soldado de Colombia

Joaquín Villalobos, ex guerrillero salvadoreño reconvertido en consultor para la resolución de conflictos internacionales escribió, inspirándose en Clausewitz, que la guerra se gana quebrando la voluntad de combate del enemigo, lo que implica que lo central es el campo moral y no necesariamente la destrucción física del contrario[96]. Lo anterior es aplicable a todos los combates de los Estados democráticos contra el terrorismo y, sobre todo, constituye una buena aproximación al problema habitualmente más importante de esos combates: el problema moral. El problema de la derrota de la sociedad democrática en el campo moral. Lo ocu-

rrido con la sociedad española y particularmente la vasca frente a la amenaza de ETA es un buen ejemplo, de la misma manera que lo es lo ocurrido con la sociedad colombiana frente a sus terrorismos. Durante muchos años, el efecto principal del terrorismo fue la rendición moral de la sociedad o la incapacidad para resistir al terrorismo con todas sus consecuencias y efectos habituales de exigencia de negociación al Estado democrático, de cesión a las pretensiones terroristas y de demonización de los resistentes, por «poner en peligro» a quienes sí estaban dispuestos a rendirse.

Que tal rendición moral no ocurra o que el grupo terrorista no pueda vencer en el terreno moral depende en buena medida de la existencia de un liderazgo fuerte, muy especialmente en el campo político, pues es desde ese campo desde el que se dirige a los cuerpos policiales y a las Fuerzas Armadas y, además, a los tribunales de Justicia y al conjunto de la sociedad. Un líder fuerte puede cambiar completamente el curso de la lucha antiterrorista. Y eso es exactamente lo que ocurrió en Colombia con Álvaro Uribe de la misma manera que había ocurrido en España con José María Aznar. El principio del fin de ETA comenzó con la llegada del PP y de Aznar al poder en 1996. Él fue el primer líder de la democracia que creyó en la obligación democrática de la derrota del terrorismo y asumió su liderazgo. De la misma manera, Álvaro Uribe es el líder colombiano que asumió el liderazgo de la lucha antiterrorista como ningún otro presidente lo había hecho anteriormente.

El inmenso avance de la lucha antiterrorista en Colombia durante sus dos mandatos tiene que ver con su eficacia al frente de las Fuerzas Armadas y las fuerzas policiales, pero aún más se explica por su liderazgo moral, por sus profundas convicciones en torno a la superioridad de la democracia y la naturaleza criminal de la violencia terrorista. «¿Sabe por qué, en parte, hay guerrilla y paramilitares en Colombia? Por la indiferencia de la sociedad ci-

vil», le dijo Álvaro Uribe a Salud Hernández-Mora, poco después de ganar las elecciones en 2002[97]. Lo mismo cabría decir de la larga supervivencia de ETA en España.

Esas sociedades necesitaban un líder que creyera realmente en la obligación democrática de que el Estado y la sociedad combatieran el terrorismo. Sin ese liderazgo, los ciudadanos tienden a creer que es más prudente la indiferencia o, incluso, la aceptación de las exigencias terroristas. Una de las mejores expresiones del significado del liderazgo de Uribe es su conocida frase «Soy el primer soldado de Colombia» que resume la sustancia moral que ha sostenido en sus mandatos la lucha antiterrorista. Pero también la que explica el enorme éxito de Colombia en tal lucha durante la última década. Como le dijo José Obdulio Gaviria a Miguel Ángel Bastenier en un reportaje de este periodista español y colombiano de adopción sobre Uribe y Colombia, «El presidente ha devuelto al Ejército una voluntad de lucha que había perdido»[98].

El propio José Obdulio Gaviria describió poco tiempo después de la siguiente manera la actitud hacia el terrorismo de los líderes políticos anteriores:

> Los políticos colombianos, entre 1994 y 2002, creyeron poder frenar la expansión de la criminalidad con un discurso apaciguador y derrotista. Eso constituyó el peor desgaste moral y un arrasamiento de la juventud y de la dirigencia del país. En Colombia nadie quería conducir la lucha por la recuperación del monopolio estatal de la fuerza. Tanto que el Gobierno (un ser concreto: el presidente y los ministros, según dice la Constitución) quería echarle encima las responsabilidades, como una papa caliente, a un ente abstracto: el Estado, es decir, a nadie en concreto. La dirección de la Fuerza Pública quedaba expósita, vacante. Los Presidentes se peleaban la conduc-

> ción personal del proceso de paz; pero ¿conducir a la Fuerza Pública en la tarea de brindar seguridad? ¡Ni de vainas! Y si desde la casa presidencial no se conduce la tarea de máxima prioridad político-administrativa (la seguridad), desde ninguna otra parte se hará[99].

Una vez más, las palabras anteriores son también aplicables a otros contextos de lucha antiterrorista y perfectamente adecuadas para describir los diferentes procesos de negociación con los terroristas de los políticos españoles, antes y después de Aznar. Con la diferencia, en el caso colombiano, de que, después de Uribe, el líder político es José Manuel Santos, ministro de Defensa con Uribe y uno de los protagonistas de la lucha antiterrorista en los Gobiernos de Uribe, mientras que, en España, a Aznar lo siguió José Luís Rodríguez Zapatero, firme defensor de lo que él llamaba «proceso de paz» con los terroristas.

El resultado de ese liderazgo es un descenso enorme de la actividad terrorista en Colombia tanto en número de atentados como en miembros de los diferentes grupos terroristas, además de un cambio significativo de las actitudes sociales. Consecuencia del liderazgo de Uribe fue la movilización mundial impulsada desde Colombia en febrero de 2008 bajo el lema «No más FARC». 130 ciudades del mundo acogieron manifestaciones contra las FARC a partir del impulso de un joven ingeniero colombiano que había comenzado a hacer la llamada a la movilización desde Internet. Después de varias décadas de crímenes salvajes, el mundo era capaz de vislumbrar la verdad colombiana, la verdad de que los tolerados y hasta admirados terroristas eran, son, unos criminales, y que todo lo que habían defendido los idiotas útiles de la izquierda y unos cuantos de la derecha era una terrible mentira.

# Capítulo 2

En la caverna pacifista

# La guerra progresista

## Diccionario de la guerra progresista

El debate ideológico y moral sobre las guerras dio un brusco vuelco con la guerra de los aliados contra Libia. Repentinamente, tantos y tantos conceptos desarrollados por la mayor parte del progresismo en contra de la guerra y en defensa de las vías pacíficas como medio esencial de resolución de problemas, sobre todo a partir de la guerra de Iraq, han sido puestos en cuestión por las decisiones del propio progresismo en torno a la intervención militar en Libia. Comenzando por Obama, gran referente de toda la izquierda moderada mundial, en especial de los socialismos europeos que lo habían mitificado como la alternativa «pacifista» al «militarismo» de Bush. Algo que la Academia sueca de los premios Nobel ratificó con el otorgamiento del Premio Nobel de la Paz, un galardón que certificaba la percepción del progresismo europeo sobre el papel de Barack Obama como símbolo del liderazgo pacifista y alternativa al liderazgo militarista de Bush.

Pero las revoluciones árabes, la esperanza de la democracia y las evidencias de la represión, en particular las dimensiones de esa represión en Libia, han empujado a los progresistas a una intervención militar, a la asunción de una guerra que ha destrozado de un plumazo el discurso pacifista de los últimos años, sobre to-

do una buena parte del discurso contra la guerra de Iraq y contra las posiciones neoconservadoras. De ahí que hayamos asistido a un asombroso esfuerzo conceptual y lingüístico para diferenciar la guerra de Iraq de la guerra de Libia, para justificar la supuesta condición de guerra justa de la guerra de Libia y para fundamentar, en definitiva, la condición de «guerra progresista» de dicha guerra.

Bien es cierto que los esfuerzos para la justificación de una «guerra progresista» han partido sobre todo de Estados Unidos, país en el que el Partido Demócrata y los intelectuales liberales aceptan el concepto de guerra y sus implicaciones y parte de ellos incluso apoyó la guerra de Iraq. Desde posiciones como las de la izquierda española, totalmente contraria a la guerra de Iraq y, además, una buena parte de ella autoproclamada como pacifista y antimilitarista, la guerra de Libia ha dado lugar a una transformación mucho más acusada que ha empezado por la propia negación de la guerra.

Cuando José Luis Rodríguez Zapatero compareció en el Congreso de Diputados el 22 de marzo de 2011 para pedir el apoyo parlamentario a la participación española en la guerra de Libia, no pronunció ni una sola vez la palabra guerra. Así fue desde la toma de esa decisión, el 18 de marzo, cuando Zapatero compareció en el Palacio de la Moncloa junto al secretario general de Naciones Unidas Ban Ki-moon y anunció su apoyo a la intervención militar aliada en Libia. Jamás pronunció la palabra guerra. Pero la negación fue más asombrosa, si cabe, cuando la protagonizó explícitamente el comandante del Mando de Operaciones español, el teniente general Jaime Domínguez Buj. Las respuestas a tres de las preguntas del diario *El Mundo* a fines de marzo de 2011 merecen ser recogidas en un libro de la antología de absurdos militares de la época del progresismo pacifista:

*Pregunta*: ¿Técnicamente, España está en guerra con Libia?

*Respuesta*: No hay ningún argumento técnico que diga que estamos en guerra. Las guerras las declara el Rey con la aprobación previa de las Cortes.

*Pregunta*: ¿Cómo definiría entonces la operación que están desarrollando las Fuerzas Armadas?

*Respuesta*: Estamos en una misión auspiciada por Naciones Unidas para aplicar una resolución de Consejo de Seguridad destinada a proteger a los ciudadanos libios.

*Pregunta*: ¿Una operación de paz o de mantenimiento de la paz?

*Respuesta*: Dentro de las operaciones de paz hay diferentes tipos según sus características. La ONU identifica cuatro: de establecimiento de la paz, de construcción de la paz, de imposición de la paz y de mantenimiento de la paz. El caso de Libia se podría corresponder con una operación de imposición de la paz.[1]

Si el humorista Gila viviera, seguramente tendría dificultades para emular el absurdo anterior en alguno de aquellos sus célebres monólogos sobre la guerra. Pero aún faltaba el colofón de la asombrosa negación de la existencia de una guerra de los aliados contra Gadafi, al día siguiente, en *El País*. José María Ridao analizaba el debate ideológico sobre Libia bajo el título «¿Es esto una guerra?» y aceptaba como presentable el argumento de que, en realidad, Libia no es una guerra pues quienes así lo afirman lo hacen para equipararla a la guerra de Iraq, razón por la cual se entiende que quienes apoyan la intervención en Libia nieguen que sea una guerra. Es decir, según Ridao, es aceptable intelectualmente la negación de la guerra de Libia, pues eso evita la equiparación con Iraq, por lo que imagino que una negativa, por ejemplo, de un miembro de ETA a llamar asesinatos a sus crímenes para no equipararlos a los crímenes, pongamos, de Al Qaeda, sería aceptable como argumento para los intelectuales. Bien es cierto que, al final del artículo, Ridao, concedía que «en un clima

ideológico y político menos enrarecido que el actual, nadie debería recelar de llamar guerra a lo que es». Ahora bien, insistía, «pero hacerlo en estos momentos conlleva el riesgo de verse forzados a asumir el interesado punto de vista de quienes despreciaron las cuestiones de legitimidad y legalidad para lanzarse a la aventura de Iraq»[2]. En definitiva, Ridao sostenía la tesis de que un ataque militar de un ejército contra otro es guerra si tal ataque se produce en Iraq y con Bush al mando, pero no lo es si se produce en Libia y con Obama y Zapatero al frente.

Más allá de los sorprendentes argumentos desarrollados por el diccionario español de la guerra progresista en torno a la inexistencia de una guerra contra Libia, el lenguaje de la guerra progresista se sostiene también en contenidos comunes a todos los países occidentales. En Estados Unidos, el columnista de *The New York Times* Ross Douthat usó el término de la guerra liberal, o progresista, en los términos europeos, «A Very Liberal Intervention»[3]. Bien es cierto que Douthat usaba el término para poner de relieve, a su vez, los problemas planteados por las guerras progresistas. Pero antes de esos problemas Douthat aceptaba la definición progresista de la guerra con su acuerdo sobre los cuatro elementos usados por la izquierda mundial sobre la guerra progresista:

1. La guerra de Libia es multilateral y no unilateral como la de Iraq.
2. Tiene una finalidad humanitaria y no la de la seguridad nacional americana.
3. Está apoyada en una resolución de Naciones Unidas.
4. Tiene protagonismo europeo.

En palabras del propio Ross Douthat, un conservador seducido por una buena parte de la interpretación progresista de la guerra:

> «Esta es una intervención directamente extraída del guión de Bill Clinton de los noventa, en otras palabras, un giro respecto de los métodos más unilateralistas de Bush». No hay «coaliciones de voluntarios» aquí, ni desdeñosas referencias a la «vieja Europa» ni «o estás con nosotros o estás con los terroristas». En lugar de eso, el Gobierno de Obama ha mostrado una exquisita deferencia hacia las instituciones internacionales y los Gobiernos extranjeros que el Gobierno de Bush o atropelló o ignoró.

En Europa, el británico Timothy Garton Ash había establecido días antes que esta, la guerra de Libia, sí podía ser una guerra progresista *comme il faut*, y era el momento de recordar que el «No a la guerra» que la izquierda había proclamado con motivo de la guerra de Iraq no debía ser generalizado. Según y cómo.

> La otra gran distorsión en el debate sobre el «intervencionismo liberal» es que las acciones militares que más relacionamos con el término (Afganistán, Iraq) no tuvieron nada de liberales, o, por lo menos, ese no fue su carácter fundamental. Algunos justificaron esas acciones con argumentos liberales, y algunos liberales las apoyaron pero no fueron actuaciones basadas en un principio liberal, como sí lo fueron las intervenciones militares de Occidente en Bosnia (demasiado tarde), Sierra Leona y Kosovo[4].

Dos de los elementos contenidos en las reflexiones anteriores han servido, a su vez, para que la izquierda europea haya sustentado la teoría de la guerra justa aplicada a la guerra contra Libia. Tales elementos serían su finalidad humanitaria y la resolución de Naciones Unidas en que se ha apoyado. Pues su finalidad ha sido proteger a la población civil de los ataques de Gadafi y la de-

cisión se ha tomado a través de la institución en la que residiría la legalidad internacional, Naciones Unidas.

El hecho de que analistas no encuadrados en el progresismo como Ross Douthat hayan llegado a aceptar los argumentos anteriores da una idea del notable éxito alcanzado por la teoría de la guerra progresista. Sobre todo por todo aquello en lo que la teoría de la guerra progresista está reñida con los hechos sin que siquiera sean discutidos por analistas como Douthat. El concepto de la guerra multilateral muy en especial. Y es que la guerra de Iraq fue constantemente criticada por la izquierda por su carácter de «guerra unilateral». Esa misma izquierda ha defendido fervientemente, sin embargo, la guerra de Libia como una guerra «multilateral».

Lo anterior está tan alejado de los hechos que demuestra hasta qué punto la pasión ideológica puede turbar las mentes más analíticas. Y es que la supuesta guerra unilateral de Iraq fue apoyada por nada menos que cuarenta y nueve países mientras que la guerra de Libia ha sido apoyada por catorce países que firmaron el documento de París del 19 de marzo de 2011. Quince, si contáramos a Alemania que, en efecto, firmó dicho papel a pesar de no apoyar la intervención militar lo que da una idea de la consistencia de la reunión de París en términos de acuerdo multilateral.

Y, sin embargo, el éxito de la propaganda progresista contra la guerra de Iraq fue de tal magnitud que se instaló la idea de la guerra unilateral y tal idea falsa ha sido repetida con ocasión de la guerra de Líbano. Como es sabido, el enorme apoyo internacional conseguido por la coalición que declaró la guerra a Iraq fue cuestionado o negado por diversas vías. Por ejemplo, la que recalcó que, a pesar de ese apoyo, la inmensa mayoría de las fuerzas militares aportadas pertenecía a Estados Unidos y Gran Bretaña. Y, en el capítulo menos presentable de esa crítica, la que argumentó que ese alto apoyo con el que contó la llamada «The

Coalition of the Willing» se debía al interés de los países más pobres de esa coalición por obtener ayudas económicas y acuerdos comerciales de Estados Unidos, hasta tal punto que *The New York Times* se refirió a ellos como «La coalición del bienestar».

Ninguna de estas interpretaciones sobre el interés económico ha sido destacada por el progresismo respecto de la coalición contra Gadafi. Ni siquiera el petróleo ha salido a la palestra. Y mucho menos el relevante hecho de que la coalición de la guerra de Libia sea significativamente menos numerosa que la de la guerra de Iraq.

Sobre el protagonismo de cada uno, la decisión que entonces se atribuyó en exclusiva Bush mientras que se minimizaba el papel de líderes como Tony Blair o José María Aznar, se repartió en el caso de la guerra de Libia entre Barack Obama, Nicolás Sarkozy y David Cameron. Y mientras que entonces el progresismo clamó contra lo que consideraba la división de Europa provocada por Blair y por Aznar, la división europea sobre Libia fue olvidada completamente por los críticos. Entonces, el argumento de una buena parte de la izquierda europea, muy en especial la española, fue no solo que Bush, Blair y Aznar habían dividido Europa sino que el corazón de Europa, el núcleo de Europa, se oponía a la guerra de Iraq. La izquierda había decidido que Francia y Alemania constituían tal núcleo y corazón y que el resto de Europa, mayoritariamente favorable a la intervención en Iraq, no contaba para la definición de las esencias europeas. Con la guerra de Libia, sin embargo, poco ha importado que el apoyo europeo sea mucho menor o que la parte más fuerte de ese supuesto corazón europeo, Alemania, estuviera igualmente en desacuerdo. Repentinamente, la izquierda ha decidido, ha fabulado, que toda Europa apoya la guerra de Libia y que tal cosa reforzaría su condición de guerra justa y legal.

Hay un hecho cierto en la definición de la guerra progresista y es el protagonismo europeo en la dirección de la guerra de Libia. Frente a la guerra de Iraq, liderada por Bush, la guerra de Libia ha contado con el protagonismo de Nicolás Sarkozy y el segundo plano adoptado por Obama. Hasta tal punto que ha causado cierta incredulidad en los estadounidenses que han insistido en la idea de la era postamericana cuya inminencia ratificaría esta actitud de Obama. Es cierto que la fuerza militar esencial sigue estando en posesión de Obama, pero no es tan clara ya la disposición a usarla o la capacidad para liderarla.

Otra cosa es que el protagonismo europeo convierta en progresista una guerra. Y más cuando el liderazgo europeo reposa en un político conservador como Sarkozy y, en segunda medida, en otro político conservador como Cameron. Pero, nuevamente aquí, el carácter progresista se apoya en la condición de oposición a Bush que ha querido imprimir la izquierda a esta guerra y no tanto en sus propios contenidos. El progresismo residiría en que no está liderado por Bush sino por los que se opusieron a Bush.

Sobre su condición de humanitaria y supuestamente alejada de los intereses nacionales de las potencias atacantes, a la guerra de Libia le nacieron las contradicciones nada más nacer, casi a la misma velocidad que a Iraq. Pues tal condición humanitaria ha sido puesta en contradicción por la distinta actitud de los aliados respecto de Siria o de Yemen o de Bahrein. ¿Por qué no se ha acudido en auxilio de otras poblaciones masacradas? ¿Por qué en auxilio de los libios únicamente? ¿Por su cercanía a las costas europeas y los efectos de la crisis libia en los países europeos, en forma de avalanchas migratorias, en primer término?

Las mismas contradicciones fueron puestas de manifiesto cuando los aliados decidieron el ataque contra Iraq. Por qué Iraq, por qué no otras dictaduras que atacan igualmente los derechos humanos. La incapacidad para responder convincentemente a

esas preguntas probaría, aseguraba entonces la izquierda, la mentira humanitaria de la guerra de Iraq. Bien es cierto que esta cuestión estaba inexorablemente unida a la de las armas de destrucción masiva, al debate sobre su búsqueda y, más tarde, y como colofón de ese debate, a su inexistencia. Las armas de destrucción masiva dominaron todas las reflexiones y, en la medida en que no se encontraron, hicieron irrelevante casi todo lo demás. También el hecho de que el propio dictador actuara durante todo el periodo previo a la guerra como si poseyera tales armas de destrucción masiva. Cuando podía haber evitado el ataque aliado con una simple demostración de que nos la poseía.

Pero, además, los opositores a la guerra eran indiferentes a la represión y a las atrocidades de Sadam Hussein. El primer editorial que hizo el diario *El País* al día siguiente del apoyo de España a la guerra de Libia comenzaba así: «La decisión del Consejo de Seguridad de la ONU de detener con 'todos los medios necesarios', excepto la invasión, los desmanes del coronel Gadafi es la única coherente tras más de un mes de atrocidades del tirano contra su propio pueblo. La medida, aprobada por diez votos a favor y cinco abstenciones, entre ellas las dos cruciales de Rusia y China, permite por fin a la comunidad internacional intervenir abiertamente en el país norteafricano para proteger a sus civiles del exterminio»[5].

Atrocidades y exterminio, los dos conceptos aplicados a Gadafi en tal editorial nunca fueron admitidos, sin embargo, por esa misma izquierda respecto de Sadam Hussein. Tales palabras eran entonces, según esa izquierda, no tanto definidores de la realidad de Iraq sino excusas de Bush para atacar Iraq. Y cuando tal ataque tuvo lugar, la resistencia a los aliados era una resistencia a la invasión por parte de defensores de su tierra y no tanto por parte de los represores mientras que, en Libia, la izquierda ha identificado sin problemas dos bandos, los represores, de Gadafi, y las

víctimas, los insurgentes. Sin embargo, en la guerra de Iraq, los insurgentes eran los hombres de Sadam Hussein que combatían a los aliados.

Ahora bien, si hay un elemento realmente esencial en el diccionario de la guerra progresista desde el punto de vista de la izquierda europea, ese es el referido a Naciones Unidas. Naciones Unidas fue convertida con motivo de la guerra de Iraq en fuente de toda legitimidad para la guerra. No solo en fuente de legalidad internacional, sino también de legitimidad, que no es exactamente lo mismo. La medida de la ética de una guerra, la medida de su justicia, de su razón de ser, depende para la izquierda europea del aval de Naciones Unidas. Volveré al papel de Naciones Unidas más adelante. Por el momento, recordemos que la legitimidad de una guerra depende para la izquierda europea de la decisión de un organismo en el que las dictaduras —China—, o los países que no respetan los derechos humanos ni garantizan la libertad —Rusia— tienen un poder de decisión determinante. En otras palabras, de un organismo en el que la toma de decisiones no tiene un sustento ni democrático ni liberal.

## De criminales a salvadores

El juez Baltasar Garzón, imputado en España por tres diferentes delitos y, a la hora de escribir estas líneas, condenado a diez años de inhabilitación por uno de esos delitos, escribió en 2007 un artículo sobre la guerra de Iraq y George Bush que sintetiza a la perfección las posiciones principales de la izquierda sobre aquella guerra y quienes la declararon. Escribía Garzón lo siguiente:

> El día de hoy, 20 de marzo, se cumplen cuatro años del inicio formal de la guerra de Iraq. A instancia de Estados Unidos y Gran Bretaña y apoyado por España, entre otros

> países, dio comienzo uno de los episodios más sórdidos e injustificables de la historia de la humanidad recientes. Quebrantando todas las leyes internacionales, y so pretexto de potenciar la lucha contra el terrorismo, se ha desarrollado desde 2003 un ataque demoledor contra el Estado de Derecho y la propia esencia de la comunidad internacional.

A continuación, llamaba a protestar: «Contra la masacre actual, consecuencia de esta guerra». Y, después, pedía explicaciones a Bush, el «agresor», y: «su innoble acción de muerte y destrucción que aún continúa».

Y remataba su crítica con «el hecho incontestable reconocido hoy día a todos los niveles» de la teoría de que esta acción bélica fortalecía a Al Qaeda:

> La acción bélica norteamericana y la de los que la siguieron ha determinado o cuando menos ha contribuido a la creación, desarrollo y consolidación del mayor de los campos de entrenamiento de terroristas en el mundo, con espacio tiempo y medios más que suficientes para preparar a los más avezados terroristas (hemos estado y estamos contribuyendo a que el monstruo crezca cada vez más y se haga a cada instante más fuerte y probablemente más invencible)[6].

El «aniversario» de Garzón sobre la guerra de Iraq no contenía una sola línea sobre la dictadura de Sadam Hussein ni su represión o sobre las libertades ganadas por los iraquíes tras la guerra. Nada tampoco sobre la negativa reiterada de Sadam Hussein a cumplir las exigencias de la «comunidad internacional». Tan solo la condena como agresores, ilegales y fomentadores de terrorismo a quienes declararon esa guerra.

En aquella otra guerra, el problema principal no era el dictador sino Bush y su declaración de guerra. La democracia, los de-

rechos humanos, no dependían de una guerra declarada por las potencias occidentales, como en Libia, todo lo contrario, los derechos humanos y la democracia eran víctimas de la guerra de las potencias occidentales. Desde la élite financiera, el representante quizá más rutilante del progresismo mundial, George Soros, lo expresaba de la siguiente manera: «Si Bush pone Iraq en la agenda, entonces tenemos una guerra; pero si lo que pone es democracia, entonces tendremos un plan para extender este sistema por todo el mundo»[7].

¿Quién le iba a decir a George Soros que otro presidente, Obama, pondría seis años después la democracia en la agenda y lo haría para declarar la guerra a Gadafi? Tampoco faltaba en el financiero, igual que en el juez, la teoría de que la respuesta militar al terrorismo fomenta el terrorismo, vieja tesis de la izquierda que se repitió *ad nauseam* con ocasión de la guerra de Iraq y algo menos con la de Afganistán:

> La guerra contra el terror, como la llamó Bush, como cualquier conflicto por naturaleza, se cobra muchas vidas inocentes, demasiadas. (...) Estas heridas alientan el odio, y este, a su vez, el terrorismo. Los terroristas empezaron por crear víctimas inocentes alrededor de 3000 en los atentados del 11-S. Pero después, Estados Unidos creó muchas más de 3000 nuevas víctimas en su batalla contra el terror. Esto es lo terrible de enmarcar la lucha contra el terrorismo en términos militares únicamente. Por eso es muy importante cambiar el enfoque del problema. Se puede combatir el terrorismo de otro modo, fortaleciendo la democracia.

Poco después de la guerra contra el régimen de Gadafi, en abril de 2011, un terrible atentado ocurrió en Marrakech, Marruecos, con dieciséis personas asesinadas, la mayoría turistas occidentales. Aunque AQMI (Al Qaeda del Magreb Islámico) negó su auto-

ría, las primeras hipótesis policiales y militares apuntaron a esa organización. Y, sin embargo, ni una sola reflexión de la izquierda puso en relación este atentado con la guerra proclamada por americanos y europeos a Libia, aunque el objetivo fueran los turistas occidentales, la mayoría franceses, es decir, del país europeo que ha liderado la guerra contra Gadafi. Una reacción completamente diferente a la producida tras el 11-M en España, cuando la izquierda relacionó ese atentado con la guerra de Iraq.

Tampoco las organizaciones de derechos humanos como Amnistía Internacional o Human Rights Watch, siempre prontas en la última década para denunciar los abusos de Estados Unidos o de Israel, han denunciado abusos occidentales en la guerra de Libia. De hecho, los civiles rebeldes muertos en ataques por error de las tropas extranjeras, apenas han tenido repercusión en la prensa occidental. Ni una sola página de opinión o de denuncia, más allá de escuetas informaciones que duraron apenas unas horas en las páginas principales de la red o del papel.

Otra cosa fueron las guerras declaradas por Bush. Durante esos años, la preocupación y la denuncia principales de Amnistía Internacional no fueron los abusos y represión de las dictaduras sino de Estados Unidos. Así ocurrió, por ejemplo, en 2004, cuando Amnistía denunció que Estados Unidos había «convertido el mundo en un lugar más peligroso» y, en la presentación del informe de Amnistía de 2003, su presidente en España, Juan Lucas, declaraba sobre Estados Unidos que «violar los derechos en el propio país, cerrar los ojos ante los abusos que se conocen en el exterior y utilizar la fuerza militar preventiva donde y cuando se le antoja ha causado daños a la justicia y a la libertad, y ha convertido el mundo en un lugar más peligroso».

En 2005, Amnistía volvía a la carga contra Estados Unidos. En el informe presentado ese año, afirmaba que «hay sólidos indicios de que la 'guerra contra el terror' dirigida por Estados Unidos

y la violación selectiva por parte de este país del Derecho Internacional fomentaron y exacerbaron abusos por parte de Gobiernos y otros agentes en todas las regiones del mundo». En la presentación en Londres de dicho informe, el 25 de mayo de 2005, la secretaria general de Amnistía, Irene Khan, calificó a Guantánamo como «el Gulag de nuestro tiempo» y diferenció las «culpas» de Bush de la «inocencia» de Zapatero: «Zapatero no usó la política del miedo para su orientación antiterrorista como hizo Bush en Estados Unidos después del 11-S».

En 2006, una vez más, el artículo publicado en España por Irene Khan con motivo del Día Internacional de los Derechos Humanos ocupaba casi todo su espacio en la denuncia de Israel y Estados Unidos, muy en especial el segundo, y su guerra contra el terror. Ni una sola palabra sobre las masacres del terrorismo islamista o los talibanes o los resistentes a la democracia en Iraq pero sí sobre la «guerra contra el terror emprendida por Estados Unidos que, cinco años después de los atentados del 11-S, sigue produciendo espantosas violaciones de derechos humanos»[8].

La perspectiva de Human Rights Watch sobre los derechos humanos era exactamente la misma. Dos años después de las anteriores palabras, el director de esta organización, Kenneth Roth, ofrecía una larga entrevista en *El País Semanal* en la que, nuevamente, la amenaza principal a los derechos humanos en el mundo era la Administración Bush y sus guerras, una contribución, sostenía Roth, al fortalecimiento del terrorismo:

> La Administración de Bush ha sido un desastre para los derechos humanos porque decidió combatir el terrorismo ignorándolos. De esta manera, Washington generó una enorme animadversión contra Estados Unidos en el resto de mundo, lo que favoreció a Al Qaeda. Le ayudó a reclutar nuevas generaciones de terroristas. Dañó la cooperación internacional en la lucha antiterrorista. En

> realidad George Bush hizo exactamente lo que Osama Bin Laden deseaba que hiciera. Obama parece haber comprendido todo esto y yo espero que cambie la política antiterrorista porque es lo que hay que hacer pero también por que es una opción más inteligente para derrotar al terrorismo[9].

«Criticamos a Gobiernos de izquierda y derecha», decía en la misma entrevista Kenneth Roth, lo que ilustraba con el emparejamiento de un Gobierno democrático como el de Álvaro Uribe con otro que hace tiempo dejó de serlo como el de Hugo Chávez, dejándonos una idea muy clara del inquietante concepto de democracia de Kenneth Roth. Y con la comparación entre Bush y Zapatero, en la que, al igual que para Amnistía Internacional, arrasaba en popularidad el segundo: «Frente al descrédito de la política de Bush hay otros modelos como el de España, que ha investigado y ha llevado a los sospechosos ante un tribunal y no ha cometido serias violaciones de los derechos humanos».

Desde el periodismo progresista, americano en este caso, todo lo anterior quedaba sentenciado por *Newsweek* en diciembre de 2009, con el siguiente resumen del año 2004 en el que atentados del 11-M o terribles catástrofes naturales como el *tsunami* de Asia eran equiparados a la elección democrática de Bush: «El *tsunami* asiático, la reelección de Bush, las bombas de Madrid, Abu Ghraib, y Beslan. ¿Qué tal todo eso para un mal año?»[10].

Barack Obama, que unos meses antes había comenzado una campaña de boicot contra la cadena Fox por considerarla demasiado politizada, no emprendió, sin embargo, ninguna campaña contra *Newsweek* por esta comparación de una elección democrática con los asesinatos masivos de varios atentados. Quizá porque el comparado no era él mismo.

Desde el campo de la política, la de los socialistas españoles, se recordaba el «vergonzoso» apoyo político a la guerra de Iraq. Por

un lado, el de Estados Unidos. Lo destacaba el europarlamentario socialista Emilio Menéndez del Valle: «En 2003, Bush obtuvo un vergonzoso apoyo masivo para atacar a Iraq»[11]. Una denuncia parecida ya había sido realizada por los socialistas cuando en España, en marzo de 2003, se votó en el Congreso el apoyo a la intervención en Iraq. El diputado Jesús Caldera proclamó: «Hoy las diputadas y diputados venimos aquí armados solo con nuestra conciencia para enfrentarnos al dilema en que el mundo se encuentra: abrir las puertas de la guerra o dar una oportunidad más a la paz. (...) Créanme, señorías, de eso se trata hoy aquí, de votar en uno u otro sentido, a favor de la guerra o a favor de la paz».

Y Zapatero, en 2003, sobre la intervención en Iraq: «Todo mundo sabe que [el desarme de Iraq] es posible con presión política y que es mejor que con las bombas. (...) Los iraquíes han sido víctimas de un tirano y de la ceguera de quienes se llaman a sí mismos sus libertadores».

Ocho años después, sin embargo, quien esto decía sobre la guerra de Iraq y sobre quienes pretendían liberar a los iraquíes de su dictador, asumía él mismo otra guerra por la libertad sin pensar esta vez que la presión política pudiera ser mejor que las bombas. Así presentaba Zapatero su apoyo a la guerra de Libia en su intervención en el Congreso de Diputados el 22 de marzo de 2011 para pedir el voto del Congreso a la intervención militar: «La comunidad internacional ha dado, con esta decisión, un paso de relevancia histórica», afirmó Zapatero y continuó: «Fijarse con toda claridad la tarea de proteger a un pueblo, en este caso, el pueblo libio, de la amenaza que representan sus actuales gobernantes, y facilitarle la realización de sus aspiraciones de autogobierno; y que lo ha hecho, además, con un amplísimo apoyo de los miembros de esa comunidad y de sus organizaciones regionales. Les pido que nos sumemos a ese apoyo, que contribuyamos a esa tarea a favor del pueblo libio».

Dos días después de que Zapatero pidiera el voto en el Congreso para hacer la guerra contra Gadafi, un significativo intelectual de la izquierda, muy firme partidario de esta guerra, Josep Ramoneda, no tenía empacho en escribir que uno de los momentos más obscenos de la historia de la democracia española había sido el día en que Aznar y los diputados del PP celebraron con gran alborozo haber ganado la votación para ir a la guerra de Iraq[12]. Su colega Lluís Bassets se esforzaba igualmente en diferenciar Libia de Iraq. Lo de Bush, escribió Bassets, no era realmente la agenda de la libertad sino que eso era un maquillaje que ocultaba la reivindicación del unilateralismo de Estados Unidos en una guerra preventiva y su versión ampliada de la guerra contra el terror que «divide el mundo en amigos y enemigos de Washington y permite suspender indefinidamente derechos y libertades en casa y en el exterior en nombre de los intereses presidenciales». Todo se debía, añadía Bassets, a «la obsesión de sus consejeros 'neocon' que querían liberar el planeta de tiranos por la fuerza del dinero y de las armas». Frente a eso, Bassets defendía, sin embargo, que Obama debía intervenir en Libia pues, si el autócrata libio se sale con la suya, cundirá el mal ejemplo entre los dictadores y los déspotas tendrán carta blanca durante años para seguir haciendo de las suyas[13]. Aquello que no se aplicó al déspota Sadam Hussein se aplicaba ahora al déspota Muamar el Gadafi, por decreto progresista.

Y es que los intelectuales del progresismo español se encontraron ante una posición imposible con la guerra de Libia. A diferencia de posiciones más matizadas de los colegas de otros países, el suyo había sido un «No» radical a la guerra, a las guerras, a los métodos militares, cuando tales métodos y guerras fueron aprobados por Bush y Aznar, y, con Libia, se encontraban en la necesidad de apoyar una guerra que chocaba con buena parte de las posiciones de entonces.

«Muchos estuvimos contra aquella guerra, pero sabiendo que algunas guerras deben ser libradas», escribió Javier Valenzuela[14], Pero no fue ese el mensaje de liderazgo en las movilizaciones ciudadanas, políticas e intelectuales contra la guerra de Iraq. La sustancia fue el «No a la guerra», a todas las guerras. A lo que se añadió el rechazo de todos los argumentos a favor de la liberación de los iraquíes reprimidos por Sadam Hussein como un supuesto engaño de quienes, Bush, sobre todo, solo querían extender su poder en la región. Y aún más, los progresistas añadieron argumentos de tipo estratégico como la predicción de que la guerra de Iraq aumentaría el número de «yihadistas» y agravaría, por lo tanto, el terrorismo.

A todo lo anterior se le daba la vuelta, afirmando, ahora, con Libia, la existencia de un imperativo moral. «Habría sido inexplicable quedar al margen de una operación en la que el imperativo moral de impedir al régimen libio cometer nuevas atrocidades coincide con la imprescindible autorización de Naciones Unidas», proclamó *El País* en su editorial al día siguiente del discurso de Zapatero en el Congreso[15]. Y sosteniendo, además, el descacharrante argumento de que mientras en un caso, Iraq, la guerra contra el dictador creaba «yihadistas», en el otro, Libia, era el dictador Gadafi el principal responsable de un aumento del yihadismo. Por lo que el peligro, en relación con el terrorismo islamista, era precisamente no intervenir. Así lo argumentaba José María Ridao: «Al responder con inusitada violencia a las demandas inicialmente pacíficas de los libios, es él [Gadafi] quien está abriendo el camino a las ideologías totalitarias, especialmente el yihadismo, que aspiraban a alzarse con el monopolio de la oposición a la tiranía. Una eventual victoria de Gadafi les abonaría aún más el terreno, sobre todo si la comunidad internacional continúa paralizada»[16].

La gran ventaja de la que ha gozado la anterior transformación de la izquierda española y de una buena parte de la izquierda europea es que la guerra de Libia ha contado con el apoyo de la derecha. Lo que le ha permitido evitar las explicaciones excesivas sobre la transformación. De hecho, la mayor diferencia entre la guerra de Iraq y la guerra de Libia en términos de izquierda y derecha es que la guerra de Iraq fue apoyada sustancialmente por la derecha con algún sector muy limitado de la izquierda mientras que la guerra de Libia ha sido apoyada por derecha e izquierda. Y tan solo ha sido criticada por la izquierda radical, y no toda, que estuvo igualmente en la oposición a Iraq.

Margaret Wente realizó una sugerente definición del debate ideológico de ambas guerras, cuando señaló que la guerra de Libia era una creación de los intelectuales progresistas («liberal intellectuals») mientras que la guerra de Iraq había sido una creación de los intelectuales neoconservadores[17]. Con la diferencia esencial, hay que añadir a la definición de Wente, de que la guerra de Iraq fue únicamente apoyada por los intelectuales de la derecha mientras que la guerra de Libia, la de los intelectuales de izquierda, fue apoyada igualmente por los neoconservadores.

La extraordinaria metamorfosis de la izquierda dejaba en evidencia la falsedad del supuesto pacifismo de la izquierda opuesto al militarismo de la derecha. El colofón de tal metamorfosis lo ponía en España la escritora Almudena Grandes cuando se apuntaba a la defensa de la guerra apelando... a la guerra civil española y al franquismo: «Después, durante 75 años, los demócratas españoles sintieron la no intervención de las potencias democráticas como la herida más dolorosa. Hoy, los historiadores consideran, además, que aquella aparente omisión fue la clave decisiva de la victoria franquista. (...) La intervención puede acabar muy mal, pero, ahora mismo, desampararles sería tender una mano

secreta al resto de los dictadores del mundo árabe. Y ni siquiera eso serían tan grave como dejarlos solos»[18].

## De Premio Nobel de la Paz a la liquidación de Bin Laden

La confrontación entre el supuesto pacifismo de la izquierda y el supuesto militarismo de la derecha alcanzó su punto álgido con la concesión del Premio Nobel de la Paz a Barack Obama, el 9 de octubre de 2009. Y es que el Comité noruego del Nobel pretendía con este premio resaltar precisamente esa supuesta diferencia, premiar a quien consideraba el nuevo líder político mundial del pacifismo, Obama, opuesto, de esta forma, al supuesto líder mundial del militarismo, George W. Bush. El premio quería poner así broche final a todo el debate ideológico de la década abierto a partir del atentado del 11-S en septiembre de 2001. El debate que pronto quedó definido alrededor de lo que el progresismo consideró propuestas de guerra de la derecha y propuestas de diálogo y paz de la izquierda.

Gracias a Obama, aseguró el Comité del Nobel, «la democracia y los derechos humanos van a fortalecerse». «Ha dado a su pueblo la esperanza de un mundo mejor», añadió. También aseguró que «Obama es actualmente el principal portavoz mundial de la política internacional y las actitudes que este organismo ha tratado de estimular en sus 108 años de historia». ¿Qué actitudes? Se sobreentendía que aquellas en las que Obama se oponía a Bush, sustancialmente, en la guerra de Iraq y la cárcel de Guantánamo. Y, sobre todo, aquellas actitudes imaginadas más que explicitadas por Obama por las que una buena parte de la opinión pública mundial, incluido el Comité del Nobel, lo había convertido en líder de la izquierda pacifista.

Obama apenas llevaba nueve meses en el cargo cuando le fue concedido el premio, sin que hubiera llevado a cabo aún acción

significativa alguna, lo que incidía en la percepción del galardón como un premio antiBush más que un premio pro Obama. Lo más llamativo de las reacciones a la concesión fue que ni el progresismo internacional, comenzando por los propios demócratas americanos, sintió mucho entusiasmo por él. Digamos que el Comité del Nobel se había excedido en su entusiasmo ideológico. La sensación de ridículo invadía incluso las filas de la izquierda.

Fueron los intelectuales de la derecha, obviamente, quienes lo pusieron más claramente de manifiesto. Por ejemplo, Bill Kristol que, en *The Washinton Post*, titulaba ese día «No es una parodia», o en Europa, Michael Binyon, en *The Times*, que titulaba «Absurda decisión que convierte el Nobel de la Paz en una burla». Pero lo cierto es que la reacción crítica contra la concesión fue generalizada, en la derecha y en la izquierda, tal como se pudo constatar aquel día y los posteriores en todas las reacciones y encuestas *Online*, no solo de los medios más críticos con Obama, sino de todo tipo de medios, incluidos los americanos.

El propio Barack Obama hubo de reconocer el día de la concesión: «Para ser honesto, creo que no me lo merezco». A lo que añadió su apuesta por el futuro, destacando que no lo veía como un reconocimiento de lo conseguido sino como un reconocimiento de los objetivos que se había marcado para EE. UU. y el mundo.

¿Qué objetivos? Según la izquierda europea, más entusiasta con él que los propios votantes demócratas americanos, y en palabras de la líder del Partido Socialista Francés, Martine Aubry:

> Más allá del proyecto de Barack Obama para los Estados Unidos creo que debemos retener para nosotros los que siempre ha dicho: «queremos un nuevo multilateralismo, los Estados Unidos ya no decidirán nada ellos solos». Y nosotros, europeos, debemos estar unidos para tenderle una mano para expandir la paz en el mundo pa-

ra evitar el choque entre EE. UU. y Rusia pero, sobre todo, para crear otro mundo, mirar más al Sur y poner fin a ese conflicto entre civilizaciones de George Bush, que enfrenta a Oriente con Occidente[19].

Y, desde el primer año de su mandato, Obama se dedicó a cultivar esa imagen del liderazgo alternativo a Bush, dialogante y pacifista. Hasta tal punto que, en marzo de 2009, su vicepresidente Joe Biden llegó a defender la negociación con los talibanes. En una reunión con la UE en Bruselas, el 10 de marzo de 2009, Joe Biden afirmó que, a partir de entonces, se iban a emplear muchas más herramientas que las militares en Afganistán. Que había que entrar en contacto y ver si los había que quisieran participar en la construcción de un Estado afgano estable y seguro. Que no hay una solución puramente militar para ninguno de los dos países. Que la gente está cansada de guerra y está cansada de esta guerra. Que hay que hablar con los talibanes para tantear una salida a la guerra de Afganistán.

Nada había cambiado en Afganistán, los talibanes seguían asesinando, entre otros muchos, a las niñas y jóvenes que acudían a la escuela y a sus profesores, pero Obama se planteaba el diálogo con quienes asesinaban con tal de impedir la educación de las mujeres. Nada había cambiado tampoco en la política de armas nucleares y amenazas de Irán, pero, el 20 de marzo de 2009, Obama también ofreció «un nuevo comienzo» a Irán. Obama se proponía también dialogar con Irán: En un vídeo grabado para los iraníes, dijo: «Hemos tenido serias diferencias que han ido creciendo con el tiempo, pero mi Administración está ahora comprometida a ejercer una diplomacia que aborde todo el espectro de asuntos entre nosotros y a buscar lazos constructivos entre EE. UU., Irán y la comunidad internacional. (...) En lugar de las amenazas buscamos un compromiso honesto y basado en el respeto mutuo». La prensa española de izquierdas celebraba el discurso

de Obama como la ruptura de treinta años de desencuentros que habían culminado con la inclusión, por parte de Bush, de Irán en el llamado «eje del mal».

Unos días más tarde, el 5 de abril de 2009, Obama insistía en su agenda alternativa, dialogante y pacifista, con la apuesta por el desarme nuclear. En un discurso en Praga propuso reforzar el Tratado de No Proliferación Nuclear destinando más recursos para las inspecciones y aplicando consecuencias inmediatas a los violadores de las reglas. Por aquel entonces, nadie llamó la atención sobre la contradicción entre este discurso y su llamamiento el mes anterior a una nueva era de diálogo con Irán que seguía haciendo caso omiso a todas las exigencias internacionales de paralización de su programa nuclear. Nuevamente, los admiradores del «pacifista» Obama resaltaron que la Casa Blanca estaba trabajando en un plan para restaurar el liderazgo estadounidense en desarme y no proliferación nuclear que Bush habría despreciado.

Como culminación de los anteriores mensajes, al día siguiente, el 6 de abril de 2009, Obama lanzó desde Ankara otro mensaje de unidad y acuerdo a los musulmanes afirmando que Estados Unidos no está ni estará nunca en guerra con el islam y que buscaría amplios compromisos basados en los mutuos intereses y en el respeto. La izquierda española recibió nuevamente con entusiasmo el discurso de Obama, justamente cuando la Alianza de Civilizaciones mantenía un encuentro en Turquía. El enviado especial de *El País*, Antonio Caño, resumió el discurso afirmando que «Obama enterró ayer el choque de civilizaciones y envió un mensaje de reconciliación al mundo islámico»[20]. En otras palabras, y según la interpretación del progresismo intelectual, la política de Bush habría sido de choque de civilizaciones y estrategia de enfrentamiento con los musulmanes, no con los terroristas fundamentalistas, sino con los musulmanes.

Pero el Obama pacifista no duró siquiera un año. Consciente de la imposible contradicción planteada entre el liderazgo pacifista que el mundo, especialmente, Europa, le proponía, y su posición como presidente de Estados Unidos, optó claramente por lo que la izquierda llevaba llamando visión militarista y «neocon» del mundo y lo hizo en el propio discurso de recepción del Premio Nobel de la Paz, el 10 de diciembre de 2009. Dicho discurso consistió sustancialmente en la defensa de la guerra y el uso de la fuerza. La llamada guerra justa, claro está, que es la misma que estaba en las teorías neoconservadoras que apoyaron la guerra de Iraq.

El manifiesto «neocon» de Obama en defensa de la guerra justa y el uso de la fuerza incluyó afirmaciones como las siguientes:

Habrá ocasiones en que las naciones, actuando individual o conjuntamente, concluirán que el uso de la fuerza no solo es necesario sino también justificado moralmente.

Enfrento al mundo como es, y no puedo cruzarme de brazos ante amenazas contra estadounidenses. Que no quede la menor duda: la maldad sí existe en el mundo. Un movimiento no violento no podría haber detenido los ejércitos de Hitler. La negociación no puede convencer a los líderes de Al Qaeda a deponer las armas. Decir que la fuerza es a veces necesaria no es un llamado al cinismo, es reconocer la historia, las imperfecciones del hombre y los límites de la razón.

Hay un hecho clarísimo: Estados Unidos ha ayudado a garantizar la seguridad mundial durante más de seis décadas con la sangre de nuestros ciudadanos y el poderío de nuestras armas.

Creo que se puede justificar la fuerza por motivos humanitarios, como fue el caso en los países balcánicos o en otros lugares afectados por la guerra. La inacción carcome nuestra conciencia y puede resultar en una intervención posterior más costosa.

Quienes procuran la paz no pueden permanecer cruzados de brazos mientras los países se arman para una guerra nuclear. El mismo principio se aplica a quienes incumplen con las leyes internacionales a tratar brutalmente a su propio pueblo Cuando hay genocidio en Darfur, violaciones sistemáticas en el Congo o represión en Birmania, debe haber consecuencias. Sí, habrá acercamiento; sí habrá diplomacia, pero tiene que haber consecuencias cuando esas cosas fallen. Y mientras más unidos estemos, menores las probabilidades de que nos veamos forzados a escoger entre la intervención armada y la complicidad con la opresión.

Como cabía esperar, el mito del Obama pacifista fue inmune a rectificación de los hechos, en este caso, al discurso del propio Obama. Y, al día siguiente, el periódico referencia del progresismo español, *El País* encajaba el discurso de la defensa de la guerra de Obama, en sus propios principios antineocon y anti-Bush. Bajo el título de «La guerra justa» y la entradilla de que «Obama recibe el Nobel con una doctrina militar alternativa a la de los neoconservadores», el editorial de *El País* afirmaba que «Sus palabras son el reflejo simétrico y contrario de la doctrina de la seguridad de los Gobiernos neoconservadores, basada en la guerra preventiva y unilateral», y añadía que «El reverso de la agresividad imperial de George Bush radica en primer lugar en la reactualización del concepto de guerra justa y las condiciones que comporta: que sea la última opción tras agotarse las demás; que la fuerza se use de forma proporcionada; que se proteja a los civiles»[21]. Como se ve, un caso extraordinario de periodismo «creativo».

A partir de ese mes de diciembre, la política internacional y de seguridad de Obama se distanció definitivamente de las expectativas de la movilización anti-Bush. Ya en agosto de 2009 Obama había afirmado que la guerra de Afganistán era «una guerra nece-

saria». En diciembre, añadió a tal afirmación la decisión de enviar 30 000 nuevos soldados a esa guerra, con la crítica de una parte del propio Partido Demócrata. La izquierda europea convirtió también esta decisión de reforzar la estrategia militar en Afganistán en una supuesta alternativa a la guerra de Bush. Nada de lo que ha hecho Obama tiene que ver con Bush, escribía Lluís Bassets sobre esta decisión de Afganistán, como dos años más tarde lo haría con Libia. Obama no es Bush, aunque pudiera parecerlo, se esforzaba la izquierda. Y Bassets pedía incluso morir en el campo de batalla por nuestra seguridad. Defendía Bassets lo que no muchos meses antes él mismo habría tachado de intolerable neoconservadurismo o terrible militarismo de la derecha: «Obama pide que Europa mande a sus soldados a morir por Afganistán no para salvar la cara a nadie, ni para salvaguardar intereses económicos o hegemonía geopolítica alguna, sino para mantener la seguridad en Madrid y Londres o para evitar que se incrementen los secuestros de cooperantes españoles en el Magreb»[22].

Ya lo había dicho José Luis Rodríguez Zapatero en *The New York Times* ese mismo año para explicar su apoyo a la guerra de Afganistán y al envío de más tropas: «La cuestión no es qué puede hacer Obama por nosotros, sino qué podemos hacer nosotros por Obama»[23].

Dos años después, Obama y muchos de quienes se manifestaron contra la guerra, como Zapatero, culminaron con la declaración de su propia guerra, la de Libia. Y, a diferencia de lo que había ocurrido en Iraq o en el propio Afganistán, cuando tales guerras fueron declaradas con Bush al frente de Estados Unidos, repentinamente, el progresismo mundial comenzó a reconocer a las víctimas de la represión y los activistas de la libertad en los países árabes y musulmanes.

Antes, tan solo existía la «intolerable injerencia internacional e imperialista». Los activistas pro libertad y democracia parecían no existir, ni en Iraq ni en Afganistán. Ahora, la injerencia internacional y el ataque militar eran reclamados por los activistas árabes y musulmanes y las víctimas de la represión en los medios de la izquierda occidental. El escritor argelino Bualem Sansal, por ejemplo, cuyos sentimientos de rabia hacia los países que no habían apoyado la guerra de Libia eran recogidos en *El País*:

> Experimentamos, en cambio, un odio sin límites hacia una Alemania que ya solo piensa en sí misma, que se ha vuelto sorda y ciega ante los argumentos de sus vecinos europeos, hacia Rusia y China, eternos auxiliadores de las dictaduras; hacia Brasil e India, dispuestos a sacrificarlo todo en el altar del sagrado crecimiento económico. Instamos a nuestros amigos árabes a no olvidarlo y que, cuando sean libres, les borren definitivamente de sus programas de reconstrucción[24].

Incluso la izquierda más extremista, increíble transformación, daba una oportunidad a la intervención del otrora imperio y sus malvados ejércitos. Maruja Torres, que también se había mantenido firme contra la guerra de Afganistán, no solo la de Iraq, y había escrito en 2009 que seguir en Afganistán era un disparate, aunque lo dijera Obama, y que no había forma de arreglarlo con las armas[25], dejaba una puerta abierta a las armas en Libia. Y en abril de 2011 escribía, no solo que los militares eran los únicos que decían cosas sensatas sobre Libia, sino también que «no creo que intervenir en Libia suponga lo mismo que hacerlo en Iraq»[26].

La culminación de la metamorfosis ideológica tenía su broche de oro con la ejecución de Bin Laden por parte del Ejército de Obama el 1 de mayo de 2011 en Abottabad, Pakistán. El propio Obama justificó tal ejecución en un discurso enviado a los me-

dios americanos pocas horas después de la muerte de Bin Laden con palabras que hubieran recibido una protesta cerrada del progresismo mundial si llegan a ser pronunciadas por Bush:

> Los americanos entienden los costes de la guerra. Sin embargo, como país nunca toleraremos que nuestra seguridad sea amenazada ni permaneceremos cruzados de brazos cuando los nuestros sean asesinados. No cejaremos en la defensa de nuestros ciudadanos, nuestros amigos y nuestros aliados. (...) Se ha hecho justicia. (...) Y recordemos que podemos hacerlo, no por la riqueza o por el poder, sino por lo que somos: una nación, bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos[27].

Pero la contestación del progresismo apenas tuvo lugar. La socialdemocracia apoyó, incluso con cierto entusiasmo, la operación para matar a Bin Laden ordenada por Obama. Solo la izquierda radical lo condenó. En España, lo hizo Izquierda Unida que, a través de su portavoz parlamentario, Gaspar Llamazares, calificó tal muerte de «terrorismo de Estado» y de «ejecución extrajudicial que queda fuera del Derecho Internacional». En América, el Gobierno de Hugo Chávez, que lo calificó de asesinato del Imperio. Pero, incluso Noam Chomsky, que lo calificó de «asesinato por venganza»[28], lo hizo en un tono bastante más conciliador que el empleado habitualmente por este intelectual en sus críticas al poder político estadounidense.

El progresismo había completado su asunción de las principales tesis neoconservadoras ahora que Obama las lideraba, con un entusiasmo digno de pasar a la historia de las más grandes transformaciones ideológicas.

# ¡Socorro, que venga un diplomático! Naciones Unidas y el pacifismo

## Una mesa para los tiranos

El genial dibujante Mingote publicó el 20 de septiembre de 2006 una excelente viñeta sobre las contradicciones que plantea el pacifismo en la defensa de los derechos humanos y de la libertad. En la viñeta, una gran cantidad de armas apuntaba a un ciudadano indefenso que gritaba desesperado «¡Hay que defenderse! ¡Que venga un diplomático!». La viñeta es una atinada interpretación de las causas del fracaso del progresismo en su apuesta por el supuesto pacifismo y la primacía de Naciones Unidas en las decisiones internacionales de la última década. Y no solo por el final, hasta ahora, de ese debate, es decir, la apuesta del propio progresismo por la guerra en Libia o el apoyo a la ejecución de un terrorista, Bin Laden, o, a la hora de escribir estas líneas, las contradicciones de Naciones Unidas sobre Siria por el veto de China y Rusia a la condena de la represión de la dictadura siria. También por la debilidad de tales argumentos a la luz de los principios democráticos, comenzando por la naturaleza y papel de Naciones Unidas.

«Imagine una elección en la que los resultados están sustancialmente predeterminados y para la que una parte de los candidatos han sido claramente reconocidos como incompetentes», escribía el ex presidente checo Vaclav Havel sobre la elección parcial de países miembros del Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas del 12 de mayo de 2009. Y explicaba, a continuación, que eso era exactamente lo que iba a ocurrir con esa elección. Varias dictaduras que no respetaban los derechos humanos iban a ocupar asientos alrededor de esa mesa del Consejo de Derechos Humanos[29].

Entre las dictaduras más importantes, China, Cuba o Arabia Saudí, la Libia de Gadafi, ocupan, han ocupado, lugar de honor en un Consejo que tiene por objetivo el fortalecimiento de la promoción y protección de los derechos humanos en el mundo. El Consejo, en un alarde de reacción democrática tardía ante los abusos de los dictadores, suspendió a Libia como miembro de tal Consejo en marzo de 2011, sin explicar, por supuesto, las razones que exigían la entrada y permanencia del resto de las dictaduras en el Consejo. Y eso que tal Consejo fue creado por Naciones Unidas en 2006 para sustituir a la Comisión de Derechos Humanos, debido a las críticas recibidas por tal Comisión por no haber sido capaz de cumplir sus funciones.

Pues bien, la institución que acoge a lo que pertinentemente definió Havel como «la mesa de tiranos», o la institución que es, en su funcionamiento, una mesa de tiranos, ha sido entronizada por el progresismo como la fuente máxima de legitimidad en la toma de decisiones sobre libertad y defensa de derechos humanos. Y lo ha hecho sin que importara la realidad dictatorial que sustenta tal institución. José Luis Rodríguez Zapatero declaró en una entrevista, pocos meses después de ser elegido presidente del Gobierno en 2004:

> Una cosa es la política en un momento dado de una Administración como la del presidente Bush y otra lo que han sido los valores de la sociedad americana y de grandes líderes norteamericanos. Esos principios volverán a Estados Unidos no tengo ninguna duda. El otro día releía el discurso de toma de posesión del presidente Kennedy. Decía que las naciones poderosas deben estar sometidas al gran poder de Naciones Unidas. Tengo el convencimiento de que en muy poco tiempo viviremos una etapa de recuperación de los principios de la legalidad internacional, del multilateralismo y de la relevancia de Naciones Unidas, pase lo que pase en las elecciones del próximo 2 de noviembre en Estados Unidos[30].

El problema para la izquierda era Estados Unidos, no las dictaduras de Naciones Unidas. Cuando el Consejo de Derechos Humanos inició su andadura, el 19 de junio de 2006, el titular principal del diario *El País*, «El Consejo de Derechos Humanos nace con la ausencia de EE. UU.». Ninguna referencia a la inclusión de varias dictaduras en tal Consejo, sino a la ausencia de Estados Unidos[31]. Se inauguraba un organismo internacional de defensa de derechos humanos con varios miembros que conculcaban tales derechos humanos, pero tal hecho extraordinario recibía un interés menor y dentro del texto, con una breve referencia a las críticas de Reporteros sin Fronteras a la inclusión de las dictaduras. Además, y junto a la información sobre la inauguración, se incluía un artículo de Micheline Calmy Rey, vicepresidenta de la Confederación Suiza y ministra de Asuntos Exteriores, que celebraba la creación en Ginebra del Consejo de Derechos Humanos sin una sola referencia, sin un solo lamento, por las dictaduras presentes en su seno y sus violaciones de derechos humanos[32].

Ahora bien, lo más extraordinario de las contradicciones democráticas en torno a Naciones Unidas y este Consejo de Dere-

chos Humanos se produjo unos días después en la entrevista que también publicó *El País* del recién nombrado presidente del Consejo de Derechos Humanos, el mexicano Luis Alfonso de Alba. La colosal hipocresía colectiva construida alrededor de Naciones Unidas quedaba de manifiesto en las respuestas de este diplomático al periódico[33]. A la pregunta del periodista Rodrigo Carrizo sobre las razones por las que este Consejo iba a lograr lo que no había conseguido la antigua Comisión de Derechos Humanos, Luis Alfonso de Alba respondía con lo que podríamos considerar un perfecto exponente del lenguaje intencionadamente confuso y vacío que camufla realidades y evita respuestas a cuestiones comprometedoras: «Hemos llegado al convencimiento colectivo de hacer las cosas de manera diferente, con más jerarquía y más autoridad. Si no reconocemos que los derechos humanos han alcanzado una mayor jerarquía y peso será difícil construir un órgano novedoso. Nuestro objetivo a medio plazo es dotarle de un rango similar al de la Asamblea General. Este Consejo está destinado a convertirse en el sexto órgano principal de la ONU».

Aún era más increíble la respuesta a la petición concreta del periodista de una explicación sobre la presencia de dictaduras, Arabia Saudí, Túnez, Argelia, Nigeria o Pakistán, en el Consejo: «El gran problema radica en presumir que hay países que no tienen problemas de derechos humanos mientras que otros sí. Lo principal, en mi opinión, es que haya una voluntad seria de corregir las desviaciones. Si existe ese interés, yo les abro la puerta a todos y son bienvenidos. Aclaro que no basta con querer ser parte del Consejo para entrar en él, sino que cada país miembro ha tenido que firmar una serie de compromisos y cartas de intenciones».

Y para corroborar la equiparación entre democracias y dictaduras del presidente del Consejo al destacar que todos los países tienen problemas de derechos humanos, el llamativo dato de que

el único país explícitamente criticado por el presidente del Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas en dicha entrevista era... Estados Unidos. No las dictaduras miembros del Consejo, sino Estados Unidos, por no haber ingresado en ese Consejo: «De todas maneras, los Estados Unidos están muy atrasados en la ratificación de convenciones que afectan a los derechos humanos, como la de los Derechos del Niño. Tampoco lo han hecho en la Convención Interamericana de San José porque incluía el tema de la pena de muerte. Y solo hablamos de derechos humanos. También podríamos recordar otros muchos».

El broche de todo lo anterior es que el periódico titulaba precisamente con la crítica referida a Estados Unidos, «EE. UU. está muy atrasado en derechos humanos». De manera que el inicio de la andadura del Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas no era saludado con una llamada a la terrible contradicción planteada por las dictaduras sino por Estados Unidos.

Algo mejor acabó la historia de la elección de presidente de la UNESCO en 2009, cuando estuvo a punto de ser elegido el que fuera ministro de Cultura de Egipto hasta las revueltas árabes, Faruk Hosny. Solo la movilización de relevantes intelectuales como Bernard-Henri Lévy, Claude Lanzmann y Elie Wiesel consiguió finalmente que Hosny no fuera elegido. Pero por muy poco margen, pues su derrota frente a la búlgara Irina Bokova, el 22 de septiembre de 2009, se produjo en una quinta votación, tras cuatro votaciones en las que ambos candidatos empataron.

Y es que Hosny había recibido el apoyo de una buena parte de los países de la UNESCO, sin que importara, ni mucho menos, su condición de ministro de una dictadura, ni tampoco sus ideas, que Lanzmann, Lévy y Wiesel difundieron por el mundo en los meses precedentes. Entre otras cosas, Hosny había declarado en 2001 que «Israel no ha contribuido jamás a la civilización en ninguna época porque no ha hecho otra cosa que apropiarse de los

bienes de otros» y también que «la cultura israelí es una cultura inhumana; es una cultura agresiva, racista, pretenciosa, que se basa en un principio muy simple: robar lo que no le pertenece para pretender enseguida apropiárselo». Y, en 2008, dijo sobre los libros israelíes que pudieran entrar en la biblioteca de Alejandría: «Quememos esos libros; si se encuentran, yo mismo los quemaré ante vosotros».

Hosny no fue elegido al frente de la UNESCO, pero obtuvo 27 votos frente a 31 de su rival, pues su legitimidad para hacerse con tal puesto era, es, en el seno de Naciones Unidas, comparable al que pueden presentar los candidatos de los países democráticos. Básicamente, porque la contradicción democrática de Naciones Unidas ha sido completamente ignorada. No solo ha sido ignorada sino que, en el debate de los últimos años, dos posiciones en torno a Naciones Unidas y la legitimidad internacional se han establecido con bastante claridad.

De un lado, y desde el progresismo, la apuesta apasionada por Naciones Unidas como núcleo esencial de la legitimidad en decisiones de política internacional. De otro lado, desde una parte de la derecha, muy en especial entre los neoconservadores, escepticismo sobre el papel de Naciones Unidas y su capacidad para dictar la legitimidad internacional.

El debate incluye, obviamente, muchos más elementos que el específico del papel de Naciones Unidas. Pues la apuesta de la mayor parte del progresismo por esta institución va estrechamente unida a un pretendido pacifismo y antimilitarismo que estaría, según ese progresismo, ligado a la primacía de esta institución. Y, por parte de la derecha, en especial los neoconservadores, el escepticismo sobre Naciones Unidas se vincula con la idea de la falta de legitimidad intrínseca de una institución en la que deciden los tiranos y es incapaz de ser eficaz en la defensa de los

derechos humanos y de la libertad, algo que Estados Unidos puede y debería defender si fuera necesario.

El debate internacional sobre la guerra de Iraq giró en torno a todos esos elementos, con Naciones Unidas como eje central. La posición más virulenta contra la guerra de Iraq, representada, entre otros, por líderes como José Luis Rodríguez Zapatero, incluyó como estandarte esencial el papel de Naciones Unidas. El «No a la guerra» de Iraq se argumentó en la inexistencia de una resolución de Naciones Unidas autorizando el ataque militar. Es decir, la legitimidad de la guerra se fundamentaba en esa resolución, en la decisión de Naciones Unidas.

Es cierto que los argumentos sobre las dudas en torno a la existencia de armas de destrucción masiva o de las auténticas intenciones de quienes eran favorables a la guerra fueron importantes en la posición del progresismo. Pero, en último término, la sustancia de la legitimidad de la decisión se supeditaba a la posición de Naciones Unidas. Sobre todo, porque había un argumento muy difícil, si no imposible de discutir para el progresismo, que era el de la opresión de Sadam Hussein sobre los iraquíes. ¿Cómo no apoyar desde la izquierda un ataque militar que pudiera liberar de la opresión a millones de iraquíes? A través de Naciones Unidas o del argumento de la legalidad internacional. Naciones Unidas y legalidad internacional acababan siendo, de esta manera, más una excusa que un principio para oponerse a una guerra concreta, la de Iraq, y no a todas las guerra en general.

Y es que la supuesta superioridad de Naciones Unidas como fuente de principios morales y de legitimidad internacional es un elemento coyuntural de un discurso más amplio del progresismo de los últimos años en contra de los Estados Unidos de Bush y la respuesta militar a determinado tipo de terrorismos, sustancialmente, el islamista, vinculados en alguna medida al antiimperialismo, al antiamericanismo y al anticapitalismo.

En la misma entrevista citada más arriba de octubre de 2004, Zapatero también planteó de la siguiente manera algunas de sus ideas en política internacional alrededor de la Alianza de Civilizaciones:

> Es una idea que propuse a secretario general, Kofi Annan, para que Naciones Unidas la articule, que es la vía para que resulte eficaz. Pero la idea tiene como objetivo fortalecer la comunicación, la comprensión entre el mundo occidental y el mundo musulmán y árabe. Es imprescindible. La evolución de la intervención en Iraq y la situación entre Israel y Palestina están produciendo una fosa de separación, no ya entre Gobiernos, sino entre sociedades, que es lo más importante. En muchas sociedades árabes o en muchas sociedades occidentales, a fuerza de no hablar, a fuerza de lanzar solo discursos de confrontación, podemos estar creando un nuevo muro. Naciones Unidas es quien tiene que fomentar y poner en marcha esa alianza de civilizaciones[34].

Naciones Unidas, pacifismo, antiamericanismo, son elementos de una determinada línea ideológica en política internacional que Zapatero ya había definido un año antes de ser elegido presidente del Gobierno. En otra entrevista en abril de 2003 y a la pregunta sobre la diferencia entre sus principios y los de Aznar, afirmó: «Pues que mis principios son conformes con la Carta de la ONU, con la legalidad internacional y contrarios a esta guerra preventiva, ilegal e inmoral, que sin duda alguna va a producir males mayores de los que intenta evitar. La actitud de Aznar ha sido simplemente hacer seguidismo de Bush, sin ningún elemento de reflexión o de debate. Es una posición muy negativa para los intereses de España»[35].

Para reforzar la posición anterior, y en la misma entrevista, Zapatero no dudó en utilizar de referente a un líder dictatorial co-

mo Hosni Mubarak: «Cuando las reglas de la legalidad internacional se rompen, hay más inseguridad. El presidente de Egipto, Mubarak, persona de confianza del mundo occidental, ha dicho que esto no hace sino aumentar el terrorismo y que de esta guerra pueden salir 100 Bin Laden. Y comparto esa afirmación. Esto generará odio en muchos países, y el odio es el arma de destrucción más masiva que hay». Y completó su presentación de principios ideológicos en política internacional con el cuestionamiento del uso de la fuerza militar; «Aznar está al lado de la potencia militar que con su superioridad militar quiere establecer una superioridad moral y un orden nuevo, no a través del Derecho que supone acuerdo entre países, sino a través de la fuerza. Esto no va a ir adelante porque es un modelo de orden internacional que conduce al caos, a la inseguridad y, desde luego, que no va a prosperar». Pocos años después, Libia, Zapatero iba a liderar la exigencia del uso de la fuerza, de la superioridad militar, pero, en 2004, la fuerza militar le parecía en sí misma rechazable.

Y todo lo anterior estaba ligado a un acusado antiamericanismo. ¿Antiamericanismo o anticonservadurísmo? La pregunta es pertinente pues la apuesta por Naciones Unidas, el diálogo y el pacifismo se ha hecho en la última década en oposición a las políticas de los Estados Unidos de Bush. Y, ciertamente, hay un importante elemento de anticonsevadurismo, de confrontación izquierda/derecha, en ese discurso, pero difícil de diferenciar en una buena parte de los discursos del antiamericanismo propio de la extrema izquierda, conectado con los movimientos antiimperialistas y anticapitalistas con los que, a su vez, se vincula también la izquierda moderada.

En el debate sobre la guerra de Iraq, una buena parte de los argumentos se centraron en las intenciones intrínsecamente equivocadas y perversas que tendría un Gobierno conservador como el de Bush. Esa era la perspectiva de un intelectual caracterizado

por desarrollar una confrontación sistemática contra ese Gobierno como es Paul Krugman. Sobre la guerra de Iraq, este economista y destacado representante intelectual del progresismo americano defendió que el argumento más importante contra la invasión no era la sospecha de que los motivos expuestos por el Gobierno fueran un fraude sino el hecho de que la razón real por la querían una guerra era una fantasía infantil consistente en la creencia de que si Estados Unidos usaba su fuerza militar contra alguien en el mundo árabe y no importando demasiado quién fuera, ello afectaría a los radicales islámicos y los empujaría a dejar el terrorismo[36]. En el mismo artículo, Krugman escribía también que la estrategia militar de Israel contra Hezbolá fortalecía a Hezbolá, constante argumento del progresismo durante la década pasada, hasta que el mismo progresismo llegó a la conclusión de que, sin embargo, las bombas aliadas contra Gadafi no fortalecían a Gadafi sino a la democracia, los derechos humanos y la libertad.

En el debate sobre la guerra entre Israel y Hezbolá, en 2006, fue difícil, por ejemplo, diferenciar entre la posición de un intelectual francés moderado como Gilles Kepel y el escritor uruguayo radical Eduardo Galeano. Kepel escribió respecto a lo que consideraba guerra de Israel contra Líbano y no de Líbano o Hezbolá contra Israel que «confirma el fracaso de la política de la Administración Bush de hacer más seguro Oriente Próximo con el uso unilateral de la fuerza, tras el fiasco de la ocupación de Iraq»[37]. Con algunas variaciones, Eduardo Galeano también responsabilizó pocos días después a Estados Unidos:

> Israel ha desoído 46 recomendaciones de la Asamblea General y de otros organismos de la ONU. ¿Hasta cuándo el Gobierno israelí seguirá ejerciendo el privilegio de ser sordo? Las Naciones Unidas recomiendan pero no deciden. Cuando deciden, la Casa Blanca impide que deci-

> dan, porque tiene derecho de veto. La Casa Blanca ha vetado en el Consejo de Seguridad, 40 resoluciones que condenaban a Israel. ¿Hasta cuándo las Naciones Unidas seguirán actuando como si fueran otro nombre de los Estados Unidos?[38]

Naciones Unidas, el bueno, Estados Unidos, el malo, ha sido un elemento central de este discurso mientras la derecha, George Bush, ha gobernado en Estados Unidos. Incluso cuando gobierna el Partido Demócrata, la posición de la extrema izquierda se mantiene, pero varía sustancialmente la de la izquierda moderada, que ya no hace culpable a Estados Unidos de los diferentes conflictos internacionales, Libia y las revueltas árabes, entre otros. Pero ahora y entonces, lo que sí se mantiene es una lectura ideológica determinada de esos conflictos, con la permanente culpabilidad, por ejemplo, de Israel. En el conflicto con Hezbolá, en 2006, una de las escasas excepciones desde el progresismo fue la de Joschka Fischer, que fuera ministro de Exteriores y vicecanciller de Alemania entre 1998 y 2005 y que, a diferencia del conjunto del progresismo, definió aquella guerra como una guerra orquestada por las fuerzas radicales de la región, Hamás y la Yihad Islámica entre los palestinos, Hezbolá en Líbano e Irán y Siria, fuerzas que buscaron el conflicto por tres razones: aliviar la presión interna palestina para que Hamás reconozca a Israel, debilitar la democratización en Líbano que estaba marginando a Siria y apartar la atención del programa nuclear iraní y enseñar a Occidente los «instrumentos» de que dispone en caso de conflicto[39].

Mientras tanto, en este conflicto, Israel-Hezbolá, como en otros muchos, Naciones Unidas mantuvo la habitual posición de término medio y neutralidad entre los enfrentados, muy en especial cuando uno de los enfrentados era/es un grupo terrorista como Hezbolá con amplias simpatías entre el progresismo mundial.

«Es el Gobierno libanés quien debe decidir cómo se desarma a Hezbolá», dijo el 25 de agosto de 2006 el secretario general adjunto de Naciones Unidas, Shashi Tharoor. Y el Secretario General, Kofi Annan: «El desarme tiene que ser fruto de un acuerdo político entre libaneses. Tiene que ser fruto de un diálogo intralibanés». Con la consecuencia habitual también de que Hezbolá ni se desarmó ni se desarma y sigue manteniendo en Líbano el poder que otorga el terror.

La izquierda española se adhirió con entusiasmo a la ambigüedad y pasividad de Naciones Unidas y contribuyó a las tropas de la FINUL con el manifiesto escapista, en este caso del ministro de Defensa, José Manuel Alonso, que podría resumir una buena parte de los argumentos utilizados por la izquierda española en todos los despliegues del Ejército español en conflictos en el exterior: «Si fuéramos a desarmar a Hezbolá estaríamos rompiendo la neutralidad y frustrando de raíz la naturaleza de la misión. Si alguien hubiera pretendido que el mandato de la ONU incluyese el desarme de Hezbolá, probablemente no tendríamos resolución 1701. El desarme de Hezbolá es deseable, pero debe ser una consecuencia de la extensión de la autoridad del Gobierno libanés, como dice Kofi Annan, y en eso coincidimos todos los países». A la pirueta anterior de explicar que las tropas iban a Líbano a cruzarse de brazos, el ministro de Defensa añadía una mayor, la de evitar una contestación directa y clara a la pregunta del periodista de si creía que Hezbolá era un grupo terrorista: «Estoy totalmente de acuerdo con Javier Solana, Alto Representante de la UE para la Política Exterior y de Seguridad: Hezbolá tendrá que elegir entre ser una organización terrorista o un movimiento político»[40]. O sea, que sí, pero no, o, quizá, tal vez sea un grupo terrorista, decía el ministro español.

Diálogo, consenso, paz e intervenciones pasivas fueron los principios de Naciones Unidas defendidos por el progresismo co-

mo alternativa a la política internacional liderada por los Gobiernos de Bush. Hasta la guerra de Libia, cuando el progresismo creyó que había llegado el momento de utilizar la fuerza. Todo lo que era inaceptable en acciones de grupos terroristas como Hezbolá o en represiones brutales de los dictadores contra sus pueblos como en Iraq, era ahora necesario, legítimo y hasta apremiante. «Apremiante firmeza» tituló *El País* un editorial en el que sostenía que «cada hora que pierde el Consejo de Seguridad dudando sobre si reunirse y qué medidas de seguridad adoptar, Gadafi prosigue su brutal castigo contra su propio pueblo». Y aún más: «Pero contener la furia criminal del déspota libio es un imperativo moral y no puede haber excusas para una mayor firmeza tanto de las principales potencias como del Consejo de Seguridad»[41].

El discurso contra la guerra de Iraq y el papel de Naciones Unidas se había transformado radicalmente.

## El falso pacifismo

El viejo cliché de que la izquierda es pacifista mientras que la derecha es militarista o que la izquierda tiende a evitar el uso de la violencia mientras que la derecha recurre con suma facilidad a ella aún persiste hoy en día, a pesar de su incongruencia con la historia y con la realidad. Los diez últimos años de debates sobre los conflictos internacionales han reproducido de una forma más o menos burda esa diferenciación. Como en otros aspectos del debate ideológico, persiste aquí la capacidad de la izquierda para apropiarse de los valores sociales más apreciados o más populares o más políticamente correctos, y, sin duda, la paz y el pacifismo lo son.

Poco importa que un análisis de la historia de los movimientos políticos o de los conflictos actuales ponga radicalmente en cues-

tión la supuesta diferenciación entre una izquierda pacifista y una derecha violenta o militarista. El hecho, entre otros, de que una buena parte de los grupos terroristas de las últimas décadas tenga inspiración izquierdista o emparentada en algunos elementos con la izquierda. Desde ETA, las FARC, el ELN, Sendero Luminoso, claramente de izquierdas, hasta grupos como Hamás o Hezbolá, de signo ideológico más complejo, pero receptores de las simpatías de la izquierda internacional.

En una de las más sugerentes diferenciaciones de los conceptos izquierda y derecha, la de Norberto Bobbio de 1995, y para cuestionar la idea de que la no violencia sería característica de la izquierda, Bobbio recordó que la renuncia a utilizar la violencia para conquistar y ejercer el poder es característica del sistema democrático y no de la izquierda o de la derecha[42]. A lo anterior cabe añadir que algunas movilizaciones violentas dentro de los sistemas democráticos corresponden a grupos tanto de extrema izquierda como de extrema derecha. Y que lo mismo ocurre con los grupos terroristas, si bien la mayor parte de esos grupos han sido y son de extrema izquierda y el grupo terrorista más importante en la actualidad, Al Qaeda, cuya base ideológica es el fundamentalismo religioso, recibe excusas y comprensiones, cuando no abiertas simpatías, desde el ámbito de la extrema izquierda y no de la extrema derecha.

A pesar de esas evidencias, la oposición entre una derecha militarista y una izquierda pacifista ha tenido cierto éxito en los últimos años, entendiéndose tal diferenciación en la idea de que la derecha recurre o tiende a recurrir a soluciones militares y la izquierda a soluciones pacifistas. La derecha recurriría a las armas para solucionar los conflictos mientras que la izquierda recurriría al diálogo. Y así han analizado muchos las diferentes posiciones ideológicas en los conflictos internacionales de las últimas décadas, como la oposición entre la derecha que apuesta por la guerra

y la izquierda que apuesta por la paz. Ni siquiera la evidencia de que en el conflicto que más debate ideológico suscitó, Iraq, hubiera líderes de izquierda, sobre todo Tony Blair, que apoyó la declaración de guerra, debilitó la fuerza de esa contraposición.

Lo más extraordinario es que tampoco la guerra de Libia, fomentada en España por el liderazgo de la izquierda y en Estados Unidos por Obama, la supuesta alternativa pacifista de la izquierda frente a la derecha militarista de Bush, ha modificado los viejos esquemas de una buena parte de los intelectuales del progresismo. Lo que se podría resumir en el enunciado de que la izquierda dice hacer la paz también cuando hace la guerra. Un perfecto exponente de lo anterior es un artículo de Viceng Físas, director de la llamada Escuela de Cultura de Paz de la Universidad Autónoma de Barcelona quien, en pleno fragor del debate sobre la intervención militar en Libia sostuvo que la izquierda no es militarista y la intervención en Libia es una misión de paz:

> Como es bien sabido, a la izquierda tradicional no le gustan las intervenciones militares ni, en general las actividades militares. Creo que es herencia del nefasto militarismo que vivimos en nuestro país durante el franquismo. (...) Sin embargo, puedo defender que existan unas fuerzas armadas reducidas y entrenadas especialmente para actuar en operaciones de mantenimiento de la paz, en coordinación con Naciones Unidas. Esto vale para acciones como las de Libia. (...) Lo paradójico es que no podríamos proporcionar seguridad (y apoyo humanitario) a la población de Bengasi, para poner un ejemplo, sin antes reducir la capacidad militar de Gadafi, y eso no se consigue con inacción, ni con medios diplomáticos, ni con fuerzas no violentas de interposición, al menos tal como están las cosas. Guste o no guste, hay que emplear una

fuerza, limitada a lo estrictamente necesario, eso sí, que solo pueden ofrecer las fuerzas militares[43].

Al argumento de más arriba se añade que el progresismo oculta la palabra guerra cuando efectivamente la hace, como ya he relatado en el anterior apartado en torno a los trucos del lenguaje utilizados para disfrazar sus participaciones en misiones de guerra. De esta forma, ni siquiera la guerra de Libia ha roto entre los más irreductibles la pretensión del pacifismo, no solo como seña de identidad de la izquierda sino como seña de su superioridad moral. Ningún líder más representativo en esta cuestión que Zapatero quien resumió, pocos meses después de ganar sus primeras Elecciones Generales, de la siguiente manera lo que consideraba las señas de identidad de su proyecto: «Este Gobierno lleva seis meses y yo diría que ha habido seis ideas que condensan las señas de identidad del proyecto que representamos: paz, Europa, mujer, ciudadanía, solidaridad y seguridad. La primera idea es la de la paz, la retirada de las tropas de Iraq y mi discurso en Naciones Unidas». En ese contexto enmarcó Zapatero la idea de la Alianza de Civilizaciones: «En muchas sociedades árabes o en muchas sociedades occidentales, a fuerza de no hablar, a fuerza de lanzar solo discursos de confrontación, podemos estar creando un nuevo muro. Naciones Unidas es quien tiene que poner en marcha esa alianza de civilizaciones». Y en ese contexto también, situó su plan de acción respecto a ETA: «El Partido Socialista comparece con dos proyectos, con dos ideas muy claras para el futuro: el fin de la violencia como fruto del gran acuerdo cívico y una reforma estatutaria. Euskadi quiere paz y avance, no crispación y ruptura»[44].

Es decir, paz y pacifismo, tanto respecto a los conflictos internacionales, Iraq, o respecto al terrorismo, sea el de ETA o sea el de Al Qaeda. Paz y pacifismo como respuestas y alternativas de la izquierda para las diferentes violencias frente a las respuestas

conservadoras de la fuerza y de la guerra. Un pacifismo que implicaría tolerancia y respeto por el otro frente a la intolerancia de la derecha. Una buena parte de la sustancia de la llamada Alianza de Civilizaciones se basa precisamente en esa pretensión del supuesto respeto al otro. José Luis Rodríguez Zapatero y el primer ministro turco, Recep Tayip Erdogan lo reivindicaban en un artículo conjunto que publicaron en agosto de 2006: «Necesitamos cultivar la coexistencia pacífica, que solo es posible cuando existe interés en comprender el punto de vista del otro, y el respeto por lo que considera más sagrado. Estas son las premisas básicas y los objetivos fundamentales de la Alianza de Civilizaciones que promueven España y Turquía»[45].

Y, sin embargo, tras ese supuesto pacifismo y esa pretendida superioridad moral hay más bien inacción o simpatía ideológica hacia determinados tipos de violencia. Incluso entre la minoría que en el progresismo ha osado utilizar la palabra guerra, hay una obsesión dirigida a minimizar la importancia del uso de la fuerza y a resaltar los trabajos de inteligencia, de tal manera que los ejércitos quedan reducidos a sus áreas de inteligencia y el receptor de las propuestas acaba preguntándose quién detendrá a los terroristas tras tanta información como van a obtener los servicios de inteligencia. Típico representante de tal posición ha sido Javier Solana, el socialista español que fuera Alto Representante de la Unión Europea para la Política Exterior y de Seguridad Común. Poco tiempo después de los atentados del 11-M publicó un artículo titulado «Una guerra inteligente contra el terrorismo», pero si el lector esperaba encontrar alguna referencia al uso de la fuerza y de la guerra dentro del artículo, no era tal el caso, sino el habitual argumento de que «creo firmemente que la opción militar no puede por sí sola derrotar al terrorismo. La acción debería centrarse en la cooperación judicial, policial y de los servicios secretos». Es decir, mucha inteligencia y pocas o ningún arma, co-

mo le gusta a la izquierda en el ámbito del terrorismo. Argumento siempre unido al de las causas, que también estaba en el artículo de Solana: «hay demasiado combustible para la propaganda terrorista. La UE será firme con el terrorismo. Pero también debe mostrarse firme con las causas que lo provocan. No se trata de dos luchas distintas sino de una»[46].

El pacifismo de «las causas» explica tanto la inacción como las simpatías ideológicas hacia determinadas violencias. El entusiasmo de la izquierda con Naciones Unidas tiene mucho que ver precisamente con la inacción, con la ambigüedad, que se produce incluso cuando avanza en sus acciones contra el terrorismo, por ejemplo, en la definición de terrorismo que es, según Naciones Unidas y tras muchos debates, «toda acción que se dirija a causar la muerte o graves lesiones corporales a civiles o no combatientes, con el propósito de intimidar a una población o de obligar a un Gobierno o a una organización internacional a hacer una cosa determinada o a no hacerla».

Un año después de los atentados del 11-M, Kofi Annan, secretario general de Naciones Unidas en aquel momento, desgranó en un artículo publicado en la prensa española las cinco recetas de Naciones Unidas para evitar otro 11-M y que llamaba «las cinco D». Las cinco D eran las siguientes: *1*) Disuadir a los descontentos de que recurran al terrorismo como táctica. *2*) Denegar a los terroristas los medios para que lleven a cabo sus atentados. *3*) Desalentar a los Estados de prestar apoyo a los grupos terroristas. *4*) Desarrollar la capacidad de los Estados de impedir el terrorismo, y *5*) Defender los derechos humanos y la supremacía de la ley[47].

Por lo tanto, Disuadir, Denegar, Desalentar, Desarrollar y Defender los derechos humanos, conceptos todos ellos que reflejan una cuidadosa evitación de cualquier palabra relacionada con la fuerza o el uso de la violencia contra el terrorismo. O un plan para acabar con las bandas terroristas sin hacer uso de la fuerza. Lo

que refleja los problemas de Naciones Unidas para adoptar medidas contundentes contra el terrorismo, problemas que están relacionados no solo con las limitadas capacidades operativas de este organismo sino también con las dificultades para tomar determinado tipo de decisiones por la oposición de algunos de los miembros. Por ejemplo, en el terreno de las medidas contra el terrorismo fundamentalista.

El sustrato ideológico del pacifismo de la izquierda quedó especialmente claro en la negociación con ETA, como ya he indicado en un capítulo anterior. Un diputado y sociólogo muy cercano a Zapatero, José Andrés Torres Mora puso de manifiesto el común fondo ideológico de la negociación con ETA y de la oposición a la guerra de Iraq de la siguiente manera:

> Vivir. Eso querían hacer millones de personas en Iraq cuando algunos políticos, al parecer menos leves que Zapatero, decidieron seguir los consejos de ciertos intelectuales impecables de la derecha. Los impecables defensores de la democracia y los derechos humanos decidieron que la paz que vivía el pueblo iraquí no era una paz verdadera. Que sin libertad, sin democracia sin derechos humanos, bajo una religión fundamentalista, no hay verdadera paz. Cientos de miles de muertos más tarde, estos libertadores impecables e implacables no han cambiado de opinión. No es raro que la idea de la Alianza de Civilizaciones les resulte intelectualmente intolerable. Con esos mismos argumentos, la derecha exige la interrupción del proceso de paz en el País Vasco. (...) La paz dialogada les parece demasiado cara. Debe resultarles más barato intentar o de otro modo[48].

«El fuego no se apaga con más fuego: al contrario, lo aviva», había escrito pocos meses antes Juan Goytisolo en referencia a Bush y a Israel[49]. No mucho antes, el 30 de junio, Zapatero había

iniciado la negociación con ETA con una declaración institucional en la que sustentó tal negociación en el supuesto bien superior de la paz:

> La paz es una tarea de todos; la paz será fuerte si tiene profundas raíces sociales y si abarca el conjunto de la sociedad vasca. (...) Soy plenamente consciente de que los ciudadanos tienen un gran anhelo de paz y una exigencia de máximo respeto a las víctimas del terrorismo y a sus familias. Como presidente de Gobierno de España, asumo la responsabilidad de colmar ese anhelo de paz y esa exigencia de máximo respeto y reconocimiento a la memoria, al honor y a la dignidad de las víctimas del terrorismo y de sus familias.

De hecho, toda la defensa de la negociación con ETA defendida por el Gobierno se sustentó en el logro de lo que el Gobierno llamaba paz.

Pero tal canto pacifista se apoyaba en el relato de que había un conflicto que enfrentaba a dos partes, si no con la misma legitimidad, al menos para la izquierda española, sí con una legitimidad comparable. La paz que la izquierda jamás invocaría para el fin de un terrorismo de extrema derecha era invocada, sigue siendo invocada, para convencer a los terroristas de extrema izquierda. De la misma forma que la izquierda de otros países la invoca para convencer a los terroristas de Hamás, a los de Hezbolá, a los de las FARC e incluso a los de Al Qaeda. O de la misma forma que se invocaba para criticar la guerra contra Sadam Hussein.

Allí donde se pretende la pura y limpia pasión por la paz y el rechazo de la fuerza, hay más bien comprensión ideológica hacia determinados grupos, bien por su presente, bien por sus orígenes históricos e ideológicos, lo que lleva, en los casos más extremos en términos de simpatías ideológicas, al establecimiento de las dos partes. Algo especialmente claro en el punto de vista ideoló-

gico de los llamados «expertos internacionales» que llevan varios años actuando como supuestos mediadores en las negociaciones con ETA. John Carlin, un periodista que quizá confunde la opresión y discriminación de los negros en Sudáfrica con la supuesta opresión y discriminación de los vascos en España, relató de la siguiente manera lo que los expertos internacionales consideraban reglas fundamentales de la negociación con ETA y lo hizo sin la menor ironía, en la confianza de la grandeza de las siguientes reglas:

> *1*) Todas las partes deben comprometerse de manera estratégica con el proceso y su declarado fin. *2*) Todas las partes deben aceptar riesgos, demostrar paciencia, perseverar incluso cuando hay rebrotes de la violencia. *3*) Todas las partes deben entender que van a perder algo que van a pagar algún precio, para que todos salgan ganando. *4*) Todos deben comenzar a entender el punto de vista y las limitaciones del otro, para ayudarse mutuamente a vender los acuerdos con sus inevitables concesiones, a sus respectivos correligionarios. Y *5*) Todas las partes deben tener líderes comprometidos, dispuestos a seguir adelante contra viento y marea, como Tony Blair y Gerry Adams en Irlanda del Norte, y Nelson Mandela y Frederik Willem de Klerk en Suráfrica[50].

En otras palabras, otra impresionante muestra de ese pacifismo consistente en el acuerdo entre terroristas y víctimas como si de dos partes equiparables se tratara, tan frecuente en las actitudes del progresismo ante determinados tipos de terrorismo. Sin llegar siempre a esos extremos, lo sustancial del pacifismo progresista reside en esa comprensión ideológica y no en el rechazo intrínseco al uso de la fuerza. El rechazo al uso de la fuerza se reserva exclusivamente a la acción contra determinados grupos.

Un excelente resumen del eficaz despliegue de toda esa jerga de falso pacifismo es el que ha envuelto la figura del egipcio Mohamed el Baradei, tan alabado y admirado por el progresismo occidental y premiado, algo antes que Obama, en 2005, con el Premio Nobel de la Paz. ¿Por qué motivo? Sustancialmente, por oponerse a Bush en la guerra de Iraq. ¿Por un sustancial pacifismo que lo definiría ideológicamente? Ni mucho menos, más bien por una combinación de inacción políticamente útil para su carrera política, combinada con el apoyo, por omisión, a determinados tipos de terrorismos como el palestino.

Mohamed el Baradei ha sido durante muchos años, director general de la OIEA, el Organismo Internacional de Energía Atómica. Al frente de tal organismo, se hizo muy famoso por pedir más tiempo al Gobierno estadounidense cuando se hicieron las inspecciones en el Iraq de Sadam Hussein porque, afirmaba, no tenían evidencias suficientes y necesitaba más tiempo para elaborar los informes. Y, ciertamente, el Baradei tuvo razón, pues las armas de destrucción masiva nunca se llegaron a encontrar por lo que la prudencia por él pedida se demostró como la acertada a posteriori. El problema de el Baradei es que no se trató de una prudencia derivada de su análisis de aquel caso sino de una política de inacción aplicada a todos y cada uno de los asuntos que ha abordado. Lo que le ha permitido desarrollar una notable carrera política internacional sustentada en los múltiples apoyos logrados por todos los charcos que ha evitado pisar y por todos los problemas que ha declinado tocar y resolver.

En diciembre de 2005, el flamante Premio Nobel de la Paz concedió una entrevista a Ernesto Ekaizer en *El País* digna de ser recordada por la chulería con la que este personaje se mofó de los políticos del PP español, tanto es así que adoptaba la posición de entrevistador y era él quien acababa la entrevista interrogando a Ekaizer: «¿Pero cómo un punto de vista tan extremo consiguió

tanto apoyo electoral en España? Porque Aznar fue muy activo en la guerra de Iraq». «Risas», añadía Ekaizer para describir la actitud de el Baradei en la pregunta[51].

Pero en la misma entrevista, Ekaizer le preguntó por sus propias responsabilidades, por ejemplo, respecto a Irán y sus programas de armamento nuclear. ¿Soluciones, estrategia de el Baradei? El diálogo, claro está, es decir, quedarse de brazos cruzados y reflexionar mucho sobre las causas: «(...) El problema solo se resolverá mediante el diálogo. Nunca antes, me parece, habíamos comprendido que el acceso a las armas nucleares por parte de algunos países es un síntoma y que es necesario conocer las causas del mismo para actuar correctamente. Y las causas son la inseguridad, las tensiones y la rivalidad regional». ¿Y el material radiactivo que pueda caer en manos terroristas? No sabe, espera que no: «No hemos visto nada. (...) No quiere decir que no haya ocurrido. (...) Es improbable, pero no imposible que esto ocurra».

Podríamos describir el caso el Baradei como una mezcla de arrogancia, inacción, corrección política e incapacidad. Pero hay algo más, como es habitual en los pacifistas. En este caso, un pacifismo enfocado ideológicamente. Seis años después de la anterior entrevista, el Baradei, fuera ya de la OIEA, pero candidato a la presidencia de Egipto, concedió otra entrevista a un medio español y se pronunció sobre el conflicto Israel-Palestina, definiendo su concepto de paz verdadera: aquel en el que Israel es culpable por utilizar la violencia, pero en el que no se recrimina tal cosa, ni mucho menos, a los terroristas de Hamás:

> Israel tiene que comprender que si elude la legislación Internacional y no respeta el derecho de los palestinos a crear un Estado independiente no logrará jamás la paz. Mantener una política basada en la represión y el establecimiento de asentamientos en territorio palestino solo servirá para continuar con la inestabilidad en la región.

> Es posible alcanzar una verdadera paz, especialmente cuando la región se mueve hacia a democracia, pero EE. UU. y Europa deben garantizar el cumplimiento del Derecho Internacional[52].

Henry Sokolski, director de la Non Proliferation Policy Education Center de Washington, hizo recientemente una aguda crítica a las inanidades pacifistas de el Baradei cuando escribió que «oponerse a tan elevados pensamientos sería tan grosero como oponerse a la maternidad»[53]. Y es que el Baradei también acaba de publicar un libro, *The Age Of Deception: Nuclear Diplomacy in Treacherous Times*, en el que, relata Sokolski, desarrolla el gran concepto que tiene de sí mismo, propone menos sanciones y más respeto por los países sospechosos de desarrollar armas nucleares, diplomacia y mucho diálogo, en definitiva, pero no explica el fracaso de la Agencia que ha dirigido en el control de proliferación nuclear. Tan solo pide más diálogo genuinamente diplomático con quienes hacen caso omiso de las exigencias de fin del desarrollo de armas nucleares.

## La rosa del desierto y a peligrosa democracia

El lamentable compadreo de los demócratas occidentales con los dictadores de otras zonas del mundo es común a la izquierda y a la derecha. Es cierto que la izquierda añade, además, su defensa de algunas dictaduras comunistas, la cubana especialmente. Pero, al margen de ese apoyo específico, es más relevante el común coqueteo de las élites políticas y también económicas y culturales de los países occidentales con una buena parte de las dictaduras, muy especialmente cuando dichas dictaduras son de interés económico o, simplemente, invierten grandes sumas de dinero para conseguir determinados objetivos en países occidentales.

En plena movilización por la democracia en las calles de varios países árabes, la edición norteamericana de la revista *Vogue* tuvo la infeliz ocurrencia de publicar un largo artículo de encendidos elogios hacia la esposa del dictador sirio al Assad. El reportaje se titulaba, para mayor vergüenza de esta importante publicación, «Una rosa en el desierto». Y en él, la periodista Joan Juliet Buck realizaba un apasionado y elogioso relato de los grandes trabajos de Asma al Assad a favor de los sirios y de lo felices que eran los sirios bajo el maravilloso mandato del dictador. ¿Dictador? En realidad, dicha palabra no figuraba en el reportaje, sino la rendida admiración de la periodista por el hecho de que «el esposo de Asma fue elegido presidente de Siria en el año 2000, tras la muerte de su padre, Hafed al Assad, con un asombroso 97% de los votos»[54]. El escándalo provocado por el artículo no dio lugar a ninguna dimisión, simplemente a que *Vogue* hiciera desaparecer el artículo de la edición digital y de la red tan pronto como tuvo ocasión de hacerlo.

Al fin y al cabo, la única particularidad del artículo era su aparición en un momento especialmente delicado de interés occidental hacia las revueltas árabes y en una revista muy importante y de amplia difusión internacional. Pero tanto antes como después la actitud habitual de las publicaciones de todo el planeta ha sido muy semejante a la de *Vogue* con «la rosa siria del desierto». Elogio, admiración y propaganda hacia los ricos y glamourosos dictadores, sin atención alguna a la represión practicada en sus países. Sin que importara que Siria, por ejemplo, fuera consideraba en el propio informe de la Freedom House de enero de 2011 como una de las diez dictaduras más represivas del mundo.

Los reportajes, los elogios y las admiraciones por los dictadores sirios habían aparecido en múltiples publicaciones, no solo en *Vogue*, a lo largo de los últimos años. Y de igual manera respecto de otros dictadores, los de Jordania, por ejemplo, o los de Qa-

tar, por recordar algunos de los más mediáticos. Pero esta pleitesía a los dictadores no ha ocurrido únicamente en los medios de comunicación. Igualmente ha afectado y sigue afectando a las instituciones más respetables o más admiradas. La London School of Economics es un buen ejemplo, no solo de los impresentables coqueteos de los dictadores sino también del hecho de que tales coqueteos se transforman en escándalo solamente cuando una represión de décadas se convierte en noticia en los países occidentales, pero no durante todas esas décadas.

En marzo de 2011, más o menos al mismo tiempo que el mundo se escandalizaba por la «rosa del desierto» de *Vogue*, se supo que Saif el Islam Gadafi, un hijo del dictador libio, había leído una tesis doctoral en 2008 en la London School of Economics y que tal tesis estaba siendo investigada por acusaciones de plagio. Pero el escándalo no derivaba tanto del posible plagio sino de que la lectura de tal tesis hubiera sido seguida de una donación del nuevo doctor a la universidad de 1,75 millones de euros. Tampoco ayudó demasiado el hecho de que la tesis defendiera las reformas democráticas en Libia pero cuando tales reformas fueron pedidas por los libios en las calles de su país, a Saif el Islam Gadafi le faltara tiempo para dirigirse a los libios desde la televisión y amenazarlos con una sangrienta guerra civil si seguían en su pretensión de hacer caso a las teorías de su tesis doctoral.

La sospechosa coincidencia acabó con la dimisión del director, Howard Davies, y con la promesa por parte de la universidad de que, repentinamente, una parte de la donación iría dirigida a becas para estudiantes libios de la institución. Y, sobre todo, la sospechosa coincidencia acabó con la pregunta de cuántas instituciones y en cuántos casos habían protagonizado escándalos semejantes sin que lo hubiéramos sabido.

En el fondo ideológico de tales escándalos había, hay, dos actitudes hacia las dictaduras, en particular las dictaduras árabes,

muy extendidas especialmente en la izquierda, pero también en la derecha. La primera, tan destruida por las revueltas árabes, es aquella según la cual la alternativa a la dictadura podría ser peor en determinados lugares del mundo, en las dictaduras árabes, a la propia dictadura, puesto que tal alternativa podría ser la del triunfo electoral o imposición también dictatorial de los grupos fundamentalistas. Fareed Zakaría y su libro *El futuro de la libertad* constituyen un buen exponente de esta actitud. En dicho libro, interesante y sugerente, por otro lado, Zakaria defendía la idea de que, en muchos países árabes, los dictadores son más liberales y modernos que la sociedad o muchos movimientos con capacidad de influencia social[55]. En definitiva, los dictadores no son el ideal, pero, al fin y al cabo, serían mucho más sofisticados y presentables, véase a la rosa del desierto o al hijo doctor de Gadafi, que las radicales poblaciones.

Pero, sobre todo, el argumento más repetido del progresismo ha sido aquel otro de que no se puede imponer la democracia con bombas o que los occidentales no deberían interferir en otros países con sus cañones para instaurar un sistema democrático. Son los habitantes de las dictaduras quienes deben conseguir la democracia si así lo desean, argumento especialmente querido por la izquierda, sin que importen demasiado las limitadas posibilidades de respuesta interna a una dictadura, sobre todo, cuando la capacidad de represión de esa dictadura, por ejemplo la siria, es muy alta. O cuando la apuesta por la democracia significa la muerte en muchos de esos países.

Hasta 2011, en concreto hasta la apuesta del progresismo por la utilización de las bombas para imponer la democracia en Libia, la teoría de que no se puede imponer la democracia con bombas fue mayoritaria. Algunos intelectuales inasequibles al desaliento mantuvieron la teoría incluso después de las bombas occidentales sobre Libia. Por ejemplo, Sami Naïr quien, en marzo de 2011,

aún sostuvo que la intervención occidental «nada tiene que ver con el funesto 'derecho de injerencia' que las potencias extranjeras han querido arrogarse desde la caída de la Unión Soviética, ni con una voluntad hegemónica cualquiera de tal o cual otra potencia europea en el Mediterráneo»[56]. Puestos a negar, Naïr también negó que la intervención en Libia fuera «una guerra ofensiva» ya que, argumentaba, no pretende atacar deliberadamente a un enemigo definido como tal enemigo y es la ONU quien ha dado la autorización.

Ni democracia con bombas, ni guerra, ni enemigo siquiera, según el progresismo en lo que a Libia concierne. Como todo el mundo sabe, todos esos conceptos, bombas, guerra y enemigo, se aplicaban exclusivamente a las guerras lideradas por Bush o apoyadas por significativos líderes de la derecha. Como escribió Andrés Ortega tiempo antes de que ganara Obama o de que Obama y Zapatero enviaran sus aviones a bombardear Libia y de que él mismo fuera nombrado Director Internacional del gabinete de Zapatero, «Estamos ante un nuevo fracaso de la estrategia de la Administración Bush. (...) Bush quería democratizar Oriente Próximo aunque fuera a bombazos. Era previsible que, en el mejor de los casos, Iraq se convertiría en un régimen islamista (como Siria si cae el de Bachar el Assad)»[57].

Menos mal que después de gloriosos errores de diagnóstico como el anterior, algunos intelectuales progresistas rectificaron tras las revueltas de Libia. Así lo hizo José Ignacio Torreblanca: «Es cierto que, como se ha recordado estos días, la democracia no se puede imponer con bombardeos desde 10 000 metros de altura, pero viendo a la fuerza aérea de Gadafi y a sus mercenarios retomar las posiciones de unos rebeldes muy pobremente armados, es obligatorio preguntarse cuál es nuestro grado de indiferencia respecto a un eventual triunfo de Gadafi. Si la situación de Libia

sigue igual de estancada, algún tipo de actuación militar será inevitable»[58].

La represión libia había conseguido lo que no pudo Sadam Hussein, que algunos intelectuales del progresismo acabaran escribiendo y defendiendo lo mismo que los intelectuales neoconservadores. Y, lo que es más importante, que líderes de la izquierda enfrentados a Bush por la intervención en Iraq como Zapatero apostaran ahora por lo que antes habían descalificado como «la democracia a bombazos».

# La conspiración del miedo

## El miedo, ese invento de los gobernantes de la derecha

El ingrediente ideológico que completa la teoría de la guerra progresista y la idea de que todo ataque violento tiene una solución dialogada, al menos siempre que el ataque proceda de fuerzas hacia las que el progresismo tiene algún tipo de simpatía, se completa con la teoría del miedo, que es, más bien, la teoría de la conspiración del miedo. Pues el miedo funciona en dicha teoría como un gran ogro usado por los gobernantes de la derecha para manipular las mentes de los ciudadanos y justificar sus respuestas violentas a terroristas o dictadores. De tal manera que, en realidad, los ataques del terror sufridos por los ciudadanos son, en último extremo, una creación de la derecha para justificar lo que esa derecha desea realmente hacer que es, según la conspiración del miedo, usar el terror.

Lo anterior pudiera parecer una parodia de la teoría del miedo de la izquierda y, sin embargo, es un fiel reflejo de los principales desarrollos de esta teoría. La conspiración del miedo vale para cualquier escenario, sean las dictaduras como la de Iraq o Afganistán o sean las sociedades atacadas por el terrorismo como la española. En unos y otros casos, el problema esencial no es el terrorista que mata o el dictador que reprime. El problema esen-

cial, arguyen los teóricos de la conspiración del miedo, es el miedo fabricado por los gobernantes de la derecha para justificar su defensa frente a al terror.

Un perfecto engarce del diálogo con los terroristas y la teoría del miedo lo ofrecían tres autodenominadas pacifistas, editoras de la revista *En Pie de Paz*, en tiempos de la negociación socialista con ETA, en la primera legislatura de Zapatero. Anna Bosch, Carmen Oriol y Carmen Magallón defendieron en un artículo la negociación con ETA con la verborrea habitual de las dos partes, los dos sufrimientos y las distintas sensibilidades, la sensibilidad de los asesinos y la sensibilidad de los asesinados. Lo que hay, lo que había, decían Bosh, Oriol y Magallón, es un clima de agresividad provocado por la manipulación del miedo que impide a las distintas «sensibilidades», en particular la de los familiares de los asesinados, tener una mente abierta para la negociación: «La experiencia nos enseña que el miedo es una pulsión legítima y necesaria para la supervivencia que muestra la fragilidad humana y nos permite protegernos. Tal vez por eso se puede manipular hasta convertirlo en un impulso capaz de agredir, bajo la convicción de estar defendiéndose. Eso parece estar ocurriendo en nuestros escenarios públicos en los últimos tiempos»[59].

No son los terroristas quienes provocan el miedo sino que lo haría el ambiente de agresividad, y ahí las responsabilidades están muy repartidas, pues, al final de la conspiración del miedo, el auténtico responsable no es el terrorista sino quienes sufren al terrorista, las víctimas y el Estado que lo combate, todos empeñados en usar la violencia democrática, sin darse cuenta de que la mejor solución es… dialogar y acordar con los terroristas.

Pero las más acabadas teorías de la conspiración del miedo fueron elaboradas en época de George W. Bush. Eso sí, también murieron con el final de su presidencia. Desde entonces, ya no es Obama quien manipula el miedo para tener excusas con las que

alimentar la respuesta militar a los terroristas (Iraq, Afganistán) o a los dictadores (Libia). Hasta que llegó Obama, el líder de muchos de los teóricos de la conspiración del miedo, el miedo era aquello de lo que se servía la derecha gobernante para justificar una buena parte de sus acciones.

En el ámbito político, la teoría más conocida de la conspiración del miedo fue la de Al Gore, activista contra el cambio climático y Premio Nobel de la Paz por tal motivo en 2007 y, sobre todo, candidato por el Partido Demócrata a la presidencia de Estados Unidos en 2000, elección en la que perdió, precisamente frente a George W. Bush, el objetivo político principal de su libro *The Assault on Reason*[60], publicado en 2007. La tesis básica del libro es que la derecha representa las ideas y políticas que van contra la razón. Tal «sutil» tesis se apoyaba, a su vez, en una teoría biológico-psicológica sobre la manera en que George Bush estimuló el miedo con fines políticos. La técnica de Bush habría consistido, argumenta Gore, en repetir la misma amenaza una y otra vez, en confundir el foco de atención llevándolo de Al Qaeda a Sadam Hussein y en usar una impactante imaginería como la del hongo nuclear encima de una ciudad americana.

Después de una respuesta adecuada al 11-S, afirma Gore, la Administración Bush empezó a elevar y a distorsionar el miedo ciudadano al terrorismo con el fin de crear una justificación política para atacar Iraq. Además, Gore vincula las «maldades» de Bush y el propio terrorismo cuando escribe que el terrorismo se basa en la estimulación del miedo con fines políticos y que, de hecho, el fin específico del terrorismo es distorsionar la realidad política de una nación creando en el conjunto de la población un miedo que es completamente desproporcionado en relación con el peligro real que los terroristas son capaces de plantear[61].

En palabras de Gore, por lo tanto, lo que hacía Bush, lo que hacía la derecha, se parece enormemente a lo que hace el propio te-

rrorismo. En la misma línea de la extrema izquierda, un representante político de la izquierda moderada como es Gore, equipara el 11-S con la respuesta militar de Estados Unidos, el terrorismo, por un lado, y quienes actúan como terroristas, por otro. Aún más, y en la misma línea también de la extrema izquierda, el problema ya no es tanto el ataque del terrorismo fundamentalista a Estados Unidos sino el de la respuesta de Estados Unidos a ese ataque.

En la teoría de la conspiración del miedo, no obstante, hay un elemento que se impone a su acusado radicalismo y es el de su endeble consistencia intelectual, el marchamo grotesco de una lectura de la realidad en la que el miedo al terrorismo no existe o es irrelevante y lo que existe, en su lugar, es una manipulación de los gobernantes para que los ciudadanos sientan ese miedo. No es el 11-S el causante del temor de los americanos, no son los crímenes de ETA, sus amenazas, su vigilancia social, los que atemorizan a los ciudadanos españoles. Según la teoría de la conspiración del miedo, son los gobernantes quienes están realmente en el origen de ese miedo. O, en una traslación de la teoría de la conspiración del miedo a la medicina, no es el cáncer lo que provoca el miedo del paciente a la enfermedad sino que es el médico con su diagnóstico del cáncer y con su insistencia en aplicar unas medidas agresivas para atajar la enfermedad el verdadero causante del miedo del paciente.

La conspiración del miedo es aplicada por Gore y por los líderes del progresismo a todos los ámbitos sociales, como cabía esperar. Bush no solo sería el responsable real del miedo. Además, escribe Gore, la Administración Bush ha usado el lenguaje y la política del miedo para cortocircuitar el debate y dirigir la agenda pública de manera que no se preste atención a la evidencia, a los hechos, al interés público. Lo que tiene, como colofón, que, en esa atmósfera de miedo constante, los ciudadanos son más pro-

clives a dejar a un lado la razón y fiarse de los líderes caracterizados por la fe dogmática y los puntos de vista ideológicos. En definitiva, según Gore y sus muchos seguidores, el auténtico miedo es el construido por los líderes de la derecha, no por el terrorismo o el fundamentalismo violento, y es de tal grado que los ciudadanos pierden la razón y se dejan guiar por los líderes de la derecha, caracterizados por una fe dogmática y por unos puntos de vista ideológicos, muy a diferencia de la izquierda que se caracteriza por su uso de la razón.

Lástima que Al Gore no haya publicado una nueva edición corregida y ampliada de *The Assault on Reason*, pues ello nos permitiría conocer su opinión sobre en qué medida cabe aplicar al líder demócrata Barack Obama los rasgos de «fe dogmática y puntos de vista ideológicos». Con discursos, por ejemplo, como el pronunciado por el presidente americano tras la operación militar para capturar y matar a Bin Laden, en la noche del 1 de mayo de 2011, cuando Obama se dirigió a la nación americana y dijo aquello de que «se ha hecho justicia» y «podemos conseguir todo esto, no por la riqueza y el poder, sino por lo que somos: una nación, bajo Dios, indivisible y con libertad y justicia para todos».

En el ámbito económico, el más ilustre representante de la conspiración del miedo ha sido el millonario George Soros. Nuevamente, es preciso utilizar el verbo en pasado para recordar sus teorías pues tales teorías fueron aplicadas a Bush y a su guerra contra el terrorismo y las dictaduras, pero tampoco en su caso han sido aplicadas a la guerra contra el terrorismo y las dictaduras de Barack Obama. El punto de vista de Soros era exactamente el mismo que el de Al Gore, si bien es cierto que él se adelantó a Gore y ya en 2004 hizo una fuerte y millonaria campaña por el candidato demócrata a la presidencia americana, John Kerry, y en contra de Bush con las ideas de la conspiración del miedo, más las demás habituales asociadas a la conspiración del miedo, a sa-

ber, el gusto por la guerra de Bush, o el ataque a la democracia por parte de la derecha, o su alianza con los más ricos, como lo probaría la misma posición del millonario Soros a favor de Kerry.

En España, y como es habitual, el punto de vista anterior fue recogido por el diario *El País*, primero, en una larga entrevista cuyo titular principal destacaba lo que Gore llamaría años después «reflexiones de los representantes de la Razón»: «Cheney es el diablo detrás del presidente». Además de referirse al diablo, Soros explicó en esa entrevista la misma teoría del miedo según la cual la principal fuente del miedo y de la propia inseguridad es George Bush y no el terrorismo fundamentalista o cualquier otro posible enemigo de Estados Unidos: «George Bush nos ha hecho menos seguros de lo que éramos. La gente tiene más miedo y la Administración lo alimenta. El problema es que el miedo es mal consejero y la guerra contra el terror, tal como se está utilizando, está provocando que hoy estemos menos seguros». A lo que añadió otro argumento habitual de la izquierda como es el de que la respuesta militar al terrorismo refuerza «la causa» de los terroristas; «Se ha mandado a las tropas a Iraq como papel atrapamoscas, para atraer a los terroristas. Lo que se está consiguiendo es que cada vez más gente odie a los estadounidenses. Y al haber víctimas inocentes, reforzamos la causa de los terroristas»[62].

Poco tiempo después, y en el mismo periódico, Soros expuso la teoría de la conspiración del miedo en un artículo en el que sistematizaba sus ideas básicas y, además, añadía una variación sobre lo que consideraba la «fragilidad mental de los americanos»: *1*) «Bush está poniendo en peligro la seguridad de los Estados Unidos y del mundo y al mismo tiempo está socavando los valores estadounidenses». *2*) «Bush cayó completamente en el juego de Osama Bin Laden». *3*) «Bush convenció a la gente de que él era bueno para la seguridad de Estados Unidos manipulando los temores que generaron los ataques del 11 de septiembre». Y *4*) «En

tiempos de riesgo, la gente cae en el fervor patriótico y Bush explotó eso, promoviendo una sensación de peligro. Su campaña asume que a la gente no le importa en realidad la verdad y que creerá casi cualquier cosa si se la repiten suficientes veces. Algo debe andar mal entre los estadounidenses si nos dejamos engañar». Como colofón, Soros finalizaba con otro impactante argumento para no votar a Bush, «los pavoneos texanos»; «¿Los pavoneos texanos de Bush lo cualifican para seguir siendo el comandante en jefe de Estados Unidos?»[63].

En el ámbito intelectual, son muchos los representantes de la conspiración del miedo. En Europa, y entre quienes creen en dicha conspiración con la misma fe que quienes creen en la teoría de que Elvis no ha muerto, Timothy Garton Ash lo llevó al proceso electoral mismo de 2008 en Estados Unidos. De hecho, y como he comentado más arriba, el triunfo de Obama eliminó del lenguaje del progresismo toda referencia a la conspiración del miedo, aunque Obama siguiera en las mismas guerras, interviniera en otra, Libia, y acabara con el mismísimo Bin Laden por métodos expeditivos. Timothy Garton Ash también creía en la fragilidad mental del votante americano y temía lo que pudiera pasar en las elecciones, pues Obama ganaría:

> Si la gente vota con la cabeza, claro está. Pero la gente, muchas veces, vota con otras partes de su anatomía (el corazón, las tripas... escojan lo que quieran) y existe una política más profunda del miedo que desfavorece a Obama. (...) Obama, hijo del mundo tal como es, ofrece el sueño de un mundo que podría ser. John McCain, héroe de Vietnam, y Sarah Palin, una *hockey mom*, una madre típica, ofrecen el sueño de un Estados Unidos que fue. (...) Por el momento, la gente tiene miedo. Y la temeridad del miedo puede derrotar la audacia de la esperanza[64].

Es evidente que, siguiendo la terminología de Ash, la derecha fracasó porque no se impuso el voto del terror sino el de la esperanza ya que los americanos votaron con la cabeza y no con el corazón o con las tripas que es como votan a la derecha.

En Estados Unidos, el inevitable Paul Krugman, defendió la misma conspiración del miedo en su libro sobre Bush. ¿Cómo había ganado la derecha las elecciones? Utilizando el miedo, claro está: «Los conservadores obtuvieron en las elecciones al Congreso de 2002 una victoria desconcertante explotando sin ningún tipo de reservas el fantasma del terrorismo»[65].

También en Estados Unidos, no podía faltar la habitual aportación de Hollywood a la denuncia de Bush. Robert Redford llegó a explicar de la siguiente manera las características de un personaje de su película *Leones por Corderos*, interpretado por Tom Cruise, sobre un senador que quiere ganar unas elecciones utilizando la guerra de Afganistán: «Se trata de un ignorante manipulador, que utiliza lo mismo que Bush: El miedo como arma para mantener la opinión pública paralizada».

La conspiración del miedo ha contado incluso con la aportación intelectual neozelandesa, la de la historiadora Joanna Bourke[66], autora de una obra sobre el miedo, que, con motivo de una visita a España en 2006, explicó de la siguiente manera la conspiración del miedo urdida por Estados Unidos y Gran Bretaña:

> Está claro cómo los Gobiernos, principalmente de Estados Unidos y Gran Bretaña, han usado el miedo difuso generado por el 11-S para recortar las libertades civiles. Han podido hacer cosas que eran inconcebibles antes: leyes antiterroristas, medidas de urgencia, la propia guerra... o el *revival* de la tortura, una práctica abandonada formalmente desde el siglo XIX. El miedo es la emoción más fácil de estimular. Es un juego de niños hacerlo, al

contrario que el amor. Incluso es más fácil hacer a la gente sentir miedo que odio.

En España, Antoni Segura desplegó también la conspiración del miedo al hilo del Informe 2007 de un organismo como Amnistía Internacional bien representativo de esa corriente ideológica. Segura llamó «política del miedo» a una situación política en la que la agenda mundial sería dictada por el miedo, lo que generaría inseguridad, intolerancia y el menoscabo de los derechos humanos en nombre de la seguridad. Se trataría del miedo al otro, al terrorismo, a las armas de destrucción masiva, fomentado por dirigentes sin escrúpulos y que nos llevaría a la conculcación del Estado de Derecho y de los derechos humanos. Unos y otros, zanjó, se retroalimentan y el miedo paraliza las mentes y otorga el poder a quienes lo saben manipular «La política del miedo»[67]. Unos y otros, entiéndase, los gobernantes sin escrúpulos, es decir, los de la derecha y los terroristas, equiparados ambos nuevamente como los dos grandes malvados detrás de la conspiración del miedo en la que tienen atrapados a los pobres ciudadanos.

También en el plano intelectual, el desaparecido sociólogo José Vidal-Beneyto, aportó el pilar intelectual español de la conspiración del miedo. Junto a los gobernantes de la derecha y los terroristas, Vidal-Beneyto nos recordó el importante papel de algunos intelectuales en la conspiración del miedo. Muy significativamente, Samuel Huntington, referencia imprescindible, decía el sociólogo español, de lo que llamaba los *«think thank* teoconservadores». ¿Qué papel tendría Huntington en la conspiración del miedo? En palabras de Vidal-Beneyto: «Su función es la de fundar y difundir el miedo, apoyado en su condición de intelectual relevante del *stablishment* neoconservador norteamericano y, en consecuencia, uno de los grandes agentes legitimadores de la política norteamericana de defensa». Aún más, el «choque de civilizaciones», la teoría sobre la fuerza del fundamentalismo islámico

que Huntington escribiera muchos años antes del 11-S, no sería una muestra de la capacidad de anticipación sociológica de Huntington, sino que su función es, en realidad, «preparar la opinión pública mundial para la guerra permanente y universal que Bush va a declarar después»[68]. En 1993, George W. Bush no era siquiera gobernador de Texas, pero, al parecer de Vidal-Beneyto, Huntington, milagroso visionario, ya le estaba preparando el terreno ideológico para que pudiera declarar la guerra una vez que llegara a gobernador de Texas y, de ahí, pasara a la presidencia de Estados Unidos.

Lo anterior es extraordinario, pero no hay que olvidar que las conspiraciones son en sí mismas historias extraordinarias y no por ello tienen menos seguidores. La teoría de la autoría judía del 11-S ha sido ampliamente seguida lo mismo que la de la mentira de la llegada del hombre a la luna, asuntos que siguen levantando oleadas de fe entusiasta, mientras Huntington, ya desde la tumba, prepara quizá a la opinión pública para la guerra que declarará el presidente americano en 2050.

## La violencia democrática como terror

Una vez establecida la teoría de que el miedo sentido por los ciudadanos de las democracias se debe, no a la amenaza terrorista, sino a la manipulación llevada a cabo por sus propios Gobiernos, queda claro para el progresismo que el problema principal no reside en el terrorismo o en la amenaza de las dictaduras más peligrosas, sino que está en la propia respuesta de los Gobiernos democráticos a esas amenazas. Si es Bush y no Al Qaeda el causante del miedo, tal como los políticos e intelectuales del progresismo han establecido, parece obvio que la conspiración del miedo apuntará necesariamente a los cuerpos policiales y militares de los Gobiernos democráticos como auténtica fuente del terror.

La conspiración del miedo tiene así como complemento imprescindible la idea de que el terror que nos debe preocupar es el terror ejercido desde los Gobiernos democráticos. ¿Y la violencia legítima o la violencia democrática? ¿Y el derecho a la defensa con la utilización de medios militares y el uso de la violencia? Todo convertido en mero terror, abuso, impunidad, represión, explotación.

Este es uno de los terrenos en los que confluyen de forma más acabada la izquierda moderada y la izquierda radical. De ahí que un partido socialdemócrata como el PSOE español se niegue, por ejemplo, a utilizar palabras como guerra o a reconocer las acciones de guerra del Ejército aunque sea el propio Gobierno del PSOE quien haya enviado ese Ejército a una guerra. Incapaces realmente de aceptar la diferencia entre terror y violencia legítima del Estado, los socialistas se hallan atrapados por la terminología e ideas de la izquierda radical. Lo que les ha llevado a situaciones ideológicamente imposibles en debates como el de la guerra de Libia.

La construcción más acabada de la conspiración del miedo en el campo intelectual es probablemente la de Benjamín R. Barber, quien realiza la conjunción más precisa entre la idea de la creación del miedo por parte de los gobernantes poderosos y la idea de que toda respuesta violenta que den esos gobernantes es una respuesta de terror comparable a la de los terroristas. «Pero el enemigo no es el terrorismo, sino el terror, y, a fin de cuentas, el terror no derrotará nunca al terror. El imperio del miedo no deja espacio para la democracia, y esta, por su parte, se niega a ceder espacio al terror. (...) La guerra preventiva no impedirá el terrorismo; solo la democracia puede alcanzar tal fin»[69].

Las acciones militares contra el terrorismo son puro terror, según esta teoría, al menos cuando tales acciones las dirigía George Bush y eran defendidas por los neoconservadores. Afirmó Benja-

min Barber, refiriéndose al intelectual neoconservador Robert Kagan, que «Kagan y las águilas para las que habla desean responder al terror con terror, recurriendo a la fuerza y al engaño para dominar la anarquía de la naturaleza. Pero el terror es, por definición, el principal aliado del terrorismo; su objetivo es precisamente arrastrar a los enemigos hacia lo que Mark Juergensmeyer ha denominado un 'escenario de terror' que puede llegar a hacerles, literalmente, morir de miedo»[70].

El uso de la violencia por parte de los Estados, por lo tanto, no solo los equipararía con los terroristas, sino que sería, además, del género estúpido pues con ello harían exactamente lo que el terrorista busca, la respuesta de la fuerza. Es decir, el objetivo del terrorismo no sería tanto el logro de sus fines políticos sino el logro de una respuesta policial o militar de los Estados. El objetivo no sería ganar sino enfrentarse, de lo que se deduce lógicamente que la respuesta del Estado no debe ser ganar al terrorismo sino evitar el enfrentamiento. De ello se derivará, obviamente, el triunfo del terrorismo, pero en la teoría de la conspiración del miedo, ese «pequeño» detalle final es insignificante. Lo que cuenta es que no se use lo que esta teoría considera el terror del Estado. ¿Que los terroristas siguen asesinando? ¿Que la población está aterrorizada? ¿Que no se puede expresar en libertad? Son asuntos que no importan. Lo relevante es que el Estado evite las medidas de fuerza y recurra exclusivamente al diálogo y al convencimiento pacífico de los asesinos.

Y es que la pobre y virtuosa sociedad civil es víctima de la dos partes, terroristas y Estado, tal como sostiene otra defensora de la conspiración del miedo como es Mary Kaldor quien busca una respuesta a la guerra, no una respuesta al terrorismo o a la represión de las dictaduras, en su teoría sobre lo que llama «la sociedad civil global»:

> En realidad, los atentados del 11 de septiembre pueden considerarse un ataque a las presunciones básicas del civismo global. Al mismo tiempo, puede decirse que el unilateralismo global de Estados Unidos, expresado no solo a través del terror, sino también del rechazo, por ejemplo de acuerdos sobre el cambio climático global o el Tribunal Penal Internacional, así como la interferencia en las instituciones internacionales, socava tanto los logros concretos de la sociedad civil global como sus normas y valores, e indica un retorno a la geopolítica y al lenguaje del realismo y el interés nacional. Ante todo, la polarización global resultante del terror y de la lucha antiterrorista reduce el espacio para la sociedad civil global[71].

En las versiones más delirantes de la conspiración del miedo y el uso del terror por los gobernantes de la derecha, se introduce habitualmente el capitalismo como ingrediente básico. La obra más emblemática del sector más delirante es, sin duda alguna, *La doctrina del shock*, ese supuesto ensayo de Naomi Klein que es realmente una novela fantástica construida por la autora a través de su personaje, imaginario, del capitalismo aterrador. Véase una pequeña muestra de la «*lunatic fringe*» de la conspiración del miedo:

> En retrospectiva, lo que ocurrió en los días de desorientación posteriores a los ataques fue una forma doméstica de terapia de *shock* económico. El equipo de Bush, friedmanita hasta la médula, actuó con rapidez para explotar el *shock* que se apoderó de la nación y conseguir imponer su visión radical de un Gobierno hueco en el que todo, desde la guerra hasta la respuesta al desastre fuese un negocio rentable. Fue una audaz evolución de la terapia de *shock*. En lugar del enfoque de los años noventa (vender las empresas públicas), el equipo de Bush creó

toda una estructura nueva —la guerra contra el terror— pensada para ser privativa desde el principio[72].

La ciencia ficción progresista, pero publicada en una colección de ensayo y colocada en las librerías dentro de las Ciencias Sociales y no en la sección de literatura fantástica que es donde debería estar.

# Capítulo 3

En la caverna identitaria

# El velo feminista

## Sumisas y progresistas

Recep Tayip Erdogan, primer ministro de Turquía, le dijo lo siguiente al periodista Manuel Erice en entrevista para *ABC* en 2008 sobre la reforma para levantar la prohibición del velo en las universidades: «Mírelo desde este ángulo: ellas son chicas de nuestro país y no pueden llevar el velo, y en Occidente, las que viven allí, pueden llevarlo. ¿Cuál es el problema para que los turcos puedan hacerlo? ¿Por qué no responder a la ilusión de esas chicas turcas? (...) En un Estado secular, el Estado tiene que actuar a la misma distancia de todos los sentimientos y creencias. No se puede prohibir a un grupo en beneficio de otro»[1].

Algún tiempo atrás, Salima Hadi, una estudiante de Psicología de 27 anos, residente en España, reivindicaba el velo para Europa de la siguiente manera: «Hay mujeres intelectuales que desean llevarlo. Y esa tendencia ha crecido desde el 11-S y el 11-M. (...) El rechazo hacia lo musulmán a raíz de las masacres ha generado un deseo de mostrarse más abiertamente. Musulmanas cada vez más jóvenes que nunca lo habíamos llevado empezamos a profundizar en nuestras creencias y decidimos ponernos el pañuelo como reivindicación»[2].

Como producto más «avanzado» de la teoría anterior, una activista del velo, Ilham Moussaïd, se presentó en 2010 a las elecciones regionales francesas como candidata del Partido Anticapitalista francés de Olivier Besancenot con argumentos como los que siguen: «No creo que exista una contradicción entre el feminismo, el anticapitalismo y el islam. Tampoco creo que el velo deba demonizarse o considerarse como una claudicación ante el hombre», proclamaba. Y aún más: «No hay una sola manera de defender el feminismo. Igual que es una simplificación asociar el velo a la sumisión. Yo me lo pongo porque quiero y porque forma parte de mis íntimas convicciones religiosas. Nadie me obliga. Mi fe está en sintonía con el anticapitalismo, con el internacionalismo».

El velo como derecho y libertad individual, el velo como identidad y el velo como elemento de la revolución anticapitalista son las tres reivindicaciones del velo lanzadas desde el islamismo que han sido adoptadas por el progresismo europeo, las dos primeras por una buena parte de la izquierda moderada, la tercera, por la izquierda radical. El progresismo ha aceptado estos tres contenidos del propio islamismo y los ha integrado en su discurso. Y ha unido a lo anterior, además, la idea de una islamofobia occidental que, claro está, estaría localizada, según el progresismo, en la derecha y explicaría su oposición al velo y otros símbolos de sumisión de la mujer.

De esta forma se construye una de las posiciones más antiliberales y reaccionarias del progresismo, caverna en estado puro y con honores en la izquierda española, alrededor de la justificación, incluso reivindicación, en algunos casos, de los símbolos de sumisión y opresión de las mujeres musulmanas. Y tal posición da lugar a dos fenómenos paralelos en la última década. De un lado, la reivindicación de la igualdad de las mujeres musulmanas es liderada política e intelectualmente por la derecha. De otro lado, asistimos al tremendo fenómeno de la demonización de las

mujeres más liberales y revolucionarias procedentes del ámbito cultural musulmán por haber llevado «demasiado lejos» su ruptura con las exigencias represoras del islamismo más reaccionario. El ejemplo esencial de esto último es Ayaan Hirsi Ali, la intelectual y activista por los derechos de la mujer que, tras haberse refugiado en Holanda, fue expulsada de dicho país y tuvo que establecerse en Estados Unidos, refugio final, ahora como en el pasado, para los disidentes europeos.

Y es que Ayaan Hirsi Ali es una mujer demasiado rupturista para los convencionalismos europeos, no solo para la cultura islamista de la que huyó, sino también para esta cultura europea tan dominada aún por los valores de la izquierda. Hay que recordar que Pim Fortyn y Theo van Gogh, dos activistas holandeses críticos con el islam, asesinados, uno, por un ecologista, y el otro, por un islamista, han pasado a la historia reciente de Europa como dos supuestos extremistas que, de algún modo, habrían «provocado» su propio asesinato, en una perversa traslación de la responsabilidad del crimen al propio asesinado, como tantas veces hemos visto en los más dispares contextos, en el caso español, en el País Vasco dominado por el terrorismo etarra y sus justificaciones.

Theo van Gogh había ido demasiado lejos de las normas de la corrección política en Europa cuando realizó una película con Ayaan Hirsi Ali sobre el maltrato de las mujeres en el islam. Acabó asesinado, pero, aún más, culpabilizado por su propio asesinato. Lo que nos recuerda un elemento esencial de este debate sobre la igualdad de las mujeres que no debemos olvidar en la comprensión de las razones por las que una parte de Europa que se dice progresista se pone del lado de la discriminación de las mujeres: el miedo. Parte de las justificaciones europeas de la discriminación de las mujeres musulmanas tiene que ver con el simple miedo a la posible reacción de los islamistas ultra instalados en

nuestro continente. Muchos líderes políticos e intelectuales hablan, escriben y legislan con la mira puesta en la amenaza del terrorismo islamista que ya ha demostrado sobradamente de lo que es capaz en tierras europeas y ha dejado bien claro que la *sharia*, y, dentro de ella, la sumisión de las mujeres, es elemento esencial de su ideario y de sus reivindicaciones. Con la consecuencia, también habitual en los contextos de presencia de grupos terroristas, de miedo y sumisión de una parte significativa de la población y de las élites políticas e intelectuales a esas exigencias y reivindicaciones.

Pero hay algo más que miedo, hay una apuesta ideológica, una comprensión, una generosa tolerancia, de una parte importante del progresismo europeo por las reivindicaciones islamistas a partir de la creencia en el multiculturalismo, las reivindicaciones identitarias y el discurso del antiimperialismo y anticolonialismo. Lo más extraordinario de este encuentro entre la ideología de la discriminación de la mujer y el progresismo es que el propio feminismo participa activamente. El feminismo socialista, claro está, pues el feminismo liberal europeo ha apostado con rotundidad por el rechazo a todos los símbolos de sumisión de la mujer.

¿De qué manera se encuentran movimientos tan aparentemente opuestos como el islamismo y el feminismo socialista? Sobre todo, a través de las excusas de la libertad individual y de la laicidad. Un editorial de *El País*, periódico claramente alineado en este asunto como en otros con el feminismo socialista, resumió ambos conceptos, cuando fundamentó cualquier decisión sobre el uso del velo en la escuela en la libertad individual y el laicismo. Libertad individual para que cada mujer pueda hacer lo que quiera, tan solo limitado por el laicismo que debería impedir todo tipo de símbolos religiosos. «¿Por qué nuestros gobernantes siguen organizando funerales católicos de Estado?» se pregunta-

ba dicho editorial en respuesta al debate sobre el velo, equiparando los ritos católicos con los símbolos de opresión de la mujer[3].

Una conocida socióloga feminista que fuera secretaria de Políticas de Igualdad en el primer Gobierno Zapatero, Soledad Murillo, ya había dejado muestras del estupefaciente discurso de la equiparación de cualquier práctica religiosa con un símbolo de discriminación. «No está en el ánimo del Gobierno ni prohibir el velo de las mujeres musulmanas ni cualquier otro símbolo de ninguna otra religión», dejó dicho esta autoproclamada defensora de la igualdad de las mujeres, en 2006. Otra conocida feminista del socialismo, Micaela Navarro, afirmó también que «lo fundamental es que el debate no se centre exclusivamente en el uso del velo, sino que hay que tener en cuenta todo aquello que se considere símbolo religioso».

En la misma línea, la periodista Pepa Bueno, otra importante representante del feminismo socialista, proclamó: «No me agreden el pañuelo de una musulmana ni la toca de una monja o el crucifijo de un creyente». De esta manera, el feminismo y la izquierda establecían, no solo la equiparación entre símbolos religiosos en general y símbolos de opresión de las mujeres, sino que ponían en cuestión el significado mismo del velo como elemento de discriminación de las mujeres. El problema es, según esta izquierda, la religión y no la discriminación de las mujeres en algunos sectores del islam. De esta manera, queda negada la diferencia entre el cristianismo europeo respetuoso de los derechos de las mujeres y de su igualdad y el islamismo favorable a la discriminación. El velo considerado como símbolo religioso elimina otras consideraciones y, de esta manera, desaparece para la izquierda el problema específico de estas interpretaciones del islam.

Tan asombroso como lo anterior, como la equiparación entre el cristianismo europeo y la propia *sharia*, es el otro argumento

del progresismo europeo, la apelación a la libertad individual. Si usted quiere ser esclavo ¿por qué no va a poder serlo? Si usted quiere someterse voluntariamente a los malos tratos de un hombre ¿por qué no puede tener la libertad de hacerlo? Si usted quiere aceptar los símbolos racistas, nazis o totalitarios que pretenden exhibir personas de su entorno ¿por qué no dejar que ejerzan su plena libertad de expresión? La obviedad de la limitación de la libertad de expresión cuando se usa para atacar la propia libertad y la igualdad desaparece en esta izquierda que exige libertad para que las mujeres exhiban los símbolos de discriminación.

A todo lo anterior se añade la excusa de la identidad. Y es que el velo sería una expresión de identidad, y cualquier cuestionamiento de tal expresión constituiría, a su vez, un cuestionamiento del multiculturalismo. Todos y cada uno de los intentos europeos de prohibir el velo o el niqab, aunque no el burka, han sido respondidos con la alerta de la izquierda sobre el multiculturalismo. Les pasó a Tony Blair y a su ministro Jack Straw, representantes de la izquierda europea más alejada de la izquierda identitaria, multiculturalista y radical, cuando plantearon el debate sobre la prohibición de los símbolos de sumisión de las mujeres. No solo se trataba de un ataque al multiculturalismo, sino de una restricción de las libertades cívicas que se habría iniciado, protestaron diversas organizaciones musulmanas, con la comprensión de la izquierda europea, tras los atentados del 7 de julio de 2007 en Londres. Porque, he aquí la cuarta excusa, la prohibición de estos símbolos sería también una forma de represión de los musulmanes europeos por el mero hecho de serlo y por la islamofobia creciente en Europa.

Impresionante fue aquel artículo de otro progresista, el británico Timothy Garton Ash, en defensa de los símbolos de opresión femenina por aquello de que ellas quieren llevarlos: «Hace ya tiempo que quiero escribir una columna en defensa del *hiyab* por

los mismos motivos por los que la semana pasada defendía la libertad de expresión. En un país libre, la gente debe poder llevar lo que le parezca, del mismo modo que debe poder decir lo que le parezca, siempre que no ponga en peligro la vida o la libertad de otras personas»[4]. La puesta en cuestión de la libertad de las mujeres tapadas con velo, niqab o burka no es, al parecer, un problema relevante para este columnista. Si ellas quieren estar sometidas a los varones ¿por qué impedir tan complaciente y feliz sumisión? Eso sí, el burka le planteaba algún problema, pero no por la falta de libertad, pues, al fin y al cabo, ellas se lo ponen encantadas, sino por aquello del ocultamiento del rostro.

La argumentación de Ash me recordó a la reflexión de Abdelaziz ibn Abdelrahman, miembro del Consejo Consultivo de Arabia Saudí, cuando consideró que no había problema alguno con la exclusión de las mujeres de las decisiones políticas de su país pues «si se les preguntara su opinión, las mujeres dirían que no quieren participar» ya que «ellas están representadas por los hombres, que son sus siervos»[5].

Y es que en el terreno más estrambótico de esta apuesta de izquierda por los símbolos de sumisión de las mujeres musulmanas, la mayoría de sus representantes ha puesto una frontera en el burka. Velo, sí, pero burka, quizá no. ¿No habíamos quedado en que se trata de símbolos religiosos que cada uno puede exhibir como le parezca? Bueno, sí, pero, no…

El feminismo socialista se siente algo incómodo con el burka, incluso con el niqab, y encuentra nuevas excusas para diferenciar lo que, siguiendo su teoría, serían tres manifestaciones de símbolos religiosos y de libertad de expresión asumidas y ejercidas por las mujeres musulmanas. La excusa principal es, en este caso, la seguridad, pues el burka y el niqab impiden identificar a la persona que los lleva. Además, añade el socialismo feminista, el burka no es compatible con la dignidad de la mujer. Quien fuera minis-

tro de Justicia con el PSOE, Francisco Caamaño, lo resumió de la siguiente manera en 2010: «Nosotros creemos que hay elementos como el burka, y potencialmente otros atuendos, que son difícilmente compatibles con la dignidad del ser humano y, sobre todo, con elementos fundamentales en los espacios públicos como es la identificación de las personas».

La misma excusa, la seguridad, ha sido utilizada como argumento principal en aquellos lugares europeos donde se ha prohibido el burka. Una vez que la izquierda ha establecido que el velo es un mero símbolo religioso y una opción propia de la libertad de expresión de cada mujer, era difícil, si no imposible, afirmar que el burka no podía entrar dentro de ambas categorías argumentales. Por lo que se ha optado por la seguridad, como único argumento realmente salvable. Velo, sí, pero burka, no. El velo, afirma la izquierda feminista europea, sí respeta la dignidad de la mujer, pero el burka, no, y el niqab, probablemente, tampoco, por muy libremente que se lo pongan las mujeres que lo llevan.

Algo tiene que ver con esta diferenciación establecida entre los tres «símbolos religiosos» una opinión pública europea mayoritariamente contraria al burka, como lo ponía de manifiesto una encuesta de Harris Poli para *Financial Times* realizada en febrero de 2010[6]. Dicha encuesta mostró un apoyo del 50% de alemanes a la prohibición del burka, de casi el 60% de británicos y de más del 60% de españoles, franceses e italianos, frente a menos del 40% de estadounidenses.

En su forma más reaccionaria, el argumento de la izquierda a favor de los símbolos de discriminación de las musulmanas ha sido, sin embargo, la teoría del imperialismo o el colonialismo. Una profesora de Antropología de la Universidad Autónoma de Madrid le dio nombre a este engendro intelectual e ideológico: «sexismo neocolonial». Toda esta oposición al velo o demás prendas para cubrir a las mujeres se basaría, argumentaba esta profesora,

en la islamofobia y este concepto del velo como un símbolo opresivo sería una construcción más de la islamofobia que reina en España: «De este modo, la islamofobia tiene en España su mejor baza en un sexismo imperialista y en lo que antes se llamó sexismo imperialista colonial y ahora sexismo burgués»[7]. Y es que, proseguía, las mujeres musulmanas se ponen el velo porque quieren o porque les conviene.

Y esto, el gusto de las musulmanas por la exhibición de símbolos de sumisión, no lo entiende la derecha, proseguía la misma profesora tiempo después en un artículo en el mismo periódico, justamente unos días antes de celebrarse el Día Internacional de la Mujer[8]. Porque esta oposición al velo forma parte, escribió, de la retórica antiinmigración de la derecha que lo usa así para marginar a las mujeres extranjeras, a las musulmanas, a través de la identificación del velo como un símbolo de maltrato. En definitiva, el problema no está en el islamismo que impone el velo sino en la derecha europea y española que no lo acepta.

En este alineamiento de una buena parte del progresismo europeo con la defensa de los símbolos de sumisión de las mujeres musulmanas, las voces liberales procedentes del islam son marginalizadas en Occidente, de la misma forma que en sus sociedades de origen. Con la esencial diferencia, claro está, del contexto democrático occidental en el que las posiciones liberales procedentes del islam se pueden expresar con libertad. Pero están, y esto es lo llamativo, marginalizadas de los medios de expresión dominantes.

El caso de Ayaan Hirsi Ali es paradigmático y su viaje de Europa a Estados Unidos, un exponente y un símbolo del destino de las voces liberales. Afirmar, frente al discurso identitario y multiculturalista, que el velo constituye una cuestión de moral sexual, moral que señala a la mujer como mero objeto de placer masculino y, como tal, objeto obligado a ocultarse para no provocar a

los hombres, como ha hecho Hirsi Ali, es una carga de profundidad en el corazón del discurso identitario y multiculturalista de la izquierda y desvela las profundidades de esta particular caverna del progresismo europeo.

La novelista y ensayista de origen iraní y nacionalizada francesa tras su exilio, Chahdortt Djavann, obligada a llevar velo entre los 13 y los 23 años tras la revolución islámica de 1979, señala en su libro *¡Abajo el velo!*[9] que el velo marca la sumisión de las mujeres al imponer el ocultamiento de quienes provocan a los hombres. La consecuencia es que maltrata psicológicamente a las niñas a las que inculca desprecio hacia sí mismas, reduce la existencia de las mujeres a su atractivo sexual y les comunica su papel de peligro y vergüenza que podría deshonrar a los hombres.

La gran socióloga marroquí Fatema Mernissi definió de la siguiente manera el significado del velo en su imprescindible obra *El harén en Occidente*:

> Los fanáticos que obligan a las mujeres a llevar el velo en Afganistán y Argelia no denigran la inteligencia de la mujer. Su lucha tiene que ver con el acceso a las esferas de lo público. Los hombres tienen que mantener su monopolio de las calles y parlamentos, de modo que las mujeres deben llevar el velo cuando entran en esos ámbitos para demostrar que no les pertenecen. El asunto del velo es una cuestión política. Al salir a la calle, la mujer tapada con velo demuestra estar de acuerdo con ser una sombra mientras se encuentre en un espacio público. El poder se demuestra como si de un teatro se tratara.[10]

Malek Chebel, antropólogo argelino y autor de *El islam, historia y modernidad*[11], ha defendido que, mientras no haya igualdad de sexos, el islam seguirá retrasado, y que tal igualdad no existe porque hay un miedo atávico a la mujer, a su integración en la vida laboral y pública. También ha afirmado que la ablación es cri-

minal o que el Corán prohíbe el matrimonio obligatorio y la poligamia, que es incompatible con la misoginia y la homofobia o que el islam es sensible al hedonismo y al erotismo o que el islam genuino ha sido desfigurado y manipulado y se ha impuesto un modelo beligerante e intolerante que en nada se parece a la edad de las luces[12].

Pero la caverna progresista europea está más interesada en entender las peculiaridades identitarias del islamismo que en apoyar las voces liberales del islam que solo encuentran comprensión, y no siempre, en los círculos intelectuales y políticos de la derecha europea. Podría aplicársele a esa izquierda la reflexión que hiciera Amin Maalouf en la también imprescindible *Las identidades asesinas*: «A quienes han sufrido la arrogancia colonial, el racismo, la xenofobia, les perdonamos los excesos de su propia arrogancia nacionalista, de su propio racismo y de su propia xenofobia, y nos desinteresamos por la suerte de sus víctimas, al menos en tanto que la sangre no ha llegado a flote»[13].

## Islamofobia e islamismo

¿Hay islamofobia en Europa? Minoritaria, pero existe, ciertamente. Comencemos destacando su escasa extensión porque no se puede confundir en este punto a los movimientos críticos con las leyes inmigratorias o el debate sobre la inmigración con la islamofobia. Parte de lo anterior coincide con la islamofobia, pero solo una parte, aunque la izquierda se empeña en mezclar ambas cosas o en afirmar que la posición crítica con determinadas regulaciones sobre la inmigración es necesariamente islamófoba.

Malek Chebel definió bien la islamofobia en la entrevista citada más arriba en los siguientes términos: «La islamofobia consiste en amalgamar islam, islamismo, fundamentalismo, terrorismo y terroristas suicidas. Proviene a veces del miedo y de la ignoran-

cia, pero muchas otras lo hace del cinismo, de la hipocresía y de la exacerbación de la lucha de los extremos».

Hayri Abaza, *senior fellow* de la Foundation for Defense of Democracies, y Soner Cagaptay, *senior fellow* de la Washington Institute for Near East Policy, hicieron un agudo análisis de las confusiones occidentales con el islam cuando señalaron que, mientras la izquierda defiende equivocadamente el islamismo, una ideología extremista y a veces violenta; la derecha, por su parte, se equivoca en muchas ocasiones atacando la fe musulmana que confunde con el islamismo: «Con su defensa del islamismo, la izquierda está fortaleciendo una de las amenazas»[14].

O, como afirma Fatema Mernissi, hay que intentar desenredar las uniones nefastas entre aspectos negativos, como antidemocracia, represión de la mujer y terrorismo, y el islam. Pero, además, hay desconocimiento mutuo entre países occidentales y musulmanes que alimenta tópicos y simplificaciones, como de forma brillante relata Mernissi en su comparación de las mujeres musulmanas y occidentales y en sus interesantes sugerencias sobre otras formas de sumisión de las mujeres occidentales a través de determinadas ideas sobre la belleza, el cuerpo y el vestido[15].

Ahora bien, hay en Europa una actitud mucho más extendida que la islamofobia e igualmente preocupante que es la comprensión y apoyo hacia el islamismo radical. Varios episodios lo han puesto de manifiesto en la última década. La crisis de las caricaturas de Mahoma publicadas en el periódico danés *Jyllands Posten* en septiembre de 2005 es uno de ellos. Aquellas caricaturas provocaron grandes protestas de los musulmanes en Europa y movilizaciones violentas en países musulmanes, con asaltos incluidos a las embajadas de países occidentales. Pero, además, la publicación de las viñetas fue seguida de amenazas de muerte de organizaciones islamistas violentas contra los autores.

En los primeros meses, varias muestras importantes de apoyo a los dibujantes surgieron en toda Europa. Por ejemplo, el periódico noruego *Magazinet*, el francés *France Soir*, el italiano *Corriere Della Sera* el alemán *Die Welt* y el español *ABC* reprodujeron algunas de las caricaturas en defensa de la libertad de expresión. Pero a medida que las manifestaciones violentas se extendieron en varios países árabes y las amenazas de muerte contra los dibujantes daneses se intensificaron, algunas posiciones europeas se matizaron considerablemente y se impusieron las voces defensoras de la inconveniencia de una publicación como esta.

José Vidal-Beneyto, el sociólogo que representó durante años, hasta su muerte, una de las posiciones más extremistas de la izquierda intelectual española, escribió que la publicación de las viñetas había sido una «provocación» basada en la «falsedad» pues se hacían atribuciones «calumniosas» al islam y a Mahoma, todo ello a partir de la «proclividad antiislámica»[16]. Máximo Cajal, el embajador que colaboró con Zapatero en la Alianza de Civilizaciones, calificó las viñetas de «estúpidas», de «frivolidad trágica», de «menosprecio», de «combinación de aparente desconocimiento e inoportunidad», de «atropello»[17]. Andrés Ortega, poco después alto cargo en La Moncloa con Zapatero, se refirió a la «falta de sentido de la responsabilidad» y a la «ignorancia» sobre los países islámicos[18]. En la misma línea, Sami Naïr calificó a los dibujantes como personas «sin talento» e «irresponsables» que habían hecho «un ejercicio deliberado de irresponsabilidad». Juan Goytisolo calificó las caricaturas de «insultantes», «abusivas», «carentes de todo valor artístico» y «políticamente lesivas» y explicaba su posición de que la publicación había sido un «desatino» con la idea de que «la democracia tiene que mantenerse firme en sus principios y evitar toda claudicación, pero exige flexibilidad en la aplicación de sus reglas»[19]. Incluso Marc Carrillo, el catedrático de Derecho Constitucional que apoyaba

firmemente la libertad de expresión para la publicación de las viñetas acabó responsabilizando a la islamofobia y a los diversos males occidentales de lo que llamaba «fuente de legitimación para el radicalismo islámico»[20].

He aquí que los intelectuales progresistas siempre tan defensores de la libertad de expresión cuando dibujantes, cineastas, pintores, artistas varios han ridiculizado, denigrado o insultado al cristianismo de todas las maneras posibles y a lo largo de décadas, se escandalizaban ahora porque otros dibujantes, cineastas, pintores y artistas varios hicieran exactamente lo mismo con el islam.

Mario Vargas Llosa puso el dedo en la llaga de lo ocurrido ideológicamente en Europa con este debate cuando destacó que los periódicos europeos que reprodujeron las viñetas en solidaridad con los dibujantes daneses amenazados y en defensa de la libertad de expresión fueron todos o casi todos de centro o de centro derecha mientras que la prensa de izquierdas, con escasísimas excepciones como la de *De Volkskrant*, de Amsterdam, mostró «una extraordinaria prudencia», al igual que los intelectuales llamados progresistas que, con mínimas excepciones, «no parecen haberse enterado siquiera de lo que está ocurriendo». Sobre los motivos de esa posición, Vargas Llosa añadía que ojalá fuera por la cobardía, por miedo a acabar asesinado como Theo van Gogh, pero más bien se debe a las dudas de la izquierda sobre la posición políticamente correcta en este caso, concluyó Vargas Llosa[21].

Karen Jespersen y Ralf Pittelkow realizaron un magnífico análisis de lo ocurrido entre los intelectuales y políticos daneses y del resto de Europa tras la crisis de las caricaturas con aquella explosión de posiciones que ellos calificaron de «buenistas» y en las que se defendía el «error» de las caricaturas, entre ellas la de Javier Solana, coordinador de la política exterior de la Unión Euro-

pea por aquel tiempo y que dijo aquello de que las caricaturas se consideraban en Europa un «acto desafortunado» que provocaba «desaprobación» y «desdén». Ahora bien, como resaltaron Jespersen y Pittelkow, resulta que estas voces críticas con las caricaturas eran las mismas que años atrás habían apoyado a Salman Rushdie, cuando este fue amenazado de muerte por los fundamentalistas islámicos tras la publicación de *Versos Satánicos*. Dado que ambos casos eran exactamente iguales, ¿cómo explicar la diferencia de posición en uno y otro asunto?

Como respondieron Jespersen y Pittelkow a su propia pregunta, la explicación más sencilla es que a algunas personas la libertad de expresión no les gusta cuando quienes la usan no pertenecen a su propia familia política. Pero hay otra explicación más importante y es todo lo ocurrido desde el caso Rushdie hasta la crisis de las caricaturas. Es decir, la expansión del islamismo radical, el aumento de la inmigración musulmana en Europa, la extensión del terrorismo fundamentalista por el mundo, y, sobre todo, la expansión del miedo, miedo a la amenaza, miedo a pasar a formar parte de los perseguidos, como el dibujante Westergaard[22]. Como escribiera en España Fernando Savater sobre la idea del respeto al prójimo esgrimida por algunos críticos de las caricaturas, «¿Por qué lo llaman respeto cuando quieren decir miedo?»[23].

Un proceso muy parecido se produjo pocos meses después, cuando el profesor de filosofía francés Robert Redeker publicó un artículo en *Le Figaro* titulado «¿Qué debe hacer el mundo libre frente a las intimidaciones islamistas?»[24]. Tal artículo provocó las amenazas de muerte de fundamentalistas violentos, y, a continuación, se produjo algo parecido a lo de Dinamarca. Algunas voces minoritarias de apoyo, en especial las de intelectuales como Pascal Bruckner, Bernard-Henri Lévy o André Glucksmann, pero, sobre todo, voces mayoritarias a favor de la tesis de que el artícu-

lo de Redeker había sido una provocación y una equivocación. De inculpación de la víctima y del perseguido y de comprensión hacia la campaña contra Redeker.

El propio Robert Redeker contó su experiencia tras las amenazas en un libro imprescindible para la comprensión de los mecanismos del miedo hacia los grupos terroristas. En dicho libro, Redeker no solo explicó la manera en que una buena parte de políticos e intelectuales franceses optaron por la tesis de la «provocación» por parte del propio Redeker, sino también el terrible proceso por el que sus vecinos le presionaron para que cambiara de domicilio ante el temor de que un posible atentado contra él les afectara a ellos mismos.

Se trató de un proceso vivido en términos muy parecidos en otros contextos con amenaza terrorista y a los que serían perfectamente aplicables las últimas palabras de Redeker antes del Epílogo de su libro: «La canción de Brassens describe una realidad sociológica constante: 'En el pueblo sin pretensión, yo tengo mala reputación'. Toda esta buena gente —con excepción del estanquero, el dentista Luis y su compañera Patricia— estrechan filas al toque de llamada: ¡que la víctima se vaya, que finalmente estemos tranquilos!»[25].

Pero ha pasado algo más en Europa con las críticas al islamismo y es que algunos de sus autores han acabado en los tribunales ante la comprensión general de quienes en otros casos han defendido siempre la sacralidad de la libertad de expresión. Le ocurrió a Oriana Fallaci, en 2002, con un proceso judicial en París contra ella por racismo, xenofobia, blasfemia e instigación al odio contra el islam. Nuevamente en 2005, cuando un juez de Bérgamo, Italia, la procesó por vilipendio, tras la denuncia del presidente de la Unión de Musulmanes de Italia, Adel Smith, conocido en Italia por haber presentado un recurso en 2003 para que se

retirara la cruz de la escuela de sus hijos. ¿El crimen de Oriana Fallaci? La publicación de su libro *La fuerza de la razón*[26].

Discrepo en todo lo sustancial de las tesis de este libro, sobre todo por la mezcla constante que la autora realiza entre musulmanes en general, musulmanes fundamentalistas y terroristas; y múltiples afirmaciones muy cuestionables en su sentido y en sus términos como la de la «Europa enferma que se vende como una prostituta a los sultanes, a los califas, a los visires, a los lansquenetes del nuevo Imperio Otomano». Pero, como afirmó la propia Fallaci a raíz de su persecución judicial, «si dices barbaridades contra los americanos, si quemas sus banderas, si incluso aplaudes el 11 de septiembre, no te pasa nada, pero si haces lo mismo con el islam, terminas en la cárcel», o: «Si odio a los americanos y a los israelíes, voy al paraíso, y, si no amo a los musulmanes, voy al infierno». Y, en efecto, una buena parte de los artículos y libros, por ejemplo, de Noam Chomsky, contienen descalificaciones o acusaciones contra Estados Unidos de una gravedad comparable o mayor a las afirmaciones de Oriana Fallaci en el anterior libro. Y, sin embargo, es inimaginable un proceso judicial contra él en cualquier país democrático. Y lo mismo es aplicable a tantos y tantos textos de la extrema izquierda en los países democráticos.

Algo muy parecido ha ocurrido con el político holandés Geert Wilders y su cortometraje *Fitna* en el que hacía una durísima crítica del Corán. Wilders ha recibido numerosas críticas y descalificaciones en toda Europa por este cortometraje. El propio Consejo de Europa emitió en 2008 un comunicado para denunciar la cinta que «indigna a la mayoría de los musulmanes europeos, contrarios a la violencia y que aceptan nuestros valores comunes». Incluso intervino el secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon, para condenar la cinta por «ofensiva». Reacciones todas ellas extraordinarias pues jamás se habían producido ante la infinidad de obras cinematográficas, teatrales o pictóricas que

han atacado el cristianismo o a la Iglesia católica pues, en tales casos, siempre se había destacado la primacía de la libertad de expresión.

Y, por supuesto, jamás se les había pasado por la cabeza a todos los críticos de Wilders la condena de documentales igualmente brutales contra la derecha, por ejemplo los del cineasta Michael Moore, que no solo no han sido denunciados por nadie sino que, bien al contrario, han recibido todo tipo de premios y parabienes. Por parte, claro está, de los mismos que consideran que lo de Wilders, sin embargo, es provocación, es agresión o es islamofobia. Las reacciones de los demócratas europeos contra Wilders llegaron a su punto más asombroso cuando el Gobierno laborista del Reino Unido impidió la entrada a Wilders al país expulsándolo desde el aeropuerto de Londres. La ministra de Interior, Jacqui Smith, justificó la escandalosa decisión afirmando que «nos oponemos al extremismo en todas sus formas e impediremos la entrada al país a quienes propaguen el odio y los mensajes violentos».

Como es habitual en la izquierda, no se sabe de ningún caso en que la ministra anterior haya prohibido la entrada al Reino Unido de los miembros, por ejemplo, del brazo político de ETA o de los numerosos extremistas islamistas o tampoco se conoce que se haya preocupado por aquellos que propagan el odio dentro de sus mismas fronteras, el brazo político del IRA, entre otros. Y, ciertamente, los autores de todo tipo de películas extremistas de los más diversos tipos jamás han encontrado problemas para entrar en Reino Unido. Ni mucho menos les ha ocurrido a los autores de la infinidad de obras anticristianas o anticatólicas de las que está ampliamente poblada Europa. Y, sin embargo, Wilders no pudo entrar en Gran Bretaña, convirtiéndose así en un excelente símbolo del lugar donde colocan los límites a la libertad de

expresión los partidos de la izquierda europea, en la crítica al islam.

Pero la persecución europea a Wilders no quedó ahí. Al igual que Oriana Fallaci en su día, Wilders también se ha tenido que enfrentar a la Justicia por un proceso muy parecido al llevado a cabo contra Fallaci. Wilders fue procesado por incitación al odio y discriminación. Cuando fue absuelto, en junio de 2011, el mismo Wilders resumió con agudeza el asunto: «Tengo buenas noticias: criticar al islam es legal». Eso sí, los medios de izquierdas lamentaron la absolución con las habituales descalificaciones. *El País* titulaba: «Holanda absuelve al islamófobo Wilders» y un titular más pequeño que rezaba: «La justicia ampara la libertad de expresión del político populista en sus invectivas contra el islam y le exculpa de los cargos de discriminación e incitación al odio»[27]. No se recuerda titular semejante alguno cuando representantes, por ejemplo, del nacionalismo extremista vasco han sido absueltos de apoyo a ETA. No se recuerda que jamás se les haya tildado de xenófobos, por ejemplo, en los titulares, a pesar de las evidencia de su rechazo a todo lo español, como mínimo comparable al rechazo de Wilders frente a la inmigración musulmana.

Pero las descalificaciones de los titulares se reservan en la izquierda, como se ve, únicamente para determinadas posiciones ideológicas. Y la libertad de expresión se defiende o se rechaza dependiendo de la adscripción ideológica del protagonista. En el mismo medio estrella del progresismo español, no solo se negaba la libertad de expresión a Wilders en las páginas de información, también en las de opinión. Uno de sus columnistas, José Ignacio Torreblanca, nos dejó las siguientes perlas del pensamiento progresista sobre la «incitación a la violencia» de algunos líderes como Wilders: «Es evidente que su estrategia es buscar mediante la provocación el generar aquella violencia que a posteriori justifi-

cará sus declaraciones. De hecho, como ponen de manifiesto las decenas de personas que murieron como consecuencia de los disturbios que siguieron la crisis de las viñetas danesas, hay suficiente gente que ha demostrado que comparte la visión de Wilders del islam como instrumento para el odio y la violencia»[28]. Extraordinario y, sin embargo, cierto: el progresismo español, estableciendo un paralelismo entre los críticos del islam o los autores de las caricaturas sobre Mahoma y quienes protestaron violentamente contra todos ellos, un paralelismo entre quienes expresaban una posición crítica y quienes utilizaban la violencia, y, aún peor, estableciendo una relación de causa-efecto entre unos y otros, de tal manera que los críticos del islam serían los responsables de las violencias cometidas por quienes discrepan de sus críticas.

Y no pensemos que el rechazo de la izquierda europea se limita a los representantes más extremistas de la crítica al islam como Fallad o Wilders. Va mucho más allá, como lo dejó en evidencia, entre otros, Douglas Murray, director del London's Center for Social Cohesion y que hace no mucho tiempo relató las reacciones a la publicación en Gran Bretaña, en verano de 2008, de un estudio dirigido por él mismo sobre la extensión del extremismo islámico en facultades universitarias británicas, un estudio que incluía una encuesta de You Gov sobre las opiniones de los estudiantes musulmanes en Gran Bretaña. Tal estudio mostraba, entre otras cosas, que uno de cada tres estudiantes musulmanes pensaba que matar en nombre de la religión podía estar justificado y que tal cifra llegaba al 60% entre los estudiantes miembros de la ISOC (British University Islamic Society) de sus universidades, o que el 40% de los estudiantes musulmanes apoyaba la introducción de la *sharia* en las leyes británicas[29].

La respuesta a la publicación anterior fue la dura crítica a los autores del estudio, tanto por parte de las autoridades políticas

como de las universitarias, lo que incluyó la «invitación» de la London School of Economics a Douglas Murray a no acudir a un debate que debía moderar sobre islam y democracia pues no «podrían garantizar su seguridad» tras las amenazas de los estudiantes radicales. Es decir, ocurría en Londres exactamente lo mismo que ha ocurrido a tantos intelectuales y políticos en las universidades españolas tras las amenazas de radicales violentos. Que se invitaba al amenazado a «no provocar». Y esto pasaba, por cierto, en esa universidad, la London School of Economics, de la que poco tiempo después se conocerían otros impresentables asuntos como sus negocios con Gadafi y familia, o como la lectura, por ejemplo, de una tesis doctoral de uno de los hijos del dictador que fue seguida de una llamativa donación por parte de la dictadura a la universidad.

¿Cómo explicar esta simpatía de la izquierda por el islamismo con persecución incluida de los críticos más radicales del islam o del islamismo y, aún más, con rechazo a los propios datos sobre el islamismo? Como he destacado en páginas anteriores y queda en evidencia en tratamientos como el del caso Wilders, la respuesta fundamental a la pregunta anterior es ideológica. Se trata de lo que Fred Halliday calificara como «creciente convergencia entre las fuerzas de la militancia islamista y la izquierda antiimperialista»[30]. Otra cuestión es establecer dónde acaba la llamada izquierda antiimperialista, si se limita a la extrema izquierda o extiende sus dominios en una buena parte de la izquierda. Y me inclino más por la segunda respuesta. Algo que, curiosamente, era certificado por un importante líder de la socialdemocracia europea, Mario Soares, justamente dos días después de la publicación del artículo de Fred Halliday, con su inclusión del capitalismo dentro del fundamentalismo global: «De lo que puede concluirse que el fundamentalismo global no tiene únicamente raíces religiosas sino también geopolíticas y sociológicas que mucho tienen

que ver con el subdesarrollo, con varias zonas de desempleo, con el hambre, con la cultura de la violencia, que todos los días se insinúa en las televisiones del mundo entero, con la criminalidad internacional organizada y con la humillación, tan ostentosa, del capitalismo financiero y especulador de los paraísos fiscales»[31].

Es decir, la conocida teoría de que hay en los países democráticos males comparables con el fundamentalismo islámico violento, sea el capitalismo, como apuntaba Mario Soares, o sea el *racial profiling* en Estados Unidos, idea, esta última, obra de Martha Nussbaum, la conocida profesora de la Universidad de Chicago que, tras los terribles atentados islamistas de Bombay en 2008, escribió sobre su preocupación en torno a la situación de sospecha creada para los jóvenes musulmanes en India y la comparó con «el actual preocupante fenómeno de los perfiles raciales en Estados Unidos». Lo puso de manifiesto, con mucha agudeza, William Kristol, cuando escribió sobre dicho artículo: «Por lo tanto, los 'yihadistas' asesinan inocentes en Bombay y Nussbaum acaba condenando los perfiles raciales aquí. ¿Se debe a que los académicos de izquierdas están obligados a incluir algún supuesto inquietante fenómeno americano en cada cosa que escriben?»[32].

Karen Jespersen y Ralf Pittelkow, los autores de *Islamistas y buenistas*, piensan que en la base de estas actitudes se halla también un sentimiento de culpa y desprecio por la propia cultura, lo que se traduce en que cualquier conflicto entre fuerzas occidentales y musulmanas es automáticamente considerado culpa de los occidentales. Y, ciertamente, hemos asistido a innumerables procesos delatores de lo anterior como la polémica en Estados Unidos sobre la mezquita que una asociación musulmana pretendía construir en la zona cero de Nueva York, es decir en el lugar de los atentados del 11-S. A pesar de que el promotor de la idea y de tal asociación tenía un más que cuestionable y oscuro pasado en cuanto a actitudes y reacciones ante los atentados en

su día, una buena parte del progresismo americano abogó con pasión por la construcción de la mezquita. Pues el problema para ellos, estribaba, no tanto en los sentimientos de los familiares de las víctimas y en sus deseos para el mantenimiento del recuerdo de los crímenes, sino en el respeto a los deseos de la asociación que deseaba construir la mezquita. Nuevamente, se trataba de «salvar el honor del islam» y no de defender y apoyar el dolor de las víctimas de los criminales que habían asesinado en nombre del islam.

## Los demócratas piden perdón

Las actitudes anteriores acaban conduciendo a un fenómeno perverso de la izquierda de las democracias occidentales, la disculpa, la petición de perdón por los males y responsabilidades de los países occidentales, lo que no sería rechazable o preocupante, todo lo contrario, si fuera acompañada de una actitud de exigencia hacia la falta de libertad e igualdad en algunos países musulmanes. Pero no es el caso, pues este mismo progresismo que pide perdón es el que tiene una ilimitada capacidad para desoír las voces liberales de los países árabes y musulmanes. Un buen ejemplo de todo lo anterior fue el artículo dirigido a los musulmanes que escribió el columnista de *The New York Times* Nicholas Kristof en 2010. El título resumía la idea, el complejo de culpabilidad y el desprecio por la propia cultura tan propios de determinados sectores intelectuales: «Mensaje a los musulmanes: lo siento»[33]. A continuación venían sus disculpas a los musulmanes por la mezcla que muchos norteamericanos realizaban, decía, entre musulmanes violentos y el conjunto de los musulmanes y la injusta imagen que se construía y se ofrecía de los musulmanes. En otros medios y lugares, por supuesto, no en el suyo. El hecho de que en su medio, *The New York Times*, y en otros muchos las críti-

cas, descalificaciones y simplificaciones referidas a la derecha americana fueran mucho mayores que las dirigidas a los musulmanes no había provocado jamás, sin embargo, ningún artículo de disculpa dirigido a los millones y millones de votantes del Partido Republicano. Ni mucho menos, pues tales críticas se consideran, por parte de Kristof y de otros, perfectamente lógicas y naturales y propias de la libertad de expresión.

Si la izquierda occidental pide perdón por las culpas de Occidente, no cabe esperar otra cosa que la inculpación de Occidente, incluso por parte de las voces más liberales y disidentes de las dictaduras musulmanas. Por ejemplo, la de la iraní Shirin Ebadi, que fuera galardonada con el Nobel de la Paz, perseguida en Irán, y que, en su discurso de recepción del premio en Oslo en diciembre de 2003, hizo duras críticas a los países occidentales, especialmente a Estados Unidos, porque «en los últimos dos años, algunos Estados han violado principios universales y derechos humanos utilizando los acontecimientos del 11 de septiembre y la guerra contra el terrorismo internacional como pretextos». O la también exiliada iraní y escritora Azar Nafisi, ahora nacionalizada estadounidense, que, con motivo de la entrega del premio de la Fundación Gabarrón en España, en 2011, comparó el fundamentalismo islámico con el fundamentalismo cristiano en Estados Unidos y mostró sus contradicciones sobre Occidente al rechazar, por un lado, las sanciones a Irán, y al enfadarse, por otro, «por esperar a que la gente se mate, como en Libia, para actuar». Eso sí, exigiendo que se actuara con «libros» y no con «armas», aunque sin explicarnos cómo habrían impedido tales libros las matanzas de Gadafi[34]. Otra Premio Nobel de la Paz, la yemení Tawakkul Karman, activista contra la dictadura de su país, y que, en visita a Bruselas, a fines de 2011, responsabilizó a Europa por la represión yemení, en este caso, por no intervenir: «Veinticinco millones de yemeníes, el 70% de ellos mujeres y niños, están di-

ciendo a Europa que su silencio y su falta de compromiso para juzgar y punir a quien mata equivale a ser cómplice»[35].

Hechas las salvedades sobre la distancia entre el progresismo occidental y las valerosas y admirables disidentes de los países musulmanes como las mencionadas más arriba, la obsesión por las culpas occidentales me hace recordar la historia de la periodista italiana Giuliana Sgrena, del periódico *Il Manifesto*, secuestrada en 2005 en Iraq por grupos que entonces eran calificados en Occidente como «insurgentes», eufemismo para extremistas, terroristas y defensores de la dictadura de Sadam Hussein. Sgrena fue liberada un mes después por el Ejército americano y los Servicios de Inteligencia italianos. Pero, un bombardeo por error de los propios americanos contra la caravana en la que huía Sgrena mató a un agente italiano, y Sgrena emprendió un proceso, con libro incluido, contra Estados Unidos, lo que podría ser comprensible si no fuera porque no emprendió proceso alguno, tampoco intelectual o ideológico, contra sus secuestradores. Lo que, más allá del síndrome de Estocolmo, entronca con la inculpación de Occidente tan característica de la caverna progresista, sea cual sea el tema de debate, el problema o la situación, incluso el propio secuestro por parte de un grupo que también había asesinado a la cooperante británica Margaret Hassan, activista como Sgrena de la denuncia de la situación de la población iraquí.

Que hasta disidentes relevantes apunten a las culpas de Occidente en el propio Occidente tiene que ver con un ambiente político e intelectual en el que sus voces son mucho más sospechosas que las de Tariq Ramadan, por ejemplo, un profesor conocido por sus posiciones contemporizadoras con el radicalismo islámico y que es rutilante catedrático de Estudios Islámicos e investigador principal en Oxford. El propio Ramadan explicó por qué en la mayoría de países islámicos «no se presta atención» a voces como la de Ayaan Hirsi Ali. Porque «sus críticas parecen obsesivas,

excesivas y unilaterales»[36]. Olvidaba Ramadan mencionar el pequeño detalle de que críticas como la de Ayaan Hirsi Ali llevan a la cárcel o a la muerte en una buena parte de los países islámicos y que es eso lo que explica más bien la «escasa atención». Pero sí es pertinente en el ambiente occidental, sin embargo, su valoración. Es pertinente y enormemente preocupante el dato de que se preste más atención a voces comprensivas hacia el radicalismo islámico como la de él que a las voces liberales como la de Ayaan Hirsi Ali.

En este contexto intelectual e ideológico, la discriminación de las mujeres en los países islámicos, y vuelvo al eje central de este capítulo, la mujer, preocupa muy relativamente en el progresismo occidental. Aunque la propia Naciones Unidas, tan referente en otros asuntos para el progresismo, haya constatado una y otra vez la gravedad de la situación de desigualdad de las mujeres en los países árabes y musulmanes. Aunque se produzcan episodios terribles cotidianamente, comenzando por los ataques violentos a las niñas en las escuelas de Afganistán por parte de los talibán. Aunque los propios académicos hayan puesto de relieve que, en efecto, existe un choque de civilizaciones que es el relativo a la desigualdad de género. Como el trabajo de los politólogos Ronald Inglehart y Pippa Norris sobre la brecha cultural entre Occidente y el mundo musulmán en el que, con datos de la Encuesta Mundial de Valores, muestran que las posiciones entre unos y otros son parecidas respecto a la democracia pero difieren sustancialmente respecto a la igualdad de género, el divorcio, el aborto y la homosexualidad[37].

Preocupa relativamente la discriminación de las mujeres, preocupa mucho más el «diálogo» con los países islamistas. De ahí que la Alianza de Civilizaciones se fuera nada menos que a la dictadura catarí en diciembre de 2011 a celebrar su encuentro entre Occidente y el mundo musulmán. La reunión de la Alianza en

Qatar con el papel relevante como anfitriona de la jequesa Mozah, miembro de Grupo de Alto Nivel de la Alianza, favorable a la *sharia* y a la poligamia, como una de las cuatro esposas del jeque que es, es el último símbolo relevante, hasta el presente, de la caverna progresista agrupada alrededor de lo que he llamado el velo progresista.

La Alianza de Civilizaciones ya había establecido en 2006, en su primer gran informe[38], una valoración de la situación del mundo en la que no solo el fundamentalismo islámico era equiparado al fundamentalismo cristiano propio de algunos grupos estadounidenses, como si estos últimos tuvieran un grupo terrorista que acumulara miles de asesinatos a sus espaldas. Además, dicho informe buscaba igualmente equilibrios en las críticas a la situación de las mujeres en los países occidentales y en los países árabes y musulmanes, como si la situación de las mujeres fuera comparable en ambas zonas. Esto representaba y representa de forma nítida la posición de la caverna progresista en este terreno. La igualdad de las mujeres, teórica bandera de la izquierda, queda relegada y condicionada a la superior unión mundial entre el progresismo occidental y el antiamericanismo y el antiimperialismo extendidos en grupos diversos de los países árabes y musulmanes.

## El feminismo que rechazó a Margaret Thatcher

Quizá la historia más representativa del lado más cavernario del feminismo en su actuación en los países occidentales es la de su rechazo a Margaret Thatcher. Ese rechazo ha sido generalizado, pero ha tenido algunas «perlas» particulares dignas de recordar por su grado de sectarismo. Amanda Foreman recordó una de esas perlas en un magnífico análisis de la trayectoria de Thatcher con motivo del estreno de la película *The Iron Lady*, dedicada a

ella. Se trata de una historia completamente verídica y, sin embargo, difícil de creer, dada la supina estupidez que destila. Pero lo cierto es que ocurrió. Ocurrió que Harriet Harman, que era nada menos que la *Deputy Leader* del Gobierno Laborista, publicó en 2009 una lista oficial de las 16 mujeres que habían cambiado Gran Bretaña... y no figuraba Margaret Thatcher. El escándalo fue tal que Harman fue forzada a rectificar la lista y a incluirla[39].

Meryl Streep, la actriz que encarna a Thatcher en esta película, es bien conocida por su intolerancia hacia la derecha, algo que puso de manifiesto, por ejemplo, en una visita al festival de cine de San Sebastián poco antes de las presidenciales americanas del 2008, cuando declaró que, si ganaba John McCain, ella se exiliaba. Sin embargo, dejó a un lado tal intolerancia en su campaña de promoción de esta película, quizá por razones puramente comerciales. Y declaró, entre otras cosas, que «el rechazo de Thatcher, incluso por parte de las feministas, tiene algo que ver con nuestra incomodidad con las mujeres en el poder. Con nuestro terror hacia ello». Sobra el «incluso» de Streep puesto que Thatcher ha sido rechazada con especial saña por las feministas y, aunque es cierto que hay algo de verdad en el fenómeno de la incomodidad social con las mujeres del poder, el rechazo feminista es producto sobre todo de otra de las cavernas del progresismo. La caverna del rechazo a las mujeres de la derecha, por mucho que tales mujeres hayan representado y logrado algunos de los mayores pasos de la igualdad.

Esto ha sido así con Thatcher y con todas y cada una de las mujeres que han triunfado en la derecha política o en cualquier otra faceta social pero han estado o están cerca de posiciones políticas de la derecha. Sarah Palin ha sido otro excelente ejemplo de este fenómeno. El rechazo hacia Palin por parte de la izquierda ha ido mucho más allá de la crítica lógica y esperable de los adversarios políticos. La saña con la que ha sido ridiculizada ha

tenido mucho que ver con el rechazo feminista hacia una mujer con poder que se ha atrevido a escalar las posiciones de la élite política sin cumplir una sola de las exigencias feministas. Lo que ha contrastado, a su vez, con la excelente aceptación de Hillary Clinton, a pesar de que su ascenso al poder haya sido bastante menos «feminista» que el de Palin dado el papel tan relevante de su marido en tal ascenso.

En España ha pasado exactamente lo mismo. La caverna feminista ha rechazado a todas y cada una de las mujeres de la derecha. Con algunos ejemplos especialmente relevantes como el del trato siempre despectivo hacia Esperanza Aguirre, a pesar de ser, no solo una de las mujeres más relevantes de la historia política española de los últimos años, sino también una mujer muy conocida por sus posiciones a favor de la igualdad de las mujeres.

En otros ámbitos, de la cultura, de la universidad, del periodismo, el feminismo ha creado espacios y clubes cerrados y sectarios con mujeres de la izquierda para realizar todo tipo de discursos sobre la «igualdad», tras un previo rechazo a cualquier mujer de la derecha, por mucho que haya sido o sea más representativa e importante en el terreno de la igualdad. Las listas a lo Harriet Harman han sido las habituales en la caverna feminista española, lo que ha deteriorado inexorablemente la imagen del feminismo a lo largo de estas últimas décadas y, con ello, también su aportación a la igualdad de las mujeres en España.

La izquierda española se ha presentado a sí misma como representante del feminismo e impulsora esencial de la igualdad de las mujeres, y alternativa como tal de lo que la izquierda ha considerado una derecha conservadora y poco entusiasta con la igualdad de las mujeres. Y hay una parte de verdad en lo anterior porque es cierto que mujeres de la izquierda protagonizaron el liderazgo del discurso feminista de la Transición, de los ochenta e incluso de los noventa a favor de la igualdad, de la mayor presen-

cia de las mujeres en la vida pública o en contra de la llamada violencia de género. Mujeres de la izquierda fueron principales pioneras de un movimiento igualitario al que más tarde se sumaron las mujeres de la derecha. Pero todo eso ha sido enormemente perjudicado porque ha ido acompañado de un paralelo rechazo a las mujeres de la derecha y de un intento de apropiación de la historia de la equiparación femenina.

Y a lo anterior se suma el hecho de que ese carácter pionero las mujeres de la izquierda en la reivindicación de la igualdad no ha dado lugar a una mayor igualdad en los ámbitos de la izquierda, como era esperable a tenor del protagonismo reivindicado por las mujeres de la izquierda, sino a una evolución muy semejante en cuanto a incorporación de mujeres tanto en la izquierda como en la derecha.

Las diferencias entre izquierda y derecha en términos de poder de las mujeres han sido más bien simbólicas y gestuales, por ejemplo, las correspondientes a los Gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero, quien hizo del feminismo una de las referencias de su discurso. Ello se plasmó sustancialmente en algunos gestos y símbolos, especialmente la composición paritaria de sus Gobiernos. Y, sin embargo, no hubo ninguna otra diferencia en otros centros de decisión menos expuestos públicamente, tanto los segundos niveles del Ejecutivo como los núcleos de poder del partido.

Lo mismo cabe decir de otros ámbitos, culturales, periodísticos, universitarios, económicos, donde la marca ideológica progresista, allí donde existe o destaca, no da lugar a un mayor número de mujeres, a pesar de la insistencia en el discurso feminista. Los medios periodísticos de la izquierda constituyen un buen ejemplo de lo anterior. La primacía del poder masculino es en ellos un rasgo que los iguala con los medios periodísticos de la derecha, lo que produce un llamativo contraste entre una línea

editorial insistente en la igualdad o en la discriminación contra las mujeres en otros ámbitos sociales y una realidad de poder interno muy parecido, incluso peor, que la de los medios de la derecha.

La propia discriminación positiva impulsada por la izquierda ha dado resultados confusos. Por un lado, la izquierda ha aplicado la discriminación positiva solamente en ámbitos muy específicos, sobre todo de la política, pero únicamente algunos de la política, y no siempre. Lo que ha dado como resultado insostenibles contrastes entre, por ejemplo, la aplicación de las cuotas para las listas del Congreso, pero no para órganos de auténtico poder interno de los partidos, por ejemplo, los equipos de asesores que permanecen en la sombra. O se ha plasmado en una aplicación muy caprichosa de una norma teóricamente esencial según el discurso de la izquierda.

Por ejemplo, la discriminación positiva en forma de cuotas pareció funcionar en el PSOE en las Elecciones Generales de 2008 cuando las mujeres diputadas de este partido constituyeron el 43,2% del Grupo Socialista frente al 29,9% de mujeres en el Grupo Popular, Sin embargo, en las Elecciones Generales de 2011, el porcentaje de mujeres bajó al 38,2% en el Grupo Socialista y subió al 35,5% en el Grupo Popular, lo que, nuevamente, como en otros tantos lugares, puso de manifiesto la inexistencia de diferencias reales entre derecha e izquierda en relación con la igualdad de las mujeres. Y lo anterior se acentúa con datos como el del 27,3% de mujeres entre los diputados de Izquierda Unida en la actual legislatura.

A lo anterior se une el contraste entre el discurso político sobre la discriminación positiva y el rechazo de muchas, si no la gran mayoría, de las mujeres de la propia izquierda. «No entiendo la discriminación positiva a favor de la mujer en el cine (...) mi idea es que hay que promocionar el talento, sea de hombre o mu-

jer, pero esta no es la manera», dijo la actriz Carmen Maura en 2009, cuando el Ministerio de Cultura abogaba por la discriminación positiva. Almudena Grandes, tantas veces defensora de las supuestas diferencias entre izquierda y derecha en este campo, coincidió en este punto, sin embargo, plenamente con la opinión de la derecha sobre la discriminación positiva:

> En la práctica, al no existir razones que justifiquen tal protección, simplemente se sobrefinancia. Los resultados de esa medida afectarán al conjunto de la cultura nacional. Porque no solo es injusto, también es indigno. Y, lo que es peor, además es contraproducente. La realidad social de un país no se cambia a martillazos. Ninguna ley logrará que haya tantas directoras como directores en España. Está por ver que eso sea beneficioso, pero lo que es evidente, y lo sé porque en la literatura ya estamos de vuelta, es que dentro de nada tendremos películas de mujeres a porrillo[40].

Y, sobre todo, la izquierda ha sido dominada por un feminismo victimista y agresivo que ha minado paulatinamente su tradicional liderazgo en este campo. Me referí a ese feminismo victimista en una obra anterior, para llamar la atención, entre otros asuntos, sobre la insistencia en la teoría de la discriminación para explicar cualquier desequilibrio de número entre hombres y mujeres y, sobre todo, para negar toda capacidad de acción y decisión de las mujeres sobre su propio destino[41].

De esta manera, mientras la izquierda ni siquiera es coherente internamente con su propia teoría de las discriminación positiva y de las cuotas que no aplica para sí misma, insiste, además, en una teoría de la relación de sexos y poder en la que la mujer no tiene más espacio que el de la víctima. Lo que obvia toda una realidad de valores que explican parte de la lenta incorporación de muchas mujeres a la vida pública. Y, en consecuencia, pone to-

do el acento en la acción del Estado y muy poco en la acción de las propias mujeres. Es decir, atribuye la responsabilidad de la igualdad, de los avances de las mujeres, a las instituciones políticas, pero solo secundariamente a ellas mismas. Lo que convierte a las mujeres en seres desvalidos y necesitados de protección, en una curiosa y perversa coincidencia con la antigua percepción social de las mujeres.

Lo anterior se combina, a su vez, con una llamativa relevancia en la izquierda de un feminismo puritano en el que algunos valores, por ejemplo, sobre la sexualidad, hacen confluir este feminismo con las visiones más tradicionales sobre las mujeres. En este punto, aquel feminismo de los sesenta y setenta que rechazaba la barra de labios o la minifalda de las mujeres como símbolos de frivolidad permanece en la actualidad en forma de contradicciones en el terreno de la liberación sexual femenina o, simplemente, de diferenciación de comportamientos sexuales entre hombres y mujeres en lo que a su consideración y respetabilidad pública se refiere.

Algo tiene que ver con lo anterior la peculiar posición de este feminismo en asuntos como la conciliación de la vida familiar y laboral de las mujeres en la que algunas reivindicaciones confluyen nuevamente con los valores más tradicionales. Un buen exponente de este fenómeno tuvo lugar hace poco tiempo, cuando la ahora vicepresidenta del Gobierno, Soraya Sáenz de Santamaría, no hizo uso del permiso maternal poco después de ser madre, a fines de 2011, y asumió la responsabilidad del traspaso de poderes entre el Gobierno saliente del PSOE y el entrante del PP. Aquella renuncia al permiso maternal provocó un increíble coro de protestas entre las mujeres de la izquierda. Soledad Murillo, la socióloga que fuera secretaria de Igualdad en el primer Gobierno de Zapatero, llegó a afirmar que el PP tenía que haber ofrecido una responsabilidad menor a Sáenz de Santamaría, y la periodis-

ta de *El País* Berna González Harbour le exigió que diera ejemplo asumiendo el permiso de maternidad y renunciando a sus actividades profesionales[42]. El feminismo victimista y puritano se hacía también de esta manera profundamente tradicional.

En ese mismo feminismo victimista se inscriben tanto leyes como la Ley de Violencia de Género como la teoría de la discriminación como único factor explicativo de la menor presencia de mujeres en la mayoría de los ámbitos sociales y de poder. La Ley de Violencia de Género española llega al inconcebible y, sin embargo, aceptado hecho de tratar desigualmente a hombres y mujeres frente al mismo delito. La teoría de la discriminación insiste contra viento y marea en la explicación de la discriminación como único factor de la menor presencia de mujeres en los distintos ámbitos de poder, sin atender ni a la historia ni, sobre todo, a las propias decisiones de las mujeres. Y cuando tales decisiones son dirigidas hacia ese poder, el feminismo las rechaza con virulencia si provienen de las mujeres de la derecha, sea Margaret Thatcher en sus tiempos o Soraya Sáenz de Santamaría en el presente.

# Los «bárbaros del norte»

## Los «bárbaros del norte»

Quien haya pensado que la expresión «bárbaros del norte» que titula este apartado se refiere a los terroristas de ETA, se ha equivocado. También se habrá equivocado quien haya pensado que se refiere a los nacionalistas vascos. Si la expresión fuera mía, jamás la utilizaría para referirme a los nacionalistas vascos, como nunca lo he hecho. Pero la expresión no solo no es mía sino que quien la ha utilizado sí la ha aplicado a otros nacionalistas, pero extranjeros. Lo hizo el diario *El País* que tituló con esa expresión un editorial referido a los miembros del partido nacionalista italiano Liga Norte.

En tal editorial, el diario socialista decía cosas tan brutales como las siguientes sobre los miembros de la Liga Norte:

> (...) Un tipo faltón y de modales tabernarios llamado Umberto Bossi. Durante la agonía de Berlusconi, la Liga Norte cuyo principal rasgo es el odio al diferente, mantenía en el Gobierno a tres ministros. (...) Y es ahora, con Monti en el poder e Italia al borde del precipicio, cuando la Liga Norte ha vuelto a sus esencias más bárbaras y rancias. Ya sin el filtro de ser copartícipes del poder —un

> partido xenófobo con la cartera de Interior, el zorro vigilando a las gallinas— sus actuaciones en el Senado o en la Cámara de Diputados nada tienen que envidiar a las de la barra más brava del Inter. (...) Bossi y los suyos han vuelto a reactivar un discurso de una Padania independiente, con moneda propia alejada de esos otros italianos de piel más oscura. (...) Bossi no se corta ahora en insuflar en los suyos el discurso de la Italia rica y emprendedora —ellos— y la Italia usurera y vaga con la que no tienen nada en común.[43]

Compárese la anterior diatriba contra los nacionalistas del norte de Italia con el tratamiento de los nacionalistas vascos, catalanes o gallegos y tendremos un perfecto resumen de la relación esquizofrénica de la izquierda española con los nacionalistas. Intolerables, extremistas y xenófobos, cuando militan en los nacionalismos de otros países, y progresistas, modernos y avanzados cuando militan en el nacionalismo vasco gallego o catalán. Aún más, añadamos al cuadro el tratamiento del nacionalismo español, con lo que el cóctel final no puede ser más contradictorio ni más sorprendente. Pues el nacionalismo español es para la izquierda española, algo parecido al nacionalismo del norte de Italia, poco menos que bárbaro, frente al impecable de los nacionalismos periféricos españoles.

En este asunto, debemos ceñirnos en exclusiva a la izquierda española. Esta caverna específica, aquella en la que la izquierda se reúne con los nacionalismos étnicos, tan solo incluye a la izquierda española y no a otras pues esta peculiaridad es profundamente española. Y, de hecho, el *España es diferente* nos remite hoy a esta parcela de la política nacional mucho más que a cualquier otra. Al poder de los nacionalismos étnicos, a los excesos de las autonomías y a la curiosa unión entre la izquierda y tales nacionalismos.

Lo extraordinario de este contraste entre el tratamiento de otros nacionalismos como el del norte de Italia y los españoles es que esto ocurre mientras esos otros nacionalismos no han sido ni son violentos, pero sin embargo ha habido una violencia terrorista, la de ETA, apoyada por una parte de los nacionalismos étnicos españoles y comprendida o legitimada por otra parte no menor. Y sin embargo, los «bárbaros», dice el progresismo español, son aquellos, no estos.

La existencia de ETA, la legitimación nacionalista y a cercanía de la izquierda española a tal nacionalismo hacen que el resto de los ingredientes de esta historia parezcan menores y dejen de tener importancia. Y, sin embargo, tampoco debemos olvidarlos pues ayudan a en entender el asombroso contraste entre lo que la izquierda ha predicado sobre su concepto de progresismo y lo que de verdad ha cultivado.

Aquello que en los «bárbaros del norte» italianos es intolerable, a decir de la izquierda, no solo es perfectamente aceptable en los nacionalismos locales, incluso resulta defendible y la propia izquierda se apunta a su discurso. Aquello que es insolidaridad y xenofobia en los otros se convierte en justicia y lógica defensa de lo propio en los nuestros. Así ha ocurrido en el interminable debate fiscal planteado, en este caso, por los nacionalistas catalanes, dado el sistema de privilegio fiscal de vascos y navarros a partir de unos llamados derechos históricos aceptados por nuestras leyes.

A fines de 2010, el líder independentista Joan Puigcercós dijo aquello de que «en Andalucía no paga ni Dios»: «El régimen tributario español está yendo en contra de las empresas catalanas. Cada día, cuántos empresarios catalanes tienen en su casa a un inspector de Hacienda cuando Madrid es una fiesta fiscal y en Andalucía no paga ni Dios». El PSOE andaluz se enfadó, claro está, pero eso no le impidió seguir unido al PSC y apoyando las rei-

vindicaciones nacionalistas frente a lo que la izquierda española ha considerado una incapacidad de la derecha para comprender y aceptar la pluralidad.

Lo de la pluralidad ha incluido, por supuesto, la reivindicación de una menor solidaridad hacia las regiones más pobres, exigencia perfectamente aceptada en España por un socialismo que se reclama defensor de la redistribución de la riqueza a través de la fiscalidad progresiva. En este «ambiente» ideológico, hasta un líder nacionalista moderado como Josep Antoni Durán i Lleida dijo a fines de 2011 aquello del PER y del bar de los andaluces «Cataluña no está justamente tratada en materia de aportación fiscal al Estado. (...) Mientras los payeses catalanes no pueden recoger la fruta por los bajos precios, en otros sitios de España, con lo que damos nosotros de aportación conjunta al Estado, reciben un PER para pasar una mañana o toda la jornada en el bar del pueblo».

Pero lo anterior, que es una «barbaridad» para la izquierda si es defendida por nacionalistas extranjeros, es perfectamente compatible con el progresismo nacional. Y lo son otras barbaridades mucho mayores y más graves. Y no me refiero en este caso a los múltiples coqueteos de la izquierda con ETA, asunto que ya traté en páginas anteriores. Me refiero a historias como la de Pepe Rubianes, bien representativas de la profundidad en la que está ubicada esta caverna ideológica. Pepe Rubianes, fallecido en 2009, fue aquel actor que se hizo tristemente famoso en 2006, cuando en un programa de televisión de TV3 declaró: «A mí, la unidad de España me suda la polla por delante y por detrás, que se metan a España en el puto culo, a ver si les explota dentro y les quedan los huevos colgando del campanario».

La anterior podría haber quedado en los exabruptos propios de un extremista más bien descerebrado si no fuera por el hecho de que recibió el apoyo de los socialistas catalanes. Pues, ante el

escándalo que tales descalificaciones provocaron, Rubianes tuvo un firme defensor, el PSC. Primero, fueron las juventudes de ese partido quienes exhibieron camisetas con el lema «Todos somos Rubianes». Pero aún más, el propio líder del PSC, José Montilla, salió en defensa de Rubianes cuando, en 2006, en la presentación de su proyecto de Gobierno para las elecciones autonómicas catalanas durante una conferencia en Barcelona, abogó por «proyectar la cultura catalana por todo el mundo», lo que «incluye Madrid» e «incluye Rubianes», en alusión a que el actor había decidido suspender la representación de una obra en un teatro de Madrid tras el escándalo.

El caso Rubianes y el apoyo del PSC es una historia bien representativa de esta caverna. Y no es la más extrema ni mucho menos, aunque pudiera parecerlo. Ahí está la negra trayectoria de las relaciones contra legitimación del terrorismo etarra. Y ahí está también el apoyo de la izquierda española al etnicismo nacionalista en todo tipo de terrenos y en particular, en el fanatismo lingüístico.

El apoyo de la izquierda española al nacionalismo etnicista tiene una larga historia. En otro lugar analicé tanto la importancia del franquismo en ese apoyo como la evolución de la cuestión nacional hasta el final de siglo.[44] En la última década, no solo se ha consolidado ese apoyo. Aún más, hemos asistido a la firme construcción de un socialismo nacionalista, particularmente, el socialismo catalán difícilmente diferenciable en la actualidad del nacionalismo. Pero lo que es más significativo, con el impulso y el liderazgo del socialismo nacional, desde el rumbo establecido por José Luis Rodríguez Zapatero tras acceder a la secretaría general en 2000.

## El socialismo nacionalista

La última década se caracteriza por la asunción de una buena parte del discurso nacionalista por parte del socialismo español. De la cercanía de épocas anteriores pasamos a la comunión de ideas y discursos. Y especifico en este punto el concepto de socialismo porque esa comunión de ideas era plena desde el inicio de la Transición entre la izquierda radical y el nacionalismo. También entre a izquierda radical y el nacionalismo extremista cercano al terrorismo, como ya he analizado en otro lugar[45]. La variación en la última década es el acercamiento del socialismo hacia las mismas posiciones nacionalistas.

Esta conversión de socialismo al nacionalismo ha sido total en el caso del PSC, pero lo más interesante es que ha llegado a dominar todo el conjunto del Partido Socialista. Y, además, también a los líderes intelectuales que han sido y son referencia para el socialismo. Unos y otros, líderes políticos e intelectuales, han asumido el nacionalismo etnicista a través de cuatro grandes ejes que son a su vez los ejes nacionalistas. El primero, la asunción de los conceptos nacionalistas, comenzando por el de la nación y la preeminencia política de la nación sobre los individuos. El segundo, la asunción del concepto de soberanía del nacionalismo etnicista; a la nación, Cataluña, Euskadi, le corresponderían unos derechos, dice también el socialismo. Tercero, la idea de que cualquier limitación de los excesos autonómicos es una vuelta al centralismo franquista. Y cuarta, el rechazo al patriotismo español, incluso su demonización, acompañado de una equiparación entre el nacionalismo extremista y el patriotismo español.

Y los cuatro ejes del socialismo nacionalista se han tejido en esta última década alrededor, en una primera etapa, de la respuesta al liderazgo de la derecha hacia el cierre del Estado de las Autonomías, primero con Aznar y después con Rajoy. En una se-

gunda etapa, alrededor del proceso de reformas de los Estatutos impulsado por Zapatero, en especial el Estatuto de Cataluña. Y en una tercera y última, alrededor de la definitiva colocación del socialismo en el liderazgo de lo que el progresismo llama la «España plural» que es aquella en la que se pueden exhibir y reivindicar todas las banderas autonómicas, pero no la nacional, que es, piensan en el progresismo, extremista, franquista y provocadora.

De tal manera que nuestro país tiene la singularidad en Europa de ser el único lugar donde hay que pensárselo varias veces antes de presumir de patriotismo español porque, si así se hace, se corre el peligro de ser apartado de la buena consideración de muchos lugares. Y no me refiero solo a la política, claro está. El deporte es un excelente ejemplo de esa «España plural» del socialismo, por ejemplo, a la hora de que empresas o asociaciones elijan deportistas representativos para ser su imagen. Tienen todas las facilidades aquellos deportistas vistos con buenos ojos por los nacionalistas étnicos, véase por ejemplo, jugadores de un equipo de fútbol como el Barcelona, y tienen problemas aquellos que representen «excesivamente» la españolidad. Probablemente lo anterior explique que haya que hacer un ejercicio casi detectivesco para averiguar que el padre de Iker Casillas ha sido guardia civil. ¿Quizá se le ocurrió a algún asesor de imagen que era un rasgo demasiado español y nacional para la imagen del jugador? Y, si lo pensó, lo cierto es que tenía y tiene razón en términos de aceptación social mayoritaria por parte de las élites, de quienes mandan en los medios de comunicación o en las empresas. El patriotismo español y a españolidad causan problemas a quienes los defienden. El nacionalismo étnico y su defensa es una fuente de privilegios, pero no solo en las comunidades autónomas donde tales nacionalismos tienen éxitos. También en el conjunto de España. Eso es lo extraordinario. Y se lo debemos a nuestra izquierda.

José Luis Rodríguez Zapatero representa a la perfección este nuevo socialismo nacionalista que él lideró desde que fuera elegido Secretario General del PSOE en 2000. Desde entonces uno de los elementos principales de su discurso fue aquello de que el cierre del Estado de las Autonomías o la necesidad de poner fin a una descentralización hasta el infinito que proclamaba Aznar eran propias de una derecha reaccionaria y franquista. Después añadió a lo anterior el liderazgo de la negociación con ETA pero esto segundo lo dejó para después de su llegada al poder. Y tal negociación tuvo una motivación profundamente política y no meramente pragmática, como una parte de la izquierda ha querido ver, pues Zapatero también creía en el concepto de «conflicto político» de los nacionalistas, «conflicto» entre las demandas independentistas y el poder de «Madrid».

Ya en 2004, el discurso socialista era indiferenciable del nacionalista más radical. Poco después de que los socialistas ganaran las elecciones de 2004, tres nacionalistas, Carod-Rovira, Begoña Errazti, de EA y Bizén Fuster, de la Chunta Aragonesista, defendieron el mismo diagnóstico socialista sobre los Gobiernos del Partido Popular: «Veinticinco años después de la aprobación de la actual Constitución española, con la mayoría absoluta del Partido Popular, hemos asistido a un momento que podemos calificar como de clara involución en lo relativo a las comunidades autónomas, de restricción de libertades ciudadanas y de descrédito de las instituciones democráticas». Y la misma voluntad: «Queremos expresar nuestra voluntad de participar en la que debe ser una segunda transición que refuerce las libertades y los derechos sociales, que regenere el sistema democrático y que avance decididamente hacia el reconocimiento de la realidad plurinacional del Estado»[46].

Lo anterior explica los pactos socialistas con el nacionalismo radical en Cataluña y en el Parlamento, o la misma voluntad so-

cialista y nacionalista de negociar con ETA. Pues ese mismo discurso es el que llevó Zapatero a la Moncloa y el que ha liderado el socialismo en estos últimos años. La supuesta involución de la derecha, por un lado, por no querer ampliar aún más una descentralización del Estado que es ya una de las mayores del mundo democrático, y la necesidad de hacer lo que unos y otros han llamado la segunda transición, consistente en debilitar más el poder de las instituciones centrales y ampliar el de las autonomías.

La confluencia entre unos y otros, nacionalistas y socialistas, se ha producido en primer término en la terminología común. Los socialistas españoles se refieren a Cataluña o a Euskadi en los mismos términos que los nacionalistas desde hace mucho tiempo. Cataluña, Euskadi, entidades con alma, con deseos, con derechos. Cataluña desea, Euskadi necesita, Cataluña no tolerará, Euskadi exigirá, repiten los socialistas sustituyendo la voluntad de los ciudadanos de esas comunidades por la voluntad de lo que llaman Cataluña y Euskadi, y arrogándose, además, la representatividad de tal voluntad. En 2003, Pasqual Maragall escribió un artículo titulado «Catalunya y España» en el que Cataluña era el sujeto político esencial del que se declaraban representantes él mismo y el socialismo: «La verdad es que Catalunya ve lo que está sucediendo en Madrid con espanto pero no con sorpresa. Madrid se ha separado de España. Ha entrado, en la época Aznar, en una espiral loca, en una huida hacia delante, en una persecución deliberada de riqueza y de poder»[47].

Y, después, «Madrid», otro concepto nacionalista asumido por la izquierda para representar la idea del malvado centralismo opresor contra Cataluña y Euskadi. Y además, la reivindicación de la soberanía para Cataluña y Euskadi. Algo que se multiplicó desde el inicio del debate sobre el nuevo Estatuto catalán y que llegó a su punto de eclosión tras la benévola y timorata sentencia de Tribuna Constitucional. Los socialistas se pusieron en primera

línea de rechazo a los recortes de la sentencia porque, dijeron, el Constitucional no podía ni debía reformar lo que había sido aceptado por la mayoría de Parlamento catalán. Ernest Maragall, uno de los líderes de socialismo catalán, resumió el discurso socialista sobre la sentencia antes incluso de que tal sentencia se conociera. En términos imposibles de superar por la más acabada ortodoxia nacionalista, escribió Ernest Maragall:

> Entonces ¿por qué concedemos tanta significación a la famosa y temida sentencia de Tribunal Constitucional? Digámoslo claro y en voz alta: el pacto Catalunya-España está cerrado y rubricado. Aún más, está confirmado por la única voz indiscutible e incontestable, la voz de los ciudadanos refrendando el acuerdo entre los Parlamentos catalán y español. ¿Qué puede añadir la «interpretación» que hagan, por larga y enrevesada que sea, este grupo de ciudadanos tan sabios? ¿Amenazas de posibles legislaciones españolas invasoras o negadoras del pacto estatutario? ¿Es imaginable cualquier revisión unilateral del pacto formal y real que ya tenemos cerrado? La futura sentencia será, probablemente, la expresión última de un reflejo de resistencia española tratando que Cataluña, protestando o no, acepte una rebaja sustancial del pacto que no supieron impedir o limitar en su momento. Por eso no hace falta concederle mayor relevancia. Catalunya no está interesada en revisarlo. (...) ¿Es que no tenemos un Estatut plenamente vigente y operativo, que podemos desplegar con la intensidad y el ritmo que nos convenga (...) sin más límites que el que nos marque nuestra propia ambición?[48]

Pero aún más que lo anterior, el socialismo nacionalista ha practicado los otros dos ejes, el de la demonización de toda política de limitación del poder autonómico como propio de la reac-

ción o de un sistema dictatorial y la equiparación de lo anterior con el extremismo nacionalista. Y lo ha hecho todo el socialismo, y no solo un supuesto socialismo liderado por Zapatero y diferenciado de otros sectores, como a veces se ha querido creer.

El propio Felipe González llamó en 2003 «centralismo autoritario» a las posiciones del PP por no querer descentralizar aún más el Estado de las Autonomías, y en un artículo sobre lo que él llamaba la «España plural y diversa», también hizo la habitual equiparación socialista entre el nacionalismo extremista y el patriotismo español: «Los nacionalismos periféricos, cuando muestran su irredentismo alimentan la caldera del nacionalismo centralista. ¿Hasta dónde? ¿Hasta cuándo? Por eso me siento cada vez menos nacionalista. Y ese sentimiento se afirma cada vez que veo avanzar en línea de colisión los buques del nacionalismo periférico y centralista»[49].

Para este líder histórico de la izquierda española, la defensa del Estado de las Autonomías tal como se había erigido en la Transición era, por tanto, nacionalismo centralista o centralismo autoritario. Y solo era aceptable en el paraíso progresista la posición de nuevos Estatutos con más competencias, es decir, aquello que reivindicaba el nacionalismo étnico, pues todo lo demás, cualquier apelación a un mantenimiento de la descentralización ya realizada se enviaba al foso de los reaccionarios.

Lo hacía Zapatero tanto como Felipe González. Y, junto a ellos, los intelectuales más influyentes y poderosos del progresismo español. Juan Luis Cebrián, en primer término, que desde Prisa dirigió la oposición periodística intelectual a la derecha desde que esta llegó al poder en 1996. Y elemento esencial de esa oposición era, para Cebrián, el desarrollo precisamente del socialismo nacionalista en oposición a lo que consideraba insoportable patriotismo español. A él, como a Felipe González como a Zapatero, la defensa del Estado de las Autonomías, de la nación española o de

la soberanía de esa nación le parecían propias de un frentismo ultranacionalista, equiparable al más radical de los nacionalismos étnicos. Así lo escribió en 2003 en relación a la respuesta dada por la derecha al independentista Plan Ibarretxe: «La política del frentismo ultranacionalista, sea por parte de los vascos, catalanes o españoles, es la mejor manera de traicionar los esfuerzos de quienes, hace casi dos generaciones, alumbraron la etapa más brillante y próspera de la historia de nuestro país»[50]. Y volvió a la carga más adelante con la misma teoría, la de la necesidad de reformar los Estatutos para dar más poder a las autonomías y para descalificar a la derecha que se oponía al nuevo Estatuto catalán consensuado entre los nacionalistas y los socialistas. «Una oportunidad de reformar, mediante vías pacíficas y democráticas, la estructura de Estado español», llamaba Cebrián al proceso iniciado tras la aprobación del nuevo Estatuto en el Parlamento catalán. Y apuntaba al malvado de esa historia, a la derecha: «(...) hay que reconocer también que las posturas cada vez más ultramontanas del Partido Popular hacían inviable un debate honesto y constructivo sobre la reforma del Estado»[51].

Y junto a él, y en la misma línea, otro de los líderes intelectuales del socialismo, Gregorio Peces-Barba, quien, en 2003, llamó «profetas de catástrofes» a todos aquellos que criticaban las exigencias de los nacionalismos étnicos, con andanada incluida a quienes habían abandonado la izquierda y defendían esas mismas posiciones críticas de nacionalismo étnico y de socialismo nacionalista: «Pero junto a esas personas hay otras que no actúan de buena fe y prevaliéndose de un pasado de militancia socialista se han vendido a los argumentos del Partido Popular y actúan como voceros o mandatarios de sus tesis, especialmente de las catastrofistas, al tiempo que intentan deteriorar la imagen de la izquierda»[52]. Impresionan es palabras represoras de la libertad intelectual de alguien que ha pasado, sigue pasando, por ser una su-

puesta voz moderada y de autoridad de la izquierda. No es de extrañar lo que vino después en 2004 cuando llegaron los socialistas al poder e intentaron barrer de todos los círculos intelectuales y mediáticos a toda voz disidente. Si Peces-Barba era el moderado, es fácil hacerse una idea de cómo eran los demás.

En el mismo artículo del «moderado» Peces-Barba defendió, no solo a reforma nacionalista de los Estatutos, sino la alianza del socialismo con la izquierda radical que es justamente lo que ha practicado el socialismo español desde entonces: «(...) no se debe temer una reforma de la Constitución, ni una reforma de los Estatutos ni, por supuesto, una coalición de izquierdas con Esquerra Republicana e Iniciativa per Catalunya. Solo los inseguros, los confusos o los ambiguos pueden tener dudas en ese sentido»[53]. Es difícil encontrar un resumen mejor de la caverna radical e identitaria de la izquierda española que estas palabras de uno de sus líderes intelectuales: alianza con la izquierda radical e independentista, reforma nacionalista de los Estatutos y quien se oponga es un inseguro, un confuso o un ambiguo, y quien haya abandonado el socialismo por todo lo anterior, es un vendido a la derecha.

Lo raro es que solo una minoría hubiéramos abandonado el socialismo, pero los cambios sociales, y aún más los intelectuales son sumamente lentos, y hoy, 2012, es el momento en que la mayoría de los intelectuales de la izquierda sigue en las mismas tesis ideológicas, ajenos al espanto de esta y otras cavernas.

Más adelante el «moderado» Peces-Barba protagonizaría otro escrito de demonización de la derecha, pero esta vez con un componente cómico muy ajeno a sus intenciones, esto último, la comicidad de los argumentos, un hecho no aislado entre los intelectuales de socialismo español en esa defensa esquizofrénica del nacionalismo étnico que han protagonizado en los últimos años. En otro artículo «memorable» sobre el nuevo Estatuto catalán

defendido por nacionalistas y socialistas, descalificó, primero, a la derecha y llamó a sus posiciones, a las de defensa del Estado de las Autonomías, «nacionalismo español radical»: «La intransigente y permanente posición de Partido Popular es conocida. Ya desde mucho antes de la presentación del texto en el Congreso de los Diputados, primero Fraga, después Aznar y hoy Rajoy han negado siempre que Cataluña sea una nación. Para su planteamiento de un nacionalismo español radical el término 'nacionalidades', que se utiliza en el artículo 2, es irrelevante y no se puede identificar con la nación».

La comicidad venía después, cuando este defensor de la alianza del socialismo con la izquierda radical e independentista, se asombraba porque, en los 227 artículos del Estatuto catalán surgido de esa alianza tan apasionadamente defendida por él mismo, resulta que, ¡oh, es increíble!, no aparecía ni una sola vez la palabra España: «La sorpresa es enorme cuando se constata que en un texto de 227 artículos, 58 más que en la Constitución, con doce disposiciones adicionales, tres disposiciones transitorias y cinco disposiciones finales, no aparece ni una sola vez ni el concepto ni la palabra España».[54] Resulta que el nacionalismo étnico con el que estaba aliado el socialismo rechazaba el concepto, la idea y la palabra España, había descubierto con infinita sorpresa este intelectual del socialismo. Lo que, además, de relato propio del humor político, nos da una idea de esa esquizofrenia en la que se mueve la izquierda española en este territorio. Al fin y al cabo, el socialismo se hizo nacionalista y etnicista en contra de sus propias esencias y como mero reflejo de su incapacidad para aceptar la legitimidad de la derecha, como simple resorte contra su principal adversario político. Y en ese extraño cóctel, el humor, como las contradicciones, como el ridículo, ha sido habitual, lo sigue siendo.

## El Guadalquivir es mío

Comicidad, ridículo, esperpento político, ingredientes de una buena parte del debate sobre las reformas de los Estatutos. Y lo preocupante no es solo la alianza entre socialistas y nacionalistas para la reforma de los Estatutos. Lo son también otros dos fenómenos. El primero, el efecto que el movimiento anterior ha tenido en todos los partidos y regiones españolas en la dirección de una exigencia generalizada de Estatutos con más poder para las élites regionales y más privilegios para cada autonomía. El segundo, la débil reacción de la élite intelectual de la izquierda crítica con el socialismo nacionalista.

Sobre el primer efecto, ha sido de tal magnitud que el esperpento se ha convertido en la norma más que en la excepción. Lo del «Guadalquivir es mío» es literal, pues hasta eso han llegado las élites políticas españolas en este desenfreno reivindicativo en el que se han convertido los Estatutos en la última década. Allá por 2006, lo del Guadalquivir es mío se convirtió en titular de *El País* para una entrevista de Manuel Chaves, por aquel entonces presidente socialista de la Junta de Andalucía. Y lo interesante de lo anterior es que ni el propio Chaves ni el Partido Socialista ni el propio periódico referencia del socialismo español, *El País*, fueron conscientes del profundo ridículo ideológico que el titular encerraba:

«La reivindicación del Guadalquivir es irrenunciable», proclamaba Chaves, y explicaba sus argumentos para quedarse con el río. «La reivindicación de la gestión sobre la cuenca hidrográfica del Guadalquivir es, no solo histórica, sino irrenunciable, porque además se constituye como símbolo de lo que es este Estatuto. Nadie entendería que un río tan simbólico para Andalucía como es el Guadalquivir no pudiera ser gestionado por la Junta»[55].

Lo más inquietante de este esperpento político es que ha afectado también a la derecha que, temerosa de ser castigada electoralmente en las diferentes elecciones autonómicas si aparecía como el crítico de los nuevos poderes y privilegios regionales, se ha sumado en algunos casos a la escalada autonomista y regionalista. Es cierto que, en el caso de la derecha, ha sido con Estatutos con contenido respetuoso de la Constitución, de la soberanía nacional y de la idea de la nación española, y en ese sentido, en absoluto comparables a los Estatutos nacionalistas.

Pero la imitación de la escalada nacionalista tan extendida en todas las capas sociales y políticas demuestra que esta caverna de progresismo ha tenido una enorme capacidad de imposición. Se ha extendido más allá de los límites de la alianza entre socialistas y nacionalistas y ha definido durante estos años los términos de la corrección política en cuanto a naciones y patriotismos se refiere.

Y además este triunfo del socialismo nacionalista tiene otros lados oscuros. De una parte, la incapacidad misma de algunos de los intelectuales más interesantes de la izquierda para romper con esa caverna o para hacer una crítica decidida. Sobre todo por su rechazo frontal al españolismo, consecuencia de una cultura antifranquista que ha determinado la trayectoria de tantos y tantos intelectuales españoles. Y probablemente también, el miedo al rechazo de los círculos y medios intelectuales más poderosos de España, destino inevitable de quien ose en este país declarar su patriotismo español.

Félix de Azúa, por ejemplo, se opuso al nuevo Estatuto catalán, pero con una sorprendente conclusión sobre las culpas de la derecha. Lo teorizó en una entrevista en 2006 donde resulta que, según Azúa, Esquerra e Iniciativa eran… ¡de derechas!, una «maldición» que les lanzaba debido a su nacionalismo. «Uno se echa las manos a la cabeza oyendo algunas cosas que dicen los de Es-

querra o los de Iniciativa que creen ser de izquierdas, y ahora ya son de derechas... Son prepolíticos. El nacionalismo, tal como lo utilizan los políticos de esos partidos, es absolutamente antidemocrático, porque viene de los sentimientos. Es como la religión. Las religiones y los nacionalismos solo son democráticos si no tienen más remedio».

Después de la increíble pirueta intelectual de atribuir el independentismo nacionalista a la derecha, Azúa no podía menos que prevenirnos sobre el peligro de que pudiera despertar la «fiera»[56]. ¿Qué fiera? Pues el nacionalismo español, claro está, la «fiera» según Azúa, otro típico representante de la teoría de la equiparación entre nacionalismo étnico y patriotismo español. No fue hasta fines de 2011, poco antes de las Elecciones Generales, que Azúa lanzó una dura diatriba contra la asfixia provocada en Cataluña por el nacionalismo catalán, incluso creo recordar que hablaba de su intención de dejar Cataluña. Pero ya no nos interesaba, era muy tarde para quienes habíamos esperado tantos años algún tipo de reacción de los intelectuales de la izquierda al desarrollo del socialismo nacionalista.

Los intelectuales de la izquierda que mantuvieron su defensa del patriotismo español fueron reducidos a los márgenes del sistema de poder intelectual de la izquierda, admitidos con cuentagotas en ocasiones, pero reducidos a la disidencia y a las dificultades para la defensa de su discurso. Andrés de Blas, por ejemplo, una *rara avis* en la izquierda intelectual española. Escribió en 2006 sobre las reformas de los Estatutos lideradas por los socialistas: «Partiendo del reconocimiento de la solidez de la nación española, había que estar ciego para no alarmarse por el significado del nuevo enfoque político para la vida de la nación y el Estado de los españoles»[57]. Lo suyo era una provocación para la izquierda y una incorrección política admirable en el ambiente de asfixia intelectual impuesta por el socialismo nacionalista.

Juan Pablo Fusi, otro disidente admirable, expresó su profundo desánimo, bien representativo de lo ocurrido con la izquierda intelectual española defensora de la nación española y del patriotismo: «Cada vez me encuentro más distanciado de la política, pero he sido, con otros historiadores y politólogos, casi un intelectual orgánico del Estado de las Autonomías. Y ahora, encontramos que parece que hay que liquidarlos, o darles un sesgo distinto, pues evidentemente me siento defraudado y derrotado. Paso a mi vida particular y a hacer erudición en la Historia»[58].

En Cataluña, en el País Vasco, muchos se sintieron unos exiliados interiores. «Soy un exiliado dentro de Cataluña», proclamó Albert Boadella, y, como él, muchos otros que acabamos abandonando esas comunidades, y no por la amenaza terrorista sino por la expulsión lenta pero contundente de los espacios intelectuales y sociales.

Sin el desarrollo del socialismo nacionalista, la historia de esta última década habría sido muy diferente, también en términos de ambiente intelectual y del debate de ideas en comunidades de fuertes nacionalismos étnicos. Ha sido el socialismo nacionalista quien ha determinado el triunfo de la presión nacionalista. Sin su concurso, esa presión era inviable, débil en sus efectos. Con la suma de socialismo, era, ha sido, sigue siendo, letal.

Y todo por la etnia, que, recuérdese, es la forma suave de llamar a la raza de Sabino Arana. Y aún más, todo por un ridículo juego de poder. Lo definió Josep Antoni Durán i Lleida: «El Estatuto aprobado por el Parlamento catalán es fruto de puros tacticismos. Maragall quiso presentarse más nacionalista que CIU. Y CIU más nacionalista que Esquerra»[59]. Es un perfecto broche de cinismo a la historia del socialismo nacionalista de la última década.

# Capítulo 4

En la caverna radical

# Radiografía del intelectual progresista: arrogante, intolerante y radical

## Cerebros de izquierdas y cerebros de derechas

La arrogancia explica una buena parte de lo que viene después en la radiografía del intelectual progresista. Explica el origen de la intolerancia y explica el extremismo. Es la arrogancia de quien se ha sentido hegemónico desde hace muchas décadas. En España, en Europa, en Estados Unidos, los círculos intelectuales han sido mayoritariamente de izquierdas. Las ideas de izquierdas han sido sinónimo de corrección política en la universidad, en el periodismo, en la literatura, en el cine. Algo que ha activado de forma extrema el fenómeno de la «espiral del silencio» que Elisabeth Noelle-Neumann definiera en su teoría de la formación de la opinión pública y que es igualmente útil en otros campos. Para explicar la formación de las mayorías ideológicas, por ejemplo, en el mundo intelectual. Una derecha intelectual minoritaria y más bien apocada y temerosa frente a una mayoritaria izquierda intelectual agresiva y arrogante es el cuadro descriptivo de la relación de fuerzas y de las actitudes de las últimas décadas. Unas

voces conservadoras calladas por su condición de minoría, unas voces izquierdistas redobladas por su condición de mayoría.

¿Está cambiando esa situación? ¿Es la crisis del socialismo europeo más grave para la hegemonía progresista que lo que pudo ser la caída de las dictaduras comunistas? No está claro, pues, al fin y al cabo, la izquierda intelectual no solo mantuvo su dominio cuando las dictaduras comunistas reprimían y asesinaban, sino que logró culminar el siglo XX con un balance completamente desequilibrado respecto al rechazo de las dictaduras nazi y fascista, por un lado, y las comunistas, por otro. Las primeras concitaron el rechazo generalizado. Las segundas han sido defendidas hasta nuestros días. Lo escribió Jean-François Revel: «los negacionistas pro nazis no son más que un puñado. Los negacionistas pro comunistas son legión»[1]. Revel también explicó que el tabú intelectual de nuestra época «es el que prohíbe a todo escritor, a todo periodista, a todo hombre político mencionar un atentado contra los derechos de hombre, un abuso de poder cualquiera, un trivial fracaso económico, en suma, dar una información sobre un hecho que se sitúa en una sociedad clasificada convencionalmente 'de izquierdas' sin señalar inmediatamente una imperfección equivalente en una dictadura de derechas o en una sociedad capitalista democrática»[2].

La arrogancia del intelectual progresista forma parte de esa tradición que nunca fue capaz de revisar el pasado dictatorial de su credo ideológico. Quienes lo hicimos, y me encuentro en ese minoritario grupo que abandonó la izquierda, evolucionamos hacia la derecha, entre otras cosas, porque no ha habido ni hay en la izquierda espacio para una izquierda dura con las dictaduras socialistas y otros monstruos de la ideología progresista. Otros graves problemas de la izquierda que explican la evolución de algunos de nosotros, la posición de la izquierda española ante los na-

cionalismos étnicos y ante el terrorismo han sido tratados por mí misma en otras obras[3].

Hasta tal punto ha llegado la arrogancia que ha habido incluso espacio abundante y reiterado para el disparate y el esperpento. Por ejemplo, una universidad americana llegó a publicar en 2007 en la revista *Nature Neuroscience* un estudio que «demostraba» la existencia de cerebros de izquierdas y de derechas. Lo que consistía, aseguraba el director del hallazgo, en que los conservadores tienen un cerebro más estructurado y permanente que les lleva a ser menos flexibles en las situaciones en que es necesario cambiar un hábito, incluso si han recibido instrucciones para realizar ese cambio. Con motivo de tan singular hallazgo sobre los cerebros conservadores y sus problemas, Frank J. Sulloway, un investigador del Instituto de Personalidad e Investigación Social de Berkeley, aportó su opinión sobre unas conclusiones que le parecieron «una aguda demostración de que las diferencias individuales entre conservadores y liberales están fuertemente relacionadas con la actividad del cerebro». Y añadió un ejemplo práctico: el estudio servía para explicar por qué, mientras el entonces presidente americano George W. Bush no cedía en su posición sobre la guerra de Iraq, sin embargo, el demócrata John F. Kerry cambiaba de posición a menudo.

La investigación no apareció al año siguiente entre los premiados de la parodia de los Nobel, los Premios IgNobel, a pesar de su contenido descacharrante, lo que da una idea clara de que la comunidad científica se la había tomado en serio, muy en serio. Tampoco los autores se convirtieron en personajes de tiras cómicas. Por supuesto nadie pidió el despido de sus universidades por el ridículo alcanzado. Y no pasó nada de eso porque el intelectual progresista que domina los círculos universitarios, los medios o la inmensa mayoría de festivales y premios artísticos y culturales cree firmemente en que eso es así, en que hay unas diferencias

genéticas entre la izquierda y la derecha, en que existe un mal originario del que surgió la derecha, convicción que es producto de la educación sectaria y de los años pasados en ambientes sin disidencia ideológica.

El disparate investigador tenía un precedente cinematográfico que, no hay que descartar, constituyera su inspiración, pues, como ya nos lo ha vuelto a demostrar *Inside Job* recientemente, los intelectuales progresistas creen apasionadamente en sus propias fantasías, incluidas las cinematográficas, y una vez creadas, una película a la que llaman documental en este caso, la convierten en fuente de ciencia y autoridad. De hecho, el precedente de la teoría de los cerebros de izquierdas y de derechas fue una película de Woody Allen, *Todos dicen I Love You*. La tal película contenía un personaje interpretado por Lukas Haas, un chico de izquierdas que, a lo largo de la película, se volvía conservador, lo que preocupaba enormemente a sus padres, interpretados por Goldie Hawn y Alan Alda, unos ricos y sofisticados neoyorkinos representantes de la *gauche cavair* americana, tan habitual en el cine de Allen.

Los ricos y progresistas padres respiraban, sin embargo, al final de la obra, pues repentinamente se descubría que, en realidad, el conservadurismo de su hijo se había debido a un golpe en la cabeza. Una intervención médica acababa con el problema y, de paso, con el trauma familiar provocado por el hijo republicano. La comedia tenía final feliz, todos se querían y, además, todos eran felizmente de izquierdas, además de ricos, sofisticados y equilibrados.

Y no, no era una ironía de Allen sobre la izquierda americana. Tampoco era una ironía la presentación de progresismo en forma de rica y privilegiada familia de Manhattan que pasaba su fin de año en un lujoso hotel de París. La arrogancia progresista es de tal naturaleza que hasta sus representantes más inteligentes y creati-

vos, como Allen, son capaces de notables estupideces intelectuales. Han crecido en un ambiente cultural en el que no conocen otra cosa que la idea de la infalibilidad y superioridad moral de su estructura ideológica del mundo, y sobre todo no conocen contestación a estupidez alguna. Todo lo contrario, saben que ese sectarismo, el del conservador por mor de un cerebro dañado, tiene premio en forma de críticas benévolas, páginas de los medios y, después de todo eso, público.

A mayor simplicidad intelectual, mayor arrogancia, claro está, lo que explica la abundancia de tal arrogancia en el cine y literatura progresistas. En el cine español, la historia ha sido ampliamente contada en los últimos años. El progresismo ha sido y es tan abrumadoramente mayoritario y activista en ese cine que, en los últimos tiempos, este sector de la creación es más conocido por su actividad política y propagandística que por sus películas. Tanto en la oposición a la derecha como en su entusiasmado apoyo, primero a Rodríguez Zapatero, después, en la última etapa, a la izquierda en general.

Pedro Almodóvar ocupa lugar de honor en esa galería de la arrogancia mezclada con la simplicidad intelectual, tan habitual en los espacios artísticos, cuando de política y debates ideológicos se trata. El artista, quizá gran artista en muchos casos, que también desea dejar su huella en la historia de las ideas, de los movimientos sociales, del poder, aunque todo tipo de dislates deban sembrarse en ese camino. En el de Pedro Almodóvar hay muchos. Algunos ya fueron citados en un libro anterior y también en un capítulo anterior de esta obra. Y es que el cineasta da para mucho en esta materia. Lo mismo en los medios nacionales que en los extranjeros. En uno de los últimos, en *L'Express*, dejó una de esas muestras del perfil arrogante y extremista del intelectual progresista: «Desde hace muchos años, España está destrozada por el Partido Popular, de derechas, que ha mostrado su rostro

más retrógrado y más reaccionario. Mis próximas películas van a denunciar eso. Sin duda, voy a radicalizar mi cine. Me gustaría que se ocupara sobre todo del mundo actual. Porque mis personajes se han alejado de eso, se han ocupado de sus problemas íntimos»[4]. Cuando declaró a *L'Express* tal cosa, era el año 2009, y su izquierda, el partido político apoyado por Almodóvar, llevaba cinco años en el poder en España mientras que el PP así como la derecha intelectual y artística habían sido arrinconados y depurados de todas las instituciones y centros culturales, lo que no impidió que Almodóvar mostrara nuevamente ahora en Francia su pulsión más sectaria.

La teoría progresista de los cerebros de izquierdas y de derechas tiene su correlato sociológico, como no podía ser de otra manera. Habitualmente, bajo la forma de la supuesta mayor exigencia y virtud de los ciudadanos que votan por los partidos de izquierdas. Pues, además de cerebros de izquierdas y de derechas, habría votantes de izquierdas y derechas diferenciados por su nivel de exigencia crítica para con sus elegidos. Entre las varias plasmaciones de tal teoría, mucho más extendida de lo que el sentido común da a entender, tenemos una muestra, por ejemplo, en Ignacio Sánchez-Cuenca, sociólogo célebre por su conocida fórmula infalible para acabar con ETA y que ya fue relatada, aquello de dar a ETA lo que quiere y así, con esa brillante operación, acabar con el terrorismo. Este mismo sociólogo también ha defendido la teoría de que los votantes de izquierdas son más «exquisitos» que los de derechas.

Es decir, son más críticos y más exigentes. La razón de todo esto no tiene que ver con la moralidad o la ideología, se apresura a aclarar el sociólogo. Sin embargo, prosigue, hay diferencias consistentes en que la derecha, por conservadora, quiere conservar el *statu quo* para mantenerse indefinidamente en el poder. Sin embargo, la izquierda pretende cosas muy distintas, quiere, «casi

por definición», dice el sociólogo, algo mucho más arriesgado que es cambiar el *statu quo* en una dirección igualitaria. No aclara si tal riesgo conlleva también la necesidad de que la izquierda se perpetúe indefinidamente en el poder, sino que el sociólogo insiste en que lo anterior, la diferencia entre los que quieren mantenerse siempre en el poder, la derecha, y los que quieren el cambio, la izquierda, da lugar a votantes diferentes en un caso y en otro, unos acomodaticios y otros transgresores, exigentes y valientes[5]. En definitiva, como los cerebros, unos incapaces para el cambio, los de derechas, y otros flexibles e imaginativos, los de izquierdas. Y algunos, a veces temporalmente dañados y accidentados, terribles épocas de cerebros conservadores que, en las historias de final feliz se curan y vuelven a ser progresistas.

## El progresista crispado

La intolerancia hacia el adversario ideológico, hacia la derecha, es el segundo rasgo del intelectual progresista. ¿Una intolerancia diferente a la que puede practicar el intelectual conservador contra el progresista? Sí, lo es en un aspecto esencial, en sus dimensiones. Una intolerancia comparable se practica también desde algunos sectores de la derecha contra el intelectual progresista, pero la diferencia, la esencial diferencia, es que tal intolerancia es minoritaria y es constantemente denunciada por unos y por otros. Sin embargo, la intolerancia progresista está ampliamente extendida y su signo distintivo es que pasa por normal, por aceptable, es asumida por una buena parte de los intelectuales progresistas y está instalada dentro de los límites de la corrección política dominante.

En este ambiente ha sido posible que, en España, el progresismo desarrollara la otrora popular teoría de la crispación. Lo hizo cuando estuvo en la oposición, antes de 2004, y lo siguió desarro-

llando durante el primer mandato de Zapatero. En otros lugares, en Estados Unidos, se produjo un proceso paralelo consistente en desarrollar la idea de que la derecha había impuesto un clima de odio y de resentimiento. ¿En qué consistió la teoría de la crispación? En que la derecha era agresiva y provocadora, decían, y en que un triunfo electoral de la izquierda traería consigo un clima de paz, diálogo y entendimiento. Teoría que envolvía el auténtico problema de fondo y es que el progresismo se crispa enormemente cuando no ocupa el poder. Creyente en el derecho inalienable de la izquierda a dirigir el Estado y la política, considera enormemente crispante estar alejada del poder. Y a eso, el progresismo lo llama «la crispación de la derecha», es decir, la crispación que le provoca a la izquierda la derecha con su pretensión de llegar al poder y cuando está en dicho poder, a pretensión de seguir en él.

En palabras de uno de estos intelectuales progresistas crispados por la ocupación del poder por la derecha, Juan Luis Cebrián:

> (...) la crispación y el odio han crecido últimamente entre nosotros casi tanto como las incertidumbres, es mayor el sentimiento de inseguridad y aumenta el prestigio de quienes apelan a recetas extremas y expeditivas a la hora de buscar soluciones a los severos problemas de futuro que se nos plantean. Asistimos, desde hace años, a una invasión casi tumultuaria de los poderes Legislativo y Judicial por parte del Ejecutivo; a un aumento de la autocensura, cuando no de la censura a secas, en las redacciones de los medios de comunicación, muchos de los cuales han sido intervenidos de mil maneras por la autoridad competente, a un sentimiento quizás exagerado, pero muy palpable, de pérdida de libertad[6].

¿Se refería Cebrián a alguna dictadura, a una democracia en transición al autoritarismo? Pues no, se refería a la España gober-

nada por la derecha, algo que a algunos líderes del progresismo les parece comparable a un régimen autoritario. En 2003, y tras siete años de poder conservador, la crispación progresista había ascendido a máximos históricos y ese estado anímico daba lugar a estas manifestaciones de intolerancia democrática, muy abundantes en esa época.

Pero la teoría de la existencia de la crispación cuando está en el poder el adversario ideológico no ha sido cultivada solo en España. Hemos asistido en Estados Unidos al mismo fenómeno, con variaciones solo debidas a las peculiaridades de cada uno de los sistemas políticos. Representante privilegiado del progresista americano crispado es Paul Krugman, por otra parte, uno de los líderes de progresismo estadounidense y, de paso, del español, dada la entusiasta acogida que recibe en España. Paul Krugman también estaba muy crispado al final de ocho años de George W. Bush en la Casa Blanca, lo que provocó innumerables páginas de intolerancia hacia a derecha bajo la teoría de la crispación, versión americana.

¿En qué consistía? En que la derecha sembraba el odio, la cizaña, la discordia. Lo escribió en *The New York Times*, el órgano de lujo del progresismo americano, bajo el título de «La estrategia de resentimiento». ¿De quién? De la derecha, claro está, que hace las cosas por puro resentimiento, explicó Krugman. El Partido Republicano está en manos de una derecha «enfadada», decía, y desarrollaba una teoría de la «furia de la derecha», donde no faltaba el ridículo intelectual, siempre acogido con la máxima de las seriedades por los fans de Krugman, que son muchos, sobre todo en España. El Premio Nobel, es importante recordar en este punto que a Krugman le otorgaron tal premio, explicó el origen del enfado, de la furia y del resentimiento de la derecha con Nixon. Resulta que Nixon, escribió Krugman, había desarrollado una estrategia política a lo largo de su carrera que estaba inspirada en su

experiencia en el *college*, pues allí consiguió ser elegido presidente de los estudiantes explotando el resentimiento de sus compañeros hacia los Franklins, el club de élite del *college*. Y sí, esto lo escribió todo un Premio Nobel, como consta en *The New York Times*[7], lo que da una idea de hasta dónde ha llegado la crispación progresista.

En España, como es habitual, los intelectuales progresistas hicieron campaña electoral con el PSOE y, el 13 de febrero de 2004, a un mes de las elecciones, presentaron lo que llamaron la Asamblea de Intervención Democrática para denunciar el «deterioro democrático» del PP. Allí estaban Rosa Regás, Almudena Grandes, Carlos Berzosa, Ángel Gabilondo, Nicolás Sartorius, Joan Ridao y otros activistas del socialismo y del zapaterismo.

Más extraordinario aún, parte de los que estaban en la asamblea anterior, junto a algunos académicos progresistas, elaboraron más adelante una teoría «científica» de la crispación. Como lo de los cerebros de izquierdas y de derechas, pero en versión sociológica y politológica y llamada «la teoría de la crispación». En realidad, la teoría fue elaborada por ideólogos del progresismo a través de la fundación de ideas más importante del socialismo español, la Fundación Alternativas dirigida por Felipe González, pero fue apoyada por académicos importantes como José María Maravall, ex ministro socialista y uno de los representantes más relevantes del progresismo en la universidad.

Pero los elaboradores de la teoría «científica» fueron intelectuales e ideólogos, como Joaquín Estefanía, el periodista de *El País* que dirigió el informe, o por Belén Barreiro quien, durante los Gobiernos de Zapatero, dirigió, primero, el CIS, y después asesoró a Zapatero en La Moncloa. No solo se trataba de la propia identidad de los autores, tampoco importó al progresismo la organización para la que trabajaban, el *think thank* del PSOE, a la hora de convertir lo que era un texto ideológico en un supuesto

texto científico. Con una seriedad en la que no asomaba tentación alguna de carcajada, y es que ellos creían de verdad que hacían ciencia, así es la arrogancia del intelectual progresista, llegaron a escribir que «La tesis que demuestran los investigadores de este informe es básicamente la siguiente: el Partido Popular ha elegido la estrategia de la crispación para hacer oposición en la legislatura actual».

Después, la ciencia socialista nos dejaba múltiples aportaciones investigadoras como las que siguen:

> Los tres temas escogidos deliberadamente por el PP como parte de la estrategia de la crispación, con el objeto de acentuar su enfrentamiento y su falta de colaboración con el Gobierno —utilizando para ello un lenguaje en muchas ocasiones insultante y casi siempre extremo y la política de salir a la calle, en manifestaciones masivas que aglutinan al núcleo duro de su electorado ideológico, en vez de utilizar las instituciones— han sido el atentado terrorista del 11 de marzo de 2004, la reforma del Estatuto de Cataluña y el denominado «proceso de paz» en el País Vasco[8].

José María Maravall también aportó su ciencia socialista en las páginas de *El País* para defender la teoría científica de la crispación. «Ruido y furia que asfixian el debate en España», escribió refiriéndose a la derecha. Y añadió las causas, es que la derecha quiere el poder: «La clave no es lo que haga el Gobierno, sino volver al poder (...) pero la estrategia de la crispación se basa en que, a la hora de elegir, todo vale; en que el fin justifica los medios. El fin es el poder»[9]. Aún más, Maravall incluso elaboró un libro, por supuesto, «científico», según las reglas de la ciencia socialista. En dicho libro encontramos innumerables perlas distinguidas de la ciencia socialista como la siguiente: «En el caso de España, la crispación solo ha existido cuando el PP ha perdido —al parecer,

que el PSOE ganase resultaba inaceptable—, y se trató de desestabilizar al gobierno con una 'campaña permanente'»[10].

La teoría de la crispación fue complementada desde los políticos del progresismo con la alternativa de una auténtica democracia que, como es sabido en el universo progresista, es aquella que existe cuando gobierna la izquierda. Cuando gobierna la derecha, peligra la democracia, como también es sabido en dicho universo. «Hay que mejorar la democracia en España», «en los últimos dos años el Gobierno ha estado haciendo una política en contra de la gente», dejó dicho, en 2003, José Luis Rodríguez Zapatero[11]. Ya en el poder, en julio de 2004, afirmó aquello de que, en 90 días, había desterrado el «clima de odio y rencor» y lo había sustituido por «el diálogo, el respeto a todas las ideas y la verdad». En noviembre de ese mismo año insistió en un discurso ante el Comité Federal del PSOE y afirmó aquello de que ellos «habían cerrado el tiempo de la bronca desde el poder, de la desconfianza y de la sospecha, de la gresca continua y de la insinuosa imputación, de la permanente reprimenda».

Para esa época, noviembre de 2004, estos socialistas del «diálogo», la «tolerancia» y el «pluralismo» llevaban muy avanzado el proceso de depuración de toda persona no socialista y de izquierdas de todos los lugares donde tenían acceso. Yo misma no había tardado ni un mes en recibir la carta de despedida, por ejemplo, del nuevo director del CIS, Fernando Vallespín, de mi posición de miembro del Consejo de Redacción de la revista *REIS*, del CIS, después de la victoria socialista de marzo. El puesto no tenía remuneración alguna y, además, se trataba, se trata, de una revista meramente académica, pero el diálogo del nuevo Gobierno Zapatero era así de contundente con quienes no profesaban la fe socialista. Se trataba, al fin y al cabo, del «nuevo clima político», como lo llamó José Blanco en 2004, «alejado de la crispación, de la mentira y el rencor, para practicar el diálogo, el respeto y el gusto

por la verdad, izando de nuevo la bandera de la transparencia». Lo que comenzaba con la depuración ideológica de los que no profesaran el socialismo.

Después, Zapatero fue fijando y, sobre todo, puliendo su teoría de superior virtud democrática de la izquierda, con algunas de sus históricas sentencias como aquella de que «la derecha en este país me ha enseñado que es la izquierda la que hace avanzar los derechos democráticos»[12]. Algún tiempo antes, había dejado otro mensaje para la humanidad progresista: «(...) Si me pregunta cuál ha sido la meta principal de la política de Gobierno, la resumiría diciendo que hemos querido avanzar en los derechos de la ciudadanía y hacer retroceder la intolerancia y la zafiedad»[13]. Y para demostrarlo, 2004 y 2005 fueron para los intelectuales conservadores una prueba de cómo lograr sobrevivir en los diferentes medios de comunicación e instituciones frente a las constantes llamadas del poder socialista para que prescindieran de nuestras colaboraciones. Por supuesto, solo conseguimos sobrevivir en algunos de ellos y no todos nosotros.

## Las «hienas» de la derecha y otros conceptos progresistas

Arrogancia, crispación e intolerancia hacia la derecha son rasgos del intelectual progresista que no se minimizaron con el triunfo socialista de 2004. Todo lo contrario. Desde entonces, la intolerancia hacia la derecha ha dominado los medios de la izquierda, incluso en la crisis final de Zapatero, cuando los intelectuales progresistas perdieron sus referencias en el liderazgo político.

Rosa Regás dio el tono de lo que sería el progresismo intelectual, tras las Elecciones Generales de 2004, cuando afirmó aquello de que «la derrota del PP fue el día más alegre de mi vida, más incluso que la muerte de Francisco Franco y más que la subida al

poder de Felipe González». Previamente, había manifestado que, si ganaba el PP, ella se exiliaría, exabrupto que fue imitado más adelante por Meryl Streep, cuando, en una visita al Festival de San Sebastián, afirmó que, si no ganaba Obama, ella se exiliaría de Estados Unidos. En la línea de la «tolerancia» de las dos anteriores estrellas del progresismo, Juan Luis Cebrián, que aún seguía crispado tras el triunfo, escribió en diciembre de 2004 que en la derecha proliferaban «grupos de maleducados salvapatrias» y «loquitos», y había «trastornos de comportamiento que amenazaban con provocar una epidemia de fanfarronería»[14].

Suso de Toro, otro zapaterista entusiasta, dejó algunas reflexiones dignas del nuevo tiempo de tolerancia y diálogo de Zapatero, o del talante, como el propio Zapatero lo había calificado. Definió a la derecha española como «la ultraderecha mutante» y acudió a la medicina para explicarlo, como en la teoría de los cerebros de izquierdas y derechas: «la ultraderecha hoy en España es un virus mutado que ha nacido del tejido humano de ambientes y familias de tradición franquista, gentes que hace unas décadas sentían incomodidad e inseguridad por su origen y aceptaron jugar a ser demócratas»[15].

Llegó después Rubianes con aquello de que «se cagaba en la puta patria», que ya relaté en páginas anteriores. Él mismo calificó las críticas como «la campaña feroz y cruel de los fachas», «los fachas que quieren obligar a TV3 a bajar a cabeza». Recibió múltiples apoyos del progresismo y él mismo destacó que, entre esos apoyos, estaba Ana Belén, otra estrella del progresismo que puso rúbrica al mandato zapaterista con aquel especial de la Nochebuena de 2011 para TVE, la misma televisión que había hecho entusiasta campaña por Zapatero durante esos años mientras se definía como objetiva y plural.

Más adelante, la oposición de la derecha a la negociación del PSOE y el Gobierno con ETA suscitó reacciones no menos airadas

que las anteriores. El progresista crispado fue la tónica dominante entre unos intelectuales que apoyaron con fervor el diálogo y los acuerdos con la banda asesina. No podían entender que la derecha se opusiera a tan ética solución al terrorismo, el acuerdo socialista y nacionalista con los criminales. Suso de Toro escribió encontrarse «pasmado» ante lo que él llamó «la posición tan extrema en que se ha instalado esta derecha. Lo explica su duro integrismo y casticismo, apenas influenciada por las derechas parlamentarias europeas»[16]. Jordi Gràcia acudió a la física, no a la medicina ni a la psicología, para explicar el problema de la derecha que sería un «agujero negro» en su seno, un agujero franquista y antidemocrático, claro está[17]. Juan José Millás, igualmente indignado porque la derecha no aceptara la negociación del PSOE con ETA y en la sospecha de que la auténtica razón era el interés del PP en la continuación del terrorismo, pidió una comisión de investigación para averiguar a quién benefician los crímenes de ETA «Pero quizá si lográramos descubrir a quién benefician sus crímenes, quién necesita de forma desesperada que los asesinos actúen, qué partido político hace caja cada vez que la organización criminal se convierte en noticia, hallaríamos la respuesta. Blanco y en botella, (incluso en Botella), leche»[18].

Manuel Vicent dejó su aportación al apoyo a la negociación con ETA de los socialistas en forma de retrato del ciudadano que acudía en 2007 a las manifestaciones contra tal negociación, una auténtica «hiena», según Vicent:

> (...) Esta señora, junto con sus amigas, acudió a la manifestación contra el Gobierno socialista montada por el Foro de Ermua y el Partido Popular con el pretexto del terrorismo. Rodeada de banderas nacionales y de pancartas con consignas terribles llegó un momento en que a esta señora, sin que nadie se lo explique, comenzó a crecerle pelo duro por todos los poros de su rostro, se le afilaron

> sus mandíbulas hasta formar un hocico agudo y de pronto su cabeza, que emergía por el cuello del abrigo de pieles, adquirió el perfil de una hiena. En ese instante se puso a vomitar insultos feroces contra el presidente Zapatero. Iba del brazo de sus amigas y azuzada por el fragor de la multitud sus gritos ya desgañitados semejaban simples ladridos, que finalmente fueron orquestados por el himno nacional[19].

El sociólogo Enrique Gil-Calvo recurrió a la psiquiatría para explicar los «problemas» de la derecha, pues, en el universo progresista, las ideas de la derecha se explican en clave de enfermedad o en clave de totalitarismo, esto segundo también en el análisis de Gil-Calvo. En el primero, los problemas psiquiátricos, Gil-Calvo se adelantaba en un año a Paul Krugman con la idea de la «estrategia del resentimiento». Y es que el PP estaría «cegado por el resentimiento», por lo que antepone «el ansia de venganza a cualquier otra cosa», y hay que «atender a la dimensión psicosociológica», continuaba Gil-Calvo para buscar el sentido último de la «estrategia del resentimiento». Hay antecedentes históricos de esto, añadía. ¿Cuáles? Pues nada menos que el nazismo, que fue una forma de «crear una comunidad popular cohesionada por su odio al enemigo interior»[20]. Obvio el paralelismo entre el nazismo con la derecha española, argumentaba y sigue argumentando el progresismo español, en su enésima demostración del tipo de tolerancia que practica con el adversario ideológico.

La profunda crisis de la izquierda política no apagó la furia del intelectual progresista. Una de sus representantes más significadas, Almudena Grandes, defendió a Bildu en primavera de 2011, poco antes de la monumental derrota de la izquierda en las elecciones municipales y autonómicas del 22 de aquel mes, y arremetió contra quienes pretendían ilegalizarla, en perfecta coherencia con su historia de apoyo a la amistad con el brazo político de

ETA. ¿Cómo era posible que alguien se opusiera a tal amistad? Debía de tratarse de otro problema genético, pues el mal de la derecha es de tales dimensiones en las mentes de los intelectuales progresistas que el diagnóstico acaba siempre en el campo de la genética, en los cerebros de izquierdas y derechas, en definitiva. Escribió Grandes que «la derecha española arrastra una deformación congénita, basada en la convicción de que este país le pertenece porque para eso lo ha heredado de sus antepasados, que la impulsa a confundir sus deseos con la realidad. Cuando dicha ecuación se ve alterada por cualquier factor, reacciona siempre con la misma violenta agresividad. Yo, desde luego, celebro que Bildu participe en las elecciones. Porque es justo. Porque es normal. Y, sobre todo, porque es una victoria de la democracia»[21]. Una victoria de la democracia zapaterista, se le olvidó el adjetivo a Grandes, pues, ciertamente, ella y los activistas de tal zapaterismo lucharon esos años por el acuerdo con los terroristas y la legitimación y entrada de su brazo político en las instituciones.

¿Se calmaron los progresistas crispados tras la estrepitosa derrota socialista de noviembre de 2011? Como era de prever, no. Todo lo contrario. «El griterío permanente de los últimos años ha cesado como por ensalmo, lo cual es prueba irrefutable de que la vociferación viene casi siempre de la derecha, cuando no está en el poder»[22], escribió Javier Marías. ¿Se había reservado ese condescendiente «casi» para él mismo, como representante del griterío permanente y de la vociferación de la izquierda? Es posible, dada la furia que a continuación venía en el artículo en forma de equiparación de Rajoy con Franco.

Al otro lado del charco, tampoco se habían calmado los progresistas crispados americanos tras la victoria de Obama en 2008. Los activistas del cine, mucho más influyentes, por otra parte, que los españoles, dadas las audiencias de sus películas, siguieron en sus diatribas contra los conservadores, en muchos casos com-

binadas con el apoyo a los dictadores extranjeros. Oliver Stone, una de sus estrellas, no perdió la recepción entusiasta de los suyos y, por supuesto, de los europeos, a su movimiento en pro de la dictadura cubana y de Hugo Chávez. Mientras apoyaba a Obama, para impedir la llegada de la derecha, también recurrió a la psiquiatría para explicar la naturaleza de la derecha, incluida la española: «la histeria anti-Chávez no viene solo de EE. UU. sino también de España. No entiendo por qué. Quizá por Aznar»[23]. En la misma entrevista, eso sí, nos hizo saber que, después de sus películas de ensalzamiento de Chávez y Castro, no tenía intención de hacer otra sobre el dictador coreano Kim Jong-il. No porque le repugnara, por supuesto, simplemente porque no quería, decía, hacerse un solo enemigo más.

Desde el bando de los intelectuales, el inefable Paul Krugman ha demostrado igualmente que la victoria de Obama y el poder de la izquierda no les calmó. Si hacía algún tiempo, en 2008, había calificado de «estrategia del resentimiento» a las ideas y propuestas de la derecha, en 2011 subió un peldaño en las descalificaciones y lo transformó en «odio», en un «clima de odio». La excusa, el atentado contra la congresista Gabrielle Giffords, que, escribió Krugman, no era un hecho aislado sino algo que tenía que ver con «un clima nacional de odio». «¿De dónde viene esta retórica tóxica?» se preguntaba Krugman. Respuesta obvia del ideario progresista: «de la derecha», por supuesto[24]. El progresista español sacaba a pasear a Franco para compararlo a Rajoy y el progresista americano, a falta de dictadores previos, sacaba a pasear un crimen para relacionarlo igualmente con la derecha.

Unos días después de ser expuesta tal teoría, la del «clima de odio alentado por la derecha», los progresistas españoles elaboraron la relación entre unos y otros, entre la derecha americana y la española, a partir de los crímenes de Arizona que, como es sabido en el universo progresista, tienen, después de todo, una cone-

xión secreta con la derecha española. De la mano de tres conocidos zapateristas, José Ignacio Torreblanca, Belén Barreiro e Ignacio Urkizu que teorizaron sobre a «política vociferante», la «derecha radical» y la «estrategia de crispación» de la derecha americana y española, debidas, explicaron, a que hay algo que uniría a la derecha americana y española y es que ambas comparten el hecho de que en sus países los progresistas son mayoritarios y es así que la derecha fomenta la estrategia de la crispación para poder ganar las elecciones en un país, en unos países, donde la mayoría no comparte sus valores[25].

## Todos ultras

El rasgo más interesante, sin embargo, del intelectual progresista es su extremismo, sobre todo porque tal extremismo apenas ha sido analizado. Más que nada porque las categorías y valores del progresismo son dominantes y han impuesto no solo las medidas sobre qué es y qué no es el extremismo, sino también los conceptos para definir o para denominar el extremismo.

Fernando Savater definió hace algún tiempo lo que consideraba la posición de UPyD, el partido que apoya, afirmando que «estamos en la confluencia del progresismo de izquierda y derecha, y lejos de los reaccionarios»[26]. He explicado en la introducción a esta obra mi concepto de progresismo que, a diferencia de Savater, considero inaplicable a la derecha por haber sido completamente engullido por la izquierda y tener sentido únicamente en su aplicación a tal izquierda, con lo bueno, es un concepto que mantiene connotaciones positivas, y con lo malo, también identifica las cavernas de la izquierda. Pero lo que me interesa de la anterior afirmación de Savater es que él constituye uno de los escasos intelectuales de la izquierda que reconoce la existencia de extremismos tanto en la izquierda como en la derecha.

El progresismo se caracteriza, no solo por su percepción de que el extremismo existe únicamente en la derecha, sino también por su convicción de que toda la derecha es extremista. Lo que nos remite no solo a la intolerancia del intelectual progresista, sino también al propio peso del extremismo dentro del progresismo. Nuevamente, encontramos un fascinante paralelismo en este punto entre los progresistas españoles y los norteamericanos. Se trata de la semejante manera en que ambos han rechazado coléricamente el Tea Party y, sin embargo, han abrazado con entusiasmo el 15-M y el Occupy Wall Street, dejando entrever una clara diferencia entre las actitudes del progresismo y del conservadurismo hacia los populismos y los radicalismos. Mientras que el primero, el progresismo, ha asumido y defendido los principios y la movilización de los llamados «Indignados», el conservadurismo, sin embargo, se ha mostrado dividido hacia el Tea Party, estableciendo distancias claras entre derecha moderada y derecha extremista.

Más adelante me referiré a la unión de la izquierda española y americana con el movimiento de los Indignados, pero es pertinente conocer antes cómo esa misma izquierda ha rechazado, sin embargo, el otro movimiento populista y radical, el Tea Party. La oposición virulenta al Tea Party ha sido paralela en el progresismo español y en el americano. El referente periodístico del progresismo español, *El País*, le dedicó un editorial a dicho movimiento de un tono tan apocalíptico que cuesta pensar en términos más duros si el objeto hubiera sido la tercera guerra mundial. Y es que, según el periódico progresista español, «el extremismo del Tea Party ataca a la economía mundial tras contaminar la política democrática». Además, lo calificaba de «fanático», lo equiparaba al populismo xenófobo europeo y de ambos decía que «parten de la fe ciega en unas supuestas esencias que, una vez recuperadas, resolverán como por ensalmo los graves problemas a

los que se enfrenta la comunidad internacional»[27]. Pareciera que el editorial se refería también a los Indignados, pero no, se refería únicamente al Tea Party y a la ultraderecha europea.

Peggy Noonan hizo una aguda descripción del Tea Party cuando utilizó los conceptos «enfadado», «*antiestablishment*», «populista» y «antielitista» para describir este movimiento. También, cuando valoró que el Tea Party no es un ala del Partido Republicano sino una crítica al Partido Republicano[28]. En otras palabras, un movimiento muy parecido al de los Indignados, en sus rasgos como movimiento y en sus relaciones con la izquierda, en este caso. Pero no, claro está para el progresismo americano que mientras simpatiza con los Indignados, tilda de terroristas a los miembros del Tea Party. Lo hizo uno de los columnistas de *The New York Times*, Joe Nocera quien, un paso aún más allá del apocalipsis del editorial de *El País*, escribió que «los republicanos de Tea Party han librado una yihad contra el pueblo americano», a lo que añadió como consejo: «Nunca negociar con terroristas. Solo sirve para animarlos»[29].

El progresismo español, inmune a las protestas suscitadas por las descalificaciones de Nocera, todo lo contrario, en la misma línea de Nocera, lo imitó unos días más tarde con el concepto de yihad. Uno de los corresponsales de *El País* en Estados Unidos, David Alandete, tituló su artículo, no sobre el Tea Party, sino sobre los republicanos: «El Partido Republicano se lanza a la guerra santa». Aún más, poseído por sus propias alucinaciones sobre la «yihad de la derecha» en América, Alandete metía a todos los republicanos en el grupo de los fundamentalistas cristianos, incluido Mitt Romney, al que le adjudicaba tales etiquetas, fundamentalismo cristiano y guerra santa, «porque es mormón»[30].

Los análisis anteriores del *The New York Times* en Estados Unidos y de su equivalente en España, *El País*, revelan, no solo el radical rechazo de los progresistas hacia el Tea Party, sino un segun-

do elemento aún más interesante que es la asimilación de toda la derecha a Tea Party y en España, de la misma manera, de toda la derecha a la extrema derecha. En fechas muy cercanas a las anteriores lo hacía el mexicano Carlos Fuentes con la derecha americana, utilizando igualmente, además, el término de «terrorista». En una apasionada defensa de Obama, acababa el artículo con una exhortación: «Obama con la nación en contra de los extremistas de derecha, minoritarios y terroristas del Congreso. Ahora. Ya. Una lucha decisiva de aquí a noviembre de 2012»[31]. En España, ni siquiera hubo protestas por la denominación de «terroristas». Probablemente, porque nadie o casi nadie llegó a final del artículo de Fuentes. O quizá, no hay que descartarlo, porque los progresistas estaban de acuerdo con el uso del término.

Sobre los republicanos americanos, los progresistas españoles incluso se habían adelantado a sus homólogos americanos en la asimilación. El periodista Luis Prados se lo explicaba al líder demócrata Bill Richardson, cuando lo entrevistó en Madrid. Prados le describía la situación americana a Richardson: «El movimiento extremista del Tea Party se ha apoderado de la derecha en EE. UU., ¿qué va a pasar en las elecciones?»[32]. Tras dicha pregunta, como era de esperar, el moderado parecía el entrevistado, con dificultades para ponerse a la altura del radicalismo del entrevistador.

De la misma manera que en la entrevista citada, todo el tratamiento periodístico del progresismo español sobre la derecha americana ha estado trufado de calificativos como extremistas, ultras y ultraderecha, lo que ha incluido tanto al Tea Party como a los republicanos, con muy puntuales diferenciaciones entre moderados y extremistas y una constante insistencia en el mensaje de que toda la derecha americana es extremista, ultra o ultraderecha. De tal manera que toda oposición a Obama ha caído bajo la descalificación de extremista. Y con colaboraciones habituales,

a su vez, de ideólogos americanos como Norman Birnbaum, una de cuyas últimas aportaciones fue la teoría de que la democracia estadounidense «ha sufrido un golpe de Estado encubierto». Sobra el relato delirante sobre los autores de tal golpe de Estado, «el capitalismo» y «la quinta columna construida por los agentes ideológicos y políticos del nuevo capitalismo», digno del *Granma* cubano, pero publicado una vez más, en el medio de referencia del progresismo español[33].

El intento de anulación de la derecha a través de su reducción al extremismo antidemocrático ha sido tradicional en el progresismo. De hecho, ha sido una constante en España desde el inicio de la democracia con el uso, en muchas ocasiones, del argumento franquista, aquel según el cual la derecha actual se parecería, en realidad, a la derecha franquista. Cuando el uso de tal argumento parecía totalmente agotado, entre otras cosas por los casi cuarenta años transcurridos desde la muerte del dictador, el progresismo nos sorprendía nuevamente con la vuelta a la dictadura en forma de... ¡equiparación de Franco y Rajoy! Y, nuevamente, tal cosa no se produjo en el *Granma* o en el boletín de algún partidito de extrema izquierda extraparlamenraria sino en el medio de referencia del progresismo de la mano de un Javier Marías, para quien la comparación de Rajoy no había de establecerse con otros dirigentes democráticos sino con un dictador muerto hacía cuarenta años, pues he aquí que, según Marías, ambos son muy parecidos, herméticos, imperturbables, cazurros, fríos y taimados: «Siento decirlo, pero la actitud que hasta ahora está adoptando [Rajoy] me recuerda, de lo que yo he conocido, más a la de Franco que a la de ningún otro gobernante posterior. Los jóvenes lo ignoran y los maduros lo van olvidando, pero aquel aciago individuo era así: hermético, imperturbable, cazurro, frío, taimado»[34]. Claro que Javier Marías, el autor de tan singular comparación, es el mismo que llegó a calificar a la AVT, la Asociación de

Víctimas del Terrorismo, de «brazo manifestante de la extrema derecha mediática»[35], lo que elimina la sorpresa ante cualquiera de sus comparaciones y valoraciones.

La reducción de la derecha al extremismo ha sido realizada a través de múltiples vías por el intelectual progresista y siempre en perfecta coordinación con los poderes políticos. A lo largo de los últimos años, en sintonía con Zapatero, un referente de los intelectuales progresistas, entusiasmados con él casi hasta el colapso electoral final. «El PP es la derecha más derecha de toda Europa» repetía Zapatero en mítines, entrevistas y declaraciones. Lo que unía, por otra parte, a la gran lucha que él y los suyos creían llevar en conjunción con Obama. Aquel debía acabar con la derecha americana y sus maldades mientras que Zapatero lo haría con la derecha nacional y las suyas, con la europea, incluso.

Antes de la llegada de Obama al poder, no eran precisas las excusas para la defenestración de la derecha, pero algunos asuntos específicos sirvieron para una excitación especial de los métodos más expeditivos del progresismo para con sus adversarios ideológicos. La movilización contra ETA y la negociación del Gobierno con ETA fue uno de ellos. Con motivo de una de las manifestaciones convocadas contra la negociación, el medio de referencia de los progresistas publicó un editorial incendiario para denunciar su «extremismo», consistente en oponerse a los acuerdos con los terroristas, objetivo perfectamente loable y moderado según el progresismo. Tal editorial afirmó que los líderes de la derecha «se han colocado en una situación de esquizofrenia política en la que deben desautorizar el discurso y las actitudes de los mismos extremistas»[36]. Los tales «extremistas» eran los españoles opuestos a los acuerdos con terroristas que habían solicitado un permiso para manifestarse e iban a salir a la calle a una manifestación legal y autorizada. Aspecto que conviene recordar porque el mismo editorial rechazó, también duramente, que una fuerza política

parlamentaria pudiera llamar a la «rebelión callejera», una doctrina que, más tarde, en 2011 y con los Indignados, fue totalmente cambiada para pasar a creer que eso era sano y necesario para la democracia.

El terrorismo, tanto el de ETA como el islamista, ha dado numerosas páginas gloriosas del progresismo militante. Más cercanas a la línea Pilar Manjón, la madre de uno de los asesinados en el atentado del 11-M y posteriormente presidenta de la Asociación 11-M Afectados de Terrorismo que a cualquier otra cosa. Manjón, conocida por responsabilizar a Aznar de aquel atentado, dijo en 2007 aquello de: «Para los violentos, para los fascistas, para los cortos de ideas, para los largos de lengua, para los de bigote, para los de las guerras, para los de las torturas en Guantánamo, para los que no encontraron las armas de destrucción masiva, para los que no sabían ni que existían, para los que nos mintieron entonces, para los que nos mienten ahora...». Lo dijo en un acto de homenaje a las víctimas organizado por los sindicatos socialista y comunista, UGT y CC. OO. y fue ampliamente apoyado por el progresismo. Al fin y al cabo, representaba muy bien a sus intelectuales, uno de los cuales, Juan José Millás, ya había dejado escrito que «El fanático es fanático trabaje para el hampa o para las Hermanitas de la Caridad. ¿Acaso notaríamos alguna diferencia si Bush y Bin Laden se pusiera cada uno en el lugar del otro? Desde luego que no»[37]. Después de eso, de la equiparación de Bin Laden y Bush, claro está, la andanada de Manjón contra la derecha y sus responsabilidades en el terrorismo quedaba en nada.

La anulación de la derecha a través de la estigmatización de extremismo ha sido también realizada con otros usos del lenguaje muy habituales. El añadido del sufijo fobia a los conceptos, o la conversión de una crítica, por ejemplo, a los nacionalismos, en otra fobia, es decir, en una reacción enfermiza, y volvemos a las enfermedades, lugar muy querido para el intelectual progresista,

tan convencido en su ser más íntimo de que el conservadurismo es una patología. «El PP cabalga el tigre de la catalanofobia»[38], afirmó Rubalcaba, cuando la derecha criticaba el contenido de nuevo Estatuto que los socialistas habían acordado con los nacionalistas catalanes. La catalanofobia fue y sigue siendo concepto habitual para tachar cualquier desacuerdo con el nacionalismo. O conceptos como «absoluto». «Me preocupa que la derecha se alce con el poder absoluto» dijo Rubalcaba a cuatro días de la mayoría absoluta del PP el 22 de noviembre de 2011[39], con la habitual valoración de que una mayoría absoluta de la izquierda es plenamente democrática y, sin embargo, una mayoría absoluta de la derecha es dictatorial.

Algo parecido ocurre con la xenofobia. El progresismo tiene tal palabra en la punta de la boca a todas horas, para aplicarla a todo momento y situación, de tal manera que toda crítica a una ley de inmigración socialista o toda posición favorable a una restricción de la entrada de inmigrantes es asimilada a la xenofobia. El resultado es que, en el universo progresista, la derecha es también intrínsecamente xenófoba pues no es favorable a la libertad de fronteras y entrada ilimitada de inmigrantes. Tampoco la izquierda, pero ese problema argumental es siempre soslayado para concluir que la xenofobia está por definición, por definición progresista, en la derecha.

Y la derecha no sería solo permanentemente xenófoba cuando trata la inmigración. Además, es fundamentalista, afirma el intelectual progresista para los más variados asuntos. En los últimos tiempos, el afán por calificar de fundamentalista a la derecha ha llegado a tales cotas de pasión que hasta se ha aplicado a tal descalificación a todos aquellos que quieren limitar el déficit público. En septiembre de 2011, un catedrático de Economía de la Universidad de Lovaina, Paul de Grauwe, llegó a calificar de fundamentalistas a quienes apoyaban la aprobación de una norma pa-

ra el control del equilibrio presupuestario. Eso es «fundamentalismo económico»[40], escribió, coherente con esa visión progresista del mundo en la que todo aquello que no sea de izquierdas es congénitamente fundamentalista, o xenófobo, o ultra.

Capítulo aparte merecería el análisis del curioso fenómeno progresista consistente en considerar ultraderecha a todos los partidos de la extrema derecha europea, y sin embargo, no usar término equivalente, ultraizquierda, para denominar a los partidos de la extrema izquierda europea, comenzado por los españoles como Izquierda Unida o Esquerra Republicana y siguiendo por la multitud de partidos europeos situados ideológicamente a la izquierda del socialismo, anticapitalistas y populistas, con tintes antidemocráticos, nacionalistas o ecologistas, en algunos casos, y siempre profundamente intolerantes hacia la derecha. Es así que la palabra ultraderecha es abundantemente usada en los medios progresistas, pero la palabra ultraizquierda jamás aparece. De la misma manera, los medios e intelectuales progresistas mantienen una actitud militante de rechazo y denuncia de la ultraderecha, sin embargo, simpatizan con la ultraizquierda. «Extrema derecha, no pasarán» llegó a titular un periódico belga, *Le Soir*, sobre el avance electoral de Vlaams Belang[41], el partido ultraderechista más votado en algunas localidades flamencas.

Equivalente titular jamás ha sido utilizado por los medios progresistas para referirse a los resultados electorales de Izquierda Unida, por ejemplo. Y si lo hiciera algún medio conservador, la ultraizquierda española tendría capacidad para armar un sonoro escándalo, dado el apoyo cerrado que recibe de los socialistas en este y otros muchos temas. El resultado es que la corrección política ha establecido que, tanto en Europa como en Estados Unidos, existe oficialmente la ultraderecha, pero, sin embargo, no existe la ultraizquierda. Y la fortaleza de la ley anterior es tal que los propios intelectuales conservadores tienen dificultades o du-

dan a la hora de usar el concepto de ultraizquierda, como si hubieran aceptado que los únicos ultras posibles son los de derechas.

Añádase a todo lo anterior una descalificación progresista de todo tipo de ideas y creencias con su calificación de fundamentalistas o fanáticas. La teoría general fue establecida por su líder intelectual (y empresarial, en ese terreno) más poderoso, Juan Luis Cebrián, cuando escribió aquello de: «fundamentalismo democrático» para referirse, claro está, a las ideas de la derecha, y para hacer una curiosa mezcolanza entre creencias democráticas y creencias religiosas y, después emparentarlas con el fundamentalismo islámico inspirador de Al Qaeda, algo muy del gusto del progresismo. «Es preciso llamar la atención sobre las tendencias totalizadoras, absolutistas y demagógicas de gran parte de los poderes que operan hoy en el mundo (...) pero sus síntomas se han hecho notar con especial virulencia en España durante los años de gobernación de la derecha»[42].

Después de eso, toda la última década ha estado repleta de equiparaciones entre el fundamentalismo islámico y lo que el progresismo calificaba como «fundamentalismo cristiano» que, a su vez, era lo propio de la derecha. En esto último, las descalificaciones de las creencias cristianas han sido constantes. Belén Barreiro, la ex asesora de Zapatero y ex presidenta del CIS, llegó a calificar de «fanáticos» a los católicos practicantes cuando aún era presidenta de dicho organismo. «Quizá los que quedan sean los más fanáticos» dijo en referencia a los católicos que van a misa y echan dinero a los cepillos[43], en una de las múltiples muestras del concepto de fundamentalismo aplicado por el progresismo a la derecha y a los creyentes cristianos.

Por último, hay un capítulo de perfil del intelectual progresista verdaderamente extraordinario que es el relativo a la furia que gasta con las líderes femeninas de la derecha. Extraordinario, so-

bre todo, por los tintes machistas que habitualmente acompañan esta furia y que los intelectuales progresistas son incapaces de controlar aún a sabiendas que ellos son oficialmente feministas e igualitarios. Y esta furia afecta igualmente a hombres y mujeres, empezando por las propias feministas de progresismo.

¿Por qué? Se preguntaba hace algún tiempo Joseph Epstein, en su caso, sobre el odio de las feministas americanas hacia Sarah Palin, muy parecido al que sienten las europeas hacia algunas de las líderes más destacadas de la derecha. Y daba una de las claves de la respuesta con una frase de una importante feminista de la Universidad de Chicago, Wendy Doniger, que llegó a afirmar sobre Sarah Palin que «su mayor hipocresía es su pretensión de que es una mujer»[44], es decir, la percepción feminista de que Palin habría traicionado a las mujeres. A las mujeres de la izquierda, claro está, y a sus mandamientos, que incluyen un profundo sectarismo hacia las mujeres que han llegado a lo más alto, pero sin pasar por la izquierda, o aún peor, habiéndola dejado en algún momento.

Hubo innumerables ataques feministas a Palin, como los de otra progresista notable, Arianna Huffington, desde su medio, *The Huffingtonn Post*, conocido por haber logrado un gran éxito económico a través del muy «progresista» método de aprovecharse gratuitamente del trabajo de los colaboradores. Por ejemplo, Huffingon lanzó aquel ataque sobre el supuesto gasto de 150 000 dólares en vestuario y maquillaje de Palin en su campaña electora haciendo gala de uno de esos tics machistas tan llamativos de feminismo. El feminista *The Huffington Post*, por supuesto, jamás había lanzado información alguna sobre los gastos en imagen de los candidatos hombres en sus campañas, pues eso se consideraba perfectamente lógico y legítimo. Otra cosa es que una mujer gastara igualmente en vestuario e imagen, ¡qué escándalo!

Y el rechazo brutal a Palin no fue únicamente propio de feminismo americano. El español le dedicó incontables páginas de furia con la habitual suposición sobre su idiotez, una suposición que al igual que los hombres, también las mujeres feministas aplican con especial diligencia y pasión a las mujeres. Hasta Elvira Lindo arremetió contra Palin ridiculizando su afición a la caza como si tal rasgo fuera estúpido en sí mismo, «la cazadora de ciervos» la llamó con intención denigradora, algo que por supuesto no aplicaría a un cazador hombre. Lindo la descalificaba como «una gran cretina» y se alegraba de que los americanos no parecían dispuestos a elegir a la «gran cretina» a la que dedicaba todo tipo de descalificaciones por su supuesta falta de inteligencia[45].

El ataque de Lindo era muy parecido al de Frank Rich en Estados Unidos, cuando la descalificó en *The New York Times* por su exceso de «masculinidad», «porque tiene más testosterona que cualquier otro en la cúpula de su partido», en alusión a su «terrible» y «desmedida» ambición, lo que jamás es cuestionado en un hombre pero resulta *contra natura* en una mujer[46]. Dura, cazadora, dominante, ambiciosa, luego, no es una mujer, habitual conclusión de progresismo feminista. No es de extrañar que la cosa haya acabado, hasta ahora, como en la última portada de *The Economist* del 2011 que, en su caricatura del «correcto republicano», hizo una relación de los rasgos que debía tener tal correcto republicano e incluyó entre ellos lo que la atildada y pretenciosa revista llamó «Palin' *cojones*»[47].

Lo curioso de la opinión feminista sobre la no condición de mujer de Palin es que ha sido el discurso dominante del feminismo sobre las líderes conservadoras y alcanzó las cotas más altas y grotescas con el odio feminista a Margaret Thatcher, descalificada siempre por el feminismo porque «no era una mujer» ya que «actuaba como un hombre». Además de los problemas del femi-

nismo con el liderazgo y el poder de las mujeres, lo anterior se explica sobre todo en clave de intolerancia y extremismo. Palin o Thatcher son odiadas por representar a la derecha, sencillamente, y por hacer una revolución en los equilibrios de poder entre hombres y mujeres, pero desde la derecha y sin pasar por el feminismo.

Aún más, desde la derecha y desde la meritocracia, pues ambas tienen en común un origen de clase modesto y una carrera política construida desde la base a través de las propias capacidades, lo que provoca un problema aún mayor de aceptación en el progresismo, pues tales historias ponen patas arriba el universo progresista. Resulta que mujeres de origen humilde, de derechas y no feministas, realizan el objetivo de la igualdad, sin pasar por el feminismo y sin pasar por la izquierda. Y desde la nada.

El odio progresista a Margaret Thatcher ha llegado a cumbres patéticas como aquella lista oficial de las 16 mujeres británicas más influyentes del siglo XX elaborado por la líder laborista Harriet Harman en 2009 y que excluyó a Margaret Thatcher, ya relatado en páginas anteriores. Pero el escándalo y la rectificación posteriores tuvieron lugar por la enorme importancia del liderazgo de Thatcher. En otros cientos y miles de episodios como el descrito, pero con víctimas menos relevantes que Thatcher, las consecuencias se reducen a ninguna. De hecho, el feminismo excluye a las líderes de la derecha, sean políticas o intelectuales, de todos aquellos lugares en que es capaz de hacerlo. Y lo anterior se acompaña de un rechazo y desdén extraordinarios hacia las mujeres relevantes de la derecha. A veces, tal rechazo se acompaña incluso de clasismo, es decir, del colmo ideológico del intelectual progresista, el clasismo unido al machismo. Como Manuel Vicent, el autor de la figura de la hiena para describir a los españoles opuestos a la negociación del Gobierno socialista con los terroristas. Vicent dedicó recientemente un artículo a Thatcher en

el que una de las mujeres más relevantes del siglo XX quedó reducida a «la tendera» por su condición de hija de un pequeño comerciante y su política y sus ideas a los actos e ideas «de una tendera». También la calificó de «responsable de la miseria»[48] de los pobres británicos, pero esto último es lo habitual. También el machismo, pero no lo es tanto el clasismo.

No mucho antes, otra progresista, la escritora Margarita Rivière había dedicado sus descalificaciones a Dolores de Cospedal. Después de recordar que la Triple A no solo es un concepto económico sino que fue también un grupo paramilitar de extrema derecha de la Argentina de los setenta, la calificó de «Una chica Triple A» siguiendo esa costumbre progresista de buscar comparaciones en las dictaduras de derechas para los líderes de la derecha democrática. Además de calificarla como «chica Acebes» o «españolita» o recriminarle su «provocación cívica» por vestir mantilla y peineta, Rivière acababa preguntándose «¿Es realmente una mujer?», en la línea de sus colegas de otros países que habían negado tal condición a Sarah Palin, a Margaret Thatcher y a cualquier mujer que se declare conservadora[49].

Pero la brutalidad progresista ha alcanzado aún mayores cotas. Recordemos, para acabar este apartado, unas palabras muy representativas de la radiografía del intelectual progresista que he descrito en este capítulo. Incluyen abundante machismo contra las mujeres, pero, además, incorporan el sectarismo y la intolerancia en su estado más puro. Corresponden al crítico de cine Carlos Boyero quien, de vez en cuando, comete la imprudencia de mostrar al mundo su visión política e ideológica. Su furia empezaba en este caso con la periodista Ana Samboal, seguía con Esperanza Aguirre, pasaba por Hermann Tertsch y acababa con toda la derecha española en general:

> La dama de la que hablo se llama Ana Samboal. Tiene el atrevimiento surrealista de denominar a su asqueroso

> panfleto como algo informativo. No tiene pinta de conversa, sino de haber mamado desde siempre las consignas que impone su jefa, esa cosa grimosa llamada Esperanza Aguirre. También recita sin el menor pudor, con acento ardoroso, el patético boletín oficial. Lo hace mucho mejor que ese babeante, histérico, inenarrable, grotesco compañero, llamado Hermann Tertsch (...) Y te planteas, a pesar de la mediocridad actual, lo que puede caernos con el inminente triunfo de los dragones, del facherío casposo de siempre. No de esa derecha que parece instruida, educada, con modales, como la de Sarkozy, Merkel, PNV, Convergencia, sino de las bestias de toda la vida[50].

Todo lo anterior era publicado en la biblia del intelectual progresista, *El País*, un medio convencido de su moderación y talante y, por supuesto, de la superioridad moral del progresismo representado por él mismo y sus columnistas, Carlos Boyero incluido.

# Los neoconservadores: la bestia negra del progresismo

## Los «neocon» como objeto fóbico

La fobia progresista hacia una de las líneas de pensamiento de la derecha, el neoconservadurismo, merece apartado especial. Por dos motivos, porque aúna dos rasgos peculiares, un feroz apasionamiento en el rechazo combinado con una singular ignorancia sobre los contenidos del neoconservadurismo, y porque nos remite a la fuerza destructora del neoconservadurismo sobre los mitos del progresismo y a la que me referiré más adelante.

Vayamos primero a la fobia progresista hacia el neoconservadurismo. John Micklethwait y Adrian Wooldrigge ofrecieron, por ejemplo, algunas pinceladas interesantes de las distintas teorías conspirativas sobre los neoconservadores y sus supuestos malvados objetivos y poderes. Como la de la baronesa Shirley Williams, miembro de la Cámara de Lores británica que afirmó que la Administración Bush estaba «hasta cierto punto guiada por lo que solo puedo describir como un impulso fundamentalista cristiano y fundamentalista judío que es casi tan potente como el propio fundamentalismo islámico», en alusión a los muchos intelectuales judíos del movimiento neoconservador. O las palabras del

francés Dominique de Villepin, «los halcones de la Administración de Estados Unidos están en manos de Sharon». O las del escritor John Le Carré que afirmó la existencia de una «junta 'neocon'» que se había hecho con el poder en Washington «limitando los derechos humanos hasta un extremo casi inimaginable»[51].

En España, algunas de las principales diatribas contra los neoconservadores provinieron del desaparecido sociólogo José Vidal-Beneyto quien ofrecía, al menos, un notable conocimiento de los debates intelectuales de otros países, incluido el norteamericano. Y era capaz de distinguir entre las diversas corrientes del conservadurismo americano, a diferencia de la mayor parte del progresismo español. Distinción de la que no derivaba, claro está, diferencia alguna en las descalificaciones que aplicaba a unos y otros, pues, como es sabido, a Vidal-Beneyto le parecía intolerable todo aquello que no fuera comunista o, en el peor de los casos, socialista.

Por eso es que para Vidal-Beneyto las ideas de los neoconservadores constituían parte de la «estrategia de penetración de la ideología integrista», o también «radicalismo reaccionario». Y la cosa acababa, como no podía ser de otra manera en el universo progresista, en el franquismo: «Deriva que, unida a la propagación del fundamentalismo religioso en Norteamérica, lleva a unos contenidos ideológicos muy próximos al franquismo»[52].

El resto del progresismo español, intelectual y político, ha mostrado una llamativa ignorancia del significado del neoconservadurismo y las más variadas sandeces sobre los neoconservadores se han podido leer en los medios intelectuales españoles. Ciertamente, el objetivo del progresismo era su descalificación como un movimiento fundamentalista, por lo que daba lo mismo la relación de tal descalificación con la realidad, con los contenidos reales de las ideas neoconservadoras. Pero resulta interesante, incluso divertido, dado el grado de disparate de algunas afir-

maciones, recordar que el conjunto de sandeces intelectuales se ha agrupado en torno a dos ideas motoras, la primera de ellas, la suposición o insinuación de que el neoconservadurismo sería un movimiento religioso integrista.

Elías Díaz intentó la pirueta del fundamentalismo religioso con una estupefaciente teoría sobre la alianza entre el «fundamentalismo tecnocrático» y el «fundamentalismo teocrático», entre los «neocon» y los «teocon», una «fundamentalista coalición conservadora» que «funciona en el interés, teológico y económico, común a las dos partes, frente a las propuestas de laicidad e igualdad en libertad exigibles en el Estado democrático»[53].

Y Jorge Urdanoz recurrió a la Cope y al PP español para convertir el neoconservadurismo en «teoconservadurismo»: «Los autotitulados 'neocon' que hay en el PP son más bien teocons. Las arremetidas contra el relativismo ilustrado vienen siempre del lado religioso, y no es extraño que sea la Cope la que más alimenta esa tendencia»[54].

La segunda línea de sandeces sobre el neoconservadurismo ha sido la caracterizada por la confusión con el neoliberalísmo. Pues el progresismo español, con los líderes políticos a la cabeza, tiende a creer que neoliberalismo y neoconservadurismo son lo mismo. José Luis Rodríguez Zapatero protagonizó sobresalientes páginas de ignorancia intelectual en ese terreno. Los culpables de la crisis económica son, dijo en un discurso en Valladolid el 21 de septiembre de 2008, «los neonservadores de la llamada revolución de la era Reagan, a los que, por cierto, tanto han aplaudido Aznar y Rajoy todos estos años». Se refería Zapatero a lo que él llamaba «liberalismo asimétrico»: «En qué poco tiempo se han caído todas esas proclamas de dejar todo al albur del libre mercado (...) porque detrás de eso solo había ambiciones desmedidas, sueldos de directivos inaceptables y una falta total de respeto al pequeño ahorrador que suscribe un crédito».

Claro que el objetivo de las sandeces era, sigue siendo, acabar en la inevitable conclusión del fundamentalismo y del extremismo. Cosa que también «explicó» Zapatero en múltiples intervenciones. Como en una entrevista de 2008 cuando, ¡sorpresa!, afirmó —debe de ser la única vez que lo ha hecho— que «la derecha española no tiene nada que ver con el franquismo», pero, a cambio de algo aún peor, claro está, y es que «es más seguidora de la corriente neoconservadora de EE. UU. que lo que podríamos denominar las tesis de la democracia de la derecha europea en Alemania o en la Francia de Sarkozy». Está en esa posición por Aznar y eso da a los populares un perfil «singular», continuaba Zapatero. ¿Singular? Es fácil adivinar lo que quería decir Zapatero con tal adjetivo, extremista, por supuesto: «De las derechas que he conocido en Europa, el PP estaría en la banda más derecha de las derechas europeas»[55], conclusión que, como es sabido, figura entre los mandamientos esenciales de la guía ideológica del progresismo.

Las estupideces sobre los neoconservadores han llegado a los sitios más insospechados. Al director de orquesta Simón Rattle, por ejemplo, que llegó a hacer todo tipo de elogios sobre Hugo Chávez, «a pesar de lo que se diga, se preocupa por el bienestar de la gente», para acabar contraponiéndolo con los «malvados» neoconservadores: «Por lo menos, él me hace reír, no como los 'neocon'. (...) No me hacen ninguna gracia. Realmente han organizado todo un fiasco»[56].

O a las viñetas de los humoristas. Muy especialmente las de Forges, el humorista de cabecera del progresismo y que ha protagonizado varias perlas de ignorancia sobre los neoconservadores, un grupo ideológico e intelectual que este dibujante también confunde con ultraliberales o con empresarios explotadores o con cualquiera de los enemigos más terribles del comunismo. En una de sus últimas demostraciones de su concepto de neoconser-

vador, dibujó, en un lado, un grupo de ciudadanos furiosos, en el medio, un servicio de Atención al Cliente, y, en el otro, un empresario con la habitual estética fascista con la que siempre dibuja Forges a los empresarios, y sobre el empresario colocaba unas frases que rezaban como sigue: «Mandamientos 'neocon': 1) Que tu Servicio de Atención sea el muro que proteja de la justa ira de los clientes a tu desvergüenza, a tu incompetencia y, lo más importante, a tus Bonus»[57].

Lluís Bassets ha sido uno de los escasos progresistas que ha entendido la esencia activista del neoconservadurismo, la libertad, y, a partir de ella, el potencial ideológicamente destructivo del neoconservadurismo sobre el progresismo. Obviamente, Bassets convierte esa búsqueda de libertad en fuente de todos los males posibles, pero el mero hecho de su reconocimiento apunta el potencial rupturista del neoconservadurismo en las democracias dominadas por los conceptos progresistas. En 2006, escribió que «los 'neocon' han saqueado el territorio ideológico del antifascismo, para identificar así al islamismo fundamentalista con el nazismo, al islamismo a secas con los nacionalismos que engendraron a Hitler y Mussolini, y a Europa y la izquierda mundial con los apaciguadores. Y ellos son los resistentes, claro»[58].

Un año más tarde, el propio Bassets teorizó sobre lo que consideraba «la caída 'neocon'» y todos los desastres protagonizados por los neoconservadores a través de su paso por la Casa Blanca, desde la legitimación de los populismos hasta «el despliegue arrogante de sociedades de mercado sin respeto a los derechos humanos»[59]. Pero Bassets también insistía en otro concepto, el de los «revolucionarios conservadores», de manera que, desde las intenciones descalificadoras, deslizaba, sin embargo, una de las claves del protagonismo neoconservador en los cambios mundiales de la última década. El impulso de la libertad y la denuncia de las posiciones «realistas» de la política internacional que han

sostenido las dictaduras, los crímenes y la represión con el silencio e, incluso, con el entusiasmo militante del progresismo.

## Un misil intelectual en la línea de flotación del progresismo

Tan interesantes como la fobia progresista hacia los neoconservadores resultan las razones de tal fobia. Que radica, fundamentalmente, en el hecho de que el neoconservadurismo, más que cualquier otro movimiento de la derecha, resulta un misil ideológico en la línea de flotación del progresismo. Por dos factores. Primero, porque es un movimiento intelectual ante todo, un movimiento de ideas cuyo ámbito natural es el debate intelectual más que la lucha política. Y, en dichos términos intelectuales, es, además, el movimiento más fuerte de la derecha en las últimas décadas, con un enorme potencial para servir de alternativa a los poderosos círculos intelectuales progresistas. Pero, en segundo lugar, el origen ideológico del neoconservadurismo está en la izquierda, en los intelectuales que la abandonaron por rechazo a algunas de sus peores contradicciones. Es decir, el neoconservadurismo se construye en buena medida como respuesta a los errores y abusos del progresismo y, en ese sentido, constituye un recordatorio permanente del lado oscuro del progresismo y una alternativa intelectual e ideológica.

En palabras de Alain Frachon y Daniel Vernet, autores de uno de los mejores análisis de la ideología neoconservadora, y de Michael Novak, a quien citaban, «Para adquirir la hegemonía intelectual sobre la izquierda no había que repetir viejas verdades, por pertinentes que fueran, sino "mostrar una luz en el horizonte. Llámese a eso ideología o visión'»[60]. Lo cierto es que el progresismo, en particular el español, ha temido en los últimos años la posibilidad de esa hegemonía y lo ha expresado, entre otras formas, con su idea de que habría una derechización de los intelectuales

pues una parte de intelectuales que fueron de izquierdas se habría hecho conservadora, en un camino parecido a una buena parte de los neoconservadores americanos.

Lo anterior es cierto y explica parte de las furibundas reacciones de los intelectuales progresistas. Como la de Francisco Fernández Buey que lo llamaba «transformismo de los intelectuales» y ponía un ejemplo de lo que él entendía por tal y por sus consecuencias: «solo recordaré una, la conversión de Benito Mussolini, paladín del socialismo maximalista italiano y fundador luego del partido fascista». El recuerdo de Fernández Buey, en la línea habitual de descalificación de todo pensamiento no progresista como sospechosamente fascista, me lleva a recordar una viñeta de Mingote en la que un hijo preguntaba a su padre, «Papá, ¿qué es un fascista?», y el padre le respondía, «Un fascista es alguien que no piensa como nosotros». Tras su confirmación de la viñeta del fascismo, Fernández Buey completaba su valoración de los intelectuales que habían dejado el progresismo con la negación de la categoría de intelectual, en una perfecta correspondencia de aquello de que las mujeres poderosas de la derecha en realidad no serían mujeres: «(...) y luego elevan a la categoría de intelectual al tránsfuga que en pasado fue, a lo sumo, un politicastro o un escribidor de catecismo»[61], o que los intelectuales no progresistas tampoco serían intelectuales.

Ignacio Sánchez-Cuenca era traicionado por el subconsciente algún tiempo después, cuando abordó la misma cuestión, lo que llamaba la «derechización de los intelectuales españoles» y centró su crítica en lo que consideraba un cambio ideológico «de un extremo a otro». Por lo que, según Sánchez-Cuenca, el conservadurismo, o el neoconservadurismo, sería un «extremo», pero el progresismo del que vendrían esos intelectuales sería otro «extremo». Sobre las razones del cambio, se trataría, según Sánchez-Cuenca, de una mera moda, la moda neoconservadora a la que se

habrían dejado arrastrar, o se trataría también de que, en realidad, esos intelectuales ya eran conservadores, impresionante deducción, quizá parapsicológica, pero abrazaron circunstancialmente el izquierdismo solo para oponerse a Franco. En otras palabras, que nada tendría que ver esta transformación con las derivas de la propia izquierda[62]. O que quienes fuimos antifranquistas y de izquierdas en nuestra adolescencia y primera juventud, en realidad, no sabíamos que éramos conservadores, o, si lo sabíamos, decidimos olvidarlo momentáneamente para oponernos a Franco. Que es, en cuanto a análisis político, algo del nivel de aquello de Krugman y las historias de Nixon cuando estaba en el *college*.

Y Luis Bassets quería encontrar nexos entre los neoconservadores y el... nazismo, seguramente porque el fascismo le parecía poco: «Hay una derecha española de inspiración 'neocon' que tiene la pasión de los conversos en los asuntos que implican a Israel. Sus antecesores ideológicos, y en algunos casos no tan solo ideológicos, sí frecuentaron las malas compañías del antisemitismo europeo, responsable de los campos de exterminio donde perecieron seis millones de judíos europeos»[63].

Más recientemente, Javier Cercas hizo de nuevo pertinente la viñeta de Mingote sobre el fascismo, cuando calificó a los intelectuales que dejaron la izquierda como «los nuevos reaccionarios»:

> (...) De jóvenes se pincharon radicalismo en vena y de mayores siguen enganchados a él, de jóvenes fueron maoistas, estalinistas, anarquistas, ultracatalanistas o ultravasquistas o simplemente terroristas, y de mayores son lo mismo, solo que al revés: ultraderechistas o ultraespañolistas. Ellos son así: siempre ultras o siempre istas (...) tienen un temperamento fanático y una mentalidad totalitaria, lo que los incapacita por completo para el escepticismo, la tolerancia y la ironía, aunque no para el sarcas-

> mo. (...) Son ellos, los nuevos reaccionarios, que desde hace tiempo están monopolizando con sus gritos y ademanes de histeria el discurso ideológico de este país[64].

Cercas remataba la confirmación de su figura como el más perfecto exponente de la viñeta de Mingote con otra valoración de los intelectuales conservadores que habían dejado la izquierda: «una pandilla de fundamentalistas despiadados».

¿Cuál es el origen de esta furia de los intelectuales progresistas españoles contra aquellos que dejaron sus filas y pasaron al conservadurismo? Encontramos el origen en algunos paralelismos con el movimiento neoconservador americano o en el hecho de que los intelectuales que abandonaron el progresismo tienen algunos rasgos en común con el neoconservadurismo americano y todos esos rasgos son intelectualmente destructivos para el progresismo.

Por tres razones, principalmente, que se reflejan en la historia y características del movimiento neoconservador americano: *1*) la legitimidad intelectual del movimiento, *2*) la legitimidad «progresista» de origen, y *3*) la fuerza de sus ideas.

El primer aspecto peligroso del neoconservadurismo para el progresismo es su carácter intelectual que pone en cuestión la pretendida hegemonía intelectual del progresismo. Y es que el neoconservadurismo es, ante todo, un movimiento intelectual. Francis Fukuyama, excelente conocedor, en parte porque proviene de ese círculo, definió de la siguiente manera el origen de este movimiento: «Los neoconservadores eran en principio intelectuales judíos (mayoritariamente) apasionados por la lectura, la escritura, la discusión y el debate; en cierto sentido, su brillantez intelectual, su capacidad de reflexión y el matiz y la flexibilidad asociados al debate culto era lo más notable de ellos, y lo que los distinguía de los paleoconservadores»[65].

Peter Steinfels, el autor del quizá mejor libro sobre los neoconservadores, destacó que el primer rasgo que define a los neoconservadores es su carácter de «*party of intellectuals*». Un grupo de importantes intelectuales, algunos de los más relevantes de la América del siglo XX como: Irving Kristol, Daniel Bell, Seymour Martin Lipset, Robert Nisbet, Daniel Moynihan, Norman Podhoretz, Nathan Glazer o Edward Shils, y ligados a revistas intelectuales como *Commentary* y *The Public Interest*. Pero, además, los neoconservadores han formado un grupo muy poderoso, destacó Steinfels, vinculados a las universidades de élite y con fuertes conexiones tanto con la élite gubernamental, como la de negocios, como, incluso, en las organizaciones obreras[66].

El segundo rasgo del neoconservadurismo es aún más inquietante para el punto de vista progresista. Se trata de su «legitimidad progresista» de origen, es decir, su procedencia de clases sociales modestas y de la izquierda. Aún más importante, de la izquierda crítica con las dictaduras comunistas. Alain Frachon y Daniel Vernet realizaron un excelente retrato de los orígenes sociales e ideológicos del neoconservadurismo que simbolizaron en la cafetería del City College de Nueva York de donde surgió el primer grupo de este movimiento a fines de los años treinta. El City College, relataban Frachon y Vernet, era «el Harvard pobre», una institución gratuita donde se educaban los bachilleres de origen judío, italiano o irlandés cuyas familias tenían pocos recursos. Allí se reunían Irving Kristol, Irving Howe, Daniel Bell y Nathan Glazer, en uno de los dos grupos de la cafetería. Ambos de izquierdas, pero el primero, estalinista. El segundo, de donde surgieron los neoconservadores, de troskistas y socialistas no estalinistas. Su primer gran impulso fue el anticomunismo desde la izquierda.

En palabras recientes de David Frum sobre la genealogía del movimiento:

> Eres el hijo de padres inmigrados, muy probablemente catolico de origen irlandés o judío de origen europeo, a principios de los cincuenta. Tu familia es naturalmente demócrata: los judíos y los católicos votan a los demócratas. El Partido Republicano es todavía ampliamente WASP (*White Anglo-Saxon Protestant*). Ejerces una profesión intelectual. Ves que los demócratas padecen frente a las dificultades del momento, de Vietnam a la miseria, del racismo a la violencia urbana. Te acercas a algunos temas conservadores, lo que no hace de ti automáticamente un republicano: Perle se sigue considerando demócrata. Sigues encontrando merito a ciertas dosis de Welfare, después de todo eres de los que concibieron los programas de la Great Society de Johnson; pero también eres de los que subrayan sus nefastos efectos inesperados. Tony Blair podría ser de los tuyos. Salvo en un punto: él sigue queriendo salvar a la izquierda; nosotros ya no esperamos nada de ella y la hemos dejado[67].

En las últimas décadas, esa primera procedencia se ha mezclado con otras tendencias, como ha analizado Max Boot. Desde muchos demócratas desencantados con la deriva izquierdista del Partido Demócrata en los años setenta, como Jeane Kirkpatrick, hasta los descendientes actuales de la primera generación como William Kristol y Robert Kagan que nunca pasaron por una fase izquierdista[68].

El tercer rasgo del neoconservadurismo es amenazante en otro terreno, en el de los contenidos. Porque las ideas del neoconservadurismo tienen capacidad de dañar al progresismo en mucha mayor medida que el conservadurismo tradicional. En parte porque vienen del propio progresismo. Steinfels resumió de la siguiente manera las ideas del neoconservadurismo: *1*) un apoyo crítico al Estado del Bienestar o apoyo al Estado del Bienestar pe-

ro no al Estado paternalista, *2*) apoyo al mercado, *3*) respeto a los valores e instituciones tradicionales como la religión, la familia y la «alta cultura» de la civilización occidental y rechazo de la contracultura, *4*) apoyo a la igualdad de oportunidades pero rechazo a la noción de que tal igualdad debe acabar necesariamente en una igualdad de resultados, y *5*) rechazo del aislamiento de Estados Unidos en política internacional, escepticismo respecto al realismo y apoyo de la idea de que la democracia americana difícilmente sobrevivirá en un mundo hostil a los valores americanos[69].

Añádase en la última década a todo lo anterior la capacidad de liderazgo de las ideas neoconservadoras en el contexto internacional. Como subrayaron Frachon y Vernet, los neoconservadores han tenido la habilidad de llevar al centro del debate norteamericano cuestiones que han interesado en otros lugares del mundo, como la universalidad de la libertad y la igualdad y la conveniencia, pertinencia u obligación moral de intervenir en otros países para defenderlas.

Max Boot definió a los neoconservadores como «wilsonianos idealistas», es decir, creyentes en la idea de que la política exterior norteamericana debería estar guiada por la promoción de los ideales americanos, no únicamente por la protección de estrechos intereses estratégicos y económicos como piensan los realistas. A lo que también añadía Boot la falsedad del supuesto único interés neoconservador en la seguridad de Israel, algo que está cuestionado por una tradición neoconservadora que ya en los ochenta se distinguió por liderar las propuestas de democratización en lugares tan dispares como Nicaragua, Polonia y Corea del Sur, por ser en los noventa parte de los más ardientes defensores de las intervenciones en Bosnia y Kosovo, y, en la última década, por defender la instauración de la democracia, no solo en Iraq o Afganistán, sino también en otros lugares como China.

La última de las apuestas neoconservadoras por la libertad y por la necesidad de ayuda occidental para el logro de tal libertad fue la llamada primavera árabe. De la misma manera que en Iraq y Afganistán una parte importante del progresismo se había mostrado contraria a cualquier tipo de intervención o apoyo a la democratización y a la primavera árabe; y, después, la intervención en Libia también suscitó críticas en una parte significativa de la derecha, muy especialmente la agrupada alrededor del Tea Party en Estados Unidos.

William Kristol criticó duramente esas posiciones en un artículo representativo de la apuesta neoconservadora por la libertad. Cuando cuestionó, entre otros, al radical Glen Beck, pero también a una parte del conservadurismo crítico con las revoluciones árabes y contrario al apoyo americano a tales revoluciones y escribió que:

> Tampoco es una señal de salud democrática el que otros conservadores americanos tengan una actitud tan timorata y se pongan más del lado de los dictadores que del de los demócratas ante un levantamiento popular. (...) Un conservadurismo americano que se enraíza en 1776 no puede volver la espalda a la gente de Egipto. (...) Los conservadores americanos deberían recordar nuestra misión, que es, en palabras del Federalista 39, «la honorable convicción que impulsa a todo creyente en la libertad a basar todos nuestros experimentos políticos en la capacidad de autogobierno del ser humano»[70].

## El populismo Indignado

La caverna radical del progresismo tiene su punto culminante, hasta el momento, en el movimiento de los Indignados. Mejor dicho, en el masivo apoyo del progresismo a tal movimiento, que es

lo relevante, tal como destaqué en páginas anteriores al establecer la diferenciación entre un conservadurismo que solo parcialmente ha apoyado a movimientos populistas como el Tea Party y un progresismo que, sin embargo, se ha alineado enteramente con el movimiento Indignados.

El rechazo visceral que un movimiento intelectual como el neoconservador suscita entre los progresistas se complementa con un abrazo entusiasta a un movimiento populista, extremista y callejero y más bien antiintelectual como es el de los Indignados. Lo que refleja, quizá de manera más precisa que otros elementos del progresismo, la enorme fortaleza del ala más radical en el conjunto de la izquierda.

El movimiento de los Indignados tuvo su foco principal de eclosión precisamente en España, en primavera de 2011, si bien es cierto que tenía algunos antecedentes en cierta medida conectados con este movimiento como fue la ola de vandalismo que asoló la periferia parisina en otoño de 2005 y que, más adelante, tras los inicios del movimiento Indignados, volvió a producirse en Londres, en agosto de 2011.

Lo más relevante de ambas olas de vandalismo callejero desde el punto de vista ideológico es que recibieron una amplia comprensión, incluso, apoyo, del progresismo. El argumento principal para tal comprensión, como en tantos y tantos episodios de violencia apoyados por la izquierda, era el de las causas sociales que habrían producido tales vandalismos y que situarían la responsabilidad en la sociedad, en el poder político, en las clases adineradas, pero no en los propios vándalos. La violencia de los vándalos recibió innumerables interpretaciones progresistas en la línea defendida por el corresponsal de *El País*, José María Martí Font, que, un año después de los graves incidentes parisinos, apuntaba a lo que llamaba el «fracaso de Sarkozy» por no haber conseguido acabar con los ataques a la policía (nótese que ningún progresista

atribuía, por ejemplo, por esa misma época a Zapatero «el fracaso» por no haber acabado con ETA, con la delincuencia callejera o con el terrorismo islamista) y también la idea de que una buena parte de la responsabilidad del vandalismo estaría en las declaraciones hechas por Sarkozy por aquella época[71]. A lo que Sami Naïr añadía días después el «error» de Sarkozy al pensar que es posible resolver un «problema social» con la represión, pues el problema esencial que habría de resolverse es la injusticia social de la que son reflejo esos jóvenes[72].

Una reacción muy parecida tuvo lugar varios años después, en agosto de 2011, en otro escenario, Londres, pero ante unos sucesos parecidos, vandalismo protagonizado sobre todo por jóvenes. Con la significativa diferencia de que tal reacción fue completamente matizada días después, cuando se produjo una enorme reacción social, también preferentemente juvenil, contra los ataques vándalos. Pero, antes, en las primeras horas y días, el progresismo británico reaccionó como es habitual, buscando las responsabilidades en la injusticia social y en los demás y no en los propios vándalos.

*The Guardian* tituló el 8 de agosto «The Battle for London» como si aquella explosión de salvajismo callejero fuera una heroica batalla de valientes jóvenes contra el sistema. El titular se acompañaba del habitual editorial progresista que, tras afirmar que no se puede justificar la violencia, pedía, sin embargo, que se comprendieran sus causas[73]. Al día siguiente, Camila Batmanghelidjh, desde *The Independent*, se sumaba a la tesis de las causas sociales con la exigencia de que se mejoraran las políticas sociales, pues ahí estaba el origen de todo[74]. Ese mismo día se sumó también el progresismo español, desde el editorial de *El País* que resumía en su título, «Rabia en Londres», la tesis principal que, al igual que el progresismo británico, apuntaba a las «causas» y defendía que se trataba de una «explosión de rabia a la vez social y

racial» a lo que se añadían las culpas de la democracia: «La democracia representativa se está mostrando incapaz de dar curso pacífico a un creciente malestar de los ciudadanos»[75].

Aún el día 10 de agosto, el progresismo británico siguió insistiendo en las culpas sociales, de los demás, del Gobierno, por el vandalismo de las calles. «La furia de los desposeídos» fue uno de los conceptos utilizados por *The Guardian* para describir a los jóvenes que saquearon tiendas o destruyeron mobiliario urbano[76], y, en el mismo periódico, Seumas Milne responsabilizó de los hechos a las tres décadas de «capitalismo neoliberal» y a los «banqueros que han saqueado públicamente la riqueza nacional y se la han llevado a otros lugares» para acabar concluyendo que lo ocurrido es un reflejo de «una sociedad liderada por la codicia y un venenoso fracaso de la política y de la solidaridad social»[77].

La comprensión progresista hacia el vandalismo de las calles británicas acabó tan pronto como miles y miles de jóvenes británicos salieron a la calle en defensa del orden y armados de escobas y fregonas para limpiar las consecuencias de los actos de los delincuentes. Pero algo muy diferente ha pasado con los movimientos de protesta que, entre otros nombres, han recibido el de Indignados. Tienen en común con los vándalos británicos y franceses que sus participantes dicen rechazar el «sistema», tanto el capitalismo como lo que consideran un mal funcionamiento de la democracia. Además, son mayoritariamente jóvenes. De la misma manera, ocupan las calles para llevar adelante su activismo. Los mensajes son muy semejantes. Pero hay una diferencia importante y es que los Indignados, en su mayor parte al menos, rechazan la violencia, a diferencia de los vándalos franceses y británicos. Y, en su mayor parte también, intentan elaborar un mensaje político y social.

Pero los Indignados se caracterizan también por su extremismo ideológico y su populismo. En el lado del extremismo ideoló-

gico, el rechazo del sistema político por parte de los Indignados es bastante más radical que el del Tea Party. Donde el Tea Party exige una reducción drástica del tamaño del Estado, los Indignados exigen un cambio total del sistema democrático, pues su primer foco del rechazo es dicho sistema democrático y los partidos políticos, a lo que se une el rechazo del sistema capitalista y la inculpación de los banqueros en una buena parte de la crisis económica, todo lo que produce un discurso económico emparentado con el marxismo y el anarquismo, también más radical que el del ultraliberalismo del Tea Party. A esos rasgos ideológicos se une el populismo, en el discurso y en la movilización, preferentemente en la calle, y, también de manera mucho más radical que el Tea Party, en permanente cuestionamiento de los métodos democráticos de participación.

Y, sin embargo, este movimiento radical y populista ha suscitado el apoyo generalizado del progresismo. En tal medida que el progresismo europeo y americano ha llegado a la equiparación del movimiento Indignados con las revueltas contra las dictaduras árabes que es, intelectual e ideológicamente, algo así como comparar la resistencia europea frente al nazismo con la movilización del Tea Party en el demócrata y pacífico Estados Unidos. Y, sin embargo, tamaña estupidez ha sido defendida por los más variados progresistas. Por ejemplo, el rutilante columnista de *The New York Times*, Nicholas D. Kristof, entusiasmado con los Indignados americanos, que llegó a escribir sobre lo que consideraba el parecido entre las manifestaciones de la plaza Tahrir de El Cairo y el Occupy Wall Street en Nueva York y en varias ciudades estadounidenses. Es cierto que no hay balas silbando a su alrededor y que el movimiento americano no va a derrocar a ningún dictador, admitía, pero hechas lo que Kristof llamaría pequeñísimas salvedades, hay muchos parecidos: «(...) están presentes la misma cohorte de jóvenes marginados y el mismo uso hábil de Twit-

ter y otras redes sociales para reclutar más participantes. Y lo principal, hay una oleada similar de frustración juvenil con un sistema político y económico que los manifestantes consideran fallido, corrupto, indiferente e irresponsable»[78].

El progresismo español, de la mano de su medio de referencia, hizo un especial de celebración y homenaje al movimiento el 16 de octubre de 2011, un especial que sintetiza muy bien el apoyo entusiasta al movimiento radical y populista. El titular de *El País* lo decía todo: «Sol ilumina medio mundo». Y, a continuación, un relato épico y emocionado de varias páginas de lo que parecía la mayor revolución progresista del siglo XXI e, incluso, del XX: «La Puerta del Sol abarrotada, la gente unida y emocionada, los cánticos contra la banca y los políticos, los apretujones, la euforia. El 15-M vivió ayer una nueva jornada histórica. Y ya van tres en su corta existencia, de apenas cinco meses. El movimiento nacido de la indignación en calles de toda España exportó su protesta a medio mundo: Tokio, Sidney, Auckland, Kuala Lumpur, Buenos Aires, Santiago de Chile, Los Ángeles, Sao Paulo. Y, por supuesto, las principales ciudades de Europa»[79].

*El País* es el mismo medio que atacó reiteradamente en España las distintas manifestaciones que las organizaciones antiterroristas y de víctimas del terrorismo habían organizado durante la negociación del Gobierno socialista con ETA. Todas esas manifestaciones en protesta contra la negociación fueron tildadas de radicales, intolerantes y populistas, a pesar de que ninguna cuestionaba la democracia ni el capitalismo como los Indignados. Semejante indignación mostró *El País*, lo sigue haciendo, hacia movimientos populistas de otro signo como el Tea Party.

En Estados Unidos, el inevitable Paul Krugman mostró un entusiasmo parecido con los Indignados. Dado que él ha rechazado con virulencia una y otra vez el Tea Party, se sintió obligado a explicar por qué, sin embargo, le gustaba tanto este movimiento po-

pulista de otro signo. La respuesta, de un Premio Nobel, vuelvo a recordar, es que «a diferencia del Tea Party, está enfadado con la gente con la que hay que estar enfadado». Después de eso, claro está, Krugman se sumaba al extremismo de los Indignados: «la acusación de los manifestantes de que Wall Street es una fuerza destructiva, económica y políticamente, es totalmente acertada». Y, después, la exigencia de que los gobernantes atiendan a las peticiones del populismo extremista: «Ahora, sin embargo, el partido de Obama tiene la oportunidad de empezar de cero. Lo único que tiene que hacer es tomarse esas manifestaciones tan en serio como merecen tomarse. Y si las manifestaciones incitan a algunos políticos a hacer lo que deberían haber estado haciendo desde el principio, Ocupa Wall Street habrá sido un éxito clamoroso»[80]. Y todo eso bajo un título en el que Krugman usaba el concepto de «malhechores» para definir al objeto de las iras de Occupy Wall Street, es decir, las élites empresariales y financieras.

En Europa, el progresismo europeo, en la misma línea del americano, llamó a la revolución. Sí, literalmente, a la revolución. Como en Túnez, afirmó, en enero de 2012, Edwy Plenel que, aunque pudiera pensarse que es el director del *Granma* cubano, ha sido, sin embargo, ex director de redacción de *Le Monde* y actualmente es responsable del digital *Mediapart*:

> Francia necesita una revolución como la de Túnez o la de Islandia. Estamos en un momento histórico muy grave, en un *impasse*, en plena impostura y parón democrático. Túnez es el ejemplo de que se puede decir «basta, hasta aquí hemos llegado; queremos pluralismo y más democracia». La palabra revolución ha cambiado desde el comunismo. Ahora no controlamos la política, hemos puesto a los tecnócratas al frente y estamos en plena catástrofe social, mientras Hungría se precipita en la crispación. Islandia nos enseña que es posible dotarse de más

> democracia y cambiar a las élites. Es el momento de decidir si nos ponemos en manos de Goldman Sachs o inventamos algo nuevo[81].

Desde la *gauche caviar*, la llamada a la revolución ya había sido realizada algún tiempo antes por la escritora Isabel Allende: «Yo espero que la cosa se ponga tan mal que los jóvenes tengan que intervenir, que cunda el pánico y que todos salgamos a la calle, porque hay que acabar con este sistema basado en la codicia. (...) Es enfermizo, esto tiene que estallar pronto»[82]. Y, en España, por el inevitable Almodóvar, perfecto broche de oro para cerrar esta última caverna progresista con su llamada a otro mayo del 68 a través del 15-M: «El 15-M es nuestro Mayo del 68, solo que aquí no se piden utopías, casi todo lo que denuncian y reclaman es dramáticamente real, posible y necesario»[83].

El progresismo americano, europeo y español unido al movimiento Indignados y en defensa de la revolución contra el sistema democrático y capitalista es, hasta el momento, la situación de una ideología que sobrevivió a todos sus horrores del siglo XX, las dictaduras y crímenes comunistas, como si tales horrores no hubieran tenido nada que ver con el progresismo. Que ha iniciado el siglo XXI con la misma pretensión de hegemonía ideológica y moral que guió sus pasos durante el siglo XX. Que lo vuelva a lograr dependerá de la capacidad crítica de los líderes políticos de la derecha y, mucho más que ellos, de los intelectuales de la derecha, sean liberales, conservadores o neoconservadores.

# Conclusiones
# El progresismo desnudo

El progresista diario francés *Le Monde* planteó la siguiente pregunta progresista a Patrick Buisson, periodista, experto en estudios de opinión y asesor de Nicolás Sarkozy: «¿Cómo justifica usted la derechización de Sarkozy?». Buisson, con una sorprendente capacidad para no caer en la habitual trampa conceptual de la izquierda, le dio a vuelta a la pregunta y le contestó como sigue:

> Ese concepto de derechízación es el indicador más seguro de la confusión mental que se ha adueñado de algunos espíritus. Si la derechízación consiste en tener en cuenta el sufrimiento social de los franceses más vulnerables, eso significa que las antiguas categorías políticas ya no tienen sentido... y que el PS se ha transformado en la expresión de las nuevas clases dominantes. La especificidad histórica del voto a Sarkozy en 2007 es el hecho de haber reunido, como De Gaulle en 1958, el voto popular y el voto de la derecha tradicional[1].

La habilidad de Buisson para desmontar el concepto progresista de la derechización no es frecuente. Lo frecuente es más bien la respuesta autojustificativa de la derecha a partir de la aceptación de la conceptualización progresista dominante tanto en España como en otros países. De tal manera que se emplea profusamente, por ejemplo, el concepto de «derechización» pero no el de «izquierdización» según la teoría progresista de que la derecha tendría derivaciones negativas, incluso peligrosas, mientras que la izquierda carecería de ellas. Lo que en España se ha reflejado, entre otras cosas, en el uso progresista del concepto «caverna» para descalificar lo que la izquierda considera contenidos reaccionarios de la derecha.

El ejercicio analítico que he desarrollado en este libro ha consistido en demostrar que las cavernas más preocupantes de las últimas décadas, entendidas tales cavernas como lugares de ideas antiliberales, tolerantes con la violencia y confusas con las reglas democráticas, están en la izquierda o, como ella misma gusta de calificarse, en el progresismo. Para tal ejercicio analítico, he centrado mi atención en cuatro cavernas específicas que no agotan la disección del lado más oscuro del progresismo pero que nos dan algunos de sus rasgos más relevantes.

La primera caverna, la más inquietante, es la terrorista, aquella en la que el progresismo despliega sus simpatías, comprensiones y ejercicios de integración con los asesinos más sanguinarios del mundo. Lo que ocurre no solo con los terrorismos inspirados en la extrema izquierda, sino también con el terrorismo fundamentalista de Al Qaeda en el que el progresismo mundial también encuentra razones para la denuncia de la injusticia y el imperialismo que estarían en sus orígenes y lo explicarían.

Simpatías, comprensiones y ejercicios de integración que la izquierda en ningún caso ha practicado con los terrorismos de extrema derecha o con algunas otras violencias como la llamada violencia de género, pero que son aplicadas, sin embargo, a diversos grupos terroristas. Hamás ostenta el liderato en cuanto a simpatías del progresismo mundial, desde el más extremista hasta el más moderado. El antisemitismo explica que, en este caso, el progresismo coincida incluso con la extrema derecha, por ejemplo, la del Frente Nacional francés. Y, sobre todo, como he analizado en esta obra, con el fundamentalismo violento de Al Qaeda que ha considerado a Hamás como una de sus causas principales.

Los coqueteos del progresismo con los terrorismos inspirados en la extrema izquierda como ETA y las FARC se han fundamentado en factores en muchos casos muy parecidos, a pesar de las distancias geográficas. Ambos han tenido en común, como he

analizado en esta obra, la constante manipulación de los conceptos de paz y pacifismo o la justificación de que el Estado democrático debe negociar con estos criminales para lograr el supuesto bien superior de la «paz». En momentos históricos diferentes, con ETA hasta los años noventa, con las FARC casi hasta el presente, el progresismo ha practicado también el rechazo al uso de la fuerza por parte del Estado. Aquello que jamás ha sugerido para violencias de extrema derecha, ha sido una constante en la caverna terrorista del progresismo. Lo que se ha acompañado de la habitual inculpación y descalificación tanto de la resistencia a estos dos terrorismos como de sus víctimas. En este libro se han ofrecido escalofriantes muestras de esas actitudes, sobre Colombia y sobre España, en particular sobre la última negociación del progresismo español con ETA.

El lugar de Al Qaeda en la caverna progresista se compone de otros ingredientes no menos desveladores de los interiores más oscuros de progresismo. Como las reacciones suscitadas en España tras el terrible atentado del 11 de marzo de 2004, no contra los propios terroristas sino contra el Gobierno conservador. O las numerosas inculpaciones de Occidente por sus supuestas responsabilidades en los impulsos criminales de los fundamentalistas. O la singularidad de la llamada Alianza de Civilizaciones, un montaje progresista al que he prestado especial atención en esta obra no solo por a manipulación de la obra de Samuel Huntington de la que parte, sino por su pretensión de constituir una alternativa a la derecha en la respuesta al terrorismo fundamentalista, respuesta consistente, como en el caso de otros terrorismos analizados en esta obra, en la solución de las «causas» y en el diálogo con los extremistas.

La caverna pacifista, de la que me he ocupado en el segundo bloque de esta obra, es seguramente la más engañosa del lenguaje progresista, pues la palabra paz es una de las más difíciles de

desnudar, tal es su capacidad de hipnotización de las mentes. El progresismo ha pretendido constituir la alternativa pacifista frente a lo que la izquierda llama la respuesta militarista de la derecha. Como he sostenido a lo largo de esta obra, tal fue la teoría progresista aplicada a las guerras de Iraq y Afganistán, teoría que tuvo la mala fortuna de ser completamente destrozada por la guerra de Libia, guerra en la que los líderes progresistas, y muy especialmente su líder máximo del momento, Barack Obama, dejaron a un lado aquella supuesta máxima de que «la democracia no se impone a bombazos». El progresismo bombardeó Libia para lo que compuso un diccionario de la guerra progresista con el que intentó establecer las diferencias entre las guerras «injustas», las lideradas por la derecha, y las guerras «justas», las lideradas por la izquierda.

La guerra de Libia provocó, como he analizado en este libro, una curiosa conversión del progresismo a las tesis del neoconservadurismo, sustancialmente a la idea de que, en ocasiones, es necesario el uso de la fuerza para lograr la libertad y la salvación de los pueblos de la represión y de la opresión. Algo que Obama ratificó en todas sus políticas y que probablemente llegó a su punto culminante con la liquidación militar de Osama Bin Laden. Tal liquidación fue justificada por Obama con un discurso plenamente neoconservador y coincidente en cada punto con el de George W. Bush, el líder más denostado por el progresismo occidental, comenzando por el español, el más trufado de antiamericanismo de todo el continente europeo.

La guerra de Libia desnudó al progresismo más que ningún otro hecho en los últimos años. El discurso mitificador sobre Naciones Unidas, por ejemplo, ese organismo en el que los mayores dictadores y represores del mundo tienen asiento y decisión y convertido por la izquierda en fuente primordial de legitimidad internacional por detrás de los principios de la democracia y de

la libertad. O la propia teoría del miedo con la que el progresismo ha explicado todas las respuestas de fuerza de los Estados contra las organizaciones criminales o las dictaduras, siempre, claro está, que tales Estados estuvieran gobernados por fuerzas conservadoras. En ese caso, ha argumentado el progresismo, es la derecha la que infunde el miedo a la sociedad para utilizarla después como excusa para el uso de la fuerza policial y militar. Las barbaridades analíticas e intelectuales en este campo han sido asombrosas, como he analizado en páginas anteriores, con los Estados y no los terroristas como fuente del miedo, al menos hasta la guerra de Libia en la que el progresismo decidió que la fuente de miedo era el dictador y su represión y decidió que en ese caso sí era necesaria a respuesta militar.

He agrupado dentro de lo que he llamado la caverna identitaria otros aspectos poco edificantes del discurso progresista. Por ejemplo, los que caracterizan su reacción al islamismo en los países occidentales. La defensa de símbolos de discriminación de las mujeres como el velo es uno de los rasgos más chocantes del progresismo. Y aún más relevante, el feminismo progresista ha estado y está en primera línea de esa defensa a partir del discurso multiculturalista. Lo que tiene, entre otras consecuencias lamentables de la caverna identitaria, la extensión de las simpatías progresistas hacia el islamismo antes que hacia las voces liberales del islam, como Ayaan Hirsi Ali y otros que como ella han conformado la revuelta liberal contra el islamismo, en Europa o en los países musulmanes. Episodios como la crisis de las viñetas de Mahoma han puesto de manifiesto las interioridades de esa caverna. Los mismos intelectuales que han justificado y justifican como parte de la libertad de expresión todo tipo de productos culturales críticos o insultantes sobre el cristianismo, rechazaron duramente las viñetas sobre Mahoma, sin embargo. Los hubo que hasta responsabilizaron a quienes apoyaron la libertad de expre-

sión de los dibujantes de las reacciones violentas en algunos países musulmanes contra la publicación de esas viñetas.

No menos oscura es la relación del progresismo con otro de sus compañeros de la caverna identitaria, el nacionalismo étnico. Especialmente en España donde hemos asistido, como relato en esta obra, a la transformación del socialismo en un socialismo nacionalista que reivindica como derecho incluso la posesión y el control de los ríos. Y que presenta, además, un sorprendente contraste cuando de pasiones identitarias de otros países se trata. Pues el progresismo español, simpatizante y entusiasta animador de los nacionalismos étnicos patrios, ha arremetido brutalmente una y otra vez contra otros grupos políticos y sociales equivalentes como la Liga Norte italiana, en episodios dignos de recordar y que he recogido en páginas anteriores. Y sobre todo, ha rechazado como «extremista» y «franquista» todas aquellas propuestas de limitación del poder autonómico y de reforzamiento del poder de las instituciones centrales del Estado, en una argumentación que dejaría en la extrema derecha a la mayoría de partidos de derecha y de izquierda de Europa sostenedores de sistemas políticos mucho más centralistas que el español.

La tarea de desmontar el progresismo es incompleta sin una mirada hacia el intelectual progresista, objeto de la última parte de esta obra. Con una reflexión sobre los rasgos más arrogantes, intolerantes y radicales de ese intelectual. Sobre la arrogancia derivada del dominio ejercido durante décadas en una buena parte de los principales círculos intelectuales y periodísticos de las democracias occidentales. Sobre la intolerancia hacia la derecha propia de quienes aún no han aceptado el debate y la confrontación de ideas con los adversarios. Y sobre la radicalidad de quienes no han establecido frontera alguna con la extrema izquierda, una extrema izquierda que lleva, de hecho, la voz cantante y el liderazgo en una buena parte de las posiciones progresistas.

Esta obra se cierra con un análisis del neoconservadurismo o de la posición intelectual más inquietante para el progresismo. Por su carácter intelectual, en primer término, por constituir un movimiento de ideas liderado por intelectuales. Por sus orígenes ideológicos, en la izquierda crítica con el estalinismo y, más adelante, con las derivas del progresismo occidental. Y por su activismo y su capacidad movilizadora a través de las ideas de democracia y libertad. Todo lo que explica el furibundo rechazo que ha suscitado en el progresismo y quizá también la ignorancia y la manipulación a las que ha sido sometido en los textos progresistas, a medio camino entre a mala fe y a mera zafiedad intelectual.

EDURNE URIARTE (Frúniz, Vizcaya; 27 de octubre de 1960) es politóloga, periodista y catedrática de Ciencia Política de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Es autora, entre otros libros, de *Contra el feminismo* (2008), *Terrorismo y democracia tras el 11-M* (2004), *Cobardes y rebeldes* (2003) y *España, patriotismo y nación* (2003). Además, es columnista del diario *ABC* y colaboradora en diversos medios de comunicación.

# Notas del capítulo 1

[1] *El País*, 11 de diciembre de 2008. <<

[2] «La canción», *El País*, 8 de abril de 2006. <<

[3] «Los hechos confirman la derrota del terrorismo», *El País*, 9 de julio de 2006. <<

[4] «El Gobierno y ETA iniciarán de inmediato las conversaciones para el fin de la violencia», *El País*, 18 de junio de 2006. <<

[5] *ABC*, 15 de febrero de 2006. <<

[6] Entrevista a ETA en *Gara*, 14 de mayo de 2005. <<

[7] Entrevista de José Luis Rodríguez Zapatero en *El Mundo*, 17 de abril de 2006. <<

[8] *Ibíd*. <<

[9] *El País*, 18 de junio de 2006. <<

[10] *ABC*, 4 de septiembre de 2006. <<

[11] *El País*, 17 de junio de 2006. <<

[12] «Un diálogo sin prejuicios y sin condiciones», febrero de 2006. <<

[13] «¿Una salida para el conflicto vasco?», *El País*, 20 de enero de 2007. <<

[14] «Paz vasca», *El País*, 19 de febrero de 2011. <<

[15] *El País*, 19 de octubre de 2006. <<

[16] *ABC*, 14 de marzo de 2007. <<

[17] *El Mundo*, 5 de enero de 2007. <<

[18] Entrevista de José Luis Rodríguez Zapatero, *El País*, 14 de enero de 2007. <<

[19] José Luis Rodríguez Zapatero, «Una idea actual de España»,

*El Mundo*, 2 de febrero de 2007. <<

[20] «Nadie lo consiguió», *El País*, 29 de enero de 2007. <<

[21] *El País*, 17 de octubre de 2006. <<

[22] *El Mundo*, 28 de marzo de 2011. <<

[23] «Las actas», *El País*, 13 de julio de 2007. <<

[24] «¿Ha sido un espejismo?», *El País*, 8 de febrero de 2007. <<

[25] «Indios y sociólogos», *El País*,. 22 de mayo de 2007. <<

[26] Gabinete de Prospecciones Sociológicas, Gobierno Vasco, «Cultura democrática, retratos de juventud», encuesta realizada

entre el 28 de octubre y el 12 de noviembre de 2010 y publicada el 25 de febrero de 2011. <<

[27] «El PNV de Imaz», *El País*, 15 de septiembre de 2007. <<

[28] *El País*, 27 de febrero de 2011. <<

[29] Francisco J. Laporta, «El lugar de las víctimas», *El País*, 23 de noviembre de 2007. <<

[30] «El énfasis sospechoso», *El País*, 4 de febrero de 2009. <<

[31] Chomsky, *Poder y terror, reflexiones posteriores al 11/09/2001*, RBA Libros, Barcelona, 2003, pp. 100 y 116. <<

[32] «Palestina y el juego de la manipulación», *El País*, 25 de enero de 2006. <<

[33] Stuart Reigeluth, «Gaza», *Foreign Policy*, edición española, nº 22, agosto/septiembre 2007. <<

[34] «Líbano, la última victoria de unos fanáticos ilusos», *El País*, 9 de septiembre de 2006. <<

[35] «Objetivo: del terror a la política», *El País*, 29 de enero de 2009. <<

[36] «La victoria de Hamás», *El País*, 30 de enero de 2006. <<

[37] Walter Laqueur, *La guerra sin fin. El terrorismo en el siglo XXI*, Destino, Barcelona, 2003. <<

[38] «Gaza», *El País*, 28 de enero de 2008. <<

[39] «Palestina y el juego de la manipulación». *El País*, 25 de enero de 2006. <<

[40] «Sin Hamás no hay solución para Gaza», *El País*, 8 de febrero de 2008. <<

[41] «Israel no acabará así con el terrorismo islámico», *El Mun-*

*do*, 7 de enero de 2009. <<

[42] *ABC*, 6 de enero de 2009. <<

[43] *El Mundo*, 7 de enero de 2000. <<

[44] Tariq Ali y David Barsamian, *El imperio y la resistencia, Conversaciones con Tariq Ali*, Foca, Madrid, 2006, pp. 140 y 160. <<

[45] «Gaza no es Sarajevo», *El Mundo*, 19 de enero de 2009. <<

[46] «¿Qué significa 'desproporcionada'?», *El País, 6* de enero de 2009. <<

[47] En www.terrorism-info.org.il. <<

[48] *El País*, 19 de febrero de 2006. <<

[49] Entrevista, *ABC*, 24 de enero de 2006. <<

[50] Robert Baer, «Foreword: An Ex CIA Perspective», introducción a Reese Erlich, *Conversations with Terrorists* PoliPoint Press, Sausalito, 2010. <<

[51] Reese Erlich, *op. cit.*, pág. 20. <<

[52] «¿Qué dice Al Qaeda sobre Gaza?», *El País*, 24 de enero de 2009. <<

[53] Uriarte, *Terrorismo y democracia después del 11-M*, Espasa, Madrid, 2004. <<

[54] «La luz al final del túnel», *El País*, 20 de marzo de 2004. <<

[55] «El honor perdido de José María Aznar», *El País*, 27 de marzo de 2004. <<

[56] «Una lucha tenaz», *El País*, 16 de septiembre de 2001. <<

[57] «Pasión colectiva», *El País*, 19 de septiembre de 2001. <<

[58] «Actuar sobre las causas profundas del drama», *El País*, 26 de septiembre de 2001. <<

[59] «Comprender el mensaje del 11 de septiembre», *El País*, 27 de septiembre de 2001. <<

[60] «Notas de una antiamericana», *El País*, 28 de septiembre de

2001. <<

[61] «No todo es culpa de Estados Unidos», *El País*, 14 de octubre de 2001. <<

[62] Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones*, Paidós, Barcelona, 1997. <<

[63] Samuel P. Huntington, *op. cit.*, pág. 346. <<

[64] *El País*, 24 de octubre de 2001. <<

[65] «Un modelo para definir el mañana», *El Mundo*, 13 de enero de 2008. <<

[66] *El País*, entrevista, 21 de marzo de 2004. <<

[67] *El País*, 22 de septiembre de 2004. <<

[68] «La fuerza del diálogo», *El País*, 22 de septiembre de 2004. <<

[69] *El País*, entrevista, 24 de octubre de 2005. <<

[70] «Forjando una Alianza de Civilizaciones», *El País*, 13 de noviembre de 2006. <<

[71] «Una propuesta ética», *El País*, 14 de noviembre de 2006. <<

[72] Entrevista, *El Mundo*, abril de 2009. <<

[73] «Let's reclaim the post-9/11 unity», *USA Today*, 8 de septiembre, 2011. <<

[74] «United in Remembrance, Divided over Policies», www.people-press.org, 1 de septiembre de 2011. <<

[75] «Bush and Obama, Shoulder to Shoulder», *The New York Times*, 11 de septiembre de 2011. <<

[76] «And Hate Begat Hate», *The New York Times*, 10 de septiembre de 2011. <<

[77] Catherine Simón, *Algérie, les années pieds-rouges* La Découverte, París, 2009. <<

[78] Paul Hollander, *Los peregrinos políticos*, Playor, Madrid,

1987, pp. 129 y 130. <<

[79] Paul Hollander, *op. cit.*, pág. 197. Hollander escribió también *Los peregrinos de La Habana*, Playor, Madrid, 1987, sobre los «peregrinos políticos» de la dictadura cubana. <<

[80] «Colombia, ante opciones estratégicas», *El País*, 9 de agosto de 2002. <<

[81] «Cinco años para derrotar a las FARC», *El País*, 28 de julio de 2005. <<

[82] «Colombia, una esperanza a pesar de todo», *El País*, 26 de diciembre de 2006. <<

[83] Felipe Gómez Isa (Dir.), *Colombia en su laberinto*, Catarata, Madrid, 2008. <<

[84] José Obdulio Gaviria Vélez, *Sofismas del terrorismo colombiano*, Planeta, Bogotá, 2005. <<

[85] *Op. cit.*, pp. 118-130. <<

[86] «De asesinos a héroes», *El País*, 7 de agosto de 2011. <<

[87] «Les ex se confessent», *L'Express*, n° 3142, 21 de septiembre de 2011. <<

[88] Daniel Pécaut, «La guerra prolongada de las FARC», www.istor.cide.edu, 2009. <<

[89] Daniel Pécaut, *Midiendo fuerzas*, Planeta, Bogotá, 2003. <<

[90] «Regresar dentro de una bolsa», *El Mundo*, 31 de diciembre de 2007. <<

[91] «Política y parapolítica en Colombia», *El País*, 14 de abril de 2007. <<

[92] «Mambrú se fue a la guerra», *ABC* 11 de marzo de 2008. <<

[93] Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, *El regreso del Idiota*, Plaza y Janés, Barcelona, 2007.

<<

[94] «El éxtasis de los lerdos», *El País*, 22 de marzo de 2010. <<

[95] *L'Express* 24 de enero de 2008, entrevista a Alvaro Uribe. <<

[96] «Guerreros sin causa», *El País*, 17 de abril de 2007. <<

[97] *El Mundo*, 2 de julio de 2002. <<

[98] «En el camino hacia la paz en Colombia», *El País*, 12 de septiembre de 2004. <<

[99] José Obdulio Gaviria Vélez, *op. cit.*, pág 76. <<

# Notas del capítulo 2

[1] *El Mundo*, 27 de marzo de 2011. <<

[2] José Mª Ridao, «¿Es esto una guerra?», *El País*, 28 de marzo de 2011. <<

[3] Ross Douthat, «A Very Liberal Intervention», *The New York Times*, 20 de marzo de 2011. <<

[4] «Libia y el intervencionismo o liberal», *El País*, 6 de marzo de 2011. <<

[5] «La hora de la verdad», *El País*, 19 de marzo de 2011. <<

[6] «Aniversario», *El País*, 20 de marzo de 2007. <<

[7] Entrevista en *El País*, 13 de marzo de 2005. <<

[8] «Un liderazgo sin principios», *El País*, 8 de diciembre de 2006. <<

[9] *El País Semanal*, 7 de diciembre de 2008. <<

[10] *Newsweek*, 21 de diciembre 2009. <<

[11] «Abuso de poder», *El País*, 11 de enero de 2006. <<

[12] «El canto del cisne», *El País*, 24 de marzo de 2011. <<

[13] «George Bush no tenía razón», *El País*, 10 de marzo de 2011. <<

[14] «¿Iraq 2003? ¿Por qué no España 1936?», *El País*, 22 de marzo de 2011. <<

[15] «España en la coalición», *El País*, 23 de marzo de 2011. <<

[16] «La inflexión libia», *El País*, 11 de marzo de 2011. <<

[17] «Blame R2P: The intellectuals go to war», *The Globe and Mail*, 26 de marzo de 2011. <<

[18] «Madrid, Bengasi», *El País*, 28 de marzo de 2011. <<

[19] Entrevista en *ABC*, 2 de diciembre de 2008. <<

[20] «Obama ofrece reconciliación al mundo islámico», *El País*,

7 de abril de 2009. <<

[21] *El País*, 11 de diciembre de 2011. <<

[22] «Morir por Afganistán», *El País*, 3 de diciembre de 2009. <<

[23] *The New York Times*, 30 de julio de 2009. <<

[24] «El Magreb celebra la resolución», *El País*, 20 de marzo de 2011. <<

[25] «Fea trampa», *El País*, 3 de diciembre de 2009. <<

[26] «Todo es confuso», *El País*, 3 de abril de 2011. <<

[27] *The New York Times*, 2 de mayo de 2011. <<

[28] «The Revenge Killing of Osama Bin Laden», *In These Times*, 31 de mayo de 2011. <<

[29] «A Table for Tyrants», *The New York Times*, 11 de mayo de 2009. <<

[30] Entrevista *El País*, 17 de octubre de 2004. <<

[31] *El País*, 20 de junio de 2006. <<

[32] «La ruta sinuosa a favor de los derechos humanos», *El País*, 20 de junio de 2006. <<

[33] Entrevista, *El País*, 2 de julio de 2006. <<

[34] *El País*, 17 de octubre de 2004. <<

[35] *El Mundo*, 7 de abril de 2003. <<

[36] «Israel's bombs make its enemies stronger», *International Herald Tribune*, 1 de agosto de 2006. <<

[37] «Las nuevas fracturas de Oriente Próximo», *El País*, 29 de ju-

lio de 2006. <<

[38] «¿Hasta cuándo?», *El Mundo*, 1 de agosto de 2006. <<

[39] «De la guerra a la paz», *El País*, 29 de julio de 2006. <<

[40] *El País*, 10 de septiembre de 2006. <<

[41] *El País*, 9 de marzo de 2011. <<

[42] Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda*, Taurus, Madrid, 1995, pág 31. <<

[43] «La izquierda y la intervención militar en Libia», *El País*, 22 de marzo de 2011. <<

[44] *El País*, 17 de octubre de 2004. <<

[45] «A Call for Respect and Calm», *International Herald Tribune*, 5 de febrero de 2006. <<

[46] *El País*, 11 de noviembre de 2004. <<

[47] «Algunas recetas para evitar otro 11-M», *El Mundo*, 12 de marzo de 2005. <<

[48] «Fortuna y virtud», *El País*, 27 de noviembre de 2006. <<

[49] «La fuerza de la razón y a razón de la fuerza», *El País*, 4 de agosto de 2006. <<

[50] «Los tropiezos del proceso», El País, 10 de diciembre de 2006. <<

[51] *El País*, 31 de diciembre de 2005. <<

[52] *El Mundo*, 18 de junio de 2011. <<

[53] «Nuclear Man», *Newsweek*, 23-30 mayo de 2011 <<

[54] «A Rose in The Desert», *Vogue*, marzo, 2011. <<

[55] Fareed Zakaria, *El futuro de la libertad*, Taurus, Madrid, 2003. <<

[56] «Nada más que la resolución 1973», *El País*, 26 de marzo de

2011. <<

[57] «El imperio no impera», *El País*, 31 de julio de 2006. <<

[58] «Intervenir en Libia», *El País*, 4 de marzo de 2011. <<

[59] «Pido la palabra y la paz», *El País*, 18 de abril de 2007. <<

[60] Al Gore, *The Assault on Reason*, Penguin Books, Londres, 2007. <<

[61] Al Gore, *op. cit.*, pág. 38. <<

[62] *El País*, 12 de octubre de 2004. <<

[63] «Por qué Estados Unidos no debe reelegir al presidente Bush», *El País*, 1 de noviembre de 2004. <<

[64] «El desequilibrante voto del terror», *El País*, 21 de septiembre de 2008. <<

[65] Paul Krugman, *Después de Bush. El fin de los neocons y la hora de los demócratas*, Crítica, Barcelona 2008. <<

[66] Joanna Bourke, *Fear, a cultural history*, Virago Press, Londres, 2005. <<

[67] *El País*, 9 de junio de 2007. <<

[68] «Contra el miedo», *El País*, 20 de enero de 2007. <<

[69] Benjamin R Barber, *El imperio del miedo*, Paidós, Barcelona, 2004. <<

[70] Benjamin R Barber, *op. cit.* <<

[71] Mary Kaldor, *La sociedad civil global*, Tusquets, Barcelona, 2005. <<

[72] Naomi Klein *La doctrina del shock*, Paidós, Barcelona, 2007. <<

# Notas del capítulo 3

[1] *ABC*, 16 de marzo de 2008. <<

[2] *El País*, 26 de junio de 2006. <<

[3] «El 'hiyab' de la discordia», *El País*, 22 de abril de 2010. <<

[4] «¿Quién teme el burka feroz?», *El País*, 15 de octubre de 2006. <<

[5] Citado por Gillaume Fourmont «Bajo el velo», *Foreign Policy*, edición española junio-julio 2006. <<

[6] *Financial Times*, 2 de marzo de 2010. <<

[7] «Sexismo neocolonial», *El País*, 8 de octubre de 2006. <<

[8] «¿Y si el 'hiyab' es algo escogido?», *El País*, 4 de marzo de 2008. <<

[9] Chahdortt Djavann ¡Abajo el velo!, El Aleph, Barcelona, 2004. <<

[10] Fatema Mernissi, *El harén en Occidente*, Espasa Calpe, Madrid, 2006. <<

[11] Malek Chebel, *El islam, historia y modernidad*, Paidós, Barcelona, 2011. <<

[12] Entrevista de Rubén Amón en *El Mundo*, 7 de noviembre de 2009. <<

[13] Amin Maalouf, *Las identidades asesinas*, Grasset, París, 1998, pág. 41. <<

[14] «Is it Islamic or Islamist? The West's Confusion Spells Trouble», *Newsweek*, 1 de noviembre de 2010. <<

[15] Fatema Mernissi, *op. cit.* <<

[16] «La comunicación entre el rumor y la provocación», *El País*,

18 de febrero de 2006. <<

[17] «Blasfemia», *El País*, 14 de febrero de 2006. <<

[18] «Choque de ignorancia», *El País*, 6 de febrero de 2006. <<

[19] «Entre manipulaciones y fetuas», *El País*, 10 de febrero de 2006. <<

[20] «Libertad de expresión, sátira y religión», *El País*, 16 de febrero de 2006. <<

[21] «El derecho a la irreverencia», *El País*, 12 de febrero de 2006. <<

[22] Karen Jespersen y Rali Pittelkow, *Islamistas y buenistas*, Gota a Gota, Madrid, 2008. <<

[23] «Fanáticos sin fronteras», *El País*, 11 de febrero de 2006. <<

[24] Robert Redeker, «Face aux intimidations islamistes, que doit faire le monde libre?», *Le Figaro*, 19 de septiembre de 2006. <<

[25] Robert Redeker, *¡Atrévete a vivir!*, Gota a Gota, Madrid, 2008, pág. 114. <<

[26] Oriana Fallaci, *La fuerza de la razón*, La esfera de los libros, Madrid, 2004. <<

[27] *El País*, 24 de junio de 2011. <<

[28] «Un síntoma de futuro», *El País*, 24 de junio de 2011. <<

[29] «British Radicalization Studies», *The Wall Street Journal*, 8 de enero de 2010. <<

[30] «La izquierda y la yihad», *El País*, 5 de octubre de 2006. <<

[31] «Occidente e islam», *El País*, 1 de octubre de 2006. <<

[32] «Jihad's True Face», The New York Times, 1 de diciembre de 2008. <<

[33] «Message to Muslims: I'm Sorry», *The New York Times*, 18 de

septiembre de 2010. <<

[34] *El País*, 9 de octubre de 2011. <<

[35] *El País*, 11 de diciembre de 2011. <<

[36] «Los musulmanes autocríticos no están callados», *El País*, 23 de enero de 2008. <<

[37] Ronald Inglehart y Pippa Norris, «El verdadero choque de civilizaciones», *Foreign Policy*, edición española, agosto/septiembre 2004. <<

[38] «Report of the High-Level Group», 13 de noviembre de 2006 www.unaoc.org <<

[39] «The New Thatcher Era», *Newsweek*, 26 de diciembre de 2011. <<

[40] Almudena Grandes, «¿Positiva?», *El País*, 28 de septiembre de 2009. <<

[41] Edurne Uriarte, *Contra el feminismo*, Espasa Madrid 2008. <<

[42] Berna González Harbour, «Den ejemplo», *El País*, 25 de noviembre de 2011 <<

[43] *El País*, 19 de diciembre de 2011. <<

[44] Edurne Uriarte *España, patriotismo y nación*, Espasa, Madrid, 2003. <<

[45] Edurne Uriarte, *Cobardes y rebeldes. Por qué pervive el terrorismo*, Temas de hoy, Madrid, 2003. <<

[46] «Por una segunda transición democrática y plurinacional»,

*El País*, 31 de marzo de 2004. <<

[47] «Catalunya y España», *El País*, 25 de agosto de 2003. <<

[48] «Construir Catalunya», *El País*, 25 de agosto de 2009. <<

[49] «España: plural y diversa», *El País*, 18 de octubre de 2003. <<

[50] «Un debate necesario», *El País*, 6 de diciembre de 2003. <<

[51] «Identidad y democracia», *El País*, 4 de octubre de 2005. <<

[52] «Contra los profetas de catástrofes», *El País*, 19 de diciembre de 2003. <<

[53] *Ibid.* <<

[54] «España como poder constituyente», *El País*, 5 de enero de 2006. <<

[55] *El País*, 7 de mayo de 2006. <<

[56] *El Mundo*, 3 de enero de 2006, entrevista. <<

[57] «El Partido Socialista y la cuestión nacional», *El País*, 11 de mayo de 2006. <<

[58] Entrevista, *El Mundo*, 9 de abril de 2006. <<

[59] *El País*, 12 de febrero de 2006, entrevista. <<

# Notas del capítulo 4

[1] Jean-François Revel, *La grande parade. Essai sur la survie de l'utopie socialiste*, Plon, París, 2000. <<

[2] Jean-François Revel, *El conocimiento inútil*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1989. <<

[3] Edurne Uriarte, *España, patriotismo y nación*, Espasa, 2003, y Edurne Uriarte, *Cobardes y rebeldes*, Temas de hoy, Madrid, 2003. <<

[4] *L'Express*, 14 de mayo de 2009. <<

[5] «¿Son los votantes de izquierdas más exquisitos que los de derechas?», *El País*, 6 de noviembre de 2003. <<

[6] «Un debate necesario», *El País*, 6 de diciembre de 2003. <<

[7] «The Resentmen Strategy», *The New York Times*, 5 de septiembre de 2008. <<

[8] *Informe sobre la democracia en España/2007. La estrategia de la crispación*, www.falternativas.org. <<

[9] «La crispación», *El País*, 7 de mayo de 2007. <<

[10] José María Maravall, *La confrontación política*, Taurus, Madrid, 2008, pág. 127. <<

[11] *El País*, 20 de abril de 2003, entrevista. <<

[12] *El Mundo*, 16 de abril de 2006, entrevista. <<

[13] *El País*, 17 de octubre de 2004, entrevista. <<

[14] «Sobre la histeria», *El País*, 3 de diciembre de 2004. <<

[15] «Los virus andan sueltos», *El País*, 26 de enero de 2005. <<

[16] «Verdadera locura», *El País*, 17 de enero de 2007. <<

[17] «Agujero negro en la derecha», *El País*, 21 de febrero de

2007. <<

[18] «Leche», *El País*, 16 de marzo de 2007. <<

[19] «Hiena», *El País*, 11 de febrero de 2007. <<

[20] «La política del resentimiento», *El País*, 24 de febrero de 2007. <<

[21] «Bildu», *El País*, 9 de mayo de 2011. <<

[22] «La esfinge asiria», *El País Semanal*, 22 de enero de 2012. <<

[23] *El País*, 8 de octubre de 2010, entrevista. <<

[24] «Climate of Hate», *The New York Times*, 9 de enero de 2011. <<

[25] «Retórica o violencia: la sociedad incivil», *El País*, 21 de enero de 2011. <<

[26] Entrevista, *El Mundo*, 6 de septiembre de 2007. <<

[27] «Amantes del abismo», *El País*, 4 de agosto de 2011. <<

[28] «Why It's Time for the Tea Party», *The Wall Street Journal*, 18 de septiembre de 2010. <<

[29] «Tea Party's War on America», 1 de agosto de 2011. Hubo tantas protestas que Joe Nocera fue forzado a pedir disculpas, pero tales disculpas tuvieron el aire más bien de una reivindicación de lo escrito en «The Tea Party, Take Two», *The New York Times*, 5 de agosto de 2011. <<

[30] «El Partido Republicano se lanza a la guerra santa», *El País*, 21 de agosto de 2011. El propio periódico añadía otro titular anterior para denominar el cuadernillo especial en el que se incluía

tal análisis: «La gran cruzada», por si no habíamos entendido el sentido de la valoración. <<

[31] «El regreso de Obama», *El País*, 15 de septiembre de 2011. <<

[32] Entrevista, *El País*, 17 de septiembre de 2010. <<

[33] «Golpe de Estado en EE. UU.», *El País*, 15 de agosto de 2011. <<

[34] «La esfinge asiria», *El País Semanal*, 22 de enero de 2012. <<

[35] «Un país demasiado anómalo», *El País Semanal*, 21 de enero de 2007. <<

[36] «La devaluación de las instituciones», *El País*, 9 de marzo de 2007. <<

[37] «Intercambios», *El País*, 28 de enero de 2005. <<

[38] Entrevista, *El País*, 5 de febrero de 2006. <<

[39] Entrevista, *El País*, 18 de noviembre de 2011. <<

[40] «Fundamentalistas del déficit», *El País*, 18 de septiembre de 2011. <<

[41] «Extreme droite, *¡No pasarán!*», *Le Soir*, 8 de octubre de 2006. <<

[42] Juan Luis Cebrián, *El fundamentalismo democrático*, Taurus, Madrid 2003, pp. 32 y 33. <<

[43] Entrevista *El País*, 18 de abril de 2010. <<

[44] «Loathing Sarah Palin. The Two Months Hate of feminists», *The Weekly Standard*, 27 de octubre de 2008. <<

[45] «Palin cazadora», *El País*, 29 de octubre de 2008. <<

[46] «Pitbull Palin Mauls McCain», *The New York Times*, 8 de octubre de 2008. <<

[47] «The Right Republican», *The Economist*, 31 de diciembre de 2011-6 de enero de 2012. <<

[48] «La dama que soltó los perros de la codicia», *El País*, 21 de

enero de 2012. <<

[49] «Una chica Triple A», *El País*, 18 de septiembre de 2011. <<

[50] «Temblor», *El País*, 2 de abril de 2011. <<

[51] John Micklethwait y AdrianWooldridge, *Una nación conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos*, Debate, Barcelona, 2006, pp. 266 y 267. <<

[52] «Apoteosis ideologica», *El País*, 4 de diciembre de 2004. <<

[53] «Neocons y Teocons: una coalición fundamentalista», *El País*, 31 de julio de 2007. <<

[54] «Los 'neocon' y los ojos de Edipo», *El País*, 20 de septiembre de 2008. <<

[55] Entrevista, *El Mundo*, 31 de agosto de 2008. <<

[56] Entrevista, *El País Semanal*, 1 de julio de 2007. <<

[57] *El País*, 2 de septiembre de 2011. <<

[58] «Cuidado con las metáforas», *El País*, 7 de septiembre de 2006. <<

[59] «El año del pato cojo», *El País Semanal*, 30 de diciembre de 2007. <<

[60] Alain Frachon y Daniel Vernet, *La América mesiánica*, Paidos, Barcelona, 2006, pag. 73. <<

[61] «El truco de la autocritica», *El País*, 18 de marzo de 2007. El artículo se encuadraba en un debate planteado por el periódico

bajo el epígrafe «¿Por qué los intelectuales de izquierda se hacen de derechas?». <<

[62] «La derechizacion de los intelectuales españoles», *El País*, 24 de mayo de 2009. <<

[63] «¿Somos antisemitas?», *El País*, 27 de julio de 2006. <<

[64] «Nuevos reaccionarios», *El País Semanal*, 18 de abril de 2010. <<

[65] Francis Fukuyama, *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*, Ediciones B, Barcelona, 2007, pag. 57. <<

[66] Peter Steinfelds, *The Neocomservatives. The men who are changing America's politics*, Nueva York, Simon and Schuster, 1980. <<

[67] Alain Frachon y Daniel Vernet, *op. cit.*, pag. 47. <<

[68] Max Boot, «Think again: Neocons», *Foreign Policy*, enero/febrero, 2004. <<

[69] Peter Steinfels, *op. cit.*, pp. 51 y 52. <<

[70] «Stand for Freedom», *The Weekly Standard*, 14 de febrero de 2011. <<

[71] «El vandalismo en los suburbios franceses se mantiene a un año de los disturbios», *El País*, 24 de octubre de 2006. <<

[72] «El fracaso de Sarkozy», *El País*, 15 de noviembre de 2006. <<

[73] «Urban Riots. Thirty Years after Brixton», *The Guardian*, 8 de agosto de 2011. <<

[74] «Caring Costs but so do Riots», *The Independent*, 9 de agosto de 2011. <<

[75] «Rabia en Londres», *El País*, 9 de agosto de 2011. <<

[76] «Urban riots: tough love», *The Guardian*, 10 de agosto de

2011. <<

[77] «These riots refleet a society run on greed and looting», *The Guardian*, 10 de agosto de 2011. <<

[78] «The Bankers and che Revolutionaries», *The New York Times*, 1 de octubre de 2011. <<

[79] «Sol ilumina medio mundo», *El País*, 16 de octubre de 2011. <<

[80] «Confronting the Malefactors», *The New York Times*, 6 de octubre de 2011. <<

[81] Entrevista, *El País*, 22 de enero de 2012. <<

[82] Entrevista, *El Magazine* de *El Mundo*, 30 de octubre de 2011. <<

[83] Entrevista, *El País Semanal*, 21 de agosto de 2011. <<

# Notas de la conclusión

[1] *Le Monde*, entrevista, 13 de marzo de 2012. <<

# ÍNDICE

Desmontando el progresismo 2
Prólogo 5
Capítulo 1 - En la caverna terrorista 7
Disculpando a ETA 7
Esto es un conflicto 7
Queremos la paz 12
Acabemos con los muertos 17
Vivir del terrorismo 21
Apoyando a Hamás 27
Israel es el responsable 27
Dialoguemos con Hamás 32
De flotilla con los fundamentalistas 37
Huyendo de Al Qaeda 43
El vuelco del miedo 43
La provocación occidental 50
El fracaso de la Alianza de Civilizaciones 54
Comprendiendo a las FARC 67
Los idiotas útiles 67
La guerrilla sangrienta 78
El primer soldado de Colombia 88
Capítulo 2 - En la caverna pacifista 92
La guerra progresista 92
Diccionario de la guerra progresista 92

De criminales a salvadores 101
De Premio Nobel de la Paz a la liquidación de Bin Laden 111
¡Socorro, que venga un diplomático! Naciones Unidas y el pacifismo 120
Una mesa para los tiranos 120
El falso pacifismo 132
La rosa del desierto y a peligrosa democracia 143
La conspiración del miedo 149
El miedo, ese invento de los gobernantes de la derecha 149
La violencia democrática como terror 158
Capítulo 3 - En la caverna identitaria 163
El velo feminista 163
Sumisas y progresistas 163
Islamofobia e islamismo 173
Los demócratas piden perdón 185
El feminismo que rechazó a Margaret Thatcher 189
Los «bárbaros del norte» 197
Los «bárbaros del norte» 197
El socialismo nacionalista 202
El Guadalquivir es mío 211
Capítulo 4 - En la caverna radical 215
Radiografía del intelectual progresista: arrogante, intolerante y radical 215
Cerebros de izquierdas y cerebros de derechas 215
El progresista crispado 221

Las «hienas» de la derecha y otros conceptos progresistas 227
Todos ultras 233
Los neoconservadores: la bestia negra del progresismo 248
Los «neocon» como objeto fóbico 248
Un misil intelectual en la línea de flotación del progresismo 253
El populismo Indignado 260
Conclusiones 268
El progresismo desnudo 268
Autora 275
Notas del capítulo 1 276
Notas del capítulo 2 283
Notas del capítulo 3 287
Notas del capítulo 4 291
Notas de la conclusión 297